CRÓNICAS DE VIAJE

(1905 - 1906)

JOSÉ INGENIEROS

Crónicas de viaje

(1905 - 1906)

Elogio de la risa
Italia—Los psicólogos y la psicología
Al margen de la ciencia
Dos discursos

6.ª edición

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía.—Belgrano 475
1919

ADVERTENCIA DE LA 6.ª EDICION.

En vísperas de mi primera salida al viejo mundo, el señor Emilio Mitre, director de "La Nación" en vida de su ilustre padre, tuvo la cortés iniciativa de invitarme a enviar algunas correspondencias, reflejando impresiones del momento, hojas al pasar. Tuvieron una vitalidad inesperada por quien nunca había escrito para diarios, ni ha vuelto a hacerlo después. Cuatro veces han sido impresas en España, bajo dos títulos: "Italia" y "Al margen de la Ciencia"; con este último hizo una edición conjunta la casa Lajouane (Buenos Aires, 1908), precedida por los siguientes párrafos a guisa de justificativo, ya que en esa fecha no había público para los libros argentinos.

*

"Insensible a la vanidad intelectual, acaso en fuerza de sanciones prematuras, creo necesario justificar la publicación de un nuevo libro en este medio que prodiga pocos estímulos a las tareas del espíritu. La recompensa del escritor es subjetiva, íntima: "intender non la puó chi non la prova" (Dante, Vita nuova, XXVI).

"Alguna vez creí descubrir en la vida de los microbios un símbolo de la nuestra propia. Sobre la gelatina pálida de los cultivos experimentales una esfumada mancha roja advertía la soñolienta incubación de una colonia microbiana. Inerte, parecía dormir en letargo su existencia inútil.

"De pronto un rayo de luz incidió la superficie de la pálida gelatina; la mancha roja se puso en movimiento, animada por vitalidades generosas y fecundas, como si en la materia dócil hubiese penetrado la plenitud vigorosa de energías nuevas.

"Pensé, entonces, que el trabajo intelectual merece cultivarse con amor, aun en países que cifran su grandeza en la agricultura y la ganadería. La inteligencia es el rayo de luz que fecunda es otra pequeña mancha roja, de microbios también ella, que es la humanidad...

*

No debo ocultar que, pasados muchos años, he releído estas crónicas con tanto placer como sorpresa. Subjetivo el placer, en cuanto evoca horas de una juventud que recuerdo sin remordimientos; impersonal la sorpresa, pues no me reconozco ya en ciertas páginas afectadas de literatura y de egotismo.

He descubierto algunos rastros de la única moda intelectual a que fuí sensible en mi juventud; y es curioso que, al padecerla, no ignoré que la exaltada prosa de Nietzche era un producto de su alienación mental. No sabría explicar por qué no conté en estas crónicas mi visita al museo de Weimar; es seguro que no podría narrarla hoy, tan lejos está ya de mis recuerdos, novia fugaz que no he vuelto a ver.

Lo demás de este volumen... confieso que no me atrevo a juzgarlo ante los lectores de otros libros míos. Pero, francamente, no tengo el valor de excluirlo en la reimpresión de mis obras. Le encuentro un sentido autobiográfico; y talvez no tenga ningún otro.

Buenos Aires, 1919.

I

ELOGIO DE LA RISA

ELOGIO DE LA RISA

Chinón, 1905.

Imaginaos bajo un cielo meridiano en Andalucía, en un patio ornado con la frivolidad de todas las flores, una moza llena de gracia y de frescor, con la púrpura de tres claveles sobre la sien y la cadera temblorosa de sensualidad al ritmo de una seguidilla coreada por voces primaverales. Es una tela de Sorolla. Parece reír en ella, omnímoda, la salud de la naturaleza, como si la luz del cielo, el color del cuadro, los ojos de la moza, el desgaire de los claveles y la emoción de la cadera se conjugaran en una fiesta de vida y de esperanza.

Otro cuadro. Bajo palio de plúmbeas nubes, en una desierta plazoleta blanqueada por la nieve, un muro de iglesia pobre limitando el breve horizonte, pocos árboles cuyas ramas escasas parecen dedos de manos mendicantes abiertas hacia el cielo gris, una silueta arrastrando pasos inseguros sobre la alfombra algodonosa y, más allá, el cadáver de un gorrión a medio sepultar entre los copos. Es un invierno de Sisley. Todo él sugiere un triste agonizar de la naturaleza; el blancor de la nevada bajo el cielo opaco, la melancolía del muro en ruinas, la telaraña del ramaje sin frondas, el mutismo solitario, los pasos del anciano y el apagado cadáver sin gorjeos, parecen exponentes de agotamiento y desventura.

Hay alegrías y tristezas en los paisajes, hay quejumbres y risas en todo lo que existe, como si en cada colina, bosque, arroyo, corola o mariposa palpitara una partícula de un alma universal, infinita. Paisajes sanos y enfermos, jóvenes y viejos; en algunos sobra la vida, en otros languidece. La salud tiene en ellos fisonomía especial, sonrisa, alegría; los de naturaleza moribunda parecen muecas de angustia y de pena.

El Sorolla risueño significa para todos juventud y fecundidad. El triste Sisley parece un símbolo de achacosa decrepitud.

*

Pasando por Chinón, que sin ser la cuna de Rabelais está vinculada estrechamente a su recuerdo, — sin contar que en el "cabaret de la Cave Peinte" expendía su padre buenos vasos de vino — las reflexiones sobre las causas y las virtudes de la risa se impusieron de inmediato a nuestra imaginación. Y pensando involuntariamente en el desigual sentido psicológico de los paisajes, comprendimos, una vez más, que en la vida humana la tristeza y la alegría corresponden a estados diversos de salud mental y física. ¿No presumiría eso mismo Stendhal cuando aseguró que para una disertación sobre la risa el estilo anatómico sería preferible al académico?

Un instinto previsor nos da la sensación del placer cuando se produce una intensificación de nuestra personalidad. Nos place todo lo que nos aumenta, completa o mejora: nos duele todo lo que amengua, dificulta o restringe la expansión individual. Ese placer y ese dolor, si son duraderos, se traducen por estados de alegría o de tristeza; si transitorios, estallan en risa o en llanto. Fácil es comprender que la alegría y la risa concuerdan generalmente con fenómenos fisiológicos propicios al bienestar del individuo y a la prosperidad de la especie.

En el hombre, como en la tela de Sorolla, alegría es sinónimo de salud. Los higienistas reconocen, unánimes, que la risa es benéfica y los fisiólogos enseñan que es privilegio de organismos cuyas funciones están equilibradas; los psicólogos podrían agregar, sin vacilaciones, que la felicidad suele ser patrimonio de los hombres que saben reir.

Todos los encomiastas de la risa han loado sus virtudes: ella expulsa el humor negro, elimina la bilis y desopila el bazo, presuntos autores o cómplices de la tristeza. Algunos moralistas solemnes han osado considerarla incompatible con cierta estética, mas nunca permitiéronse desconocerla como legítima compañera de la salud.

Prescindimos de las risas patológicas, producidas por una enfermedad orgánica o por un desequilibrio mental; son ajenas a estas reflexiones y se estudian en los libros de medicina. Para los demás casos podríamos ensanchar la fórmula rabelaisiana, afirmando que la risa expresa cierto eretismo o plenitud vital que suele corresponder a la buena salud.

Los psicólogos llaman "euforia" al bienestar subjetivo constituído por la conciencia de ese eretismo o plenitud vital; podemos, pues, decir que esa euforia mantiene al hombre en "estado de alegría" y en "inminencia de risa". Conviene hacer esa distinción entre el fenómeno permanente y el acciden-

tal, entre el "temperamento alegre" y el simple "acceso de risa". Para establecer su correlación exacta, diremos que el primero corresponde al organismo habitualmente sano y el segundo a los momentos episódicos de bienestar.

*

Dentro de la salud existe una gama de tonos infinitos: el Hércules Farnesio y la Venus Medicea, el Perseo de Benvenuto y la Tanagra de Gérome. Hay también risas y risas, distintas todas dentro de la fundamental unidad de su expresión. Algunas abiertas y sonoras como cascabelear de castañuelas; otras discretas como el elogio de un rival; penetrantes, como la mirada de una amante celosa; heladas, como las felicitaciones amargas de los fracasados; cálidas y expresivas, como la palabra alentadora de un satisfecho. Las hay mudas y reveladoras, respetuosas y confidenciales, inflexibles y tolerantes, fugaces y definitivas, aterciopeladas y violentas. Algunas son parciales, relativas o convencionales; otras son irresolutas, reservadas e incompletas. Hay también risas enfermas: imitativas, grotescas, felinas, el rictus, la risa loca, la risa doliente, la alucinatoria, la delirante, las risas histéricas y otras que preferimos olvidar.

Pero la risa-arquetipo, la ubérrima, la que sintetizara la total acepción del vocablo, necesitaría expresar simultáneamente la máxima intensidad y amplitud de vida, resumiendo el ejercicio del mayor número de funciones, elevadas a su más alto nivel. No olvidemos que el espíritu es la representación de todas las funciones orgánicas. Antes se lo creyó el privilegio de una incorpórea entidad acoplada a la carne triste; después se consideró sus facultades como funciones del cerebro, segregando éste ideas como bilis el hígado; hoy se sabe que la actividad psíquica es la resultante de todas las actividades orgánicas coordinadas por los centros nerviosos: las funciones elementales de la vida — la sensibilidad y el movimiento — contienen ya los gérmenes de las más complicadas funciones del espíritu humano. Y el clásico "mens sana" podemos glosarlo "espíritu alegre en cuerpo alegre". Un organismo sano es la substructura indispensable para un espíritu jovial, activo, generoso, optimista; un organismo enfermizo es el fatal incubador de la tristura, la pereza, la envidia, el pesimismo. La alegría y la risa son simples accidentes subordinados a contingencias materiales. Un estado de alma es un estado de cuerpo.

Se es triste o alegre como se es anémico o pletórico, ágil o torpe, bilioso o linfático. Una alimentación abundante o pobre, una higiene satisfactoria o deficiente, un empleo cómodo o fatigador, un riñón sano o calculoso, una piel coriácea o permeable, hacen al hombre alegre o triste, truecan el temperamento jovial en sombrío. Así también, accidentalmente, una copa de champaña, una buena compañía, una fugaz jaqueca, una digestión fácil, una fatiga de amor o una hora de estudio, son factores que obstan o favorecen el acceso de risa, en proporción y circunstancias variables para cada individuo.

*

Al estudiar la expresión de las emociones suele definirse la risa por el conjunto de movimientos fisiológicos que exteriorizan una emoción de placer: breves sacudidas respiratorias que se suceden rápidamente a través de las cuerdas vocales reunidas o separadas, produciendo sonidos altos, claros e inarticulados, quedando flojo el velo del paladar, la boca generalmente abierta y contraídos de manera característica ciertos músculos de la cara.

Los psicólogos, en cambio, han procurado establecer las condiciones de actividad mental que determinan la risa; no han conseguido, sin embargo, ponerse de acuerdo sobre tema tan escabroso. Sólo han concordado en reconocer que la risa es un fenómeno exclusivamente humano, verdad admitida mucho tiempo ha. La frase de Rabelais: "reir es lo propio del hombre", fué ampliada por Voltaire en términos muy repetidos: "Los animales no ríen de placer aunque lloran de tristeza El ciervo puede verter un humor de sus ojos, cuando se ve acosado; el perro también, cuando se le diseca vivo. Pero ellos no lloran la pérdida de sus amigos, como hacemos nosotros; ellos no estallan de risa, como nosotros, en presencia de un objeto cómico. El hombre es el único animal que sabe reir y llorar". Otros filósofos hicieron innumerables incursiones en este campo; y a fe que el tema es tentador. Pero la ciencia, desconfiando de tanta hojarasca, buscó por otros caminos una interpretación de la risa, en el orden fisiológico y en el psicológico.

Algunos creen que no basta resumir en ingeniosas doctrinas algunas condiciones psicológicas de la risa para explicar los movimientos mímicos que suelen acompañarla. ¿Por qué se contraen de cierta manera los músculos de la cara, así como los del pecho y del abdomen, cuando sentimos un placer inten-

so o cuando nos choca un contraste inesperado? Esta respuesta debe inquirirse en la fisiología.

Pero no es menos justa la curiosidad de los que consideran secundarios los fenómenos mímicos; lo esencial es, para ellos, el engranaje mental que pone en juego los resortes de la expresión.

En suma: la fisiología permite estudiar la risa-mueca y la psicología hace comprender la risa-intención. En un extremo encontramos la mímica de la emoción de placer y en otro el elemento intelectual de la risa.

Ambas concepciones, lejos de oponerse, parecen complementarse. Ello resultará más evidente si consideramos los diversos factores que pueden entrar en la composición de la risa.

*

Yerran los filósofos y sabios que formulan "una" definición de la risa, olvidando que ella asume "varias" formas fundamentalmente distintas. Bastará, empero, comparar las dos risas más clásicas de la pintura universal: el transparente sonreír de "Monna Lisa" y la carcajada fofa de "El Idiota".

En la "Monna" de Leonardo, sonrisa a la sordina; brota de su boca como la vena frágil de una Castalia inquieta; es indecisa en los ojos como el tornasol de una seda sin ajar; se dibuja en la garganta como un eco de intenciones picarescas. Se atreve tenuemente, como un amanecer primaveral sobre las rosas de un jardín. Es aterciopelada, como la caricia de una docta hetaira. Cubre de gracia reservada y honda los labios, que diríanse tallados en púrpura antigua, para disimular agradables ironías: labios esquivos al estertor y a la jarana, dignos en su sobriedad. — Bajo el pincel de Velázquez, la risa aparece como desbordante ronda de músculos pletóricos, contracciones sin reflejo mental, surcos torpes en la hebetud de la mueca, satisfacción imbécil en torno de la gran boca abierta que parece volcar en carcajadas toda la oquedad de su inconsciencia.

Profundo espíritu en la una, mueca superficial en el otro. Diríase que la sonrisa de la Gioconda hermosea su cara como si un Euros dulce frisara en leves ondas la superficie de un mar profundo; y que el carcajear del Idiota afeara la suya como si un violento Bóreas atorbellinara las pocas brazas de agua de un lago pantanoso. Pero más que en la cantidad, ambas difieren en la calidad, en la intención que las anima, en su conte-

nido psicológico. Resucitando en el Renacimiento la clásica creación de los escultores eginetas, Monna Lisa ríe cerebralmente, como si su conciencia se iluminara recordando picarescas fábulas que pueblan su imaginación partenopea; el Idiota, en cambio, muequea sin complicaciones mentales, como los ídolos deformes de las razas primitivas, dejando fugar por los músculos indolentes los ciegos impulsos de su animalidad.

La risa-intención y la risa-mueca son los tonos fundamentales de la gama jocunda, cuyos términos extremos serían la ironía mental y el rictus convulsivo. Fácil es comprender que todas las risas no son inteligentes y que todo goce espiritual no se desgrana en risa mímica.

*

Suelen distinguirse en la risa dos elementos: el gesto y la idea. El uno exterior, objetivo, susceptible de una descripción exacta y minuciosa; el otro interior, subjetivo, cuyo estudio presenta más dificultades y plantea innúmeras incógnitas. Tal división no satisface por completo. Es posible considerar en la risa tres elementos: el mímico, el emotivo y el intelectual. Pueden coexistir, pero a menudo se exteriorizan separadamente.

El elemento mímico de la risa manifiéstase por movimientos particulares de ciertos músculos de la fisonomía y por una sucesión de pequeñas expiraciones ruidosas que parecen depender de contracciones reflejas del diafragma. En el idiota, el niño o el demente, la risa puede estar limitada a esas manifestaciones, como fenómeno del automatismo inferior o como simple reflejo funcional, sin que intervenga la conciencia ni la subconciencia. Esta risa es mueca pura, con más de movimiento que de emoción, sin contenido psicológico; es toda la risa de que son capaces los inferiores mentales.

En la risa normal interviene el elemento emotivo; detrás de la mímica vibra cierto estado especial del organismo que constituye la emoción de placer. Esta risa es abierta y sonora, resumiendo en su pulsante unidad la tensión del músculo y el tono del cerebro; así la poseen los hombres sanos y equilibrados, como gesto destinado a expresar el placer.

El elemento intelectual de la risa consiste en un juicio lógico o estético que permite la percepción del ridículo, no siempre acompañado de manifestaciones mímicas, ni de un estado emocional. En hombres de agudo ingenio puede refinarse esta aptitud de percibir el ridículo y de celebrarlo con una risa

interior, toda intención, toda fineza, sin que un movimiento de músculos la traicione en el rostro, sin que el corazón la subraye con un latido más fuerte.

Existe esa risa virtual; es temida por los que sospechan su existencia en los demás, sin la esperanza de poseerla nunca ellos mismos. Constituye la etapa superior de la evolución de la risa humana, su más fino y acabado florecimiento, la gala más exquisita del espíritu.

*

Existe una evolución progresiva desde la risa en que desborda el excedente vital del organismo, hasta la otra en que la idea toma las riendas para inhibir la expresión fisionómica. La alegría es cada vez más espiritual, la risa más inteligente, al paso que la tristeza y la solemnidad tórnanse cada vez más tontas, más necias. Esa evolución hacia la risa intelectual se confirma observando la evolución étnica; a medida que aumenta la superioridad de las razas acreciéntase la aptitud para reir, y en una misma raza intelectualízase la clase de risa a medida que madura su civilización. Baudelaire hace notar que la risa de los griegos y de los latinos no es ya la nuestra, necesitándose retrotraer la imaginación para comprender el sentido cómico o la gracia jovial de sus satíricos más loados.

En el individuo, la euforia, que implica la conciencia de una perfección o superioridad, favorece la percepción de cualquier desequilibrio o inferioridad ajena. No es otro el núcleo del ridículo: incoherencia, desproporción, aturdimiento, inadaptación, absurdo, distracción. Por eso mismo es una cualidad esencialmente humana; las cosas pueden ser bellas o feas, pero no ridículas; solamente lo parecen cuando la imaginación las humaniza.

La salud pone en tensión la capacidad de análisis para percibir los motivos de ridículo existentes en lo que cae bajo los sentidos; es, pues, el substrátum necesario de la euforia y determina la propia superioridad frente al ridículo. Un psicólogo podría formular esta serie de términos:

Salud: equilibrio, optimismo, alegría, éxito.

Enfermedad: desequilibrio, pesimismo, tristeza, fracaso.

Los tontos (débiles de espíritu) y los tristes (enfermos de espíritu) son los menos aptos para percibir el ridículo. Su imperfección les coloca en sitio de víctimas antes que de verdugos, de burlables y no de burladores. No hay risa intelectual

sin la conciencia de la propia superioridad con relación a la inferioridad de lo ridículo. Ese carácter subjetivo explica por qué algunos tontos creen burlarse del prójimo en el propio momento en que se convierten en objeto de la risa ajena.

*

Una misma acción o persona es ridícula en distinto grado para sujetos diferentes; su ridiculez depende, en gran parte, del que la observa. Los idiotas jamás descubren el lado ridículo de las personas o de los acontecimientos; cuando ríen lo hacen automáticamente, sin gozar. Un imbécil comprendería el ridículo de Sancho Panza al contar que cabalgando un clavileño subió tan alto que veía a la tierra como un grano de pimienta y a los hombres apenas como avellanas. Un tonto reiríase acaso al pensar que los hombres parecían más grandes que la tierra, pero tal vez no encontraría ridículo a Sancho en el papel de hidalgo y héroe. Es seguro que pocas personas han tenido un solo minuto de gracia comparable a la de aquel filósofo a quien le reprocharon que usara guantes rotos y resolvió ponérselos del revés para disimular los agujeros.

Si ridículo es todo lo contrario al ideal de perfección humana, la ridiculez debe ser varia para individuos que tengan un ideal de perfección distinto. En una reunión mundana todos ríen diversamente según sus aptitudes mentales. Un joven mediocre es incapaz de percibir el menor ridículo en el ceremonial de una tertulia; entrando a una sala sin calefacción encuentra correcto quitarse el gabán aunque tenga frío, tomar te aunque el brebaje esté malo, felicitar niñas que tocan pésimamente el piano y hablar tres horas, con personas que no le interesan, sobre asuntos absolutamente triviales. Una persona de inteligencia discreta advertirá que todo eso es ridículo, así como buena parte de los gestos y palabras vulgares que interesan a otras personas menos inteligentes. Por fin, hombres dotados de una intelectualidad superior pueden llevar más lejos el análisis, descubriendo la ridiculez donde otros no se atreverían siquiera a sospecharla.

Cada espíritu posee su lente; ve más o menos, según él sea. Los tontos y tristes son ciegos al ridículo, refractarios a su percepción; los inteligentes y alegres lo descubren a distancia y con aumento. La risa es humana y es eterna; por eso dice Platón que las Gracias, buscando un templo que jamás pudiera ser destruído, encontraron el alma de Aristófanes.

El vulgo, constituído por unidades gregarias, hombres de rebaño, suele confundir la sana alegría con la frivolidad y la seriedad solemne con el carácter. A menudo se oye decir de un triste que es persona seria, o de un alegre que es informal. Tal confusión sería un disparate si se formulara de buena fe; pero suele ser una excusa difundida por los tontos y los tristes, con el objeto de justificar su propia inferioridad.

No creamos en los hombres solemnes que temen comprometerse ante quien los ve reir. Son contrabandistas del talento, falsos monederos de la intelectualidad, piratas del éxito y de la fama; sólo aspiran a que la masa ingenua los consagre "hombres serios": saben que con ese pasaporte, y sin bagaje, se puede llegar muy alto y muy lejos. Los hombres solemnes y silenciosos son simuladores de baja ralea; espíritus indigentes que ocultan en la penumbra del silencio la andrajosa miseria de sus ideas. Es raro el hombre serio que calla por astucia; más son los que callan porque nada tienen que decir. Su seriedad no cobija pensamiento alguno, pues el cerebro de los hombres solemnes suele ser una página en blanco. La seriedad es una simple incapacidad de reir.

El carácter es otra cosa. Los datos más recientes de la psicología han permitido afirmar que la integridad de carácter depende del perfecto equilibrio entre la inteligencia y la salud. Se infiere que coincide preferentemente con la alegría; nada hay, en efecto, que tanto dificulte la unidad de conducta firme, como el pesimismo y la indecisión de los neurasténicos. Montaigne consideraba sospechosos a los simuladores solemnes, descubriendo bajo su ceño adusto la ausencia de amable ingenio: "J'aime une sagesse gaye et civile, et fuys l'aspreté des moeurs en l'austerité, ayant pour suspecte toute mine rébarbative". En verdad, parece que su opinión debe ser mirada como la más sensata.

*

La bondad misma puede medirse por la risa, como por un cartabón inequívoco. Dejemos a Carlyle el honor de patrocinar esa afirmación que parece paradojal. Cuenta, en "Sartor Resartus", que el mismo señor Teufelsdrockh se rió una vez, acaso la primera y última en su vida, pero con tal carcajada que bastaba para despertar a los Siete Durmientes; y comenta: "ningún hombre que se ha reído una vez, ingenua y plenamente, puede ser del todo malo, sin remisión. ¡Cuánto significa la risa! ¡Es la clave con que se descifra a todo el hom-

bre! Algunos gastan una eterna sonrisa afectada y necia; hay en la de otros un brillo frío, como de hielo; pocos son capaces de reír con lo que puede llamarse risa; de ninguno de ellos cabe esperar cosa buena. El hombre que no puede reír, no sólo es apto para traiciones y estratagemas, sino que toda su vida es ya una traición y una estratagema.''

No se puede negar que algunos espíritus refinados tórnanse inaccesibles a la alegría y se crean ''una especie de inmunidad a la risa''. El hecho es exacto, pero su explicación es fácil; suele tratarse de intelectuales ''envenenados'' por el fracaso y por la envidia, sujetos desequilibrados o incompletos, brillantes para morder y difamar a los que triunfan, pero incapaces de triunfar ellos mismos. Su risa ausente denuncia la incapacidad de amar y de admirar, la parálisis de toda inclinación buena o generosa. Entre los griegos florecieron los Agelastas, que practicaban la completa abstinencia de la risa. Así lo refiere Platón, mas parece que no los imitaba; Pascal asegura, en sus pensamientos sueltos, que ''ordinariamente se supone que Aristóteles y Platón fueron personajes solemnes y serios; eran, sin embargo, buenos sujetos que jaraneaban y se reían como los demás, entre sus amigos''.

Esta misma idea sugirió al más insigne alienado, a Federico Nietzsche, aquella página dionisíaca de su Zarathustra que termina proclamando sagrada la risa e invita a los hombres superiores a cultivarla con amor.

La risa intelectual es la dádiva con que la Naturaleza ha integrado los privilegios de los hombres más excelentes.

*

Dejando a filósofos y moralistas el demostrar la función social de la risa, como correctivo de las costumbres colectivas e individuales, señalemos su campo de aplicación práctica: la risa terapéutica.

La risa y el placer son exponentes de energía vital; pero pueden, a su vez, ser los estimulantes de esa energía. Es sabido que toda expresión mímica tiende a determinar la emoción que habitualmente le corresponde: poniendo cara triste no es posible pensar en cosas alegres, y viceversa. Por eso la risa provocada merece una amplia cabida en la medicina del espíritu. Las compañías festivas y los risueños entretenimientos constituyen la fase mundana de esta medicación; la parte farmacológica podría estar a cargo de los medicamentos eufóricos o exhilarantes, cuya lista es compleja, desde el vino de cham-

paña hasta el protóxido de ázoe, pasando por el opio, el haschich, el kawa, y otras substancias que en dosis pequeñas modifican favorablemente el tono cerebral y orgánico.

La risa terapéutica fué preconizada ya por Moreau de Tours y por Raulin en el tratamiento de ciertas neurosis; la risa provocada produce efectos sorprendentes. Gracias a las mencionadas asociaciones funcionales, la expresión de la jocundia y del placer, obtenida en los sujetos aun a su pesar, llega a producir estados de optimismo que ahuyentan el mal humor y el aburrimiento. Aunque el orden de ese proceso sea inverso al normal, la eficacia de su acción no es menor; así como el placer trae la risa, la risa trae el placer. "Hay que reír antes de ser feliz, dice Goethe; y si la alegría se resiste a venir, hay que forzarla". Ese es, sin duda, el secreto de muchas personas que ríen siempre y a todo propósito, viviendo contentas de sí mismas y de las demás.

Esta agradable terapéutica no ofrece peligros, aunque se le han atribuído algunos imaginarios. "Se ha llegado a contar, decía Voltaire, que algunas personas han muerto de risa; me cuesta creerlo, pero seguramente hay muchas más que han muerto de tristeza". No cabrán, pues, vacilaciones al prescribir la risa como estimulante de la salud, de la inteligencia y de la felicidad; mejor receta no puede otorgar un psicólogo a los neurasténicos aburridos que afean y amargan la existencia en las grandes ciudades.

Y, si son jóvenes, deben enamorarse de una mujer que sepa reír con los ojos y con el espíritu, con los labios y con el corazón, con todo su cuerpo gracioso y salubérrimo, plenamente, absolutamente, con una risa que sirva para algo más que mostrar sus lindos dientes.

II

ITALIA

LA EXÉGESIS DE DANTE

Florencia, 1905.

Desde Fiésole, donde un convento enseñorea su campanario sobre ciclópeas ruinas de gentes etruscas, vimos apagarse un crepúsculo entre las siluetas gentiles de Florencia. Decoración de colinas en el panorama, perfume de flores primaverales en el viento, penumbra en el fondo silencioso de la quebrada, indecisas claridades en las cimas lejanas.

El Arno, inquieto, pone la cinta de su reflejo especular en el zigzagueo del valle, ora insinuándose delgado y recto como una aguja de plata perdida entre el pedregullo, ora abriéndose como una trenza desflecada cual si quisiera esparcir más lejos sus caricias húmedas sobre las riberas. Diríase, por momentos, que se adivinan en el murmullo de su cauce imperceptibles ecos de grandes voces extinguidas: lamentaciones de Dante, chismes de Boccaccio, retóricas de Savonarola, bandos de algún glorioso Médicis, sonar de trompetas güelfas y gibelinas. Junto al río, visiones evocadoras. Un puente vetusto afirma el orgullo de sus siglos y de las grandes plantas que lo hollaron; el campanario de Giotto pavonea su gracia única, esbelto como un talle de virgen botticelliana y atrevido como un capricho de orfebrería; la curva pletórica del domo yergue hacia el cielo su masa uniforme como el túrgido seno de una Venus del Ticiano; la torre cuadrilátera de la Señoría, sitio de lides heroicas cual las que el griego narró de Aquiles y de Héctor, se perfila elegante como una pieza de ajedrez digna de ser jugada por mano de la Virgen del Granduque; bloques de mudos palacios respetados por los siglos, como si el tiempo no osara vejar la gloria de sus antiguos señores; y aunque erguidos como castillos y seguros como fortalezas, puede en ellos la mente del artista reconstruir las horas intelectuales del Renacimiento, cual si las leyera en la crónica misma de Dino Compagni. Y después más domos, más torres, más palacios, todo esfumándose tímidamente en la sombra del valle, mientras en lo alto el sol dora todavía la atmósfera de la

ciudad. Diríase un halo de oro pulverizado sobre una bella hetaira dormida junto al Arno.

Un crepúsculo en el Coliseo invita a meditar sobre lo transitorio de toda grandeza humana; frente a las Pirámides egipcias sugiere hondo respeto de ignotas cosas que a medias se presienten; junto a Florencia instiga a la recordación de momentos dulces, de amables ritmos, de melodías suavísimas, de gestos agraciados. No en vano sorbieron de su ubre Alighiero y Boccaccio — padres del idioma armonioso, — Maquiavelo agudo, Galileo firme, y a un tiempo mismo Donatello, Brunelleschi, Ghiberti y Della Robbia, clarividentes maestros de líneas y de formas. Su misma savia proficua nutrió al suave y candoroso Giotto, a Botticelli ingenuo y sentimental, al Angélico místicamente inefable y a cien que preludiaron la hora — suprema en la historia del arte — en que Leonardo, Rafael y Miguel Angel trabajaron juntos para el renacimiento de la belleza greco-latina ahogada en pocos siglos de cristianismo. Faltó una cosa en el renacimiento de Florencia, la música; pero la hubo a raudales en los tercetos de la *Divina Comedia* y la Galería Pitti custodia el expresivo *Concierto* de Giorgione, que vale en color y luz lo que otros en timbre y sonido. Después llegó la decadencia, tan ilustre y suntuosa decadencia que pudo ostentar un Benvenuto Cellini. Más tarde... hoy... ¡lástima grande que D'Annunzio, Michetti y Bistolfi no sean florentinos!

Florencia conserva su tradición de ciudad intelectual. En primavera invita a amar la vida y a vivirla hermosamente; no mentiría quien la proclamara primera entre las ciudades bellas. Entiéndase que tal sería una opinión de artista; un mundano daría su voto por París, donde el Moulin Rouge interesaríale más que el Louvre. Un hombre normal votaría por su terruño, donde están las cosas irreemplazables en su cariño.

La Naturaleza brinda al valle del Arno una primavera digna de Virgilio o de Longfellow; justo es que haya inspirado a Botticelli su extraordinaria Alegoría. Algún poeta ha dicho que el Abril de los países fríos es un niño que despierta entre sueños de angustia y de muerte, mientras la primavera meridional es una joven hermosa que se levanta con sueños de ilusión y de amor. El primero surge de una tumba y queda sorprendido al verse entre guirnaldas; la otra baja sonriente del cielo cabalgando un haz luminoso de sol.

*

Entre tantas remembranzas admirables, el espíritu del pensador o del artista se remonta al extraordinario gibelino.

"....Che sorresse il mondo
in suo pugno e le fonti
dell' universa vita ebbe in suo core."

Pero es vano el esfuerzo mental; representarse a Dante es un ensayo de objetivación superior a toda capacidad humana. Es imposible ubicarlo, siquiera sea con la imaginación más retrospectiva, en esta Florencia que vió sus luchas y arrulló sus sueños.

Para los estudiosos de su poema, Dante no es un hombre ni un personaje de leyenda. Los hombres son temas para el biógrafo, el novelista o el dramaturgo; los dioses y los héroes son temas para el genio: de Homero a Wagner.

Dante es más. Más que los hombres, porque fué un genio; más que los dioses y héroes de leyenda, porque existió, dejándonos su obra suma, la más bella gloria de Italia. Si bajo el cielo del Apenino sólo hubiese germinado el espíritu de Dante — y sabemos que nació el de Leonardo, otro magnífico — ello bastara para que todo cerebro exquisito depusiera su ofrenda votiva ante la madre cuna del gran mundo latino.

Los dramaturgos han querido revivir su tipo. El último ensayo, en que naufragó Victoriano Sardou, tuvo más de profanación que de apoteosis. ¡Quién dijera al altísimo poeta que su viaje misterioso por la "selva selvaggia ed aspra e forte — che nel pensier rinnova la paura", donde para penetrar es fuerza vencer la envidia, la soberbia y la avaricia, simbolizadas en el encuentro con la Pantera, el León y la Loba, quién le dijera que inspiraría bellos gestos de comediante, arrancando el aplauso estrepitoso que consagra a las mediocridades, pero que es irreverente detracción, sin ritmo y sin gloria, para el genio!

Dante está fuera de nuestra capacidad de objetivación; por eso, entre bastidores, semeja una rara gema engarzada en armadura de dublé. Dante se lee meditando. La multitud del teatro no puede juzgarle: el ascua nunca fué juzgada por la escoria.

En el más tenebroso de sus círculos infernales ubicaría el poeta a sus profanadores, si les sorprendiese en el crimen de violar su alcazaba marfilina.

*

El de Sardou no fué el primer ensayo de representación objetiva de Dante o de su obra.

Antes que del personaje, los dramaturgos abusaron de su poema. Es memoria que algunos pasajes de la *Comedia* fueron adaptados escénicamente para los "misterios", en Francia, cuando el espectáculo semirreligioso incubaba los gérmenes del teatro moderno. Con ese procedimiento, durante el siglo XV, enmarañáronse los espíritus colocados ante la complicada sumidad del símbolo y entre las pasiones tempestuosas que mueven la comedia divina del poeta.

Mas correspondió a nuestro tiempo la total palingenesia escénica del Alighiero. Presentado por el uno y citado por el otro, fué, en la escena, con diligente prudencia, por dos artistas eminentes: Bovio, el poeta filósofo, y D'Annunzio, el incomparable orfebre.

Antes que del pensador, digamos del orífice. Y antes que hablar de él, oigámosle:

"........Io fui talvolta
nella casa di un sommo cantatore
nominato Casella
e quivi convenivano taluni
gentili uomini: Guido Cavalcanti
tra gli altri, cavaliere dei migliori,
che si diletta del dire parole
per rima, e Ser Brunetto
dottissimo rettorico
tornato da Parigi,
e un giovinetto
degli Alighieri nominato Dante.
E questo giovinetto mi divenne
caro, tanto era pieno
di pensieri di amore e di dolore,
tanto era ardente ad ascoltare il canto.
E alcuna volta ebbe da lui un bene
inatteso il mio cuore
che sempre chiuso era; perché la troppa
soavitá del canto
alcuna volta lo sforzava a piangere
silenziosamente,
e, vedendolo, anch'io con lui piangevo".

Hemos leído que en la Pérgola, la noche del estreno de la *Francesca da Rimini,* cuando Paolo dijo admirablemente esos versos de Gabriel D'Annunzio, un vago murmullo recorrió la sala, indeciso, indefinido, y muchos se cambiaron miradas intranquilas que parecían preguntarse: — ¿Qué es ésto? — Y los versos, aunque dulcísimos y recitados con exquisito sen-

timiento de arte, no despertaron ni la simple insinuación de un aplauso; el goce de la emoción estética estaba inhibido por un sentimiento de inexplicable sorpresa. Parecía imposible que un personaje cualquiera, aunque fuese de la más pura cepa intelectual, evocara así, humanamente, el nombre de Dante, hablando de él como de persona con quien hubiese vivido en amistosa familiaridad.

*

Bovio fué más osado. Hizo de Dante el protagonista de su *Il Millennio,* tercera parte de la preciosa trilogía iniciada con *Cristo alla festa di Purim* y *San Paolo.* Callaremos del *Leviathano* y el *Socrate,* ajenos a la trilogía e inferiores a ella.

El drama de Bovio no es teatralizable, en el concepto actual del teatro; es la evocación de un arte ático por excelencia sintético a la vez que simbólico, impregnado en profunda filosofía, obra de un genio complejo en que el pensador da la mano al artista y al sabio. En esa forma es justificable su exégesis del florentino, a quien confiere toda la plenitud de la videncia histórica, de la profecía.

En *Cristo* y *San Pablo,* el cristianismo entra en Roma, la hace Ciudad Divina; Dante señala *El milenario* de la Ciudad Terrenal, italiana. Es la demolición del reinado divino y el advenimiento del reinado humano; Dante es profeta de Italia y su Comedia es la Biblia nueva.

Demasiado símbolo, acaso, en esta exégesis, y también demasiada profundidad de pensamiento. Pero siempre notamos una alta finalidad en el espíritu del autor: la palabra es solemne, el ambiente sereno, el gesto majestuoso. Dante, llevado a la escena de esa manera—lo mismo que Cristo, San Pablo y Sócrates—no pierde su respetuosidad solemne; por eso, naturalmente, el genio dramático de Bovio no es de los que arrancan aplausos a los públicos mediocres, sino de los que podrían inducir silenciosas meditaciones a un estilita de la filosofía histórica.

*

Así, *cum dignitate,* mueve a Dante el filósofo; con respetuosa indolencia le nombra el esteta. Y con todo, Dante humanizado no se concibe. Dante es el venerable ciudadano del mundo creado por su genio. Su descenso al centro de la tie-

rra, al través de las bolgias del infierno, su transmigración al otro hemisferio, su ascensión por la montaña del Purgatorio y su llegada al empíreo, donde Beatriz le llama y le espera, son hechos que parecen constituir la realidad de su vida, verdaderos accidentes biográficos. Dante, para nosotros, no ha pensado su mundo, lo ha vivido. Ha visto la selva y las fieras que a su ingreso espantan; ha encontrado a Virgilio, su guía y maestro; en la puerta infernal ha leído las palabras de color obscuro; la narración de Francesca martirizó verdaderamente sus oídos; entre el ladrido de Cerbero escuchó los ayes de los golosos, acoquinados bajo la lluvia de granizo; vió la Estigia y llegó a Malebolgia; encontró a Ugolino y a Farinata. Vió suceder los días, restringiéndose su ambiente en cónica espiral, con las ciudades de arcos incandescentes, los ríos de sangre, la selva de árboles animados cuyas ramas destroncadas manan ayes y lágrimas; cruzó los desiertos de candente arena, donde cae pausada y uniforme la lluvia de fuego; surcó la gélida landa en que yacen enterrados los pecadores y, más allá, la fresca marina do el ángel toma las almas destinadas a llegar a la isla mística, las etapas que se escalonan para llegar al paraíso terrestre, los cielos estrellados, el ambiente de bonanza divina donde todo es luz y armonía.

Ese es Dante, esa su vida. Comienza en aquel recodo del camino donde se le encuentra, perdida la recta vía. De vuelta se le ve salir del Paraíso y parece descender del cielo hacia los hombres por una vía luminosa de nubes resplandecientes, con la actitud de un estoico sublime, pensativo. Profundamente pensativo.

*

Abstraer a Dante de ese mundo que él mismo se ha creado, que es el único suyo y exclusivamente suyo, es obra descabellada; quien quiso "descriver fondo a tutto l'universo" no puede tener otro escenario que el universo mismo.

No se crea, por ello, que Dante no es sujeto para ser interpretado en perdurables joyas de arte. Por el contrario, tanto simboliza en su mentalidad y en su obra, que ofrece al talento altísimas inspiraciones simbólicas o representativas. Pero siempre dentro de la majestad del arte.

El escultor Canciani, concurriendo al premio "Roma" de la Academia de Viena, eligió a Dante como tema de su obra, que, en verdad, es magnífica. Un macizo de roca se ele-

va sobre un basamento abrupto; de pie, sobre el borde, Dante, sereno y grave, contempla con ojo lánguidamente compasivo a los condenados que en desesperante desnudez se agitan junto al pedestal informe, debajo de la roca. Así ha podido el artista presentar al creador, Dante, junto con una parte de la cosa creada, un jirón del infierno. La serenidad del poeta contrasta con la angustia dolorosa que se refleja en los movimientos espasmódicos de los pecadores en pena.

Dante, en esa obra de arte verdadero, permanece superior, distinto de los hombres. El genio es así; vive siempre en un plano aparte, sobre la humanidad: astro que guía, antorcha que ilumina, palanca que mueve.

*

Cuando se estrenó en Londres el reciente drama de Sardou no dejamos de preguntarnos a quién había pedido el actor Irving, creador del personaje, el cerebro, el corazón y la palabra del sumo poeta. Encarnar a Dante en cualquiera de nosotros, aun en el mejor de nosotros, es convertirle en liliputiense. Se obtiene la caricatura, entre sarcástica y lamentable, por el abismático contraste de la silueta que sale de los bastidores con el Dante del poema supremo, el Dante que culmina sobre toda la historia de la literatura, el Dante universal que concebimos extrahumanamente aguijoneando nuestra fantasía. ¿Cómo explicar a Sardou que lo infinitamente grande no cabe en un escenario?

Sardou no ha podido resucitar aquel ambiente social, aquellos tiempos, aquellos caracteres psicológicos; ha buscado los efectos que el público gusta y aplaude, prodigando al autor el éxito inmediato. Su preocupación ha sido la plasticidad escénica, el aparatoso relumbrón de las bambalinas llamativas, los contrastes pasionales de tonos explosivos. Algunos de sus artefactos son al drama verdadero, como las vírgenes de oleografía a las suaves madonas del Ghirlandaio y del Perugino.

La conclusión no admite reticencias. Dante pertenece a otra vida y a otros tiempos. No revive en la encantadora Florencia de hoy. En el drama de D'Annunzio, se le presiente apenas; en el de Bovio se le adivina o intuye; no cabe en el escenario dramático de Sardou. Dante no se concibe en nuestra vida moderna. Es el viajero de su propia Comedia; hay que buscarle entre las páginas de su misma obra, en el mundo aparte creado por su genio.

Florencia, cuna del hombre, no ilustra al Poeta. Lo evoca.

LOS AMANTES SUBLIMES

Verona, 1905.

Verona podría ser la Meca del amor apasionado y hondo, del amor que no se licúa en el crisol de cada nueva primavera, del amor que resiste al corrosivo de las vulgares desventuras, del amor que se proyecta en el tiempo como la sombra de un árbol en la pradera: más grande cuanto más lejano.

Toda colina parece allí un Himeto. El Adigio corre sereno; el agro de Verona semeja, junto a él, una helénica landa lamida por el Iliso o el Cefiso. El murmullo del río suena a melopeya; en el traspié que da sobre cada breña despierta una leve murmuración amorosa; voces traídas desde antiguas fuentes que rompen la piedra allá lejos, entre verdores lozanos. Y en las voces diríase que dialogan invisibles ninfas y centauros, ebrios de pasión, ocultos en el misterio de boscajes estremecidos por su amor.

En cada ciudad nuestra imaginación presiente un espíritu y un paisaje conforme a nuestros recuerdos: una virtud o un vicio, un amor o un odio, todo lo que está en su tradición o en su leyenda, aleteando en el marco obligado de cierto panorama convencional. Al acercarnos a Verona creemos divisar mansiones medioevales, y en cada una el balcón de hierro laboriosamente batido, y en cada hierro macetas con lánguidos jazmines, y pendiente la fina escala de seda, y en cada escala un Romeo pálido de emoción, y en lo alto, ojerosa de amor, tendidos los brazos hacia el amante, una Julieta ideal. No concibe nuestra imaginación otra Verona.

La encontramos silenciosa, apoyada sobre el Adigio, y diríamos que es una joven nostálgica que mira el infinito desde una balaustrada proficua de recuerdos. Porque Verona es así, como las niñas aristocráticas que al caer en mala fortuna conservan la finura del perfil, la distinción del gesto, la exquisitez de su buen gusto. Es una violeta sentimental, un tanto ajada; es el precioso manuscrito de una novela trunca; o un refugio de princesas destronadas que aun sonríen a sus admiradores fieles. Pero ante todo, y sobre todo, Verona es un relicario

venusino, de dos gemas únicas: los corazones de Romeo y de Julieta.

La ciudad luce otras réminiscencias. Allí dominó Teodorico el Grande y fué podestá Martín Escaligero. Fué más célebre uno de sus descendientes y sólo por haber acogido a Dante, proscrito de Florencia.El poeta vive todavía en el mármol, en la "Plaza de los Señores"; al irse el día se levanta como una gran sombra pensativa, vagando en el crepúsculo, y parece que mil ideas están revoloteando sobre su frente como guirnalda de aguiluchos sin nido.

El viajero medita en silencio frente al mármol del poeta y pasa. La historia de la ciudad es la tradición de los amantes: despiertan o resucitan, allí, romanticismos dormidos pero inextinguibles.

Existieron las familias hostiles, Capeletes y Montescos; Dante nos lo repite en su "Purgatorio". Es verosímil que sus hijos se amaran. La novela del conde Luis de Porto es creíble en casi todas sus partes; Mateo Bandello la incluye en su interesante colección y de allí la tomó Boisteau para su arreglo francés. La leyenda tiene en su favor el valioso testimonio histórico de Gerónimo della Corte.

La imaginación de innumerables artistas ha eternizado, más tarde, el trágico episodio de los amantes sublimes. Shakespeare, que dió sangre y alma italianas a tantos de sus personajes, resolvió inmortalizarlo en un drama admirable.

El viajero que llega a Verona busca los testimonios materiales de tanta remembranza: la casa y la tumba de Julieta.

La imaginación trabaja. En los callejones podrían querellarse todavía los valientes de ambas progenies; al anochecer parece que vagan rondas de enmascarados y que Tebaldo va a clavar su acero, otra vez, en el pecho de Marcucio. Allí resquebraja su vetustez el convento de franciscanos en el "Vicolo San Francesco al Corso". En una capilla lamentable hay cierta habitación que es indigna parodia de una cripta y en ella un mal sarcófago medioeval: eso es la tumba.

Choca el holocausto de tontería volcado por escuálidas solteronas inglesas: coronas, tarjetas, versos. A lo sumo deberían admitirse sobre el sarcófago guirnaldas de jazmines y como visitadoras mujeres con tiernas caras de Botticelli, con bustos ceñidos por blancas túnicas; y en el ambiente plegarias armoniosas, amorosas, deliciosas. Tal sería el marco evocador, para revivir el poema con dulce melancolía. ¿Sacerdotisas para ese rito? Habría que recurrir a las tres gracias — tres, como un trébol de amorosa carne. — ¿Cuál de ellas, Aglaia, Eufro-

sinia, Talía, negara el homenaje de su Belleza y de su Silencio para convertirse en vestal de este fuego sagrado del Amor?

Fuimos a resarcirnos de esa decepción en la "Vía Cappello", donde se conserva la casa habitada por Julieta, la casa de los Capeletes. La fantasía suple las deficiencias reales del edificio. Bajo uno de esos balcónes Romeo cantó y languideció de amor; de esos hierros dichosos pendió por cien noches consecutivas la escala por donde trepó su pie ágil; allí mismo el plenilunio de una medianoche estival envolvió en el tierno abrazo de su palidez tranquila el primer beso de las bocas jadeantes, cómplice mudo.

Cuando pisamos el umbral de la casa, una amable noticia la hermoseó: el concejo municipal acaba de comprarla, convirtiéndola en paraje de peregrinación universal. La compra, delicada y artística, lo honra en extremo; no se acostumbran ya tales gestos. Verona es, empero, ciudad italiana; en esta dulce península de Laura y de Beatriz aun no se ha apagado el culto del amor, del arte y de la belleza. Obró cuerdamente el municipio al no discutir la autenticidad total de la tragedia galante. Romeo y Julieta existen ahora, aunque nunca hubiesen vivido; existen como símbolo perenne del amor incontrastable, del amor que pasa sobre todos los obstáculos, del amor que desafía la vida y la muerte. Tal como nos dice el Alighiero:

Amor, che a cor gentil ratto s'apprende...
Amor, che a nullo amato amar perdona...
Amor condusse noi ad una morte...

*

Cuando sobre Verona anocheció, sentimos un deseo irresistible de evocar la historia. Muchos la conocen a través del drama shakesperiano. Es más ingenua en la primitiva novela del conde Da Porto, dedicada por éste a Lucinia Savorgnana, nobilísima señora. Cada cual puede contarla a su manera y nosotros a la nuestra, prefiriendo no torcernos de la tradición inicial.

En tiempo de Bartolomé della Scala, una tregua amenguó el odio que acibaraba los corazones de Montescos y Capeletes. Messer Antonio, de estos últimos, celebró rumbosas fiestas. Siguiendo a una hermosa que le afligía con sus desdenes, concurrió a ella un joven de los Montescos, Romeo, apuesto garzón, de elegancia perfecta. La única hija de los Capeletes prendó-

se de su belleza y su tristura, viéndole mustio por las crueldades de una pasión incierta. Cuando cruzaron sus miradas, Julieta le pertenecía. El azar de un baile figurado los reunió. Daba ella su otra mano a un joven que tenía las propias siempre heladas, en julio como en enero. Entonces oyó el montesco una dulce voz: ¡bendita sea vuestra presencia, Romeo!

Y el joven, maravillado al oirla: ¿Por qué podríais bendecir mi llegada?

Y ella: — ¡Sí! Bendita vuestra presencia a mi lado, pues así mantendréis en dulce calor mi mano izquierda mientras se hiela mi derecha.

Y él, osando más: ¡Si con la mía caliento vuestra mano, con vuestros bellos ojos vos me quemáis el alma!

Y ella, con una sonrisa, temiendo llamar la atención por tan largo diálogo: — Os juro que ningún rostro me parece aquí tan expresivo como el vuestro.

Y él, conquistado: No obstante ser de los montescos, cual soy, seré, si os place, eternamente servidor de vuestra belleza.

En estas palabras puso la más íntima vehemencia, como quien rubrica una profesión de fe definitiva. Amar a la mujer es servirla, someterse a sus más instables anhelos, esclavizarse a su intención. Las mujeres dignas de ser amadas merecen del hombre el holocausto absoluto de su rendición incondicional, porque amar es servir un rito cuyo ídolo es la persona amada. Las hetairas que se entregan sin conquista no son nunca amadas, porque no inspiran respetuosa devoción. Los hombres amamos para dar felicidad, más que para recibirla; el que sabe amar sólo necesita la dicha interior de complacer a la amada. La juventud, la belleza, la gracia y el talento, sumados en un cuerpo lozano, esperan y necesitan el homenaje de servidores fieles; la beatitud de amar es por sí sola un bálsamo a todos los dolores, una compensación a todas las inquietudes, un acicate a todas las energías, una sonrisa a todas las esperanzas.

*

El odio tradicional de las familias, como el espíritu del mal en las tragedias griegas, se atravesaba obstinadamente entre los corazones. La hija de los Capeletes, gustando pensar en la buena antes que en la mala ventura, supuso que podría consentirse el enlace para sellar la paz con los Montescos.

Romeo pasaba innumerables noches al pie de su balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces sobre

los fríos mármoles de la calle solitaria. Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó a sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando a Julieta. Esta abrió una noche su ventana y le divisó.

— ¿Qué hacéis, corazón tierno?

— Obedezco a mi amor.

—¿Y si os vieran? Corréis peligro....

— Sí, virgencita rubia. Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese en mi ayuda vuestro amor. En cualquier otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. ¡Dejadme al menos expirar en este sitio, cerca de vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si al cielo y a vos pluguiera!

Un minuto después la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuamente en ellos, como una etérea solución de perlas finas. Sólo el antiguo odio familiar cernía una sombra en torno de ambos; su amor sentía ese halo triste, como el misterio de una fatalidad inexplicable. Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia: cada estrella una gota.

Se dieron el primer beso de amor. Quien lo haya dado sabe que la primera vez tiembla tímidamente sobre los labios, como el amanecer primaveral cuando asoma sobre las colinas La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos—prolongado, insistente, interminable—tiene sabor a miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania a Isolda y a Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna se estrecharon muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

*

Llegó el invierno crudo; Romeo la conmovió con el espectáculo de su juventud ajada por tantas noches de intemperie. ¿Por qué no le recibía en su alcoba? Indignóse Julieta y amonestó la audacia: lo hizo con blandura, sin convicción, adelantando salvedades nupciales, pues era entonces costumbre tender la dulce red, lo mismo que ahora. Romeo no ansiaba otra cosa. Pocos días después se desposaron ante fray Lorenzo, filósofo y experimentador de cosas mágicas, a quien los votos religiosos no impedían zurcir amores en la penumbra del convento. Fueron esposos en secreto y paladearon a hurtadillas

las delicias del amor, esperando que el tiempo sugiriese un medio de enternecer al viejo Capelete.

¿Hubo envidiosos de su excesiva felicidad?; la envidia es el veneno con que los miserables emponzoñan la copa de los dichosos. De pronto, sin causa explícita, renacieron las querellas. Capeletes y Montescos se atacaron un día, en pleno Corso. Romeo no daba golpe, recordando que los adversarios tenían sangre de su amada. Al fin, cuando muchos de los suyos habían caído ya, corrió sobre Tebaldo, el más procaz, y de un solo golpe le dió muerte. La justicia le desterró de Verona a perpetuidad. Antes de irse, gracias a fray Lorenzo, los amantes tuvieron su última entrevista, separándose de cuerpo, ya que de espíritu era imposible.

Empezó entonces, para ellos, el tormento secreto de la inquietud sentimental. La distancia agiganta las pasiones intensas, borrando en la memoria los lunares y los defectos para poner de relieve las cualidades y las virtudes. El que de cerca ama, de lejos idolatra; el que puede olvidar no ha amado nunca. Así como la fortuna adversa es el reactivo de la amistad verdadera, la ausencia es el árbitro más seguro del amor.

*

Julieta lloraba noche y día. No se equivoca el ingenuo cantar:

Plaisir d'amour ne dure qu'un moment.
Chagrin d'amour dure toute la vie.

Su madre no consiguió arrancarle el secreto de tanta pena; dijo un día a Messer Antonio que tal vez fuese íntimo deseo de casarse.

—Convendría buscarle un marido. Pronto tendrá diez y ocho años; después de esa edad las niñas pierden, más que ganan, en belleza.

El padre asintió. Fueron vanas las protestas de Julieta. Desesperada, pidió confesarse para ver a fray Lorenzo. Recordó al franciscano sus poderes milagrosos; era la ocasión de probarlos, dándole un veneno y resolviendo el grave caso.

Después de mil vacilaciones, cariñosamente, le habló así:

—No te daré veneno, hija amadísima. Sería pecado verte morir tan joven y tan bella. Si tienes el valor de secundarme, yo te conduciré junto a Romeo, para siempre. Escucha. La

tumba de tus mayores está fuera de esta Iglesia, en nuestro cementerio. Te daré cierto polvo que aletarga; te creerán muerta; serás enterrada. Yo iré a buscarte, quedarás oculta en mi celda algún tiempo y después te llevaré a Mantua, donde Romeo te espera.

Ella aceptó. Fray Lorenzo encargóse de comunicar el plan al amante proscrito.

Sorbió Julieta los polvos y durmióse con la apariencia de una muerta. Verona entera compartió la desolación de su familia.

Un siervo fiel a los amantes, ignorando el secreto, voló a Mantua para llorar con Romeo la desventura. La carta de fray Lorenzo no había llegado aún. Romeo, enloquecido por el dolor, juzgó inútil, imposible, sobrevivir. Vistió un disfraz de aldeano y echó en su bolsillo una ampolla de veneno infalible. Si descubierto, moriría a manos de la justicia; si llegaba a Verona, se encerraría en la misma tumba de su amada y descansaría allí, junto a ella, inseparablemente. Dos noches después de enterrada Julieta, llegó a Verona; costeó el monasterio y dió con la sepultura. Levantó la losa. A la luz de su linterna ciega vió a Julieta en su ataúd, rodeada por sus enemigos, por su propia víctima. ¡Nunca tan bella!

—¡Ojos que fuísteis la clara luz de los míos, mientras plugo al cielo! ¡Boca que he besado mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilectos! Seno delicioso, refugio de mis caricias, estuche único de mi adoración y mi ternura! ¡Cuán ciegos, mudos y helados estáis! ¡Cómo podré vivir sin vosotros!

Y entretanto esparcía sus besos en los ojos, en las mejillas, en la boca, sobre todo el cuerpo venusto de Julieta, ahogada por los sollozos la garganta y ciegas de lágrimas las pupilas. Desolado, sorbió el contenido de la ampolla y abrazando a Julieta contra su seno esperó la muerte.

Cuando cesó la acción del narcótico, ella volvió en sí, encontrándose aprisionada entre dos brazos humanos. Una voz le dijo que era Romeo: parecía salir de un sepulcro. Ella le refirió el plan. El no había recibido la carta de Fray Lorenzo y por eso estaba allí, a su lado. Mientras ella le hablaba, él fué palideciendo y comenzó a morir entre los brazos de su ídolo; la vida manaba lentamente de su cuerpo, como el perfume de un naranjo en flor.

Cuando llegó Fray Lorenzo, la tragedia era irreparable; pidióle ella que la dejase morir sobre Romeo y guardase absoluto secreto.

Después se descubrió lo ocurrido. Abrieron el ataúd y encontraron a los dos amantes unidos en un abrazo eterno. Bartolomé della Scala, impresionado, quiso ver sus despojos. Los padres de ambos vinieron a llorar sobre sus hijos muertos; vencidos por la piedad, olvidaron su odio y se abrazaron. Así terminó la enemistad que no habían podido apagar los ruegos de los amigos, ni las amenazas de los señores, ni las vidas de jóvenes valientes, ni el tiempo mismo.

Más que todo pudo el amor. Incontrastablemente.

*

Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce, las sombras trágicas de los sublimes amantes parecen despertar, inconscientes, eternas, vagar por las calles de Verona y llegarse hasta el balcón, poblado otrora por sus más caros ensueños, reviviendo las horas felices. Y la casa de Julieta, en las noches de luna, antójase el templo de un culto imaginario; y sale de sus ventanas un perfume extraño, como si fieles esclavas de Bitinia o de Frigia agitaran incensarios de amor; y parece oirse palpitaciones, calofríos, anhelos, como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos. ¿Comprendéis, ahora, cuánta gentileza cabe en la decisión del concejo municipal, asegurando la conservación de esa casa donde todas las noches dos sombras se acribillan a besos?

¿Vulgaridad?

De ninguna manera. Vulgaridad es lo propio del vulgo. El vulgo ya no es la denominación de una clase social; hay vulgo en todas partes, entre el oro y la púrpura lo mismo que entre la escoria. La vulgaridad es deficiencia del corazón, es incapacidad de ideal, es lo inestético, la grosería, la sordidez. La intención ennoblece los actos, los eleva, los idealiza; y es la intención, en otros casos, lo que produce la vulgaridad.

¿Cabe mayor respeto del ideal, más nobleza de intenciones, más finura de sentimientos en la resolución del concejo de Verona? Vulgares son los que han criticado la adquisición, fundándose en que el dinero invertido no reporta beneficios materiales. Ese cartabón es de cartagineses; Verona tiene "gentil sangre latina".

Aumentemos la parte de la inteligencia o del corazón y amengüemos la omnipotencia de los sentidos torpes; recordemos que en toda larva sueña, acaso, una mariposa. La vida

puede ser intensa y conservarse digna; encresparse de pasión, tempestuosamente, sin que el rutilar de la fuente sea opacado por el limo. La intención es todo; en la intención debemos poner el ideal, como en un tabernáculo. Por eso la vulgaridad no está en la conducta misma, sino en la intención chata que la acompaña. Ser vulgar es encanallarse, decía Nietzche, es renunciar al respeto propio, es fundirse en los moldes de la bajeza común.

*

La historia de Julieta y Romeo es la negación de la vulgaridad sentimental. El amor vulgar es el inconstante, fugaz como la ola y como la nube, que observamos a cada paso en torno nuestro. El amor ideal es el de Julieta, solamente comparable con el de Romeo, "fuerte como la muerte".

Emancipar al amor de la vulgaridad es una obra de educación de los sentimientos, finamente intelectual, gentilísima. Todas las ciudades, como Verona, deberían tener su casa de amantes sublimes, para que peregrinasen a ella los jóvenes en edad de soñar y de amar. La historia de esos "amantes representativos", sería más benéfica para la educación de las jóvenes que las novelas de Safos y Afroditas devoradas hoy por las esposas futuras.

Podría hacerse más. En las plazas públicas, en los parques tranquilos y solitarios donde las más hermosas flores emanan tenues perfumes, en las alamedas propicias para que paseen sus ilusiones los enamorados, podrían colocarse estatuas que perpetuasen el recuerdo y el culto de los amantes célebres. ¡Hay tantas de tiranos que oprimieron mucho, de militares que mataron mucho, de jurisconsultos que enredaron mucho, de inútiles que estorbaron mucho! ¿Por qué la posteridad no debe honrar a los amantes que amaron mucho? ¿Amar es menos humano que oprimir, matar, enredar o estorbar?

Ha poco tiempo, en el taller de Rodín, en Bellevue, vimos un grupo de Romeo y Julieta, casi terminado. Ella está vestida escasamente, envuelta en esos velos de pesado mármol que el insigne modelador aligera con su genio. Romeo tiene asida su mano, la lleva sobre su boca entre las dos caras juntas, tan juntas que besa a un tiempo mismo los labios y los dedos. Están fundidas toda la emoción del primer beso que se da a la prometida y toda la satisfacción del primer beso que se recibe de la esposa. No es posible pedir a la glacial solemnidad del

carrara nada más casto y más voluptuoso al mismo tiempo: el paroxismo sentimental y el abismo amoroso.....

¿Cuál será la ciudad que cuente, entre sus millonarios, uno capaz de adquirir esta obra y de regalarla para que sirva de lección en la más hermosa de sus plazas?

LA ENFERMEDAD DE AMAR

Florencia, 1905.

"La víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven poeta se suicidó, descerrajándose un tiro sobre el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos "a sí mismo". En la habitación, libros de Nietzsche y de Schopenhauer. El suicido se atribuye a una intensa neurastenia y a la influencia de la lectura de esos libros". Esta noticia menuda, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio de una enfermedad.

La vida se entreabría ante él como una invitación auroral. Había amado muchas veces, aunque siempre a medias; cien ensueños fugaces habíanse sucedido en su corazón, que era un vergel de frivolidades. Después le llegó su turno, como a todos.

Ella le sonrió una vez; fué en la hora indecisa del véspero, frente al valle que el Arno decora, bajo un cielo de sol y de fantasía. En Italia, país de las pasiones vehementes, el amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas, en las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensarios, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podía no estar en su corazón?

El vió en la sonrisa un amanecer y en la primera palabra oyó una melopeya; desde ese minuto la amó locamente, como todo el que tiene intensa capacidad de amar. En los temperamentos apasionados cada "crisis de amor" es una verdadera enfermedad: atracción de precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primera sonrisa fué el prefacio de otras mil; después hubo caricias como aleteos de mariposa que hacen estremecer una corola. frases musicales como versos de Samain, suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de inquietudes deliciosas que conoce quien ha sabido amar alguna vez.

Al aproximarse la hora nupcial estremecíase de felicidad su corazón. Llegó la víspera, jovial como una mañana de Mayo de Andalucía. ¿Qué pensamientos cruzaron su mente durante la noche trágica? En vez de la ventura amaneció la catástrofe horrible; inesperadamente, con gesto de drama clásico, se suicidó, dejando como testamento la estrofa del poeta pesimista: "Nada hay que valga los latidos del corazón; la tierra no es digna de nuestros suspiros; la vida es tedio y amargor; el mundo es lodo".

La gacetilla hilvanará su comentario sobre la influencia que el poeta y los filósofos pudieron tener en este suicidio; los mentalistas dirán sus diagnósticos descarnados sobre el desequilibrio de los que huyen de la vida. Conviene empero, ser discretos; cualquiera conoce más de cien hombres y dos mujeres que han leído a Leopardi y Schopenhauer, sin haber pensado jamás en el suicidio.

El poeta ha muerto de un mal profundamente humano: tuvo miedo del mucho amor y falleció en una enfermiza crisis sentimental.

*

Amar es temer. Amor y timidez son estado de espíritu absolutamente inseparables. El amador teme a su amada como el albino teme a la luz; el amor ciega como el albinismo. La teme por sí mismo y por ella. Teme ser inferior al concepto que desearía suscitar, no responder al juicio en que se le tiene, romper el ensueño con una palabra importuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco. La pasión es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En la ebriedad emocional parece la persona amada el polen de una flor endeble que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje trabaría un invisible átomo de polvo; telaraña sentimental que se quiebra al calor de toda llama; seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente; es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto siempre renovado. Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos pueden resquebrajarse entre los propios; oirlo hablar con el temor de que el esfuerzo de las palabras enmudezca sus labios.

El que ama llora a solas sin saber por qué: es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con cien mujeres, se azoran cierto día frente a una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiembla ante esa mujer? Es paradojal, pero lógico. El hombre que sabe engañar a mil casquivanas sin amarlas, es incapaz de conquistar a la única que ama. Cuando se atreve — si alguna vez lo ensaya — se limita a ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: Don Juan se arroja humildemente a las plantas de doña Inés anhelando la esclavitud de su amor. Huelga decir que cualqiera Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de Don Juan o de Manón.

*

Ovidio y Petrarca sabían que el hombre en "crisis de amor" no se encuentra en estado normal. Stendhal lo repitió. Ahora lo enseñan los médicos del espíritu.

El cerebro sano repudia las ilusiones; un cerebro enamorado sólo piensa a través de ellas. Toda ilusión es un proceso anormal, el producto de una perturbación que impide asociar debidamente las sensaciones o las ideas. Ver blanco lo negro y lo negro blanco, es propio de quien ama.

El espectro de la ilusión posee una gama compleja. Todo amor poetiza su objeto; poetizar significa revestir de gratas mentiras. Cualquier niña cree que su novio tiene talento, buen porte, virtudes a granel y porvenir risueño, magüer sea zote, cojo, vicioso y vagabundo. Y todo galán afirmará que su prometida posee el don divino de la gracia, ojos de ebonita o de záfiro y labios elocuentes, aunque sea insípida, de ojos desteñidos y tenga los labios pálidos por la anemia.

No es menester mucha psicología para adivinar que esos juicios son anormales y provienen de una lógica enfermiza; la aptitud para juzgar está reducida a cero o poco menos. No se exagera afirmando que los enamorados son enfermos del espíritu, mientras dura su crisis de amor.

*

Otras perturbaciones más graves pueden observarse en ellos, aproximando el amor a la locura: la obsesión y la idea

fija, cuyas definiciones incompletas consignan los tratados de patología mental.

Ciertos enamorados tienen la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por sus cerebros se asocian con otras que se refieren a la persona amada. Si ven un hermoso jardín, sueñan un idilio eglógico; si oyen un rumor de alas entre las ramas, suponen que los pájaros se aman y desearían aletear como ellos; si un manjar sabe a miel, creen tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si tocan un terciopelo, recuerdan la mano cuyo contacto frisa sus nervios, con inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que emana de la mujer amada. Si ven el mar de índigo o de ultramarino, reconstruyen un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, creen descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, suponen que en traje agreste de ninfa va a salir de entre las frondas, como en una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja a un beso, toda apretura un abrazo, todo contacto una caricia.

El cerebro del amante apasionado es un piano en el cual todas las teclas tocan la misma nota. Sus palabras rematan siempre en el dulce tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como a Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado a frasear sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas suenan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.

*

Junto con la idea fija se organiza la obsesión ineludible y todopoderosa. El estudiante interrumpe sus estudios; la imagen de la amada le aparece en cada página del libro como una ilustración al agua fuerte; en cada línea lee el nombre del ser amado. En vano vuelve las páginas y salta las líneas: todas tienen la misma ilustración y dicen el mismo nombre. ¿Cambiar el libro? ¿Para qué?

¿Escribir? Inútil pensarlo. Tomar la pluma equivale a escribir una carta de amor, salpicada por lágrimas y entrecortada por suspiros. Una carta que generalmente no se manda, es cierto; pero una carta al fin, es decir, algo que traduce la fuerza irresistible, la idea obsesiva. ¿Trabajar? El que está encendido de pasión sólo conserva aptitudes para amar.

Hay excepciones. Así como ciertas enfermedades suelen

beneficiar a los pacientes — la tuberculosis embellece a Margarita Gouthier, el histerismo ilumina a Santa Teresa, la locura inspira a Hamlet — el amor favorece a algunos enamorados. Este privilegio corresponde a los artistas, y es justo, por ser ellos los más sensibles a la plenitud de las pasiones. Nadie podrá convencernos de que Wagner no amaba al escribir "Tristán e Isolda", Petrarca al rimar los sonetos a Laura, Canova al esculpir su Dafne y Cloe, Leonardo al pintar la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una catástrofe. Los hombres puntuales yerran sus citas y los inteligentes proceden como aturdidos; las niñas coquetas parecen tontas y las risueñas tórnanse mustias. Por una sola y eterna causa: la idea fija, la obsesión.

*

Se dice que no hay enfermedades sino enfermos. En el mismo sentido podría afirmarse que no hay una enfermedad de amar sino enfermos de amor. Cada sujeto se enamora de distinto modo, según sus idiosincrasias personales.

La timidez, las ilusiones, la obsesión, difieren en cada caso. Así como la pulmonía reviste caracteres distintos en un viejo y en un niño, en un atleta monstruoso y en una histérica sentimental, el amor presenta aspectos diversos en cada enamorado. En ello intervienen cien factores: la edad, el sexo, la profesión, la raza, la intelectualidad, el rango, el clima, el temperamento, la oportunidad; ninguna circunstancia carece de significación en el amor.

Además, en un mismo individuo, la enfermedad suele presentar muchas formas; los antecedentes amorosos de cada amante varían al aparecer una nueva crisis. Un éxito precedente no puede influir lo mismo que un fracaso; las condiciones morales de la persona amada tienen que modificar los caracteres de la pasión que ella inspira

Por eso las variedades son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior a todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; éste mata en su crisis de celos; aquél paga con su vida el precio de un amor absoluto, o ve triunfante un rival, o siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Musset y de Goncourt.

Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el matiz de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un único rayo de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

El médico de almas observa serenamente la gama compleja de estos casos, con simpatía y con piedad; mientras el amor acrisola sus pasiones y alienta sus más secretas esperanzas, parecen los tristes penitentes de un purgatorio dantesco. Y en su lenguaje complicado los clasifica: para él sólo son diversas formas clínicas de una misma enfermedad.

*

La "crisis del amor" cura a menudo; rara vez se vuelve incurable. Hay amores agudos y amores crónicos, lo mismo que nefritis o delirios.

Cura por tedio o por hartazgo, gradualmente; o bien cura por celos o por dignidad, repentinamente.

El matrimonio puede ser su antídoto más eficaz; si los quimícos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos de esa tranquila serenidad en que pueden mezclarse el tedio y el hartazgo. Armando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que la crisis de amor sólo llega a sobrevivir un par de años en el matrimonio; se refería, naturalmente, a los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio: ¿medio siglo de amistad completa, de íntima compenetración espiritual, de anhelos y luchas comunes, de verse resurgir en la propia prole, no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia, no siempre sobreviene la amistad completa con tanta prisa como el amor se va. Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrentosa como un estigma, la desarmonía, la infelicidad irremediable. Es decir, ordinariamente irremediable; pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirujía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces aparece un peligro de otra clase, la recidiva; pocos infelices escapan a ella. Sólo es difícil la primera culpa.

Otros enfermos curan por crisis; son infinitos. Pueblan el drama y la tragedia, siempre iguales y siempre diferentes.

Esta enfermedad se hace crónica pocas veces, lo mismo que los demás padecimientos humanos. Cualquier hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligro-

sas para su vida; sólo una o dos se vuelven crónicas y le acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno o dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda la existencia. En un año hay cien días de viento y sólo uno de ciclón.

*

El trágico fin del amoroso poeta puede mirarse como un caso de suicidio por enfermedad incurable. Muchos enfermos se suicidan para escapar a la torturante pesadilla de sus males crónicos; ¿cómo nos extrañará que se suiciden algunos enamorados que los sufren peores?

El desgraciado joven comprendió la gravedad de su inconmensurable amor; acaso no tuvo fuerzas para seguir amando a su prometida, vaciló frente al peligro, temió amar por mucho tiempo todavía, en ese continuo padecer del que vive atormentado por un idea obsesiva: resolvió ceder él, ya que no cedía la enfermedad. Pocas horas antes de casarse puso punto final a la angustia, buscando en el pesimismo filosófico una justificación para su alma enferma.

Su caso es más sencillo que cualquier filosofía; es un ejemplo de amor verdadero, "como debiera ser" si los hombres supieran mirarse por dentro. Si no se suicidan miles de enamorados es porque los enfermos del espíritu no saben comprender la gravedad de su propio mal; los alienistas dicen que la locura es un infortunio que se ignora....

Y porque los casos de amor crónico son bastante raros.

LA JUSTICIA DE BERTOLDO

Turín, 1905.

Como una griseta en día de holganza, elegante y limpia, lozana y distraída, Turín invita a recordar las nuevas ciudades americanas por el ajedrez que delinean sus calles perpendiculares. No es rumbosa ni venerable; la suntuosidad y la vetustez no ornan su fisonomía, aunque tampoco turba la distinguida quietud de sus calles el sonoro traqueteo de las ciudades industriales. Abundan los hombres estudiosos, los militares apuestos y las modistillas coquetas. Es como una de esas flores gráciles que perfuman el seno tembloroso de tal damisela de buen tono.

Risueña, bonita, serena, Turín es la antítesis de Nápoles, ruidoso hormiguero humano que monopoliza el pintoresco encanto de la mugre y la jarana. En muchos escaparates de librería hemos visto libros titulados "Las dos Italias", "Norte y Sur"; Turín y Nápoles podrían ser los exponentes de ambas. Un meridional es, en el setentrión, tan extranjero como un paraguayo e infinitamente más que un parisién.

El cielo de Turín esparce en todas las cosas incesantes caricias de azul. Los hombres son amables, las mujeres distinguidas, los niños educados, las casas modernas, las avenidas aromosas; doquiera se percibe una constante inundación de sol y de oxígeno alpestre. Todos los días parecen feriados. El forastero pierde en seguida la noción del calendario; cada mañana, al salir a la calle, se pregunta invariablemente si ese día es domingo. Los turineses parecen llevar en su fisonomía una expresión de hombres sin prisa; una gracia indefinida sonríe perennemente en la comisura de sus labios.

*

— ¿Vienes a lo de Tulio? — dijo de pronto Enrique Ferri. — Y como esbozáramos una mueca interrogativa se apresuró a aclarar la invitación, añadiendo: — a la audiencia del proceso.....

"Tulio" y el "proceso", temas familiares en toda la península, son el asunto único de Turín.

El proceso Murri consigue obsesionar a esta población. Se habla de Tulio como de una persona inconfundible, única, sin más explicaciones. Tulio es un personaje, en Italia y en el extranjero. El delito de Bolonia le ha conferido en poco tiempo la fama que un sabio o un escritor sólo conquistan en largos años de trabajo intenso y de lucha pertinaz.... si la conquistan.

En Italia todo parece organizado para halagar y satisfacer la vanidad criminal, para convertir en hombre ilustre al delincuente: la teatralidad del medio, el debate oral, la charlatanería de los abogados, la propaganda periodística, la curiosidad enfermiza del público, todo. Hombres y mujeres se atropellan en la barra de una sala de audiencias, mucho más que en un teatro. Fuerza es confesar que de esta manera la justicia asume caracteres de espectáculo teatral, indignamente teatral. Zacconi y Novelli atraen menos público que Tulio y Modugno, otro héroe judicial del día; calcúlese que pasará cuando ocupa la jaula un Musolino de pró. Los diarios más importantes de Italia mantienen corresponsales extraordinarios donde quiera se ventile "una bella causa", llegando a ocupar dos o tres de sus cuatro páginas con debates judiciales. Nunca faltan un par de asuntos dignos de escándalo.

Fueron menester varios mariscaleos de Ferri para conseguir una entrada. Ordinariamente es necesario tramitarla con varios días de anticipación, como en los grandes estrenos líricos o dramáticos. Por las dudas convino invocar también el nombre de Sighele, abogado de la parte acusadora, pues Ferri lo era de la defensa: de otra manera persistía el peligro de un desalojo. Se anunciaba para esa tarde un espectáculo salpimentado por copiosas especies: la arenga del abogado acusador Nasi, conocido por su causticidad violenta y su realismo despiadado. Digamos, desde luego, que desempeñó a las mil maravillas su papel, injuriando arremangadamente a los procesados, que le oían sin poder protestar eficazmente, acoquinados tras los férreos barrotes de su jaula.

Pero antes que de los actores, digamos la impresión del escenario.

*

Un sujeto con traza de conserje y prosopopeya de canciller abre una puertecilla y dirigiéndose al público declama automáticamente, con voz acatarrada:

—Señores: ¡la Corte!

Como a una voz de mando, todos los presentes se ponen de pie. Entran los magistrados y ocupan cinco sillones detrás de un largo mostrador, sobre una tarima, frente al gran salón cuadrado. Sus caras no se distinguen bien. Es día de lluvia copiosa y la luz escasea, sin que por ello se recurra a la artificial. Antes de empezar la audiencia el aire está viciado y se respira con dificultad; sin embargo, ese mismo aire será utilizado durante cuatro horas más por los heroicos pulmones de los concurrentes. El fiscal pone a cabalgar sobre su nariz—digna, por cierto, de los versos de Guadagnoli— el inevitable par de lentes dorados; cumplida esta formalidad se atusa el bigote bicolor y compone su voz. El presidente agita la campanilla; la sesión está abierta.

A la derecha de la corte, en dos filas, a lo largo de la pared, sobre otra tarima y detrás de otro mostrador, se sientan los miembros del jurado: es la justicia de Bertoldo. Uno de ellos, con cara de portero muy molestado por los vecinos durante la noche anterior, dormita durante la sesión entera. Entre los restantes se perfilan un par de almaceneros al menudeo, tres hombres flacos que merecen ejercer profesiones liberales, un sacristán de parroquia suburbana y un cambalachero de facciones sionistas. Los demás son perfectamente amorfos: son hombres que no existen. Sólo uno llama la atención entre todos: uno con cara terrorífica, que igual pudiera ser de inquisidor o de jacobino. Preguntamos quién era; "es un usurero", nos contestó un socialista amigo de Ferri; es tuvimos a punto de creer que no exageraba, a pesar de su credo, pues un católico pachorriento, que escuchó la pregunta, no resistió a la tentación de agregar en voz baja: "es un mercader de esclavas blancas". Probablemente ambos exageraban, pues más tarde supimos que era un honesto burgués, "hermano terrible" de una logia masónica titulada "Caballeros del Infierno".

Sentimos correr un escalofrío bajo nuestra piel y una ola de sangre nos saltó a la cara; era el recuerdo vergonzante de algún artículo o discurso publicado en defensa de la justicia democrática "ideal". ¡Ese montón de sujetos heteróclitos es el jurado "real", el sueño de tantos ingenuos!...

¡Bertoldo convertido en juez!

*

Frente a ellos, a la izquierda de la presidencia, hay una jaula con gruesos barrotes de hierro, pequeña para sus

siete huéspedes, pues el cubo sólo tiene dos metros por cada arista. En su interior yacen los procesados: el doctor en leyes Tulio Murri, la condesa Linda Bonmartini, el médico Pío Naldi, la joven Rosa Bonetti y el médico Secchi. Detrás de ellos, de pie, dos carabineros con el arma al brazo. Fuera de la jaula hay dos más, uno a cada lado. Los cuatro adoptan fisonomías solemnes y posiciones dramáticas; parecen otros tantos ministros de la guerra que concurren por vez primera a una interpelación parlamentaria. Aunque posesionados del papel de celebridades que les corresponde en este asunto, en que todo es célebre, su solemnidad apenas alcanza a ridiculez; mirándoles es fuerza recordar a los gordos coristas que suelen cantar "Fra Diávolo" en los teatros de tercer orden.

Cierran el cuadrado las tribunas pública y privada, la una sobre la otra, frente a la presidencia. El abigarrado auditorio de estos debates merece tentar la pluma de algún cronista ameno. Tratándose del asesinato de un marido engañado por su esposa, no pueden faltar mujeres en la barra. Las hay jóvenes e interesantes; algunas parecen estar ya divorciadas y casi todas dignas de estarlo. Cuando el fiscal, un abogado o un testigo entra a relatar con minuciosa fruición los pormenores del amor clandestino, las intimidades de los adúlteros, las felonías de la suerte contra el marido, las distinguidas señoras de la barra tienden la oreja rosada hacia la palabra escandalosa, fruncen la frente, atisban la insinuación maligna o pornográfica: parecen asistir a una lección. Ya son adúlteras en su mayor parte o, por lo menos, están en vísperas de serlo. Todas simpatizan con los procesados y detestan al marido muerto, al tirano de Linda. Lo odian por que era marido.

También asisten hombres. Muchos curiosos que no tienen donde pasar el día; varios sujetos de temperamento criminal, degenerados mentales, que admiran a Tulio; tres viejos libidinosos se regodean con el escándalo; algunos estudiantes de abogacía aprenden a confundir el procedimiento criminal con un espectáculo de circo; aves negras, naturalmente; y, por fin, cierta cantidad de vagabundos semicultos, condenados a infecunda bohemia por incapacidad de trabajar, que en todas las ciudades están disponibles para formar una multitud, en un meeting como en una audiencia, en un comité como en una barra.

En el centro de ese cuadrilátero formado por la corte, el jurado, la jaula y el público, toman asiento no menos de trein-

ta abogados, todos con su toga puesta, alineados en cinco filas de bancos y dando frente a la presidencia. Algunos son de fama reconocida: Sighele, Ferri, Altobelli, Nasi, Palberti, Callegari, Vecchini, Tazzari, Gottardi.

En suma, ningún espectáculo de teatro puede compararse a éste por la *mise en scene*. La entrada es gratuita. Allí la justicia manipulea el presente y el porvenir de los procesados, entre los aplausos o la censura de la barra y de los diarios.

*

Simplifiquemos los términos de este complicado crimen.

Linda Murri, casada con el conde Bonmartini, era absolutamente infeliz con su marido y tenía amores ilícitos con el doctor Secchi. Tulio, hermano de Linda, resolvió libertarla, matando a Bonmartini, con la complicidad más o menos directa de Pío Naldi, Secchi, Linda y su propia amante Rosa Bonetti. La premeditación es evidente; consta que Tulio y Secchi hicieron experimentos de laboratorio para envenenar al conde, ensayando los efectos del curare sobre un cordero. Ese medio resultó impracticable.

Poco tiempo después se encontró el cadáver de Bonmartini cosido a puñaladas, en su propia casa. Según el fiscal, Tulio y Naldi acechaban su llegada y lo mataron. Según la propia declaración de Tulio, éste le dió muerte después de una riña y en legítima defensa. Entre esas dos versiones gira el debate, del cual habrían dependido la absolución de Naldi y una sensible atenuación de la pena que corresponde a Tulio. La situación de los otros acusados es secundaria.

*

Cada uno de los cinco actores de esta desgraciada novela sugiere impresiones diferentes. Llevan ya dos años de cárcel, veinticuatro meses que desmoronan al sér físico tanto como al sér moral. En Italia, como en todas partes, el procedimiento es engorroso, los sumarios marchan a paso de hormiga; diríase que la justicia teme los apresuramientos, sin que por ello se advierta disminución en la estadística de sus errores.

Linda Murri suele sentarse en primer término, al frente de la jaula. Apoya una mano en los barrotes, más alta que su cabeza siempre agachada, ocultando así la cara con el brazo. El sombrero y el vestido, aunque modestos, denuncian la nos-

talgia de displicentes elegancias. Un tul obscuro, bastante compacto, la protege a medias contra la curiosidad malsana de las famosas mujeres que la escudriñan desde la barra, sin perder acaso la esperanza de ocupar algún día su puesto en los semanarios ilustrados. Es delgada y conserva rastros de interesante distinción: si no fué bella, en el sentido riguroso de la palabra, tuvo muchos atractivos de buen trato y de inteligencia. Está demacrada y siempre palidísima. No es más culpable que mil adúlteras consentidas o toleradas por la sociedad; pero fué más imprudente, por intelectualismo. En la jaula parece un pantera domada. Dos años de exhibición oprobiosa le cuesta ya su loco afán de amar con el cerebro, de odiar con el cerebro, de vivir con el cerebro. Por que esa es la clave de todo su infortunio: Linda Murri tuvo la desgracia de creerse intelectual.

Rosina Bonetti es una autómata al servicio de su amante. Es la perra fiel. Ama a Tulio y haría por él cosas inverosímiles. Por Tulio se vió complicada en el asesinato, por Tulio está en la jaula, por Tulio irá a la cárcel; sin embargo, su único afán ha sido salvar a Tulio, defendiéndolo con declaraciones falsas, amenguando su culpabilidad, facilitando su defensa. Concurre a las audiencias cubierta la cabeza con un manto negro; lo usa con donaire, como las mujeres chilenas. La cabecita resulta agradable y traviesa, no obstante los atroces sufrimientos físicos que han acibarado su permanencia en la prisión. Fué, sin duda, una chica interesante. Y aunque su defensor le asigna el papel de ingenua, más bien parece picaresca y sensual.

Pío Naldi es una víctima de su cara; hay hombres que no pueden prosperar por la falta de buen talante, así como otros prosperan sin tener más cualidades que su buena presencia. Naldi es feo, tuerto, flaco y asimétrico; un tipo físicamente degenerado. Es médico, pero su vida floreció entre tahures y truhanes. Más vivía en la casa de juego que en la propia; en las crónicas del tapete verde se refiere que era jugador deshonesto. Inspira más lástima que repulsión. Es un caído. Hay en su conducta páginas increíbles; cuenta él mismo que mientras estaba encerrado con Tulio, acechando a la víctima, robó a su propio cómplice. Su posición es vidriosa. ¿Intervino en la ejecución del asesinato? El lo niega y Tulio también; las pruebas reales parecen deficientes, pero la convicción moral le es desfavorable. Cuando el abogado acusador tronaba contra él, bordando un tejido de injurias e invectivas, Naldi tuvo

dos o tres sonrisas de superioridad irónica, a la vez despreciativas y burlescas. Parecía decirle: "me tratarías de otro modo si yo fuera el abogado y tú estuvieses en la jaula." Los caídos tienen también su filosofía; y no siempre errónea.

El doctor Secchi es un hombre normal, casi el hombre "como debe ser", con sus defectos e inclinaciones naturales. Era amante de Linda, mujer casada. ¿Es una culpa? Al más correcto médico soltero le está consentida esa leve irregularidad. Tulio, su cuñado moral, le enredó en proyectos de asesinar a Bonmartini; es probable que Linda interviniese para complicarlo más. ¿Quién resiste a una instancia de la mujer amada, especialmente contra el marido? El amor impone estas solidaridades; no aceptarlas, en ciertos casos, puede significar cobardía. En rigor, Secchi no tuvo iniciativas en la empresa; accedió a los ensayos de envenamiento y puso de relieve que ese medio no era practicable. Su complicidad moral es la única positiva; en todo momento fué solidario de un delito cuya gestación conocía y cuyas consecuencias le eran en extremo agradables.

Pasemos a Tulio, el protagonista.

Los especialistas le llamarían degenerado superior o delincuente intelectual, según los casos. Nadie se atrevería a afirmar que es un babieca o un asesino de tres al cuarto.

La lógica de su delito sería perfecta si pudiera aceptarse su punto de vista. Tulio Murri quiere entrañablemente a su única hermana, Linda, y cree que su infelicidad crónica depende exclusivamente del carácter irreductible de su marido. La solución más simple consiste en suprimir al verdugo. Después de mucho rumiar el proyecto, ornándolo con pintorescas ocurrencias científico-literarias, Tulio lleva a cabo el gran acto, el gesto libertador, movido por una generosa pasión altruista, por el afecto fraternal. Esta sería su propia y verdadera exégesis psicológica si Tulio no hubiese ya inventado mil embustes para escapar a las redes que le tendió la justicia de instrucción. Dentro de su moral moderna cabía la gran honestidad de confesar paladinamente, sin recurrir a las atenuantes de la lucha y la legítima defensa: un delito altruista y pasional no lo habría deshonrado ante sí mismo.

Es un joven bien parecido, a pesar de los pésimos retratos reproducidos por las gacetillas ilustradas. Tenía a su frente el más risueño porvenir. Hijo del ilustre clínico de Bolonia, agregaba a sus atractivos personales todo el prestigio de su apellido; tenía una gran herencia en perspectiva, era afor-

tunado en sus democráticos amores, se le conceptuaba inteligente y culto. Era también mediocre poeta, orador aplaudido en los comités socialistas y candidato seguro a una diputación. Pero había una sombra en su alma, una sombra pavorosa: detestaba a Bonmartini. Su sangre hervía cada vez que le encontraba: las arterias le crugían en las sienes cuando veía a Linda afligida por las infelicidades del hogar. Y, naturalmente, pudo más el sentimiento que la razón.

Su temperamento fué propicio a la idea delictuosa. Era un hombre anormal, instable, un degenerado en cuya alma rutilaban algunas espiras de romanticismo mezcladas con arabescos de vanidad: ya había retoñado en Tulio un amoralismo subjetivo y extrasocial, que suele ser fermento y levadura para el delito, cuando no es su simple justificación posterior.

Tulio, con esa alma *art nouveau*, necesitaba realizar cosas extraordinarias; ante la perspectiva audaz de un bello delito no podía permanecer indiferente.

Delinquió en parte por vanidad personal, por deseo de notoriedad folletinesca. Cuando se sospechó de él, estaba libre y podía eludir la acción de la justicia; pero no resistió a la tentación de una celebridad ganada en pocas horas. Redactó un memorial y se entregó.

Ese memorial es un entero tratado de psicología, documento de vanidad y simulación para hermosear un crimen destinado a llenar el mundo con su nombre. Tulio quiere ser el héroe de un gran drama, el mártir que se inmola para libertar a una hermana infeliz, el brazo justiciero que deshace los entuertos de la moral burguesa, el generoso corazón que sirve a los impulsos de nobilísimas pasiones. Anhela ser artista y actúa como sobre un escenario, calculando el efecto que cada palabra de su memorial debe producir sobre el público y la prensa. Todo el infolio converge a demostrar que su asesinato es un bello gesto pasional; sólo le preocupa ser digno de sí mismo, digno del intelectual que cree ser. Por eso, después del crimen, concurre a una biblioteca pública y deja constancia de que se ha dedicado a traducir y comentar clásicos griegos...

Al principio no le amedrenta la perspectiva de la ergástula por toda una vida y se empeña en guardar las formas. Aun hoy, dos años después, se presenta en la jaula correctamente vestido y se cruza de brazos en actitud digna, aunque sin altanería. Parece afirmar que acepta serenamente las responsabilidades filosóficas del caso.

Es verdad que al principio trató de ocultar el delito y

despistar a la justicia con pequeños acomodos teatrales de la habitación donde aquél tuvo lugar; fueron ensayos de travesura y de audacia para darse el gusto de burlar a la policía. Pero la vanidad pudo más; redactó en seguida el memorial, proclamándose autor de la obra. Ha habido, pues, un poco de *sport*, realizando un crimen interesante y engañando a la justicia. Como es inevitable en casos de esta índole, al final de cuentas se enredó en los detalles.

Su estrella ha palidecido; todas las vanidades palidecen ante el fracaso, inclusive la vanidad criminal. El Tulio que vemos hoy, no es ya el de los primeros días. Una convergencia enorme de pruebas y de presunciones ha caído sobre él, como un alud. La ergástula le entreabre sus puertas como invernáculo permanente, lejos del sol que haría florecer su vida, hasta ayer exuberante de éxitos y esperanzas. Esta visión inflexible sombrea un poco su rostro juvenil y doblega su gesto. ¡Pobre desgraciado! ¡tan joven!

Ahora que está muerto Bonmartini sería un buen diablo a pesar de sus desequilibrios, libre ya de su odio obsesionador, de su única pesadilla. Después de todo, un juez inteligente comprendería que hay en él estofa para un discreto traductor de trabajos ministeriales o un excelente bibliotecario de aldea, sin necesidad de enterrarlo vivo en nombre de la ley... Pero la legislación penal contemporánea es demasiado absurda todavía. Estamos lejos, muy lejos de una inteligente individualización de la pena.

*

Lo demás de este proceso—y de todos los semejantes—es teatral, impúdicamente teatral. Cada sujeto actúa teniendo en cuenta que cien diarios se ocuparán de sus actos y palabras. Esto vale para todos: presidente, fiscal, abogados, delincuentes, carabineros, testigos, peritos y jurados. El fiscal se ensaña, a fin de resultar interesante. Los abogados, sobre todo los abogados, son intolerables; convierten el proceso en un torneo de oratoria comercial, pues hablan en favor de quien les paga y ganan en proporción de lo que hablan. Los médicos peritos proceden análogamente; dicen que el perro está rabioso o no lo está, según quien les paga los honorarios.

Esta comedia, disfrazada con el nombre de procedimiento judicial, tiene aspectos inicuos.

Enjaular a los procesados y obligarlos a escuchar durante años la diatriba de abogados que gozan en complacer al pú-

blico ofreciéndole en pasto los detalles más íntimos del amor culpable, es una práctica inhumana. Por muy infame que sea un procesado, parece innecesaria esta afrenta cotidiana, obstinada, por meses y meses, que al fin y al cabo resulta una terrible pena infamante no prevista ni consentida por ley alguna. Linda Murri ha pagado ya, en esta moneda cruel de escarnio, una docena de homicidios.

Todo hombre culto que vea funcionar un jurado, en casos difíciles como el presente, arriesga convertirse en acérrimo enemigo de esta justicia democrática. En teoría el sistema podrá parecer ideal; pero solamente sería practicable en un país donde cada hombre fuese un sabio y un santo. El buen sentido va reemplazando al sentido común: los "hombres buenos" son personajes de leyenda. El jurado no puede recomendarse en materia penal. Si la criminología es una ciencia que estudia las causas sociales y biológicas del delito, lo razonable es que los jueces sean especialistas en esa ciencia, hombres aptos para ponderar la influencia de esos factores en cada caso y para graduar la defensa social contra cada delincuente. Si algunos jueces actuales son malos o incompetentes—nadie llevará su ingenuidad hasta creer que todos son perfectos,—el jurado es peor, pues reemplaza a mediocres especialistas con hombres absoluta y fundamentalmente incompetentes. Además los jurados son casi irresponsables, en razón misma de su número. Huelga hacer doctrina. Es necesario ver a esas recuas de pelafustanes asumiendo posturas de hombres importantes. ¿Os imagináis a Bertoldo escuchando y juzgando el valor técnico de informes psiquiátricos redactados por Enrique Morselli y Lorenzo Borri?

El debate oral tiene un inconveniente grave. Fomenta la oratoria al por mayor, convirtiendo el tribunal en ateneo de juegos florales. La oratoria por la oratoria es uno de los venenos más funestos de las democracias modernas; es la apoteosis de las palabras y el destierro de las ideas. Los discursos se oyen, no se comprenden; van dirigidos al oído antes que al cerebro. Es necesario ver a los ciudadanos del jurado cuando hablan los oradores efusivos; Bertoldo se conmueve, se entusiasma hasta los tuétanos, vibra, rechina los dientes, queda convencido. Después oye al abogado contrario, sosteniendo la tesis opuesta, y Bertoldo vuelve a impresionarse, a entusiasmarse, vibra, rechina los dientes y queda convencido otra vez. De lo contrario.

Por fin, y en globo, este sistema de procedimiento criminal, por su teatralismo y por la publicidad enorme que da la

prensa a los debates, resulta francamente peligroso. Fomenta la vanidad criminal y hace que muchos desequilibrados busquen la celebridad cometiendo crímenes ruidosos.

Este es un punto serio. Si en el caso de Tulio Murri la vanidad criminal fué un móvil secundario del asesinato, en muchos otros constituye el móvil único. Sería fácil demostrar que ese procedimiento y la publicidad de los debates—en la forma practicada actualmente en varios países europeos—son fuentes proficuas de la criminalidad más sensacional.

Por de pronto tengamos el valor de renunciar a un lirismo tan funesto como hermoso, aconsejando a los partidarios del Jurado que asistan a una sola audiencia de esta caricatural justicia de Bertoldo.

UNA TEMPORADA LÍRICA DE MASCAGNI

Roma, 1905.

El amor de Roma, como el de todas las adorables casquivanas, tiene felices caprichos e injustos desgaires, crecientes y menguantes. Un día de sus favores vale un siglo de éxito en cualquiera otra de las cien ciudades italianas, así como una afelpada caricia de la Montespán no podría cambiarse por la vida entera de una maritornes.

Mascagni y D'Annunzio han conquistado el cerebro y el corazón de esta metrópoli, antaño gema del orbe y hoy emporio secundario. Ahora es de buen tono y de perfecta romanidad leer al exuberante estilista y escuchar al inspirado compositor. Ambos han vencido obstinadas resistencias antes de obtener su cariño y sus mimos; actualmente usufructúan el voluptuoso privilegio del aplauso público, junto con la loa incondicional de la crítica oficiosa.

La fisonomía de Mascagni es tan conocida como sus peripecias profesionales. No lo son menos las leyendas circulantes acerca de sus originalidades: representan el tributo que rinde la mediocridad al genio, ya sean simples invenciones de la ingenua fantasía popular, ya gotas de acíbar que en la copa del triunfo vierte la envidia. Mascagni ha tenido que desvirtuar con su obra las preocupaciones difundidas sordamente para difamarlo; son la mejor prueba de su valer. Se ha definido la envidia como el culto de las almas viles a las almas grandes, y, también, como la adoración del mérito por el despecho, la forma bastarda de la admiración: envidiar es estar de rodillas ante una gloria. Ahora, en Roma, causaría lástima quien repitiera en serio los chismes con que los necios han honrado al maestro liornés. Se le estima y respeta sin restricciones. El anuncio de una temporada lírica exclusivamente compuesta de obras suyas, ejecutadas bajo su dirección, constituyó un verdadero acontecimiento artístico.

Aumentaba el interés público el segundo estreno de "Amica", cuyo éxito ante la heteróclita sociedad que desfila

por Montecarlo había entusiasmado a sus admiradores y exasperado a cuantos le envidian. En cambio, el maestro excluyó del cartel a "Cavallería Rusticana" e "Iris", juzgándolas demasiado conocidas para figurar en esta resurrección de "Amico Fritz" "Ratcliff" y "Zanetto". ¿Y "Le Maschere"?. Esas obras parecían aletargadas, las que no muertas; esperaban que el maestro, con afecto paternal, las sacara del olvido que gravitaba sobre ellas, pesado como una lápida que parecía definitiva, no obstante los amables epitafios con que la crítica había honrado sus merecimientos.

A fines de Abril comenzó la temporada que terminó con la décima de "Amica"; los honores de la primera noche correspondieron a "Amico Fritz".

*

El público apiñábase compacto en el teatro enorme; parecía un trigal incesantemente removido por tenue brisa. El deseo remueve así a las multitudes.

Cuando Mascagni apareció entre la orquesta, rumbo a su atril, la marea humana pareció henchirse de entusiasmo, desbordando en una ovación unánime. De pie, con gesto digno, sereno como una ola aun no encrespada por la tempestad, el maestro dió comienzo a su cometido. Viéndole dirigir por vez primera, Mascagni es el único intérprete de su drama musical; no puede mirarse cosa alguna fuera de él mismo. La acción escénica pasa inadvertida. El lo llena todo; su música y su persona parecen fundirse en una entidad única, como si los sonidos emanaran de su propio cuerpo. De pronto se agazapa como una pantera flexible, se arquea como si endeble racha lo doblara a compás de un juego gracioso de la orquesta. Después se estira y se encoge, se expande y se concentra, vibra, trepida, se aplaca; diríase que es un aparato viviente destinado a medir la intensidad o las inflexiones de la música. La mano izquierda flota siempre sobre el atril como una mariposa, cual si pulsara en el aire un invisible instrumento; ora sus dedos parecen recamar un finísimo encaje de notas, ora ordenar el desgranamiento de una cadencia ò el despliegue de una venusta sinfonía. Cada ritmo y cada tema encuentran en su organismo una vibración peculiar. Un sordo creería oír la orquesta con sólo mirar al que la dirige.

De pronto sus movimientos se amplifican y vigorizan, como si fuera menester un esfuerzo interior para arrancar de

la orquesta la robusta polifonía. Su cabellera desgreñada ondula sin descanso, su persona entera parece levantarse de la tarima, la mímica asume aspectos dictatoriales, los brazos se estremecen hasta parecer descoyuntarse; entonces su figura se destaca dominadora, como la de un creador que pugnara con la materia misma que forma los instrumentos y arrancase de ella los signos fonéticos primordiales para fundirlos en un himno a la gloria de Euterpe.

He ahí a Mascagni teniendo en su mano las riendas de una gran orquesta. Cuando termina un acto intenso se le ve rendido, pues la tarea intelectual corre pareja con un fuerte desgaste físico; en este caso el trabajo cerebral y muscular está reforzado por la emoción propia de todo autor que se somete a un público, resultando aun más agotador.

Dirigiendo sus propias obras Mascagni es magnífico. Combina la severa precisión técnica de Toscanini con la avasalladora pasionalidad de Mugnone; y, sobre todo, dirige la expresión de sus propios sentimientos estéticos, que nadie siente jamás como el autor mismo. Algunos critican lo excesivo de su gesto y la mímica interpretativa que fluye de toda su persona, acusándole de histrión y *poseur*. Esos críticos juzgan en frío; no tienen la emotividad musical de Mascagni y no son autores de las obras que él dirige.

La producción total de este compositor, juzgada objetivamente, no parece aún definitiva. Su temporada en el teatro Costanzi, con la exclusión de "Cavallería", "La Maschere" e "Iris", poco da que esperar sobre la perdurabilidad total de ninguna de las obras ejecutadas.

La ópera contemporánea tiene dos públicos y dos críticas. El público de poca o mediana educación musical busca en ella una fuente de fáciles emociones que le den una sensación de belleza; es decir, exige que la música excite por medio del oído su sensibilidad general en sentido propicio para provocar una emoción de placer. El público muy educado, que conoce los secretos resortes de la técnica, no tiene emociones musicales simples y directas, sino a través de su inteligencia especializada, a través de su crítica estética. Para el primero basta hablar el lenguaje ingenuo del sentimiento; para llegar al sentimiento del segundo es necesario hablar un lenguaje perfeccionado que también satisfaga a la inteligencia. En otras palabras, el público educado sólo es capaz de

emociones intelectualizadas. Análoga diferencia existe entre la oratoria tribunicia y la oratoria académica, frente a sus públicos respectivos.

La música del primer género suele triunfar el mismo día de su estreno ante la mayoría del público que ordinariamente llena un teatro. La música del segundo sólo es apreciada por los educados y los eruditos, que nunca son la mayoría de un público. Las melodías son tanto más agradables para la multitud cuanto mayor es su sencillez; viven aunque las menosprecien los críticos. Así vivirán Bellini y Donizetti, Rossini y Verdi, cuatro apellidos italianos. La música sinfónica es accesible a un público cada vez mayor, pero se mantiene forzosamente impopular, como ocurre con la de Bach, Beethoven y Wagner. El caso es análogo en literatura; la novela de Dumas tiene otros lectores que la de Flaubert, el drama de Sardou otros espectadores que el de Ibsen, los versos de Stecchetti otra clientela que los de Carducci. Sin embargo, ambos géneros pueden vivir, pues emocionan a públicos diferentes; en cambio las obras de carácter intérlope no satisfacen a ninguno. Son demasiado buenas para el inculto e incompletas para el técnico.

Ante la sencillez de Verdi puede sonreir compasivamente un wagneriano; pero ese raudal melódico gustará siempre a los oyentes sencillos, pues sacude con eficacia el resorte sentimental que pone en juego sus emociones estéticas. En cambio, el verdiano entusiasta se espantará ante el sinfonismo de Wagner, cuya complejidad le resulta incomprensible, mientras el erudito, más avezado, encuentra allí todos los elementos de goce intelectual indispensables ya para producirle emociones de belleza. Por las mismas razones, la educación literaria hace que parezca vulgar el estilo de Dumas, incongruente el convencionalismo efectista de Sardou y triviales los sonetos de Stecchetti, mientras que los espíritus no desbastados por la cultura declararán inaccesible el nobilísimo estilo de Flaubert, nebuloso el simbolismo de Ibsen e inarmónicas las odas magistrales de Carducci.

"Amico Fritz", "Rantzau" y aun el mismo "Ratcliff"—con tener, este último, tantos momentos soberbios—morirán probablemente. Son difíciles para un público e insuficientes para el otro. Vivirá en cambio "Cavallería", obra admirable dentro de su género inferior, y acaso viva buena parte de "Iris", porque tiene páginas técnicas de primer orden, frescura original en varios puntos, y el justamente celebrado Himno al Sol, que es una de las mejores creaciones sinfónicas producidas por Mascagni. "Zanetto" morirá también, por lo

menos como producción teatral. Es un acto que dura cincuenta minutos, ocupados por un dúo entre sus dos únicos personajes. Tiene, en general, una técnica excelente, pero carece de vida para el teatro. La escena tiene sus exigencias; Mascagni no puede violarlas sin perjudicarse. Los más entusiastas wagnerianos reconocen que es excesivamente largo el célebre dúo de amor de ''Tristán e Isolda'', no obstante ser de una belleza musical pocas veces superada; sus cuarenta minutos bastan para fatigar la atención de los críticos y hacer incontenible el hastío de los indiferentes. Mascagni lo ha excedido infligiendo a su público diez minutos más, sin que el valor emocional de su ''Zanetto'' resista comparación con el célebre dúo de la obra maestra wagneriana.

*

No son superfluas algunas impresiones personales sobre ''Amica'', cuyo estreno en Roma alcanzó un éxito muy discutido.

Un solo párrafo basta para recordar su argumento, ya notorio. Amica, sobrina de Camoine, se ha criado en casa de éste, junto con dos hermanos huérfanos, Jorge y Rinaldo. El primero es melancólico, suave, infeliz; el segundo es bello y vigoroso, habita en las altas montañas, ''más cerca del cielo, más lejos de la tierra''. Amica ama en secreto a Rinaldo, que ha sido arrojado del hogar; el tío Camoine decide casarla con Jorge y ella confiesa entonces su verdadero amor. En vano Jorge le susurra palabras tiernas, en vano la amenaza Camoine. Rinaldo llega y le habla el único lenguaje que su pasión comprende; Amica huye con él, en medio de una tempestad. En el acto segundo Jorge alcanza a los fugitivos. Rinaldo reconoce en el rival a su hermano amadísimo; el amor manchado por la sangre y el remordimiento, le repugna. Huye hacia la montaña y deja a Amica a merced de su hermano; ella le sigue por peñascos y entre matorrales, sobre cataratas y abismos, siempre más lejos, cada vez más alto, hasta la muerte: cae Amica entre la trágica corriente tumultuosa, mientras Jorge y Rinaldo se desesperan ante la desgracia común.

*

Al levantarse el telón cundió un silencio lleno de curiosidad ansiosa.

Entre el murmullo de la aurora se percibe en la campiña el tañer de lejanos cencerros; pasa la tropilla y al mismo tiempo llegan los sones de ingenuos instrumentos pastoriles. De esa agreste suavidad inicial, de esa frescura idílica, la música asciende lentamente hasta la plenitud de la tragedia. Una romanza de Jorge provoca los primeros aplausos. Un gracioso coro de pastores deleita amablemente al público y lo seduce con su gárrula melodía, que puede tararearse después de una sola audición; es de fácil técnica y de efecto inmediato, sobre todo el danzable final. Ovaciones al autor y primer bis. Un dúo entre Jorge y Amica, lleno de melancólica ternura, arranca más aplausos: Mascagni no concede el bis, pedido con insistencia. Otro hermoso dúo entre Amica y Camoine hace recordar al de Alfio y Santuzza en "Cavallería", más por la vista que por el oído; muchos aplausos, y Amica tiene que repetir la frase final. Desde ese momento el éxito aumenta hasta el triunfo estrepitoso. Un dúo entre Rinaldo y Amica se despliega con heróica grandilocuencia, lleno de pasión sugerente; es un andante marcial apoyado sobre un acompañamiento *strappato,* de mucho efecto, aunque inspirado y sencillo. El estro melódico fluye con fuerza; el ímpetu salvaje del alma apasionada, el grito de amor, la ansiedad del deseo, encuentran alta expresión en un lenguaje musical vivificado por la exuberancia de tonos violentos. Este dúo encrespa al público, que amenaza varias veces interrumpirlo con sus aplausos y sus bravos. Sobre el dúo se desarrolla la eficaz descripción orquestal de una tempestad, entre cuyo intermitente relampagueo fugan los amantes. Es una página de mérito indiscutido y de bastante originalidad, aunque no tan extraordinaria como parece creerlo el público entusiasmado; siendo incomparable con la ingenua de Verdi en "Rigoletto", lo es también con la magnífica de Beethoven en la "Sinfonía Pastoral".

Termina el acto con una ovación. Caballeros y damas, platea y palcos, todo el público de pie, aclama al maestro, que sale una, cinco, diez veces; la ovación aumenta. Mascagni está conmovido; en muchos años no ha tenido un éxito semejante. El público le obliga a volver a su puesto, bisándose el dúo entero y toda la tempestad, entre nuevas expansiones de los concurrentes.

El segundo acto comenzó ante un público ya conquistado y término en un completo fracaso, no obstante las reticencias con que la prensa intentó amenguar el desastre y la reacción

favorable que fué acentuándose en las funciones sucesivas. Un intermedio sinfónico lo precede. Se desenvuelve sobre dos temas; el primero sintetiza la acción desarrollada en el acto anterior y el segundo prepara el final, desgranándose ambos en formas originales y complejas, pero difíciles de percibir para oídos poco educados a la música sinfónica. Aunque largo, el intermedio es bueno; a cada instante se descubre la mano maestra que tejió el himno de "Iris", pues la técnica es equivalente, aunque la inspiración melódica nos parece inferior. El público lo oyó con interés y lo habría aplaudido con entusiasmo; pero al terminar se levantó el telón y aparecieron magníficas decoraciones, semejando una cascada en el curso de un río alpestre. Esto distrajo la atención: el público, temiendo se creyera que aplaudía las decoraciones, se privó del placer de celebrar el intermedio. Esa primera e inmerecida tibieza preparó las siguientes.

Amica, Jorge y Rinaldo llenan los treinta y cinco minutos de este acto con largos monólogos musicales; son de buena factura y la orquesta trabaja muy bien, pero el público grueso no consigue apreciar la entonación bastante wagneriana de todo el acto, que es un incesante clamor de pasiones devastadoras. En el gran dúo final, entre Amica y Rinaldo, las frases de éste se diluyen suavemente en la poderosa expresividad sinfónica que domina. Cuando reaparece el tema de las frases grandilocuentes, tan aplaudido ya, el público se anima y aprueba; en seguida cae en completo silencio hasta el final. Una parte de los presentes aplaude, la mayoría se va, algunos sisean. Se llama a Mascagni; se insiste por cortesía, sin obtener que salga una segunda vez.

Después del ruidoso triunfo del primer acto nadie habría osado pronosticar semejante fracaso.

*

El público de un estreno, como forma de multitud heterogénea, tiene un juicio esencialmente falible; los hombres, al reunirse, adicionan sus sentimientos, pero restan sus inteligencias. Asociarse es disminuirse individualmente, aunque ello puede ser útil e indispensable para ciertas formas de acción colectiva y social. El juicio del público sobre "Amica" podemos interpretarlo así: triunfó el primer acto porque estaba al alcance de todos, el segundo fracasó debido a su propia superioridad melodramática y sinfónica.

Las originalidades técnicas de Mascagni suelen ser frívolas

travesuras que dan la sensación de lo bonito, sin llegar a lo bello; son aceptables y tolerables porque, en general, no consiguen afear el conjunto. En cambio, "duelen al oído", permítase la expresión, sus intencionadas roturas de las frases melódicas; si éstas aparecen espontáneamente, si fluyen del cerebro del artista como recurso propio para expresar las pasiones del drama, su interrupción violenta es antiestética. Rehuir la vulgaridad es encomiable, pero el oído tiene su lógica y no es posible violarla so pretexto de originalidad. Torturando el buen gusto se llega a transformar la emoción de placer en emoción dolorosa, la belleza en fealdad.

El coro del primer acto posee esa amable sencillez que complace el oído y arrulla el sentimiento; el dúo entre Rinaldo y Amica es de ingenua solemnidad, emociona al público lo mismo que una marcha triunfal. Ambos números fueron los grandes factores del éxito y acaso lleguen a disfrutar la gloria barata del organillo callejero. Al día siguiente del estreno Mascagni ha debido sentir más amargura por esos aplausos fácilmente ganados que por la caída del acto segundo, cuyo fracaso podía prever un mediocre conocedor del gusto común, antítesis del buen gusto.

En el segundo acto se ennoblecen mucho la técnica sinfónica y el recitado musical. Puede objetarse que las figuras de los tres personajes podrían estar más claramente diseñadas, señalándose mejor el carácter de cada uno. Musicalmente las pasiones parecen algo confundidas, en el punto mismo en que cada una debía distinguirse de las demás; Wagner supo siempre caracterizar de esa manera las pasiones fundamentales de sus personajes, acompañando su acción dramática con temas claros y obstinados.

Esa observación no impide reconocer que el acto caído pertenece a un género incontestablemente superior que el del acto triunfante. Si en vez de seguir una alta inspiración melódica hubiese diseminado al azar media docena de romanzas, minués y coros, cada uno de éstos le habría valido una ovación. No cabe engañarse a este respecto: esas son las condiciones del éxito de una ópera ante el público habitual de nuestros teatros. ¿Cómo acogería un acto compuesto por diez romanzas de Tosti, cantadas por artistas de primer orden y acompañadas por una de nuestras grandes orquestas? Alcanzaría, sin duda, un triunfo delirante.

Mascagni ha renunciado a sus habituales transacciones con los gustos del público semiculto; su segundo acto busca la si-

multánea generación de la música y de las palabras, de manera que el acento instrumental corresponda a los sentimientos expresados por los persónajes. Su línea melódica se eleva progresivamente, sin brusquedades y por ende sin que el grueso público advierta la creciente plenitud de la agitación sentimental, que llega hasta el paroxismo trágico. Esa homogeneidad de estilo y ese procedimiento concienzudo provocaron la perplejidad del público que, con las manos aun calientes del acto primero, acechaba alguna siciliana o serenata que le permitiese desahogar sus entusiasmos.

Ya en "Ratcliff" — la ópera más poderosa del maestro — surge esa tendencia hacia la íntima conexión del drama con la música, ahora bien definida en el segundo acto de "Amica"; tal vez señale el rumbo definitivo de su obra futura.

*

En ese terreno será cada vez más difícil que una buena obra obtenga éxito ruidoso al estrenarse. El público sencillo, pródigo de palmadas y de hosannas, no comprende ni resiste las complicaciones de una música demasiado superior a su educación musical. El público severo y difícil, el educado, además de ser una escasa minoría, difícilmente otorga sanciones definitivas en un estreno, pues el juicio es tanto más difícil cuanto mejor es la obra. Téngase en cuenta, por otra parte, que Wagner, con su monstruosa genialidad, ha excedido todos los límites e imposibilitado el parangón con sus sucesores; es difícil que su caso se repita en la evolución de la estética musical. Su reforma, antes que la obra de un genio, es el supremo florecimiento del genio de toda una estirpe, es el compendio eficaz de las aspiraciones que animaron a una legión de sinfonistas y de poetas, que corren de Bach a Beethoven y de Wieland a Goethe.

Ahora el dilema es terrible para los operistas. Hacer música inferior para triunfar en los estrenos o hacerla superior para ir al fracaso inmediato, salvo los juicios de la minoría y de la posteridad. Ambos actos de "Amica", con sus estilos netamente heterogéneos, atestiguan esta verdad.

Mascagni podría hacer en una semana una ópera deliciosamente inferior, como "Cavalleria", por ejemplo, y obtener otro éxito de ovaciones y de popularidad.

¿El deseo del aplauso fácil y seguro no le seducirá en mitad de su nuevo camino? ¿Resistirá a la tentación de triunfar retrocediendo?

EL ARTE MODERNO EN VENECIA

I. — La Ciudad

"Nuestra señora de los mares muertos" es su bautismo en Arte; confesemos, también, que es una gran señora muerta.

Viajeros de diversa laya, políticos en decadencia, melenudos pintores, poetastros bohemios, inglesas rectilíneas como fósforos de palo, todos se aguan la boca al conversar de Venecia como si paladearan confituras agridulces. Nueve décimos de ellos se han aburrido, sin embargo. Temen confesarlo; atribuyen el aburrimiento a su propia falta de sentimentalismo. ¿Quién no desea que le supongan sentimental? Otros, para que no se les juzgue necios o tontos, repiten que en Venecia todo es maravilla. Así falsean el sentido de la discreta relatividad y contribuyen a perpetuar una preocupación convencional.

Venecia tiene prodigios de extraordinario encanto, pero es, en su totalidad, una ciudad llena de tristeza y de tedio, fecunda en desagrados. La belleza de algunas partes no salva a las restantes.

Bajamos de la estación, caída ya la noche, y entramos a la góndola. ¡La góndola! ¿Y qué? Napoleón, al destruir para siempre esta República, que duraba ya diez siglos, dió fuego inicuamente a su incomparable Bucentauro. La modesta góndola actual es una canoa vulgar, desprovista de poesía, que desliza furtivamente su negrura de ataúd sobre el agua espesa; son más hermosas las que pasean a tanto la hora en los lagos artificiales de las grandes metrópolis modernas. El gondolero no canta; los turistas embusteros debieran saber que ya no cantaba cuando lo conoció Lord Byron: "En Venecia ya se apagaron los ecos del Tasso; el gondolero no canta más: rema silencioso". Es un hombre del pueblo y, como tal, pobremente entrazado; en nada recuerda a los legendarios venecianos de Enrique Dándolo y Marino Faliero.

Sobre las cosas nocturnas gravita un silencio de fatiga y de apatía, poco propicio a los romanticismos melancólicos. Pen-

samos en la "Alegoría de Otoño" de Gabriel D'Annunzio, en las páginas deliciosas de Théophile Gauthier, en las deslumbradoras impresiones estéticas de Ruskin, en las sensaciones de Gourdault y de Barrés, en los magníficos responsos de los románticos que fueron a Italia, peregrinos del ensueño, buscando emociones de belleza: Byron, Shelley y Keats, Chateaubriand y Madame de Stael, Musset y Jorge Sand. ¿Podrían haberse equivocado o sugestionado en masa, o nos pintaron la Venecia de su imaginación? ¿Nuestra señora de los mares muertos ha cambiado?

Sólo sabemos que casi todos ellos, en sus memorias y en su correspondencia particular, han referido muchas impresiones desagradables que no intercalaron en sus poemas y novelas; destinaban al público sus más alambicados fantaseos sobre las cosas bellas. Sea como fuere, el hecho real es que Venecia decepciona a muchos artistas que ahora la visitan, aunque los más no osan violar los cánones de la admiración obligatoria.

La estación ferroviaria surge en el extremo Oeste del Canal Grande o Canalazzo, riacho de aguas sucias que cruza la ciudad en forma de S. Al poco rato, a fin de abreviar el camino del hotel, próximo a la plaza San Marcos, el gondolero penetró en un "río". El callejón olía fuerte y no a perfumes. A poco andar, desde un quinto piso, una señora dió dos gritos de atención y volcó un recipiente; la obscuridad nocturna evitó ver el contenido. Denso debía ser, juzgándolo por el rumor de la caída; lo cierto es que los perfumes del "río" se complicaron desagradablemente.

Con un pequeño esfuerzo de memoria pudimos recordar a Musset, que antes de conocer a Venecia la había cantado en versos elogiosos y después escribió:

"...Venise! o perfide cité,
á qui le ciel donna la fatale beauté,
je respirai cet air dont l'áme est amollie
et dont ton souffle impur empesta l'Italie".

Seguimos. Otro poco de Canal Grande y otro mucho de callejón. Llegamos al hotel. Las especies de mosquitos pululaban por centenares; ¡magnífico país para un coleccionador! El gondolero se apresuró a asegurarnos que jamás pican a sus conciudadanos; este rasgo nos alarmó en demasía, pues indujimos que preferían chupar sangre extranjera. Breve *toilette*; cena rápida. Poco después de las 10 p. m., a cincuenta varas

del hotel, llegamos a la plaza San Marcos: una perfecta maravilla. La recorrimos. No funcionaban teatros en Venecia. Volvimos a recorrer la plaza; y, de nuevo, hasta seis veces. ¿Dónde ir? Entre dos periodistas, tres pintores, un crítico y el médico que escribe, sólo atinamos a recorrer el Canal Grande en vaporcito. Llegamos hasta el Ponte di Rialto.

Ese trayecto muestra palacios admirables, modelos de estética arquitectural, tan hermosos como los que figuran en las tarjetas postales pero menos bellos que algunos cuadros del Canaletto. Fué el mejor momento; dos docenas de palacios soberbios lucían sus mármoles sobre ambas orillas del Gran Canal, volcando por mil ventanas el oro de sus luces sobre el agua mansa. Pensamos en los castillos encantados y en los cuentos de hadas. ¿Viviría en Venecia la más célebre en los libros infantiles, el hada Merliga, "que a los buenos premia y a los malos castiga"?

El siguiente amanecer nos sorprendió reunidos en la plaza de San Marcos. En esos momentos un "rasta" se hacía retratar dando de comer a los célebres pichones. En pocos minutos vimos las dos Procuratorias, vieja y nueva, la torre del reloj, la plazoleta y el interesante palacio ducal. Estuvimos dos horas en la iglesia de San Marcos, una de las obras más encantadoras del arte bizantino. Salimos a la plaza y en un vaporcito repetimos el paseo por el Canalazzo. Serían las 10 a. m. cuando regresamos al punto de partida. ¿Qué hacer? Fuimos hasta el monumento de B. Colleoni, del cual dice la guía: "Puede afirmarse, según Burkhart, que es el monumento ecuestre más grandioso del mundo. Ningún otro reune tal unidad de concepto, tanta individualidad y tanta amplitud en la ejecución. El siglo XV, esa gran época en que el "condottiere" es una de las figuras más características, no está representado en parte alguna de manera más imponente". Para llegar a él caminamos por callejuelas sucias, como no se ven peores en otra parte, algunas con aguas estancadas, hartas de resaca y de basuras, pobladas por venecianos de carácter agresivo y desconfiado. No hemos visto mayor prevención y susceptibilidad en gente alguna de raza latina. Contiguas al monumento están las iglesias de los santos Juan y Pablo y de Santa María de los Milagros; la primera tiene buenas obras de arte. Regresamos por el arsenal y la Riva de los Esclavones, tibia y tranquila, que, en decir de D'Annunzio, "alguna vez, al alma de los poetas vagabundos, pudo parecer un mágico puente de oro prolongado sobre un mar de luz y de silencio hacia un

infinito sueño de Belleza". Entramos a las 12 m. a la plaza, centro y conclusión de todo paseo.

Después de almorzar volvimos a la plaza y visitamos el palacio ducal. Otra vez el Canalazzo, y llegamos a la Academia de Bellas Artes, completando así la tarde. El museo es de primer orden: el arte excelso de la Venecia antigua hace perdonar el aburrimiento de la Venecia moderna. Las obras de los "quattrocentisti" de la escuela de Murano preludian a las magistrales composiciones de Bellini y de Carpaccio, de Giambellino y de Cima. Y allí mismo deslumbran al viajero la Asunción y la Presentación del Ticiano, para no enumerar las mejores obras del Giorgione, el Tintoretto, el Veronese, el Canaletto, Messina, Mantegna, Morini, los Bonifacio y cien más. Volvimos por el canal a la plaza. Cenamos. Atravesamos la plaza hasta el canal, regresando pocos momentos después. Allí vimos pasearse a los venecianos y a las venecianas; éstas ya no son, por cierto, las clásicas bellezas que narran las crónicas y muestran los pintores: en cambio, todavía hablan su dialecto musicalmente. Nos dimos cita para las 7 a. m. en la plaza. Entramos otra vez a la iglesia para admirar la tempestad polícroma de los mosaicos. De allí fuimos al canal, y regresamos a las 8 a. m. Recorrimos a pie un laberinto de callejones, yendo por la "Mercería" hasta el puente de Rialto; de paso tropezamos con varias iglesias insignificantes. En el puente subimos a una góndola, para volver a la plaza. Tres horas en todo. Después de almorzar, atravesando heroicamente un dédalo de mugre, llegamos a contemplar las pinturas de la iglesia de los Frari, del museo Cívico y de la escuela San Roque, esta última llena de cuadros del Tintoretto.

De allí por el inevitable Canal, fuimos a cenar al Lido, una playa de baños que parece enorgullecer a los venecianos, aunque no supera a la Playa Ramírez de cualquier Montevideo; huelga decir que no es comparable a las de Ostende y de Biarritz. El suave Musset solo pudo decir de ella:

" A Venise, á l'affreux Lido,
Oú vient, sur l'herbe d'un tombeau,
Mourir la pále Adriatique..."

Tiene, sin embargo, su página de hermosos recuerdos. Partió desde allí lord Byron, cuando venció la famosa carrera a nado hasta Santa Chiara, que admiró a los propios venecianos; se cuenta que permaneció en el agua de cuatro a cinco

horas, mientras sólo había empleado poco más de una para atravesar el Helesponto.

El tercer día poco hay que hacer en Venecia, salvo ocupaciones especiales en el comercio o el deseo de profundizar el estudio de sus museos de pintura. Fuimos por la mañana a ver los manicomios de San Sérvolo, que ya conocíamos por un bello capítulo de Gauthier. Son de lo más atrasado que puede imaginarse en materia de asistencia de alienados. El doctor Audenino, jefe de clínica de Lombroso, nos contó pocos días después, en Turín, que hasta hace un año se encadenaba allí a los agitados y se les sometía a torturas con instrumentos inquisitoriales; el hospicio estaba administrado por religiosos y fué menester levantar un sumario que reformó en parte ese orden de cosas. ¡Un siglo después de Pinel! De allí fuimos a Burano, fuera de Venecia, a pasar la tarde con el pintor argentino Quirós; los buranenses le llaman "il bel pittore" y se cuenta que las muchachas se disputan el honor de ser sus modelos, gratuitamente.

Ya en Venecia poco había que ver. A menos de ir a la plaza de San Marcos y atravesar el Canal Grande por milésima vez.

Esa es la verdad honestamente dicha, aunque ella duela a los venecianos y a los jóvenes poetas que no han visto la soñada ciudad. El Bucentauro no existe; el dux no va, como otrora, a arrojar su anillo nupcial al fondo de las aguas para desposar simbólicamente el Adriático. Los románticos, a pesar de su entusiasmo, nos dijeron ha tiempo que Venecia estaba silenciosa y mustia, en la melancolía de su libertad perdida y en la nostalgia de su grandeza caduca.

Tiene su plaza única, su canal feérico, sus galerías de pintura y otras contadas maravillas; todo eso engarzado en una montura de suciedad y aburrimiento. Lo primero encantó a Goethe y a Stendhal, a Taine y a Nietzsche; los que llegan a Venecia sugestionados encuentran que en ella todo es hermoso.

Es posible que su quietud moderna agrade a los neurasténicos y a las histéricas que viven en perpetua crisis de romanticismo; pero no es la quietud de la verdadera ciudad muerta, la incomparable quietud de Brujas, evocadoramente bella, profundamente llena de emociones y de remembranzas; en Venecia están muertas las cosas magníficas, pero vive entre ellas una población burguesa, con los inconvenientes y sin las ventajas de la civilización moderna.

El viajero sano se encanta el primer día, se entretiene el segundo y se aburre el tercero. El cuarto día huye.

II. — Los Pintores Italianos

O se queda, si le instan a ello los carteles chillones de la exposición internacional de pintura moderna.

Predomina, como es lógico, la pintura italiana, que ya no es italiana; la moda y el afán del éxito matan el estilo propio de una escuela, ese estilo que nace del temperamento de los pueblos y de la influencia del medio físico. Sería ingenuo hacer paralelos entre la pintura clásica y la contemporánea; a épocas distintas no pueden corresponder emociones estéticas semejantes. Desconsuela, sin embargo, comparar cualquier museo de Florencia, de Roma o de Venecia con esta exposición de arte moderno. ¿La pintura languidece porque el momento histórico actual no le es propicio? ¿El desenvolvimiento del industrialismo capitalista no se concilia con un intenso florecimiento de este nobilísimo arte? Son temas para críticos profesionales y nos guardaremos de usurpar sus prerrogativas. El hecho real, es este: la pintura que vemos en la exposición de Venecia atraviesa por un período semejante al que suele llamarse "decadentismo" en literatura.

Nuestra opinión, perfectamente profana en estos entreveros de la línea, de la luz y del color, sólo podría valer si fuese exacto que ciertas cuestiones de actualidad se juzgan mejor desde afuera, balconeándolas. Los impresionistas, divisionistas, "puntinistas" y otros istas que inundan los salones italianos de la exposición, corresponden a los diabólicos, parnasianos y modernistas en literatura. Pueden ser talentosos y muchos los son de verdad, pese a las exageraciones de todos los Max Nordau; pero hay en su obra un artificioso convencionalismo, demasiado a la moda para ser duradero y fijar rumbos definitivos a la pintura o a las letras. Si bien es cierto que rompen con los viejos moldes, no lo es menos que se limitan a establecer dogmas nuevos, aunque lo hagan en nombre de la libertad y del individualismo artístico. Ilusiones puramente verbales.

La impresión predominante al ver las secciones italianas de este concurso de arte, puede restringirse a dos términos: superficialidad y falta de sinceridad. Algunos pintan "así" para llamar la atención; otros para seguir las huellas del éxito, marcadas por la moda. Para nuestro criterio profano los pintores peninsulares del último cuarto de siglo fueron muy sinceros:

Segantini y Michetti, Signorini, Dalbono, Cárcano, interpretaban la fisonomía de sus ambientes respectivos, con su luz, su color, sus características regionales y hasta con el alma nativa de sus terruños. En sus cuadros se reflejaban la vida pintoresca del ambiente y la psicología espontánea de las poblaciones. En cambio, en la mayoría de los actuales expositores se percibe un amaneramiento en la técnica y una disciplina común en la interpretación del paisaje; falta en sus cuadros la ingenuidad sincera que es el mérito más relevante del alma artística. Durante la época neoclásica y la romántica estas faltas habrían podido pasar inadvertidas, pues la inventiva y la composición bastaban para llenar un cuadro; desde que se concedía libre campo al trabajo imaginativo, la sinceridad pasaba a ocupar un puesto secundario. Pero en nuestros días, después de un largo y honorable paréntesis de realismo, de verismo, resulta chocante la ausencia de sinceridad.

Cabe una defensa: "vemos de otra manera, y nuestra sinceridad consiste en pintar como vemos". Esta explicación sería aceptable si la dieran uno o diez pintores, considerados individualmente. Así como no hay dos hombres con fisonomía igual, no los hay con olfato, con gusto o con vista igual. Todos vemos diferente; esta desigualdad subjetiva es indiscutible. Pero el argumento falla si se pretende generalizarlo y formar escuela; podemos aceptar la sinceridad de un impresionista, pero no de los pintores que siguen el impresionismo como escuela. Hoy, en general, el ser humano ve como hace cincuenta años. Las condiciones físicas de la materia que determinan la sensación de línea, luz, color, relieve, perspectiva, no han cambiado; el mecanismo fisiológico del ojo humano sigue siendo el mismo, tanto en sus medios refringentes como en la retina. En suma, objetivamente, no es admisible que la generalidad de los pintores "vea de otra manera".

Creemos que ven lo mismo, pero interpretan de otro modo. Y en esa interpretación está la falta de sinceridad o la falta de personalidad, trátese de imitadores o de sugestionados. Esas son, en efecto, las dos categorías de hombres que forman una capilla o una escuela en torno de todo innovador de talento. Los imitadores siguen a sabiendas la ruta que el talento marca en el gusto del público; los sugestionados creen que esa es de verdad su propia ruta. Unos y otros, poco a poco, encuentran razones técnicas que justifican la nueva manera; es fácil, por otra parte, pues siempre hay algún poco de razón en cualquier cartilla doctrinaria. Así como el embustero acaba por creer en

sus propios embustes, los imitadores acaban por creer sincero su amaneramiento. Y, a la postre, todos tienen sinceridad a través de su autosugestión.

El mal es peor en aquellos países donde las modas llegan tarde. En Italia retoñan rabiosamente estas maneras de la pintura, cuya irrupción en las salas del Piamonte, Lombardía y el Lacio es demasiado significativa. Hay divisionistas por docenas. Parten de una serie de premisas teóricas acerca de la física de los colores; buscan una resultante de color con sólo pintar sus elementos componentes. Sus cuadros producen una sensación de pirotecnia. Pretenden, como los impresionistas, tener el privilegio de la luz abundante; con frecuencia lo consiguen. Algunos tienen talento, sin disputa: ¿tendrían menos si no fuesen "istas" de cualquier clase? Sea como fuere, es indudable que estas corrientes artísticas heterodoxas contribuyen con eficacia al perfeccionamiento del arte, pues sugieren problemas y estimulan actividades. Alguna fruta sabrosa suele madurar entre su matorral de frondas estériles.

Sería injusto englobar a todos los pintores italianos en esta impresión predominante. Recordamos una "Plaza", de Innocenti, y un "Tíber", de Garlanda, muy sentidos. Los pasteles de Casciaro gritan su color turbulento en las salas del mediodía. Pratella, un napolitano, exhibe una marina en día de niebla: sugiere toda la melancolía de la hora y una insondable profundidad de atmósfera. De Caroni vimos un bello paisaje en la sala lombarda: "Armonías del crepúsculo", título recomendable para un libro de versos. Cerca de allí está otro muy notable: el "Nido solitario", de Longoni. En la sala de Venecia distínguense Luigi Selvatico, Ciardi, Bezzi, Zanetti-Zilla, Fragiacomo; en todos ellos predomina la tendencia a pintar paisajes lunares o crepusculares. ¿Nadie pinta el día, en Venecia? Es un convencionalismo pintarla de noche o entre dos luces; ocurre pensar que de esa manera es más fácil obtener efectos llamativos. Cuando pintan el día es un día gris, triste, inexplicable para quien ha visto el cielo clarísimo que sirve de cúpula a la plaza de San Marcos y las refracciones del Adriático castigado por un sol de estío. ¿Cómo consiguen traer a Venecia ese día obscuro que nos acongoja en Holanda o en Londres? Un pintor de Padua, Laurenti, consigue interesar con doce bocetos llenos de gracia elegante y de perfume juvenil. Hay magníficos retratos de Boldini y de Selvatico; son muy buenos los de Ghiglia, Grosso, Gola, Bompard, Gioia, Gelli y otros.

Nuestros apuntes al margen del catálogo terminan aquí. Nos falta mencionar a Plinio Nomellini, cuyos cuadros interesan mucho a los críticos, especialmente el "Ditirambo", la "Orda" y la "Emigración de hombres". Hemos escuchado esta sentencia de Ugo Ojetti: Nomellini consigue, mejor que otro cualquiera de la exposición, el equilibrio entre la fantasía decorativa, la observación de la realidad y la poesía.

III. — Las Salas Extranjeras

Las salas extranjeras producen mediocre impresión. Si se exceptúa la sección española, la francesa y los cuadros de Shannon y Zorn, yanqui y sueco respectivamente, el conjunto es pobre. Los comités nacionales se han preocupado más de ornamentar sus salas que de seleccionar los cuadros. La sueca es una primicia decorativa, dentro de una sencillez exquisita; es sencilla también, y de excelente gusto, la sala inglesa. En cambio, la húngara y la francesa, con su pretensión de tener estilo, imponen un marco uniforme a la innúmera variedad de géneros y maneras propias de los expositores. Es una desventaja; los cortinados, las alfombras, los vidriales, los frisos, los muebles, las porcelanas, llaman la atención del público mucho más que los cuadros y las estatuas.

España puede consolarse de la pérdida de otras glorias pensando que sus pintores dominan en todas partes; la herencia de Velázquez y del Greco, de Goya y de Ribera, se conserva abundante, prestigiosa. La vigorosa pincelada de Zuloaga, casi brusca por momentos, parece colocar trozos de color sobre la tela, con tonos bien definidos, obscuridades violentas, gestos firmes, personajes que son la fuerza misma, tersos como encinas, manos como zarpas. Su "Guardián de toros", sin ser lo mejor que de él conocemos, es un exponente exacto de su manera de ser, de su personalidad artística.

Las mujeres de Anglada interesan más, mucho más. Son tipos intensos, casi dramáticos: sacerdotisas del mal, caras de suburra ajadas por la noche insomne, embebidas de vicio y de alcohol hasta los tuétanos. En esta predilección por la carne marchita se percibe una sinceridad pronunciada; Anglada ve y siente esas mujeres, sinceramente. Poe no vió de otro modo sus torturas macabras, ni Baudelaire sus fantasías siniestras. A pesar de los peligros de su género, Anglada no resulta sombrío, violento, trágico, ni siquiera incómodo al buen gusto. Conoce efectos de luz, equilibrios de color, matices hábiles, más

valiosos que la precisión de la línea neta y la brutalidad de los contrastes bruscos. El mal sólo está en el alma invisible de las mujeres que pinta.

Antonio de la Gándara expone un retrato de Jean Lorrain que es un documento de interpretación psicológica. Una "Esclava" de Bilbao y un "Jardín" de Rusiñol son mirados con atención. De Sorolla encontramos el conocido cuadro "Cosiendo las velas"; como dibujo, color y vida, no representa dignamente al ilustre artista. Allí mismo se pavonea el consabido "En la antesala del ministro", de Jiménez.

En la sala francesa hay poco nuevo, pero están representadas las más conspicuas firmas contemporáneas. Los más son cuadros conocidos de Besnard, Cottet, Carolus Duran, Monet, Raffaelli. Hay buenos trabajos de la vanguardia impresionista, representada por Renoir, Monet, Sisley, Pissarro; los hay de sus más afortunados imitadores, Raffaelli y Martín, y de algunos independientes, Guérin, Valloton, Vuillard. La crítica ha sancionado ya como óptimos los "Pescadores huyendo bajo el huracán", de Cottet; el "Retrato de Blanche", de Lucien Simón; un "Arco iris", de Menard; el "Espejo de Venecia", de Blanche.

Las demás salas llaman poco la atención. Hay un precioso "Retrato de Phil May", de Shannon; Andrés Zorn tiene admiradores a granel y lleva público a la sala sueca. Larrson muestra amables y risueñas acuarelas. ¿Qué más?

La República Argentina está representada por dos jóvenes expositores. Pío Collivadino tiene allí una "Sera sul bastione", llena de exquisita melancolía, de ternura serena, apacible en su atmósfera de tiniebla delicadísima. Nadie creería que puede caber tanta alma en Collivadino al ver su cara de cervecero flamenco, siempre alegre, rechoncha, roja como un queso de Holanda un tanto desteñido. El otro expositor argentino es un joven talentoso, Cesáreo B. de Quirós; el jurado de admisión aceptó su cuadro por unanimidad. Sus "Pescadores", llenos de luz y excesivos de color, denuncian más cerebro que experiencia. Lo esencial es eso, tener talento; la experiencia viene con los años y el trabajo.

IV. — La Escultura de Bistolfi

Antes de ir a Venecia, en Roma, uno de los redactores de la *Nuova Antologia*, Giovanni Cena, nos habló con meditado entusiasmo de la obra escultórica de Leonardo Bistolfi; sólo

conocíamos su monumento funerario de Crovetto, enviado en 1903 a Montevideo, amén de fotografías de sus demás trabajos. Pocos días después leímos en la importante revista romana un interesante artículo de Cena, estudiando la obra del escultor: el comité de la exposición le había destinado una sala especial.

En presencia de su obra no sentimos amenguarse la impresión que traíamos. Hay en toda ella una atmósfera de poesía verdadera y de sano simbolismo. En su mayor parte son monumentos funerarios, llenos de pensamiento, de unción dolorosa, de tranquilidad casi mística. La "Esfinge" es una obra maestra; en ella, como observa Cena, el escultor alcanza de golpe la cumbre de la expresión artística: la armonía casi geométrica del conjunto, la concurrencia y complementariedad de los detalles, la idea, el estilo. Es una simple mujer sentada sobre una tumba; pero la figura no se concibe aislada. El suelo, los bloques de granito, la figura, el cielo mismo sobre cuyo fondo se destaca la cabeza, forman un conjunto armónico. El tema de la cruz, la base, la esfinge, las flores, todo concurre a establecer la unidad arquitectónica definida y simple. Para romper la rigidez del tema están los lirios densos y carnosos que la tierra empuja hacia aquella cara de éxtasis y está el manto que desciende recto, "rodinianamente"; parece pensativo también él. La figura nos llena de respeto, nos impone su tristeza severa y grandiosa; por entre el marco de sus crenchas mustias asoma el óvalo de su cara, como una interrogación frente a lo desconocido; esa cara, que antes acogió toda la tristeza de la vida, ahora parece absorta en una contemplación ultrahumana. No es la obra del simple escultor: es del artista completo, del creador de formas intelectuales sobrepuestas a las formas físicas. Bistolfi es un poeta del mármol.

Su "Cristo" es elocuente, original. Original, sobre todo, en su extraordinaria expresión, pues, según afirma el mismo Bistolfi: "cada uno tiene su Cristo". Ese es el suyo.

En "Resurrección" tres ángeles genuflexos sostienen a un joven muerto. El ángel del medio besa al cadáver en la frente, como si sus labios pudiesen devolverle la juventud perdida; los ángeles laterales juntan sus manos delante de él, formando un arco protector con sus brazos exiguos, como para defenderlo: diríase que están protegiéndole contra el olvido. El bloque de mármol que sirve de base a este grupo tiene la forma de una gran cruz griega.

El monumento al senador Orsini, jurisconsulto, es un himno, un poema. En "La Cruz" se resume la vida. La Justicia

protege a todas las figuras de la Humanidad. A derecha e izquierda hay dos estatuas de hombres. El Trabajo, desnudo y musculoso; el Pensamiento, meditabundo y solemne en los pliegues de su toga. Al frente está el Amor, simbolizado en dos jóvenes unidos sin abrazarse, pero en conjunción completa y definitiva; la Maternidad, una mujer toda hecha de ternura, sosteniendo un niño entre sus brazos afectuosos y protegiéndole con un pico del manto que cae de su cabeza, amorosamente reclinada; la Prole, simbolizada por dos niños de pie, ajenos al dolor que los rodea, sosteniendo una florida guirnalda. En el primer plano un joven llora, de hinojos, abismada la cara entre las manos; en el fondo se destacan dos figuras en alto relieve, orando con caluroso fervor que asoma en cada línea de sus caras. Estas once figuras (las del centro en alto relieve, aumentando en cada una hasta la plena estatua de los hombres viriles: el Pensamiento y el Trabajo), armonizan su movimiento en un juego de claroboscuros magistrales.

En su bajo relieve, "Sobre la urna de un joven poeta", un ramillete de mujeres, musas acaso, llenas de congoja, desoladas, esparcen un hálito de tristeza más tierno que la ofrenda de flores pendientes de sus manos. Sobre el "Pedestal del monumento a L. R." un grupo de niños pasea su inocencia ingenua, bajo las ramas de los árboles afligidos. "Las esposas de la muerte", bajo relieve en bronce, suben a recibir su beso impalpable y pasan suaves como un soplo de favonio entre pétalos de rosas té. "El dolor consolado por las memorias", inspiraría un canto a Albert Samain y un libro a Maeterlink. En el "Funeral de la virgen" una teoría de Ofelias y Julietas desfila diagonalmente hacia el fondo lejano, mostrando el dolor en la oblicuidad de sus espaldas y penetrando en el Carrara frío, como para enterrar en él su congoja, íntimamente. Después los altos relieves: "El sueño", "La llama", "La resurrección", "El holocausto", "La belleza de la muerte". Cada bloque es una estrofa.

Cuando la obra de un artista sugiere tan hondas emociones de belleza, cuando nos admira y enternece, nos hace pensar y sobrecoger, ante la vida y ante la muerte, sentimos la necesidad de buscar en el árbol genealógico del arte el lazo de parentesco que lo incorpora a la familia de los más grandes escultores contemporáneos, a la familia de los Meunier y de los Rodin.

LAS MANOS DE ELEONORA DUSE (1)

Milán, 1906.

La línea cumple en ellas el prodigio más unánime; la gracia desgrana sonrisas en la exquisita virtuosidad de sus movimientos; el ritmo culmina en trepidaciones inagotables; la intención sutiliza sus matices más persuasivos. Palpita en ellas una elocuente profundidad de vida: ora combustión de pasiones, ora pavor de tragedias, inacabable desmayo de ternuras, ayes estertorosos, languideces supremas, ansias incontenibles, alternativamente. Razonan, embriagan, seducen, conmueven, convencen.

Agita en cada mano la mitad de su alma.

*

Manos que viven y piensan y aman y lloran e impetran: no tienen iguales. Esfúmase en ellas la gama sentimental de semitonos más ricos. En vano peregrina el recuerdo y la imaginación divaga. La belleza, la elegancia y la fuerza conciértanse en ellas con plena armonía: humanas pupilas no vieron jamás dos estuches de emoción labrados por más sabio orfebre. Son obras maestras que aniquilan en germen cualquier parangón, hermanas gemelas de una estirpe que en ellas se inicia y termina.

*

El brazo parece brotar entre mangas de sedas de Esmirna, cual de una hamadríade que vagara en el sendero de un bosque desierto, donde ni sombras de faunos pudieran perturbar sus meditaciones amorosas. Cuando se mueve conoce el secreto de complicadas actitudes; cuando reposa ostenta la misma desgairada elegancia de madame Recamier en el cuadro admirable de David.

---

(1) Estas fantasías fueron traducidas al francés en la *"Revue d'art dramatique"*, de París, en un número especial en honor de Eleonora Duse.— "Entre todo lo que han dicho de mí, nada me ha sido tan grato como las páginas que Ingenieros ha consagrado a mis manos". *Eleonora Duse,* en París. 1907: (Interview de Enrique Gómez Carrillo).

De tal brazo las manos irradian como abanicos a medio entreabrir; y decora la punta de cada varilla, coqueta y flexible, una gema rosada, orgullosa en su engarce. Cuando la pasión las empurpura, diríanse esculpidas en ónice rosa de Escocia; cuando las hiela el enojo, torneadas en marfil impoluto; cuando la agonía las invade, talladas en mármol violáceo de Tynos. Cambian a compás del voluble corazón que late. Ya están frías como el desdén y la deshonra, ya tibias como la pechuga de un pajarillo en celo, húmedas como párpados en efusión de congojas, secas como labios mordidos por la fiebre. Cuando entreabre los cinco dedos sobre el seno mórbido o sobre un albo teclado, como un heliántropo besado por un rayo de sol, no sabría decirse qué es: una aterciopelada estrella de mar arrancada al abismo por una ondina caprichosa o una viviente blanca flor cogida por Pan entre el boscaje para ornar las sienes de Syringa perseguida.

*

La riqueza de sus gestos se esparce en inextinguibles sinfonías de movimientos.

Ora son indecisos, como los labios de un efebo que entrega su amoroso corazón en el temblor del primer beso; ora absolutos como el deseo vehemente de una mujer que adora; inciertos como el abrazo de una infiel; subrepticios como la palabra del que ya no ama y aun engaña. Son gestos innumerables y proteiformes: sonrientes como la esperanza, entrecortados como la ansiedad no satisfecha, melancólicos como el crepúsculo en la Pampa, mustios como una amapola que agoniza sobre un seno hermoso.

Si su alma está risueña las manos se animan, como juguetes de gnomos enloquecidos de amor y de jarana; si distraída, cascabelean al vibrar, como un aleteo de avecillas entre las espigas de una mies madura; si doliente, ellas recorren todos los matices de una melopeya sentimental, intérpretes expresivos de su angustia y pesadumbre.

Cuando su corazón se inquieta comienzan a revolotear como alas imprevisoras que abanican el aire sin violencia. Después se pliegan sobre sí mismas, cadenciosamente: así el apagarse de un arpegio en las sonatas en tono menor, así la interna murmuración del favonio que se desliza furtivo entre los pétalos de una eglantina.

*

No ignoran la expresión de ningún sentimiento humano. Son divinas e infernales, castas y voluptuosas, tiernas y violentas: todas las manos del universo están "esenciadas" en las suyas. Extinguidas de romanticismo cual las ve Burne Jones, sensuales como las sintió Murillo para sus vírgenes, viciosas como las que pone Anglada a sus mujeres de Montmartre, ensortijadamente aristocráticas las de Ingres, exiguas y frágiles en las damas de Gainsbourough, transparentes de poesía las de John Sargent, tranquilamente desmayadas las que en sus telas insinúa Puvis de Chavannes.

Ora la mano se crispa como garra que se clava y no suelta, rasga como lima que muerde, se aliviana como espuma flotante, se tuerce como espasmo que desespera, se enarbola como enseña que llama, se aprieta como un nudo sofocador, se oculta como estrella que se apaga, avanza como un puñal vengativo, crepita como antorcha incendiaria, se vuelca como lluvia inundante, desborda como aluvión devastador, voltigea como torbellino que arrasa. Es lúgubre y serena en el delito; empuña el arma con donaire, como la mano del Perseo de Benvenuto Cellini: tranquila sobre la espada que decapitara a Medusa. Es, también, orgullosa y humilde en la ternura; no perdería su garbo si le tocara sostener a un Jesús inmutable, como la Virgen de la Pradera de Rafael.

Es, empero, suprema en el amor. La mano fué siempre el más elocuente mensajero y el más indisoluble nudo amatorio. Julieta nació a la dicha cuando Romeo tocó su mano ingenua. Siempre el corazón lleva su fuego a las manos; y éstas atraen como al hierro dulce el imán, como a la abeja el polen, como al toro la capa de escarlata. Así esparcieron el amor sobre el mundo las manos transparentes de Cleopatra, tenazas de corazones; las manos de Mimí que buscaban en la obscuridad, tropezando como dos mariposas ciegas; las manos embriagadoras de Manón y las satánicas de la Montespán, insaciables pulpos de voluptuosidad; las manos inseguras de Mme. Bovary, traidoras de su ilusión antes que el labio, engañando al propio corazón incomprensible; las soñadoras de mil Ofelias y Eloísas, adelgazadas por el amor que enfiebra su apretón de manos. ¿Recordáis la galante cuarteta de Voltaire a las gárrulas manos de la Pompadour? Tuvo razón Gabriel D'Annunzio—discreto elogiador de manos—al resumir en las de Silvia Settala toda la poesía de la belleza y del amor...

*

Son nidos de caricias. Ora sencillas, para acariciar ángeles vaporosos de Luca della Robbia; ora complejas, insuperables para despertar dormidas sensualidades. Podrían deslizarse sobre un cuello con más suavidad que un filo de guillotina; o pasear ágilmente por sobre los huesecillos de las vértebras sembrando el calofrío, como una felpa a contrapelo; o esparcir sobre un busto efébeo el ajetreo de mil cosquillas interminables, convirtiendo la piel en teclado armonioso bajo la yema de sus dedos.

Manos hechas para prestidigitar corazones, para estrangular dulcemente cuellos anserinos, para animar nivosas cabelleras centenarias o peinar rulos de poetas soñadores, para hilar el purificador que cubre el cáliz, para domar leones, para tejer coronas, para ofrendar guirnaldas, para impartir bendiciones, para saludar a los hombres, para dar filtros de amor, para desvanecer sombras, aplacar iras, disipar dudas, destruir conjuros.

Manos destinadas a interpretar sentimientos absolutos, cuando la palabra no sabe traducirlos.

Leda, al verlas, pediríalas para acariciar el cuello de Júpiter transfigurado en cisne, como en la tela de Leonardo. El arpa eólica gemiría mejor bajo sus dedos que por la misma filtración del austro. La seda estrujada por tales manos podría estremecerse como el aire en la caña de una flauta o quebrarse como un rayo de luz sobre un espejo.

Es tan fino el contacto, tan dulce el deslizar de su piel, que ganas dan de trocar la carne mortal por arena eterna, anhelando que esa mano cogiera un puñado y la dejara tamizarse lentamente por entre los dedos, como si éstos fueran una clepsidra animada y sensual.

*

Manos ejemplares, modelos de artista, merecen inspirar el numen de los trovadores y los músicos, de los coloristas y los modeladores. Mil cuadros, mil mármoles reflejan su línea y su tono en movimientos diversos. Cuando están quedas parecen de cera devota y ferviente, como la en que fundieron manos de vírgenes los primitivos, como las que pintaron Giotto y el Angélico, Filippo Lippi y Botticelli, Verrocchio y el Ghirlandaio. Si una de ellas señala el cielo con su índice, evoca la línea perfecta en que compiten el Mercurio de Juan Bolonia y el Bautista del sumo Leonardo. Juntas para orar y pedir, no envidiarían a las de Santa Magdalena de Timoteo Veti o

a las de la misma virgen que exorna La Natividad de Van der Goes. Volando en el aire, huyendo infidentes tentaciones de amor, son imprevisoras como las de Dafnis seguida por Apolo en la obra maestra de Bernini. Resueltas a la acción, tendidas como arco dispuesto a fulgurar su flecha, ampliados los brazos en gesto absoluto, igualan el soberbio ademán de la heroina que separa a Sabinos y Romanos en la clásica tela de David. Firmes y seguras, diríanse las de Judith llevando la cabeza de Holofernes, en el cuadro de Allori. Cuando la alarma las llena y conmueve, supónese que las vió Rubens antes de inmortalizarse en el Rapto de las hijas de Leucipo. Otras veces las sacude intermitente emoción y el pulso altera su ritmo, como la diestra de la finísima dama de Fragonnard que graba en un tronco la Cifra de Amor. Y más, aun más expresivas, se esparcen y se anudan, minuto tras minuto, como las inenarrables—abiertas las unas, cerradas las otras,—eternizadas por Bouguereau en la Virgen Consoladora.

Todas parecen fijar en el tiempo un minuto de las suyas insaciables y eternas. Un solo momento de inquietud perfecta, pues tales como son, vivientes, sonrientes, elocuentes, no están en parte alguna, ni se encuentra su molde en las más pristinas obras del arte humano.

*

La Venus de Milo ha perdido las suyas.

¿Las recogió algún misterioso Lohengrin, fascinado por sus primores, llevándolas a un remoto Monsalvado para infundirles vida y encarnarlas en esta viviente transfiguración que arrastra al éxtasis, al paroxismo?

No pueden ser otras. O la belleza tiene incógnitas cuyo enigma nos será perpetuamente insoluble.

ENTRE LAS RUINAS DEL FORO

Roma, 1905.

Sobre el Foro Romano yacen esparcidos sin previsión los escombros augustos, como sobre un antiguo campo de lides heroicas las armaduras que la carcoma de las edades roe en vano, pero no aniquila. El frescor de pocas hierbas mitiga habitualmente su pesadumbre. Cada primavera llega como una fiesta sobre la blancura de los mármoles, atenuando su palidez, que parece traducir nostalgias remotas. Abril salpica, por millares, las manchas rojas de las amapolas, cuyo matiz violento contrasta con la severidad apacible de la blancura silenciosa, como advirtiendo el eterno florecer de la vida sobre la muerte.

Las pupilas frívolas nacieron ciegas para la evocadora visión de la Roma pagana; es ciudad de ensueño, templo de grandezas pasadas, lugar de peregrinación para almas superiores. Sin un profundo y exquisito sentimiento de arte, sin un amor latino, casi filial, por sus escombros elocuentes, la permanencia tórnase pronto inútil o tediosa.

El papa actual es un modesto burgués; el rey, un tonto inofensivo. Signo de los tiempos. En cambio están allí las ruinas de emperadores inconmensurables, únicos; ellas son el atractivo intelectual de la urbe tiberina y es creíble que el sol no haya alumbrado cosas más admirables en la historia de las civilizaciones extinguidas.

Hay un sentir oculto que permite gustar de las cosas muertas. Cada piedra es el esbozo de un pensamiento, cada columna erige frente al cielo una pasión humana, cada arco sostiene una gloria, cada friso narra un gesto, cada escoria denuncia un vicio magnífico o una virtud deslumbradora: que en esta suprema plenitud los vicios y las virtudes dejan rastros igualmente sublimes.

Toda ciudad posee refracciones y afinidades que le son propias. Roma es grata a los cerebros capaces de reconstruir una época sobre un plinto hecho trizas; para sentirla es ne-

cesario ponerse al unísono con ella. Todos sus grandes peregrinos han sido astros de magnitud primordial; Roma e Italia fueron la irresistible estrella que ha orientado la marcha de altos espíritus, Reyes Magos de esta religión de la belleza cuyo profeta moderno fué John Ruskin. Sus libros de arte, verdaderos evangelios, fueron escritos o pensados en Italia, frente a la glauca gloria del Adriático.

El estudioso no saciará su curiosidad analizando sus propias impresiones; le sobrarán, por cierto, fuentes en que abrevar sus ansias de investigación. Encontrará fruiciones de espíritu indagando cómo se reflejan esas mismas cosas en otros cerebros y hará una fecunda crítica comparativa de las emociones estéticas.

Estuvieron en Roma, buscando inspiración, Rabelais y Montesquieu, Montaigne, Milton y Addison, De Brosse, Lalande, Dupaty. Alguno en sus libros, todos en su correspondencia, dejaron el testimonio de su admiración ante el rastro de la magnificencia imperial.

Goethe, espíritu leonardiano, fué a Italia buscando la tierra clásica, la Roma suntuosa, cuna de la fuerza y de la universalidad. En Asís sólo deseó ver la pequeña fachada de un templo pagano, sostenido por armoniosas columnas corintias, y en Venecia, gema del romanticismo, sólo se interesó por el Paladio. El gran tudesco no miró la Italia del Renacimiento. Browning y los prerrafaelistas ingleses vinieron, en cambio, en busca del arte que floreció en el crepúsculo de la Edad Media, encontrando la mina fecunda de los Giotto y los Angélico. Dos temperamentos, dos formas de arte.

Una tercera vieron más tarde los románticos, a través de su tercer temperamento. Ellos, bandada inolvidable, volaron a la península como a una tierra amiga; los siete hombres representativos de esa época literaria viajaron casi al unísono en el tiempo y totalmente unificados en el ideal. Chateaubriand describió visiones en que la historia sirve de cañamazo a la literatura; Shelley dejó impresiones imperecederas; Musset llenó sus obras de personajes peninsulares; Lamartine dejó cien páginas imborrables en sus Meditaciones; Madame de Stael nos muestra su Italia en Corina; en Childe Harold refleja la propia Lord Byron. Pero si éste sintió mejor la grandeza del imperio muerto, tocóle a Jhon Keats, como antes a Browning, penetrar toda la emoción del arte prerrafaelita, anticipándose a Burne Jones y Dante Gabriel Rossetti.

Stendhal tuvo pasión por la sociedad italiana de su tiempo;

la Cartuja de Parma es un documento alado. Sus dos tomos de Paseos en Roma son tan recomendables por la utilidad de sus indicaciones como por la amable travesura de su estilo. Es obra que se lee con simpatía, no obstante ser vieja ya de un siglo; ocúrrele como a ciertas damas espirituales que benefician de las canas, aumentando sus atractivos en proporción al número de estrías que graba Cronos sobre su piel. Taine recomienda, de hecho, la serena claridad de estilo que campea en los Paseos, pues revela seguirlos en ciertos pasajes de su *Voyage en Italie;* los hombres como Taine saben no plagiar.

Jorge Sand, corriendo tras de Musset, escribió sobre Venecia párrafos llenos de amor y de garrulería. Hugo, con grandes brochazos y pomposas metáforas, mostró la Italia del estilete y del veneno. El viaje de Théophile Gauthier desborda de personalísimos decires desgranados con gesto asiático; en cada página cascabelea su rico estilo.

No satisfecho con esos recuerdos y lecturas, el viajero estudioso meditará con provecho las dos magníficas series de Paseos Arqueológicos, de Gastón Boissier; con esa introducción podrá visitar al profesor Boni, director de los trabajos de excavación del Foro, y asistirá a una sola de sus conferencias. Para las otras ruinas es más provechoso asistir a los cursos de Venturi y de Lanciani que enseñan, respectivamente, arte antiguo y topografía romana. De esta manera, sacrificando la originalidad al estudio y la fantasía a la crítica, se llega a tener una impresión verídica, preferible a las improvisadas sensaciones puramente literarias.

*

Entramos al Foro siguiendo al profesor Boni, cuya vida transcurre sobre los escombros. Es talentoso, amable y tan poco elegante como suelen ser los arqueólogos de mediana estatura; tiene la dicha de mostrar cincuenta años escasos, pero se murmura que ha vivido algunos más. Su flaqueza incorregible consiste en cierto afán de obscurecer en mal francés las cosas que diría claramente en buen italiano. Cada vez que en Roma tiene lugar un congreso o llega una comitiva de extranjeros, figura, plato obligado, una conferencia "en francés" sobre las ruinas del Foro. Le oímos dos veces y en ambas dijo lo mismo; se paró sobre determinadas piedras, hizo indicaciones similares, desplegó gestos idénticos, con igual entonación y timbre de voz, como fonógrafo que muerde con su púa de acero el cilindro de celu-

loide. Por ese motivo no hay ventaja en acudir más de una vez a su disertación.

Un distinguido estanciero asistía, por compromiso, a la conferencia; había visitado a Roma varias veces y hablaba del Foro con familiaridad, como de su estancia. Era uno de esos hombres prácticos que detestan cordialmente la cultura y el bufete; ponía su mayor vanidad en conocer a Roma sin haber leído una sola cartilla arqueológica, ni siquiera una democrática guía. Le vimos sorprenderse cuando oyó decir que el Foro en cuestión no había sido el único, ni el más grande, ni el más bello de los muchos que hermoseaban la ciudad eterna.

Eran sitios públicos, lugares de reunión al aire libre, con una plaza rodeada por varios pórticos, simples o dobles, de uno o más pisos. En cada Foro existía, siempre, una o más basílicas. En algunos había profusión de monumentos honorarios y decorativos que aumentaban su belleza y solemnidad. Allí se ejercitaba la justicia y lucían sus galas extraordinarias los retóricos de toda laya; allí también convergía la actividad comercial. Banqueros, mercaderes y usureros concurrían a los foros para traficar bajo la fresca sombra de los pórticos. En casi todas las ciudades había algunos; por la naturaleza compleja de su actividad, podrían compararse a las actuales plazas de aldea, en cuyo derredor se levantan la iglesia y la municipalidad, la escuela y el club, la trastienda de botica y la redacción del semanario, el juzgado de paz y la comisaría. La diferencia estriba en que los foros de aquella época, aun en las aldeas, ostentaban una ornamentación desconocida en nuestro tiempo. En Roma, "caput mundi", eran admirables el foro Trajano, el de Augusto, el de César, el de Nerva, el Romano, el Boario y otros.

En la época imperial fué el fastigio de su esplendor; sólo quedan ruinas escasas. El mayor de todos fué el Foro Trajano, cuyos planos trazó Apolodoro de Damasco, arquitecto griego; cuéntase que para construirlo fué necesario derribar muchos edificios y desmontar una falda del monte Quirinal. El foro propiamente dicho ocupaba una amplia área rectangular, rodeada por tres pórticos dobles. Allí surgían el templo de Trajano y la basílica Ulpia; en el centro de un patio, desafiando al cielo con su pompa majestuosa, erguíase la columna Trajana cuyos magníficos bajos relieves han encantado a críticos y artistas durante veinte siglos. En todas las construcciones de ese Foro asombraba el derroche de granitos raros, columnas de mármoles veteados y policromos, frisos y capiteles con bajos relieves magníficos, estatuas de bronce y paramentos de metales pre-

ciosos, mosaicos de mármoles amarillos y violetas, todo convergiendo a hacer paradisíaca la molicie de los dominadores del mundo. Casiodoro, su más fiel descriptor, dice que cuanto mejor se lo observaba tanto más producía la impresión de un milagro.

De tanta grandeza, además del aserto de los historiadores, cuyas referencias no suelen ser claras ni concordantes entre sí, los viajeros ingenuos pueden ver fantásticas reconstrucciones en yesos o grabados que se venden a los forasteros en las librerías del Corso o de la plaza de España, y a menor precio en los cambalaches de Transtíber. Los foros más modestos, como los que aun vemos en Pompeya y Herculano, parecen simples plazas rodeadas por templos y pórticos, con uno o dos órdenes de arcadas; pero están desmantelados y les falta lo que fué su mejor característica: la generosa ornamentación.

*

El Foro Romano, único sometido a la inspección ocular de los contemporáneos, estuvo en pleno abandono durante muchos siglos, después de haber sufrido ultrajes y depredaciones de los godos, vándalos, hérulos, lombardos, sarracenos y cristianos; pues estos últimos completaron lentamente la devastación de Roma con sus rapiñas en grande y pequeña escala, con su desidia y menosprecio por todo lo que evocara la grandeza pagana. Baste decir que en 1611, bajo el dominio del papa Pablo V, se demolieron varios antiguos arcos de triunfo para ensanchar las calles; ya Urbano V había puesto en venta las piedras del Coliseo y Pablo II tomó las necesarias para edificar el palacio de Venecia, de uso particular, imitándole los cardenales Riario y Farnesio. Sixto V pretendió transformarlo en casa de inquilinato; pero los nietos de Urbano VIII, de la familia Barberini, fueron más prácticos y recogieron todos los materiales para su magnífico palacio, dando lugar al ingenioso refrán: "lo que no hicieron los bárbaros, hicieron los Barberini".

En los grabados medioevales, que suele mostrar en clase el profesor Lanciani, el Foro Romano está representado por una serie de ruinas enterradas hasta la mitad, recubiertas por una profusa vegetación silvestre que pone sus raíces como cuñas entre los bloques de mármol y de travertino. Montaigne lo vió en ese estado. Para Voltaire era un despreciable amasijo de piedras mugrientas, aunque en la misma época el padre Jacquier lo proclamó admirable. Stendhal lo vió semienterrado todavía y refiere las estériles intentonas del príncipe ruso Demidoff para que le permitieran desenterrarlo a su propia costa; Napoleón

ya había puesto en descubierto el Coliseo y otras maravillas de la gran época. Encontrándose en Roma, en 1813, Stendhal vió desenterrar el pedestal de la columna de Focas; una inscripción antigua aplacó las dudas que habían atormentado a muchos arqueólogos. Circuló por ese entonces un soneto ingenioso. Habla el mismo Focas: "Un obrero con su pico descubrió todo en dos días; mi gloria renace. Sabios tontos: colocando unos sobre otros los tomos que habéis escrito acerca del nombre de mi columna, se formaría una pila más alta que ella. ¡Cuánto más útiles y menos aburridos seríais arrojando vuestra pluma y cogiendo un pico!"

Shelley, en una carta a Peacok, escrita desde Nápoles, refiere la impresión que recibió después de ver las ruinas del Foro. "Roma es, por decir así, la ciudad de los muertos; mejor aun, es la ciudad de los que no pueden morir, pues sobreviven a las malignas generaciones que habitan y atraviesan los lugares que la grandeza imperial hizo sagrados para siempre. En Roma, por lo menos durante el primer entusiasmo que se aplica a contemplar la antigua edad, nada se ve de los italianos. La disposición misma de la ciudad contribuye a la ilusión, pues sus vastas murallas antiguas tienen diez y seis millas de circunferencia, de manera que su población escasa queda esparcida en un espacio casi tan grande como Londres. En su interior hay grandes campos abandonados, céspedes en todas partes, bosquecillos en las ruinas; una verde colina, muda y solitaria, domina el Tíber. Los jardines de los palacios modernos son como bosques salvajes de cedros, pinos y cipreses. El cementerio inglés está sobre un repecho verde, junto a los muros, debajo de una tumba piramidiforme de Cayo Cestio; es, creo, el más solemne y hermoso de los cementerios que he visto. Cuando lo visitamos el sol brillaba sobre el rocío de otoño; oíamos suspirar el viento en los árboles, que se elevan más altos que la tumba de Cestio, el sol ardía bajo la cálida luz, mirábamos las tumbas, casi todas de niños y de mujeres, y nos repetíamos que su sueño era envidiable para el día de nuestra muerte..."

*

Esa fué la obra de quince siglos de cristianismo, esa la barbarie verdadera, la que no vino del Norte, sino de Galilea: convertir en un triste cementerio a la capital del mundo civilizado, con un solo paréntesis: el Renacimiento. La opinión de Shelley no es única: oigamos lo que dice madame de Staël en una de sus cartas al poeta Monti: "Os confieso que yo no sería capaz

de pasar mi vida en Roma; la idea de la muerte nos sobrecoge de tal manera, se nos presenta bajo tantos aspectos, en las catacumbas, en la Via Appia, en la pirámide de Cayo Cestio, en los subterráneos de San Pedro, en la iglesia de los Muertos, que apenas se está segura de estar viva.'' Y en *Corina* agrega: ''En Roma todo es extranjero, aun los mismos romanos, que no parecen vivir en ella como propietarios, sino como peregrinos que se han sentado a reposar junto a las ruinas.''

Esa barbarie cristiana se prolongó hasta la caída del poder temporal de los papas, que señaló el nuevo Renacimiento actual, bajo la dinastía burguesa de los Saboya.

Taine dedica al Foro dos páginas escasas. Si hemos de creerle, en 1865, bajo el dominio de la tiara, veíanse allí espectáculos de miseria y abandono que actualmente resultan inconcebibles. ''Viejas feas y chicos sucios se calientan al sol, entre basuras. Pasan dos monjes blancos o morenos, seguidos por escolares con sombrero negro, guiados por un eclesiástico rojo. Una fábrica de camas de hierro cruje y resuena cerca de la basílica.'' En cambio: ''Aun se descubren rasgos de la antigua raza y del antiguo genio. Muchas de esas viejas se parecen a las sibilas del Renacimiento. Tal paisano con sandalias de cuero, con su manto manchado por el polvo, tiene una traza admirable, la nariz distinguida, el mentón griego, los ojos negros que hablan con elocuencia, chisporroteando en ellos el brillo de su genio nativo. Bajo las bóvedas de Constantino, desde media hora, una voz salmodiaba letanías; me aproximo y encuentro a un hombre piernicruzado en tierra, leyendo en voz alta y con entonación recitativa ante cinco o seis vagos tirados sobre el polvo el *Orlando Furioso*, el combate de Rolando y de Marsilia''. Más afortunados que Taine, los viajeros de hoy no ven el espectáculo de las mujeres andrajosas; pero, en cambio, no tendrán la dicha de tropezar con vagabundos románticos. A fuer de irreverentes, cabe pensar que el pincel de Taine puso algunos toques decorativos en el cuadro, colocando allí esas brujas y trovadores en decadencia como simple coquetería de su prosa literaria.

Hoy todo ha cambiado. La idea que nos sugieren Jacquier, Stendhal, Shelley, madame de Staël o Taine resulta completamente inexacta. Las ruinas están en descubierto, sin más mugre que la inevitable de los siglos. El profesor Boni no ceja en su labor; temiendo que la prisa destruya los restos que se pretende conservar, realiza un trabajo lento pero minucioso y certero, conforme al adagio de la gota que horada la piedra.

*

Descendiendo del Capitolio por una calle que corre sobre el antiguo Clivus Capitulinus, hacia la Vía Sacra que lleva al Coliseo, se encuentran las ruinas del Pórtico de los doce dioses y de los templos de Saturno, Vespasiano y la Concordia; el magnífico arco de Septimio Severo se conserva en excelente estado y parece dispuesto a mantenerse en pie algunos siglos más; contigua está la columna de Focas; a poca distancia los restos de las basílicas Julia y Emilia, y las ruinas de la Curia o Senado sirviendo como cimientos de la iglesia de San Adrián. Del templo de Castor y Pólux quedan tres magníficas columnas en mármol de Paros: más allá escombros de los templos de Venus, César y Faustina, la Regia, el palacio de las vestales, las tres enormes bóvedas de la basílica de Constantino y, por fin, el Arco de Tito, inicuamente rehecho por un mediocre arquitecto, muy celebrado en tiempos de Pío VII.

Recorriendo las callejuelas del Foro, todo espíritu medianamente culto reconstruye con envidia las horas que el pueblo de César y de Augusto podía pasar bajo uno de esos pórticos o en el interior de una basílica, oyendo a los más elocuentes oradores, cuya mayor ambición era obtener su aplauso y cuya voz se rompía en mil ecos sobre los mármoles que por todas partes la rebotaban.

Entre el tono gris del pequeño valle lucen su ebúrnea blancura centenares de capiteles corintios mostrando al cielo la gracia audaz de sus volutas y el doble orden de sus hojarascas; el pie inexperto tropieza con fragmentos de arquitrabes, el uno con frisos triglifados, metopas en el otro, éste con bajos relieves de grifos mitológicos o con heroicas escenas de guerra, aquél con candelabros o calaveras. Discos o astillas de fustes estriados atestiguan la asombrosa profusión de columnas en ese paraje delicioso, destinado al solaz de aquella Roma cuyo poderío no conoció precedentes ni tuvo sucesores.

Más allá del Arco de Tito, en el fondo, se levanta la mole del Coliseo y a su derecha el gran Arco de Constantino, obra mediocre de la decadencia. Antes de llegar a la calle que rodea el enorme anfiteatro, se tropieza con las ruinas de los templos de Venus y de Roma, adosadas, mirando al Coliseo las primeras y al Foro las segundas. El emperador Adriano en persona trazó sus planos; mas Apolodoro, arquitecto de Trajano, se permitió señalar en la obra dos incorrecciones, ya irreparables. La imprudente crítica tuvo por precio la vida.

Suele terminar en ese punto la invariable conferencia del

profesor Boni, a noche ya avanzada. El ilustre arqueólogo, con su voz monótona, propia de quien repite su abecé por millonésima vez, consigue aburrir a dos tercios de sus oyentes.

*

Mientras regresamos, un reflejo rubio y rojo inunda aquel cementerio de cosas dos veces milenarias. El crepúsculo gradúa en el lejano horizonte sus notas de oro y de escarlata, como si los bronces de infinitos guerreros y la sangre de infinitos vencidos se mezclaran atropelladamente en aquel lejano confín del cielo y de la tierra, recordando, como en una macabra fantasmagoría, el precio de heroísmo y de martirios que costó a la humanidad la grandeza del imperio de Occidente.

Entre la penumbra del horizonte destacaban sus perfiles los restos de frisos y cornisas, las columnas con sus gárrulos capiteles, los fustes quebrados por la saña de tantos siglos, los arcos intactos y petulantes, erguidos frente al tiempo. Junto con el avance de la tiniebla crecía la solemnidad majestuosa de aquel panorama evocador. En la melancolía de esa noche estival, toda llena de recordación y de silencio, pensamos con sobrecogimiento que nuestros pies humillaban los propios mármoles por donde transitaron su gloria o su infamia los reyes y los cónsules, los tiranos y los emperadores. La imaginación esparcía entre las ruinas, confusamente, las figuras de César y de los Gracos, de Augusto y de Nerón, de Heliogábalo y de Domiciano. Y la sombra parecía confundir en un solo rastro, sobre las mismas piedras, las pisadas de Agripina y de Cornelia, la madre de todos los vicios y la madre de todas las virtudes.

Era un símbolo. Tanta grandeza y tanta pompa debían neutralizar, por fuerza, todas las normas de la ética. Sin imposiciones morales, los hombres rompieron las amarras del deber para ascender a una región donde eran palabras sin sentido el vicio y la virtud, donde los únicos ideales de la vida eran la fuerza, el placer y la potencia, suprimiendo todo freno a la dicha de vivir.

El pueblo romano, dominador del mundo, tendía, como todos los dominadores, a colocarse más allá del bien y del mal.

LA MEGALOMANÍA DE LOS EMPERADORES

Siempre se repetirá con verdad que si no tuviéramos otro testimonio de la civilización griega, habría bastado el solo Partenón para mostrar la altura intelectual que alcanzó ese pueblo, cuyo espíritu fué maravillosamente comprendido por el alma loca y grandiosa de Nietzsche. Si la Roma de los emperadores nos hubiera legado una sola de sus ruinas enormes, el Coliseo o el Palacio de los Césares, el Panteón o las termas de Caracalla, esa única mole habría simbolizado su poder infinito, su osadía, su fastuosidad, su pujanza, su pompa lujosa, su culto del triunfo y su amor por la gloria, todas las cualidades que hicieron de ella la capital de una civilización: la ciudad única, servida por más de cien millones de hombres y enriquecida por todas las comarcas de la tierra.

Si una frase pudiera pintar una época y precisar un estado de alma, sólo podríamos decir que la Roma Imperial fué el reflejo de la megalomanía de los emperadores.

Sobre tanta grandeza sobrevino una lenta carcoma de cristianismo. Las ruinas paganas fueron arrasadas o despojadas de su admirable ornamentación, dejando en pie los esqueletos, testimonios eternos de su gloria. Así las pequeñas aves de rapiña roen las carnes de todo gran cadáver con saña pertinaz, creyendo borrar las huellas de una superioridad molesta por lo inalcanzable; pero dejan por tierra los esqueletos, que no pueden devorar ni saben destruir. Y esos esqueletos están allí, de pie, serenamente erguidos contra las edades, como respetables embajadores ante la posteridad.

Napoleón, que a su desmesurada necesidad de grandeza rindió infinitos holocaustos de sangre y de exterminio, supo sentir la Roma pagana y ordenó la reparación de sus ruinas gloriosas. Doquiera pudo ejercer su influencia fomentó la arquitectura suntuosa, tomando ejemplos en la ciudad antigua, que soñara acaso resucitar para escenario de sus irrealizables ensueños.

*

Entre la plaza Navona y el Panteón, sobre el antiguo campo de Marte, está el edificio de la Universidad, anexo a la iglesia de San Ivor, más conocido con el nombre de "la Sapienza". En una aula del piso alto, sobre el ala derecha, escuchamos siete lecciones del profesor Lanciani respecto de la ruina más hermosa de Roma: el Coliseo. El ilustre arqueólogo enseña topografía romana, complementando sus pláticas con lecciones sobre las ruinas mismas. Conoce cuándo, cómo y por qué de cada escombro, a la manera de ciertos pacientes coleccionistas que recuerdan los más inútiles detalles relativos a cada ejemplar de su innumerable filatelia. Las canas sesentonas que ya grisean sobre su frente y la obesidad que infla su vientre como una vasija etrusca, no aplacan sus entusiasmos arqueológicos: su actividad revive cada vez que trepa sobre un andrajo de la magnificencia antigua. Y se le ve, como un cabrito adolescente, correteando sobre la última galería del Coliseo, encaramado en la cornisa del Panteón, prendido amorosamente de los bajosrelieves en la concavidad de un arco, mirando todo, analizando piedra por piedra, removiendo la tierra estratificada en veinte siglos, extraviándose en los vericuetos de una catacumba, con el mismo empeño que pone un cirujano en manosear las vísceras sangrientas.

Las ruinas parecen vísceras de la historia remota; el arqueólogo diseca las piedras como el anatomista los músculos y las arterias.

De labios de Lanciani recogimos cien detalles sobre las peripecias de la construcción del Coliseo y sobre las azarosas aventuras de su existencia; algunos papas saquearon sus piedras para edificar sus palacios privados, otros lo pusieron en subasta, lo usaron como fortaleza, lo alquilaron como fábrica de grasa o de betún, lo trasformaron en depósito de basuras, y por fin, como destilería del guano de la ciudad.

Algunos historiadores pretenden que esta mole enorme fué construida en solo cuatro meses, trabajando en la obra doce mil judíos esclavizados por Tito e invirtiéndose en ella una suma de escudos romanos equivalente a cincuenta millones de francos. El emperador Floro Vespasiano, amigo de las ciencias e íntimo de Plinio, cuya *Historia Natural* está dedicada a Tito, edificó los tres primeros órdenes del edificio; Tito, su hijo y sucesor, agregó dos más. La obra fué concluida por Domiciano, a quien los historiadores proclaman insigne en el manejo de la flecha; cuéntase que, para matar sus horas de ocio, ejercitaba

su asombrosa habilidad cazando moscas a respetable distancia con diminutas flechas de oro. Una cinegética en miniatura.

El Coliseo es un monumento único. Lamartine lo ha sentido admirablemente en sus *Nuevas Meditaciones* y solía pasear por su recinto en las más suaves noches lunares. Stendhal observa que el hombre más sensible a las artes, Rousseau por ejemplo, leyendo en París la descripción más completa del Coliseo no dejaría de conceptuar ridículo a su autor, por las exageraciones que creería descubrir en sus palabras, aunque sólo le hubiera preocupado el afán de amenguar sus impresiones, temiendo el juicio del lector lejano.

El Coliseo suele considerarse como la más soberbia tipificación arquitectónica de los anfiteatros, creación genuinamente romana, aunque derivada de los teatros griegos; estos últimos fueron imitados frecuentemente por los arquitectos de Roma, pudiendo verse ejemplares bien conservados en Pompeya, Herculano y Fiesole. En el extranjero merecen visitarse los de Arlés, Nimes y Orange.

Varios órdenes de arquitectura se observan en la fachada del anfiteatro de los Flavios. El piso bajo es dórico, el segundo jónico y los superiores son corintios. Esta superposición de los estilos griegos es una de las innovaciones fundamentales de la arquitectura romana. Es inútil repetir la descripción del Coliseo; puede copiarse en cualquier tratado elemental de arqueología. Baste recordar que en el interior de la enorme elipse cabían ciento diez mil espectadores, admirablemente distribuidos en grupos cívicos y profesionales.

Después de releer en excelentes traducciones de Suetonio, Marcial y Tito Livio muchos datos respecto de la época a que pertenece el Coliseo y numerosas referencias al anfiteatro mismo, el estudioso puede hallar en Dion Casio la descripción de su fiesta inaugural. Cuenta que fueron muertos cuatro elefantes y nueve mil fieras; hubo luchas de gladiadores, batallas y parodias de combates navales. Esos espectáculos duraron cien días. Para favorecer a la plebe, Tito, desde un lugar culminante del anfiteatro arrojaba pequeños globos de madera en cuyo interior había vales por alimentos, ropas, objetos de oro y de plata, tierras, caballos, esclavos.

Si hemos de creer a Marcial, el Coliseo tuvo su mayor auge en tiempos de Domiciano. El poeta narra muchos episodios curiosos y no pocos inverosímiles. Una mujer peleó contra una leona y le dió muerte; un gran pillastre fué crucificado y expuesto a las caricias de un oso, con el resultado que es de pre-

sumir. Un condenado tenía que volar como Dédalo para escapar de las garras de otro oso; este desgraciado precursor de la navegación aérea cayó de bruces y fué víctima de la bestia. Un rinoceronte, con su cuerno, destripó un toro. Cierto león que hirió a su cuidador fué muerto a flechazos. El beluario Capofaro mereció ser antepuesto a Meleagro y a Hércules pues en un solo día y en el mismo espectáculo mató veinte fieras, entre las cuales Marcial enumera búfalos, bisontes, leones y leopardos. Un elefante, después de matar a un toro, se arrodilló ante Domiciano. Una tigre consiguió matar un león, hecho que nunca se había presenciado en Roma, si hemos de atenernos a la palabra del poeta. Un gamo que corría perseguido por veloces sabuesos, al llegar frente al emperador se arrojó a sus pies en actitud suplicativa y los perros se detuvieron sin tocar la presa, como si hubiesen reconocido que debían respetar la sagrada majestad del César. Algunos leones jugaban en la arena con las liebres, ocultándolas en sus bocas cerradas y soltándolas ilesas en seguida. Tigres, osos, bisontes y ciervos tiraban de los carros como caballos, adaptados al rigor del freno y de la fiesta. Un elefante bailaba. Algunos ciervos y gamos peleaban entre sí hasta matarse. Un león y un carnero vivían juntos, alimentándose ambos con carne de cordero.

Dejando a Marcial, que dió rienda suelta a su picaresca fantasía, recordemos que Trajano, celebrando su triunfo en Dacia, hizo combatir en los anfiteatros de Roma 11.000 fieras y 10.000 gladiadores. Esas enormes cifras son ridículas comparadas con los espectáculos celebrados en el Coliseo por Cómodo, cuya fragmentaria descripción encontramos en las crónicas de Capitolino, Lampridio, Spartiano y en el propio Dion Casio.

Muchos lectores semicultos, que han visto la estampa del Coliseo en los manuales de historia o en las tarjetas postales, suelen creer que las escenas revividas por Sienkiewicz en su *¿Quo vadis?* ocurrieron allí y se emocionan tiernamente mirando el grabado que les evoca el recuerdo de aquellas terribles persecuciones contra los primeros cristianos, magistralmente pinceladas por Renán, en su *Antecristo.* Nerón no conoció la mole que hoy admira el turista, ni se oyó jamás en su recinto la palabra arbitral de Cayo Petronio. La saña del sanguinario artista necesitaba un escenario más vasto, aunque para el buen gusto del *arbiter* habría sido perfecto el ambiente del Coliseo.

No lejos del Foro, al otro lado del Palatino, en cuyas entrañas yacen los cimientos colosales del Palacio de los Césares, se extendía el Circo Máximo, cuya capacidad excedía en mucho

a la del Coliseo. Fué construido por Tarquino Prisco y en tiempos de Dionisio de Halicarnaso podía contener 150.000 espectadores; Vespasiano lo restauró, dándole capacidad para 250 mil hombres. Constantino lo agrandó aun más, para que 380.000 romanos pudieran aclamarlo cuando entraba a presidir los juegos circenses. Allí tuvo lugar el martirio de los cristianos, allí debe transportarse la emocionante fantasía del novelista ruso, la lucha heroica de Ursus con el Toro para salvar de sus astas el adorable cuerpo de Ligia. El tiempo ha borrado las ruinas de este circo para evitar a Roma el recuerdo de sus crueldades más ignominiosas.

El profesor Lanciani, rodeado por treinta oyentes de ambos sexos, estaba en la tercera galería del Anfiteatro Flavio cuando el sol entró al ocaso. Por entre las ventanas del lado opuesto caían haces de roja luz; en el horizonte lejano el crepúsculo volcaba un hervor de incendio y de hemorragia. Todos a una, pensamos en las hogueras y en la sangre derramada en las arenas de la metrópoli imperial, cuya grandeza tuvo, como el sol de esa tarde, un poniente de púrpura.

*

Una joven marquesa, *dilettante* de arqueología, es un hallazgo raro, pero no inverosímil en Italia. Encontrarla equivale a resolver muchas incógnitas de la curiosidad arqueológica, pues en las mujeres intelectuales suelen asociarse al saber las legítimas inclinaciones del sexo por la pedagogía. Todo ello no impide, por otra parte, que la nostalgia de ensueños complique agradablemente el hallazgo durante un par de meses.

Discípula del profesor Lanciani, distribuye la vida exuberante de sus treinta años entre los músicos clásicos, la literatura d'annunziana y el estudio minucioso de las ruinas memorables. En suma, una de esas almas inquietas e interesantes, contradictorias, llenas de frivolidades y melancolías, predestinadas a tener en cada hora de su vida un capítulo de novela. Su propia cultura les hace inabordable la felicidad del hogar; no debieran casarse nunca, para evitarse las inevitables incomodidades de una separación prematura.

Nos dió conferencias extraoficiales sobre las Termas de Caracalla y de Diocleciano, el Palacio de los Césares en el Palatino, la Villa Adriana en Tívoli, el Panteón y otras obras máximas de la arquitectura imperial. Es imposible describir eficazmente las cosas grandes y sería ridículo traducir en palabras la emoción de fuerza y de belleza que aquéllas sugieren.

Nos admira aquel médico, cuyo nombre no hemos podido averiguar, que prohibió a Jhon Keats, agonizante, la contemplación de las ruinas magníficas: la emoción le habría muerto.

*

Para reconstruir la historia, las termas de Caracalla son como una pieza de esqueleto fósil en manos del paleontólogo. Son una parte de un todo enorme, una parte lógica y proporcionada que permite inducir la complexión del conjunto, así como una tibia o un diente autorizan a formular la clasificación de un ejemplar zoológico perdido. Si no fueran bellas, absolutamente bellas, estas ruinas producirían asombro y envidia. Salones iguales no se fabrican ya; las termas de Caracalla ocupaban un área de 110.536 metros cuadrados. Bajo sus bóvedas enormes, en recintos constelados de mármoles preciosos y bronces dorados, podían bañarse al mismo tiempo miles de romanos. Había pórticos, gimnasios, bibliotecas, galerías artísticas, academias, esedras o salas de conversación, jardines, palestras, esferisterios, todo. El emperador había volcado allí miles de obras artísticas; en las termas se recogieron el Toro Farnesio, el Hércules Farnesio, la Flora de Nápoles, y otras cien obras de arte que honran su memoria en los museos. Mármoles blancos, mármoles verdes, mármoles rosados, mármoles grises, alabastros, jaspes incomparables, granitos de Oriente rosados y grises, basaltos negros, pórfidos rojos, mármoles de Numidia con vetas rojas sobre fondo amarillo, serpentinos verdes con manchas negras como pieles de serpientes raras, cipolinos grises y verdosos, todo el iris refractado en mármoles, una sinfonía del mármol, la locura del mármol. Había mil seiscientos sillones de mármol, en las paredes revestimientos de mármol, pisos con mosaicos de mármol, piscinas de mármol, techos de mármol, magníficas escalinatas de mármol, centenares de estatuas de mármol, una pomposa megalomanía del mármol, un magnífico delirio del fasto y de la belleza... Sobre sus ruinas Shelley vino a escribir su *Prometeo libertado*.

Las termas de Diocleciano, aunque menos bellas, eran más grandes todavía; podían bañarse al mismo tiempo tres mil doscientos ciudadanos. La reconstrucción de su topografía requiere alguna paciencia y estudio, pues sobre ellas se ha edificado durante quince o veinte siglos. Los restos son magníficos y de imponencia suntuosa. Sobre una de sus salas edificó Miguel Angel la iglesia de Santa María de los Angeles; en otra está actualmente el museo nacional de las termas; lejos de allí,

sobre una de las primitivas rotondas terminales, la actual iglesia de San Bernardo.

Las había en Roma por decenas, pues cada emperador deseaba complacer al pueblo y le ofrecía una terma. Son dignas de recordación las de Adriano, Alejandro Severo, Constantino, Domiciano, Nerón, Tito, Trajano, Agripa. Estas últimas terminaban detrás del Panteón; sus aguas aun llegan a la admirable fuente de Trevi, en una plazoleta rodeada por grandes edificios, que hace resonar el ruido de las aguas que caen interminablemente; madame de Staël, con exageración propia de su gusto y su sexo, dice que cuando cesa de funcionar, por alguna reparación, parece producirse un gran silencio en toda Roma.

*

El obligado accesorio de las termas fueron los acueductos, pues al regalar una terma el emperador debía asegurar su provisión de agua, trayéndola desde remotas distancias. Así se explican esos arcos en ruina que atraviesan llanuras, valles y montañas, desafiando dificultades, resolviéndolas atrevidamente. El primero de ellos data de cuatro siglos antes de nuestra era; sus restos sorprenden por la imponencia de las proporciones. Más tarde se construyeron algunos con dos y tres órdenes de arcadas sobrepuestas, corriendo un canal de agua diversa por cada uno de ellos. Fué en todo tiempo su arquetipo el que traía las tres aguas: marcia, tépula y julia.

No obstante su pobreza decorativa, los acueductos son admirables por su estructura; constituyen un excepcional ejemplo de robustez y siguen desafiando la irreverencia de la intemperie, sin llevar cuenta de los siglos que pasan. El célebre acueducto de Segovia, en España, cuyo doble orden arquitectónico está construido con monolitos enormes, aun conserva más de cien arcadas. En Nimes, sobre el Gard, consérvase muy bien otro acueducto romano, de tres órdenes sobrepuestos, cuya altura total alcanza a cincuenta metros.

Frente a esas ruinas no desmerecen las del Palatino, cuya magnitud no luce como debiera; están, en gran parte, debajo del suelo, pues la edificación superior fué devastada por las piraterías alternativas de los bárbaros y de los cristianos.

Las ruinas de Villa Adriana, cerca de Tívoli, parecen pertenecer a uno de esos fantásticos castillos encantados que los niños se imaginan cuando leen las fábulas de Cordelia. Adriano había viajado mucho e hizo de su palacio una maravilla, reu-

niendo en sus jardines las copias o imitaciones de todos los edificios y parajes célebres que había conocido en sus peregrinaciones imperiales. Su descripción puede leerse en cualquiera guía de Roma y sus alrededores; la impresión que produce no podrá leerse en libro alguno.

Ese tono emotivo se mantiene ante las otras magnificencias del imperio. El Panteón es el exponente más perfecto de la arquitectura romana; Stendhal lo admira sin reservas y su magnífico interior sugirió a Taine una página admirable. El mausoleo de Adriano, sobre cuya armazón vive el castillo de Sant'Angelo; el enorme circo de Maxencio; la Vía Appia, con su preciosa tumba de Cecilia Metelia entre miles de escombros sepulcrales; todo, en fin, es emblema de una ciudad que vivió para el triunfo y para el placer, dominando y explotando en beneficio de sus pobladores a todo un continente.

Este concepto de la ciudad universal no ha resurgido jamás y tórnase cada vez menos posible. Falló la misma Roma cuando quiso erigirse en capital cristiana del mundo; ahora falla París, intentando en vano ser su capital atea.

*

Podría condensarse en una sola frase la impresión de las ruinas imperiales: realizan la más admirable y armónica fusión de la potencia y de la belleza.

Señalan una época en la evolución de la arquitectura. Los romanos desbordaron con rapidez los límites del arte etrusco, cuya obra maestra admiramos todavía: la Cloaca máxima, tan justamente alabada por Montesquieu. Cuando recibieron de Grecia sus estilos simples, ya ilustres en la historia del arte, los desenvolvieron o completaron con rasgos fundamentales. La adopción de los arcos, de las bóvedas y de las cúpulas, así como la superposición de los órdenes arquitectónicos griegos, constituyen los rasgos propios de la época romana y bastan para definirla. Pero el carácter más representativo del imperio de Occidente fué la grandiosidad de las moles, la imponencia de las masas. Las ruinas del Palatino y de la Villa Adriana asombran por sus proporciones, castigan el orgullo de los pueblos contemporáneos, deprimen y mortifican a los modestos arquitectos de la actual Roma burguesa. Las acrópolis de Atenas y Selinunto no producen la misma impresión; acaso puedan suscitarla semejante las moles de Egipto y de Asiria.

*

La civilización moderna sólo concibe lo útil y lo económico. La democracia induce a renunciar, por ahora, a toda obra puramente grande o puramente bella. Es así; no puede ser de otra manera. Sería inútil lamentarse de estas parciales deficiencias de la vida actual, pues son inherentes a cierto modo y momento del progreso. El yanqui levanta sus casas de cuarenta pisos para aprovechar mejor su lote de terreno y percibir lautos alquileres; hace edificios feísimos, pero económicos y duraderos. La misma torre Eiffel es genuinamente pobre y económica; es atrevida, pero no bella; es grande, pero no grandiosa. Cuando se proyecta emprender una obra colosal, la idea nace muerta. En toda obra privada existe una limitación estrecha de las proporciones, hay una constante preocupación de la economía, porque las mayores fortunas individuales son relativamente modestas. En toda obra pública está desterrada la suntuosidad por falta de sentimientos grandes en el pueblo y en los que pretenden representarlo. ¿Qué monarca constitucional, qué presidente, qué parlamento se atrevería a invertir quinientos o mil millones en una obra grandiosa como las que atestiguan el poderío de Egipto, de Asiria o de Roma?

Guillermo de Alemania, que por cierto gusto y originalidad hubiera sido un discreto César en Roma, está maniatado por la mesura de cuantos Bertoldinos y Cacasenos invaden el parlamento alemán en representación de un pueblo inferior a cualquier proyecto grande. El zar de Rusia dispone de la suma del poder; pero es un autócrata burgués, triste, débil, servido por un pueblo analfabeto. Quedaría Roosevelt, el hombre de la vida intensa; pero sólo a medias es señor de su pueblo y carece de la vocación necesaria para emprender cosas puramente bellas.

La época presente no es favorable a la arquitectura colosal. Es imposible pensar que puedan reunirse en una misma persona la omnipotencia, el gusto y la energía.

Cabe presumir que esta crisis no es definitiva. Los pueblos más evolucionados de la raza blanca tienden hacia una vida propicia al resurgimiento de lo grandioso. Las máquinas centuplican el músculo humano, aumentan indefinidamente la producción y satisfacen cada vez mejor las necesidades indispensables a la vida.

Ese aumento de capacidad de las fuerzas productivas, después de hartar las necesidades, "lo útil", tendrá que traducirse en la producción de "lo superfluo", cada vez más acentuada. Y una forma esencialmente colectiva de lo superfluo será la ar-

quitectura monumental: de la escuela, del gimnasio, del teatro, de la terma, del foro, de la basílica, de la esedra, del museo.

Todo esto es presumible para un porvenir más o menos lejano, cuyas tendencias podemos inducir estudiando el pasado y el presente. Las grandes capitales serán centros de arte suntuoso y de excelsa cultura por obra de los siglos, después de llegar a su plenitud la civilización burguesa y cuando asome en el horizonte su decadencia; capacitados los pueblos, podrán los grandes sentimientos sociales hallar su exponente en monumentos grandiosos, pasando a toda la nación el deseo de la grandeza y de la gloria que antes fué loco orgullo personal de los emperadores...

JESÚS Y FEDERICO

Roma, 1905.

Desde el Pincio, sereno y magnífico, vimos caer un crepúsculo sobre las once colinas de Roma.

Dos cúpulas inmensas sobre la línea del horizonte: cada una de ellas parecía sintetizar un sistema de moral y una filosofía de la vida. Encima, como un ala de plomo tendida en el infinito, la alta comba del cielo se desteñía en semitonos grises y celestes; los colores apagados ponían en lo alto una tranquila armonía, como si preciosas sedas de Oriente desplegaran su leve cortinado bajo el sol. En aquella hora inolvidable se recortaban sobre el fondo caprichosas siluetas crepusculares. Sólo el ocaso, entre tanta quietud, parecía resquebrajarse en lentas grietas, rompiendo su pereza un rosa tenue, indeciso, como la gama de un durazno en flor. Por momentos, en ciertas quebradas más hondas, el matiz se condensaba hasta asumir energías y violencias, triunfando el escarlata en las líneas remotas, como granada madura que estalla por la tensión de savias proficuas.

Cerramos las Loas del Cielo, del Mar, de la Tierra y de los Héroes, cantadas por Gabriel D'Annunzio, el "imaginífico" incomparable. Como si oyéramos una sinfonía trascendental, de amor unánime o de absoluta devoción — la muerte de Isolda o la Misa del Papa Marcelo, — acabamos de leer su loa de glorificación y de holocausto: "Per la morte di un grande distruttore. F. N. XXV Agosto MCM". Algunos lectores no advierten el motivo de este canto; son las iniciales de Federico Nietzsche y la fecha de su muerte. En un despliegue sereno de su dialéctica maravillosa, el poeta, frente al crepúsculo, nos recordaba que el gran demoledor tuvo inextinguible pasión por Italia, fué peregrino asiduo de sus innumerables evocaciones. Escuchemos al poeta:

" Tu sol, tu sol, oh Italia, iluminó su frente, maduró su fuerte sabiduría, trocó en oro el fierro de sus saetas. El Bárbaro peregrino escuchó bajo tu cielo alcióneo el canto del coro alado

de tus selvas olorosas, embalsamadas de perfumes y de músicas. — Oh Italia, él bebió el ambrosíaco néctar de tus viñas; cogió la miel de tus panales, las rosas de tus rosales llenos de abejas y de tórtolas. Sus pies se aligeraron sobre las tiernas praderas de violetas.

" La adamantina serenidad que se enarca sobre las nieves de los yermos Alpes aplacó sus furias. Las rocas que avanzan en el mar de Liguria, como esfinges coronadas de flores, le propusieron enigmas. Cual nuevo Hermes sin caduceo él cargó sobre su hombro a Dionysos joven, en las Termas de Caracalla, en el Foro, en el Coliseo. Meditó sus problemas en la sombra marina, iluminado por los oros de San Marcos, como Heráclito en el Templo de Efesio. Y el viento suave distendió su vela en los mediodías estivales, entre Sorrento y Cumas, sobre el golfo donde humea el Vesubio." Allí querría verle enterrado el prodigioso estilista.

No debiera dormir — pensamos — en la hermosa bahía el gran Bárbaro. Su tumba egregia y digna está en Roma, bajo el augusto domo del Panteón; la muerte y el homenaje tienen su lógica. Sólo allí podría descansar con gloria; así el otro gran Bárbaro solamente puede estar cómodo bajo el oro convexo de los Inválidos.

Urgida la mente por esa idea, nos pareció más respetable la cúpula vetusta del Panteón que la miguelangiolesca de San Pedro; la eterna grandeza de la Roma pagana más solemne que la grandeza transitoria de la Roma católica; la moral de Federico más viviente y humana que la moral de Jesús.

*

La locura ha tenido singulares privilegios en la historia de la humanidad; Homero lo sabía y hoy lo enseña Lombroso, aunque exagera. Dos enfermos célebres han polarizado la moral humana: Jesús Cristo y Federico Nietzsche.

El péndulo destinado a marcar el ritmo de la ética, señalando su orientación en los siglos, ha oscilado sobre un vasto cuadrante cuyos extremos son la moral cristiana de los siervos y la moral nietzschista de los fuertes. Desde el Pincio, mirando las cúpulas del Panteón y de San Pedro, advertimos que el peso de todas las inferioridades gravitaba sobre el cristianismo. La cúpula del papa Pablo III es una copia, apenas, de la erigida por el emperador Adriano; la iglesia del mesías judío creyó necesario hurtar sus formas al magnífico templo pagano para aproximarse a su evocación de grandeza. Sin conseguirlo,

por cierto. Bajo la cúpula de los emperadores se siente un antiguo clamor de potencia, la vibración de la ciudad universal; bajo la cúpula de los papas sólo se oye el murmullo de la oración, interrumpido por el cuchicheo de la intriga. Desde San Pedro se enseña la moral de Jesús; en el Panteón podría dictar la suya Federico.

El paralelo se impone, inevitablemente.

En la ética del galileo se encumbran las condiciones pasivas de la escoria humana, se exaltan las aptitudes serviles: la humildad, la resignación, la piedad, la compasión, la caridad. Es una convergencia de todas las inferioridades; la justificación de los débiles contra los fuertes, de los serviles contra los altivos, de los ignorantes contra los sabios, de los eunucos contra los sensuales, de la grey contra el pastor, de los ceros contra las unidades. Apoteosis de las lacras contra la salud, de la tristeza contra la alegría, de la penitencia contra el placer.

Gran parte de la humanidad ariana durmió veinte siglos bajo esa terrible pesadilla, apuntalada por innúmeras mentiras convencionales. Se cubrió de vituperio a todas las fuerzas capaces de enaltecer la Potencia, de exuberar la Vida, de complicar el Deseo.

Tras esa larga noche viene Federico, el caballero del águila y de la serpiente, maestro de voluntad, de intensificación de la vida. Su ética quiere ser el drenaje que saneará la ciénaga moral del cristianismo, inquinada por veinte siglos de estancamiento. Federico se anuncia como el transmutador de todos los valores, desplegados en nueva expansión plenísima, más allá del bien y del mal.

Su palabra es de augur y de profeta. Es el anunciador del término inmediato en la evolución de los seres vivos: la especie humana debe ser superada, pues el hombre es un puente entre el mono y un ser superior. Todos los seres engendraron otros más evolucionados; el hombre debe superarse a sí mismo; lo que hoy es el piteco para el antropo, será algún día el hombre para el superhombre. De allí surge esta ética: hagamos todo lo que eleva e intensifica nuestra existencia, todo lo que es propicio a la evolución ascendente, todo lo que sea un peldaño en la escala del hombre al superhombre.

La moral de Cristo deprime y escarnece la Vida; la moral de Nietzsche la hermosea y la exalta.

*

Los teoremas éticos de Jesús son ingenuos; contrastan con la selección humana y obstan al ascenso evolutivo de la especie. En cambio, la moral de Federico puede armonizarse con las leyes fundamentales de la biología: es propicia al seleccionamiento y aspira a que la evolución de las especies vivas sobrepase al hombre, que es actualmente su forma superior. Ilógico es considerar eterno el momento actual de la evolución biológica y suponer que la especie humana es el eslabón terminal de la serie filogenética por todo el tiempo que persista la vida sobre el planeta.

La ética de Cristo fué popular gracias a su propia inferioridad. Los débiles, los ignorantes, los pobres de espíritu, los cobardes, los serviles, los gregarios, los ceros, son los más, por eso la moral cristiana y panarquista encuentra fáciles simpatías en las glebas.

La moral de Zarathustra es necesariamente impopular: la impopularidad es un privilegio de todas las verdades. Los fuertes, los hermosos, los inteligentes, los sensuales, los dominadores, son los menos. — Sin olvidar, por esto, que son las unidades en toda cifra social.

El loco Jesús fué apóstol de una enfermiza decadencia, astro crepuscular ante una larga noche de la moral humana. El loco Nietzsche cree cerrar el triste paréntesis, presagiando auroras nuevas, astro de un vigoroso amanecer.

*

Ambos fueron locos y geniales. Sus cerebros, vergeles de ideas, florecieron extrañas orquídeas filosóficas; el uno corolas de roja seda y el otro de violados terciopelos, sedas altivas y terciopelos tristes. Sus locuras fueron heterogéneas; por eso predicaron morales fundamentalmente diversas. Jesús era tímido y humilde; su moral fué una umbría maleza: el olivo y el ciprés. Federico era pujante y pletórico; su moral fué una selva frondosa: la encina y el laurel.

El vulgo supone que los alienados no razonan. Muchas veces, en cambio, su locura consiste en que "razonan demasiado". Otros vulgos opinan: el loco no sabe lo que dice; sin embargo, a menudo, la locura estriba en "saber demasiado" lo que se afirma. En las funciones del intelecto el más y el menos son anormales por igual, lo mismo que en las otras funciones del cuerpo. La hidropesía es tan peligrosa como la consunción.

El loco razonante tiene su lógica, pero la tiene excesiva y paradojal; hay falsas vías en la red de sus comunicaciones cerebrales. Habla sentenciosamente; no concibe la duda ni acep-

ta la discusión. La creencia desborda toda crítica y todo raciocinio. Es un hombre de fe, tan inconmovible en sus yerros como en sus aciertos; es vidente, místico, iluminado, inquebrantable.

Sólo en esto son comparables Jesús y Federico; así predica él uno, así escribe el otro. El mecanismo psicológico es semejante, aunque actúe sobre materiales diferentes en cantidad y calidad.

Aquél afirma su compasiva moral con la misma certidumbre con que éste escribe sus abstracciones demoledoras. Hablan por sentencias, razonan por parábolas.

El uno arrastra sus delirios, amenguadores de la personalidad, dentro del bien y del mal; el otro desarrolla los suyos, intensificadores del yo, y remonta su vuelo de cóndor para colocarse más allá.

Sus afirmaciones, siendo antitéticas, revisten una forma igualmente apodíctica. Son para aceptarlas o rechazarlas: nunca para discutirlas. Ambos afirman con ese carácter absoluto y definitivo que es privilegio de todos los grandes soñadores enfermos.

Jesús, en Galilea, fué tan enfermo como Federico, en Weimar. Pero es fuerza decir algunas diferencias.

*

El éxito no es un azar, tiene su psicología; intrincada a veces, compleja, pero la tiene. Los delirios geniales no escapan a sus leyes; el éxito los corona o la irrisión los lapida, según los tiempos. Así se explica la expansión de un genio ignorante, más vasta que la de un genio ilustrado.

El nazarense — inculto rumiador de misticismos plebocráticos — dictó para la grey su ética servil; las plebes agasajadas dijéronse cristianas y le dieron plena razón durante cuatrocientos lustros. Tuvo todas las suertes: no existían alienistas por ese entonces. Pasó desapercibida su enfermedad, vivió sin diagnóstico y le cupo la dicha de ser crucificado; la magnitud del martirio hizo olvidar las nieblas que sombrearon su mentalidad.

Así triunfó en la leyenda; por sus lágrimas, no por su potencia. Triunfó cuando para los cerebros enfermos nadie osaba entreabrir las puertas de un manicomio.

El otro — más grande en su martirio, porque supo mucho y pensó hondamente — se apagó envuelto en la penumbra de un diagnóstico desprestigiador y murió de angustia lenta, gota

a gota: corola agostada en una atmósfera sin oxígeno. Este dolor fué demasiado grande para que lo comprendieran las almas pequeñas. Los filisteos los dominados, los serviles, los sub-hombres, todos los pordioseros de inteligencia, los mendigos de voluntad, los ajusticiados por su moral selectiva, se apresuraron a proclamar la bancarrota de sus doctrinas, pretextando que todas ellas fueron frutas cariadas de un enfermizo árbol del bien y del mal...

*

La clínica psiquiátrica puede fijar diagnósticos sobre estos dos enfermos ilustres.

Desconocida por sus contemporáneos, la locura de Jesús ha sido y será negada en toda hora por los favorecidos en su doctrina. Su moral es una justificación para los inferiores; justo es que éstos no confiesen que tuvo sus raíces en el delirio. Menos afortunados son otros cientos de cristos que apostolizan en las clínicas de los manicomios: podrían reclamar Passanante y Conselheiro.

El estudioso descubre en Cristo a un alienado místico, enfermo de locura sistematizada religiosa, indudablemente menos filósofo que un Hamlet o un Don Quijote. Y se explica: Cristo fué elaborado por la tradición sectaria de una multitud inferior, mientras Quijote o Hamlet fueron forjados por un genio.

En la era de Pilatos llamábase "mesianismo" al delirio religioso sistematizado. Como en el caso de Jesús convenía su locura a la gleba, ésta hizo pendón de las vulgaridades morales y de las máximas que se le atribuyeron gratuitamente.

La locura de Nietzsche, diagnosticada en sus propios libros antes que su organismo cediera bajo la gravitación del mal, es magnífica, deslumbradora, se sobrepone a todas las preocupaciones sugeridas previamente por el diagnóstico de la enfermedad.

Aquí el loco es un hombre genial, de cultura profunda y compleja: destruye como un ciclón, piensa como un astro, escribe como un poeta.

Guarecidos tras su locura, los hombres retardados en la evolución de la especie, han intentado formar un solo haz de sus videncias y sus desequilibrios, fomentando la confusión entre el robusto florecimiento de su genio y las dolorosas proliferaciones de su enfermedad.

La grey de mediocres burgueses parece haber temido que

su voz despertara en los viriles el sentimiento de la potencia necesaria y que al anuncio de sus nuevas tablas se operase una total transmutación de los valores morales. ¡Quién lo dudara, si en vez de recibir un diagnóstico de la ciencia, le hubiera tocado en suerte, como al Galileo, una cruz para aquilatar sus teoremas en los crisoles del Martirio!

*

Corría por esos desfiladeros nuestra imaginación, hacia la encrucijada en donde la ciencia y la filosofía se interceptan — mirando el estudioso con el lente clínico y el moralista con el de su amor a la vida intensa, — cuando el crepúsculo comenzó a espesar sus negruras sobre Roma.

Sólo pudimos agregar que el contraste entre ambas éticas no es menor en su aplicación a la vida práctica. Cristo lleva a pedir la caridad; Nietzsche induce a reclamar la Justicia.

La moral cristiana es clorótica, compasible. Induce a prolongar las existencias inferiores con limosnas de absurdo altruísmo: rebajan al que las da y ofenden al que las recibe. Se ha convenido en llamarla moral; es, indudablemente, un buen negocio para los cobardes.

Nietzsche es plenitud vigorosa. Nos empuja a ser siempre más, infinitamente, por todos los medios aptos para intensificar la personalidad. Su ética educa para la Vida laboriosa, alegre y fecunda. Induce a perseguir el único derecho incontrastable: la conciencia de la propia fuerza.

Y en la negrura del crepúsculo, maciza ya, vimos perderse poco a poco el domo cristiano de San Pedro. Pero sobre el cielo, más intensa que la noche misma, aun recortaba netamente su silueta pagana el domo del Panteón. Símbolo en esa hora, presagio en los siglos.

III

LOS PSICÓLOGOS Y LA PSICOLOGÍA

Un Conclave de Psicólogos

La colosal estatua de Benito XIV, dominadoramente erguida en la sala de los Horacios y Curiacios, entre los evocadores museos capitolinos, contempló desde su pedestal un espectáculo que no soñara Miguel Angel cuando trazó los planos de los palacios magníficos y de la escalinata majestuosa.

En la vasta sala parecían mezclarse remotos ecos triunfales del Capitolio antiguo con cercanos rumores de las grescas que conmovieron al moderno, siendo su escenario ese mismo recinto. Por las grandes ventanas abiertas frente al azul clarísimo el sol volcaba en frágiles transparencias sus olas de luz y de tibieza; el cielo que sedujo a Stendhal y a Taine, parecía complicarse en la bienvenida que Roma daba a sabios de todos los países, cubriendo con dosel dignísimo el homenaje que les preparara la eterna ciudad, invicta a través de los siglos devastadores.

Las fisonomías de los peregrinos desbordaban sonrisas frente a la mañana hermosa y cabe aquellas paredes doblemente venerables en la historia y en el arte. Nadie habría osado vislumbrar en ellos a los descendientes de los bárbaros que otrora vinieron del septentrión sobre la península, con el ímpetu del río que se desborda o del alud que se precipita, destruyendo las maravillas que el arte pagano esparció pródigamente sobre las encantadoras colinas, desmantelando los testimonios de su esplendor y su belleza.

Aquéllos traían la tea incendiaria, éstos la antorcha iluminadora; sobre los mármoles que ayer resonaran bajo los cascos de sus potros desenfrenados, llegan hoy sobrecogidos de admiración y de respeto. En la invasión moderna el gesto del bárbaro se ha transformado en genuflexión ante las ruinas elocuentes en su mutismo solemne. En estas caras que ajó la fatiga de los laboratorios, en sus ojos hondos por tantas noches de meditación insomne, en las frentes que se dirían abovedadas por la rumiación de las ideas, parece resplandecer el goce de un voto cumplido místicamente. Pues hay en ciertos congresos científicos un ambiente de fe, un tono de peregrinación, como si realmente los sabios acudieran a postrarse ante

los imaginarios altares de *la nouvelle idole*, para usar el afortunado epíteto de François de Curel.

*

La ciencia, en verdad, realizaba allí algunos milagros. El profesor ruso Abrikosoff departía cariñosamente con el diputado japonés Motora, olvidando que en el Oriente remoto la sangre teñía las manos de dos pueblos enredados en una ciclópea experiencia de crueldad y de progreso. Flechsig y Janet trituraban en un cordial apretón de manos la vieja herrumbre francogermana. Vaschide y Gheorgow confundían en una misma aspiración el alma rumana y la búlgara. Henschen, un sueco grande y lírico, trajo el saludo simpático de sus nieves a la Italia floreciente en su más risueña primavera; el viejo James, en su áspera fuerza de centauro yanqui, representaba allí la vida intensa y fecunda. Y, por fin, una voz llevó hasta el Capitolio el eco de la raza que está surgiendo en las pampas americanas, proclamándola adornada por pujanzas de juventud. En cada palabra extranjera oíase la nostalgia del terruño pues desde lejos es más fuerte la admiración por el propio país, siempre menospreciado por los que lo habitan; hay nativos de Roma que suelen apagar sus vidas de cien años sin haber subido una sola vez las gradas capitolinas.

Italia estaba generosamente representada. Su vieja guardia confundíase con la numerosa legión de los jóvenes. Desde Sergi hasta Morselli, desde Bianchi hasta Luciani, Sciamanna y Tanzi, Lombroso y Ferri, Mantegazza, Fano, Mosso, Mingazzini, Marro, Virgilio, Tamburini y cien más.

*

La afinidad atemperaba el cariz solemne del recinto y de la ceremonia. La primavera esparcida en el frescor de aquella mañana extraordinaria se desposaba místicamente con el amanecer de una fe vigorosa, la fe en la investigación científica. Por momentos la estatua de Benito XIV parecía estremecerse interiormente, como si comprendiera que ese nuevo credo era distinto del que agoniza entre las naves de oro y lapizlázuli de San Pedro. Otra fe anunciaba allí su aurora, en nombre de ideales fecundos para la vida, servidos por métodos que orientan hacia el conocimiento de los fenómenos del universo, acercándose a los misterios de la vida y del espíritu.

Durante dos horas interminables, mirando los párpados

apagados en el frío de la estatua parecía descubrirse en el mármol un esfuerzo violento y tenaz, como un deseo de cerrar los ojos ante aquella página de historia humana, diminuto reflejo de esa ley universal que sobrepone el mañana al ayer, la juventud a la vejez, la vida a la muerte.

Corrientes Generales

No es aventurado afirmar que este Congreso internacional de Psicología es más importante que los cuatro precedentes y no será igualado por los que le sigan. Nunca se ha reunido con propósito tan especial un núcleo de hombres más eminentes.

No es casual esa circunstancia. La constitución de la psicología como ciencia ha alcanzado ya su madurez, desprendiéndose definitivamente del común tronco filosófico, como empieza a notarse en la lógica, la ética y la estética; el porvenir dejará a la filosofía su campo legítimo, la metafísica, destinada a elaborar hipótesis sobre lo que excede a la experiencia y no es accesible por los métodos científicos. El momento de afirmar su autonomía marca el punto culminante en la historia de una ciencia; después, al período del entusiasmo ruidoso sucede el de la paciente organización. La actividad disminuye, los portavoces envejecen, la crítica propia se torna escéptica, decaen algunas ilusiones excesivas. Como todo lo esencial queda dicho, los amantes de novedades se apartan; la moda no pide verdad, reclama novedad. Los jóvenes que necesitan llamar la atención sobre sus personas comprenden que ello es difícil repitiendo lo que ya está bien dicho; sistemáticamente prefieren sostener lo contrario, en lo que son alentados por los vencidos de ayer. Así, en el momento presente, mientras la psicología es consagrada como ciencia, comienza a oirse el murmullo de una moda que nace, ataviada con hopalandas históricas bien conocidas: neo-tomismo, neo-kantismo, neo-hegelianismo, neo-espiritualismo y otros neos; pero detrás de todos ellos, alentándolos, fácil es descubrir el espíritu dogmático y conservador del Medioevo en lucha contra el espíritu de verdad del Renacimiento, antidogmático, libertario y revolucionador.

Este primer decenio del Siglo XX marca, pues, el momento de mayor tensión en los estudios psicológicos; los años venideros serán de labor metódica y constructiva, siguiendo vías ya determinadas, hasta que la Suma de esta ciencia pueda tener expresión orgánica en un "Tratado" que sirva de base

didáctica durante medio siglo, al mismo tiempo que la experiencia se enriquezca y las hipótesis se rectifiquen.

*

Estas circunstancias, harto fáciles de prever, confieren mayor interés al actual Congreso de Psicología; la crónica de sus trabajos, la silueta de sus actores y la orientación de sus ideas generales, tienen un "valor histórico" en el desenvolvimiento de esta ciencia. Es probable que dentro de muchos años todo ello se relea con curiosidad y merezca una página en alguna historia de la filosofía.

Dos discursos doctrinarios caracterizaron la ceremonia inaugural; el uno pronunciado por el Ministro de Instrucción Pública, Leonardo Bianchi, y el otro por el sabio José Sergi, presidente del Congreso. Después hablaron varios delegados extranjeros; esta ocasión sirvió a pocos para salir lucidamente de su relativo incógnito y a muchos para ponerse en ridículo, mascullando los eternos cumplidos de etiqueta en idiomas inaccesibles o en una caricatura verbal del italiano que avergonzaría hasta el rojo púrpura a los artífices de la Crusca.

Leonardo Bianchi, magüer sea ministro, es un sabio psiquiatra italiano, autor de un modernísimo tratado de las enfermedades mentales. Representa menos de sesenta años y piensa como un joven de veintiocho; entre los sabios olvida que es ministro y tiene para todos una palabra gentil, una confianza de camarada. De la Argentina sólo conocía el nombre y los libros de un alienista a quien cita en su monumental tratado, siendo inútil repetir su nombre aquí. Su discurso fué denso, atrevido, terminante; es un valioso documento y un jalón fundamental en los rumbos de la psicología contemporánea.

Dijo que ya no estorban nuestro camino las facultades distintas que el espiritualismo clásico suponía preconstituídas en el alma, ni las teorías de la escolástica nacidas al calor del sentido común antes que del buen sentido, ni el antiguo asociacionismo que imprimía un carácter estático al alma humana; esas diversas tendencias han sido corregidas o reemplazadas por las doctrinas transformistas, que señalaron otros horizontes y métodos a las nuevas generaciones.

El pensamiento abstracto, sea cual fuere su contenido, recorrió ya su ciclo. Fué luz en la obscuridad de los tiempos; pero, en rigor, sólo representaba la conciencia mística de la naturaleza individualizada. Leibnitz, Spinoza, Descartes, Kant.

Hegel, Rosmini y otros, cumbres preclaras del pensamiento filosófico, son puntos de orientación en la historia de las ideas, cuando el hombre no había aprendido a comunicarse con la realidad.

Ahora el pensamiento se vuelve sobre sí mismo, desciende de las cimas culminantes y con frecuencia inaccesibles de la metafísica, encuentra su casa, descubre sus usinas, las recorre una por una, las examina con perspicacia: así el espíritu humano se reintegra en su propia dignidad, volviendo a la Naturaleza.

El pensamiento es una fuerza; la conciencia es una de sus maneras de manifestarse; el cerebro es el órgano destinado a espiritualizar la naturaleza, a reunir imágenes de todo lo que en ella vibra, a asociarlas y conservarlas. El pensamiento, pues, refleja y resume el medio ambiente en que se desarrolla, registrando su historia. Considerado como fuerza, es uno de tantos modos del movimiento y está gobernado por leyes que también rigen a las otras fuerzas; considerado como función, emana de órganos, y por eso la psicología ocupa un lugar en los dominios de la biología.

Estas ideas fundamentales fueron desarrolladas ampliamente en el discurso oficial del ministro Bianchi. Y para que su audaz oración fuera completa, integrando a la ciencia con el arte, recordó que en esa misma hora se inauguraba en Venecia la Exposición internacional de Arte moderno. Allá convergían las formas infinitas de la belleza, aquí los frutos del pensamiento madurados en los cerebros; allá era la fiesta del sentimiento estético en la simpatía de los sentidos, aquí la victoria de la experiencia en la simpatía de los intelectos; dos tendencias, dos maneras del ser: la "belleza" elaborada por la imaginación y la "realidad" acosada por el experimento. Y terminó enviando un augurio de los sabios a los artistas, para que el arte y la ciencia se complementen en la cultura de los pueblos y sean solidarios en su misión social. Ellos son la fuerza que traspasa las fronteras de las naciones y tiende el vuelo sobre las diferencias de raza, pues toda el alma de la humanidad está siempre orientada hacia lo Bello y hacia lo Verdadero.

Es honroso para la cultura italiana que un ministro pueda expresar sin reticencias la modernidad de su pensamiento. Entiéndase bien: un discurso oficial, del ministro de una monarquía, al pie de la estatua de Benito XIV.

*

Sergi está en ese punto de la vida en que los abuelos tienen nietos menores de diez años. Hay cierta amable travesura en su bondad; sonríe siempre, pero con mesura, como si temiera que sus labios sufriesen por cualquier risa violenta. Es cariñoso, apacible, ligeramente protector; esto último suele disculpársele en homenaje a su mucho saber y a sus tranquilas canas. Si gusta de una persona suprime límites a la confianza y al respeto, se torna camarada y en un par de días se impone el tutearlo familiarmente.

Su discurso fué tan significativo como el anterior. Para Sergi un fenómeno psicológico es un hecho muy complicado si se consideran los factores que lo determinan. Depende de órganos que encontramos en el encéfalo y en todo el sistema nervioso; de las condiciones biológicas del ser vivo, es decir, de todos los otros órganos y funciones de la vida, con las cuales está en íntima relación; de las condiciones del ambiente social, área en que el fenómeno se mueve y donde adquiere formas particulares o comunes; depende, por fin, de una serie ignorada y obscura de antecedentes de la vida individual, es decir, de la herencia: residuos de generaciones que escapan a nuestra investigación y permanecen en la sombra.

Lo que sabemos de la psiquis humana sólo es una muestra superficial de actividades inaccesibles a nuestro análisis. Con frecuencia nos basta esa simple superficialidad, creyendo que ella es todo y nos dice todo; sin embargo, la conciencia sólo nos manifiesta el hecho elaborado, no el que se está elaborando. La psiquis seguiría siendo un vasto y profundo mar inexplorado sin el concurso de las ciencias biológicas y aun de la patología, la cual nos revela muchos fenómenos que pasan inadvertidos durante el funcionamiento normal. No es, pues, superfluo el concurso de los anatomistas, fisiólogos, psiquiatras, naturalistas, sociólogos, en un congreso de psicología; todos son colaboradores y su esfuerzo colectivo contribuye a revelar las condiciones propias de la actividad psicológica.

Esa labor no es un lujo de nuestra actividad psíquica o un efecto de la curiosidad que impele a los sabios hacia el descubrimiento de los misterios de la naturaleza orgánica; esa labor es una necesidad de la evolución hacia el perfeccionamiento del hombre individual y social. Se predica el ascenso humano mediante la educación, pero nuestro arte de educar es todavía poco científico, empírico en gran parte; el arte educativo sería eficaz si arraigara en el conocimiento de la naturaleza humana. Esta será una fecunda aplicación de la psicología.

*

Una de las sesiones generales del congreso presentó singular interés. El profesor Lipps, de Munich, desarrolló el tema "Los caminos de la psicología". Su discurso tuvo una franca entonación kantiana, pues Lipps es uno de los jefes de la tendencia contraria al método puramente experimental. Distinguió dos formas de psicología: la una estudia las modificaciones de cada personalidad, la otra investiga la unidad fundamental del espíritu. Así como las ciencias naturales no pueden subir desde el examen de los fenómenos externos hasta su íntima realidad y sus causas últimas, también debe distinguirse en psicología el estudio de los fenómenos psicológicos y el estudio del yo "en sí mismo"; este último sería el objeto de la verdadera psicología. Colocado sobre este carril de transcendentalismo, Lipps resbaló hasta afirmar que la psicología debe convertirse en una disciplina puramente filosófica; criticó intensamente la psicología fisiológica, en cuanto pretende explicar los fenómenos del mundo interior fundándose sobre los datos externos, elaborados mediante actividades puramente internas. Por eso, cuando se pasa al estudio del fenómeno psíquico en sí mismo se entra a la metafísica, que abarca a la psicología y a todas las ciencias.

Estas ideas tuvieron poco eco en el Congreso; sin negar los derechos de la metafísica para abordar los problemas que exceden a la experiencia, se consideró que la psicología, como ciencia, tiene dominios y métodos inconfundibles. Lipps se libró de muchas críticas porque habló en alemán y con escasa elocuencia. El profesor Aars, de Cristianía, avanzó algunas objeciones sencillas y eficaces; pero correspondió a Höfler, de Praga, el discurso más importante de la jornada.

Evidentemente conmovido, manifestó la profunda impresión que le causaban las palabras de Lipps, considerándolas como una condena del trabajo a que él había consagrado veinticinco años de su vida. Esta hora, dijo, es solemne, tiene un valor histórico, es la hora en que debemos decir si conviene renunciar a nuestros métodos científicos y volver al kantismo, pues Lipps, como psicólogo, ha pronunciado el credo de un kantiano. Después de rebatir la ingerencia de la metafísica en el campo de la ciencia, reclamó para la psicología todos los beneficios del método científico, fundado principalmente en la observación y en la experimentación, y terminó con estas palabras: "Nosotros, que otrora habíamos filosofado, hemos comprendido que es necesario ser hombres de ciencia, en el momento preciso en que uno de los nuestros declara que desea ser filósofo."

Los que entendían alemán siguieron con verdadera emoción esta controversia, eco de la vieja lucha del idealismo fi-

losófico contra el naturalismo, lucha que no lleva miras de extinguirse.

Estas reacciones contra los métodos científicos — cuando no ocultan disidencias personales, como ocurre entre los contendientes italianos, — son el reflejo de esa ley de vaivén que Spencer pone como condición misma del progreso: ley de los atrasos parciales que, en definitiva, no obstan a la evolución. Sin embargo, recordando el reciente debate, se siente una vaga inquietud, temor de que un paréntesis aletargue el adelanto de la ciencia, como si un vientecillo precursor de vendaval pasara por sobre el tejado de este flamante edificio elaborado en medio siglo de esfuerzos y de investigaciones.

*

En otra de las sesiones generales, William James tuvo oportunidad de aunar simpatías disertando, en un francés anquilótico y duro al oído, sobre el concepto de la conciencia. Tiene 63 años; estudió en Boston, donde fué profesor de Anatomía y Zoología antes de especializarse en los estudios psicológicos. Ha sido su mayor mérito el de considerar a la psicología como una "ciencia natural" y en sus leidísimos Principios de Psicología sigue las líneas cardinales señaladas por Spencer; su amplitud de miras le ha permitido combinar los datos de la experimentación con los de la observación introspectiva, agregando a todo ello cierto buen gusto literario en la exposición.

James hizo notar que la antigua distinción entre el yo y el no yo, entre el sujeto y el objeto, la conciencia y lo extraconsciente, conduce a un dualismo que se encuentra en casi todas las teorías, más o menos veladamente. La psicología acepta los fenómenos de conciencia y los opone a los externos; pero no tiene el derecho de considerarlos heterogéneos. La percepción de una cosa y la cosa, son lo mismo; la realidad es la percepción misma. Las impresiones que nos producen los objetos llamados reales no son substancialmente distintas de las que nos proporcionan la memoria y la fantasía independientemente de ellos.

La conciencia es el punto de intersección entre dos órdenes de hechos que sólo difieren por sus nombres de externos e internos. "La distinción entre objeto y sujeto no es real, sino funcional."

Después de criticar los diversos sistemas filosóficos ante las conquistas de la psicología, pesando las teorías dominantes acerca del concepto de la conciencia, declaróse monista y positivista, corroborando sus declaraciones con argumentos y hechos ex-

puestos con perfecta claridad, despertando viva admiración en aquella asamblea de sabios. James nunca ha vertido afirmaciones tan decisivas. Al terminar, una salva de aplausos cubrió sus palabras, iniciándose una discusión interesantísima.

Entre un murmullo de simpatía general, que hace honor a la tolerancia de los congresistas, desfiló hacia la tribuna la silueta enjuta e inteligente del ilustre profesor Buillod, viejo sacerdote francés que dirige en París una importante revista de filosofía.

La palabra fácil, el ademán severo, la elegancia en sus giros de expresión y en la manera de concebir sus ideas, todo influyó para que se le escuchara con interés. Después de rendir homenaje al talento de James, objetó su concepto fundamental y se detuvo en atinadas observaciones sobre los sistemas filosóficos de Spinoza y Descartes; como era de presumir, terminó declarándose dualista.

El profesor Lipps no aceptó la interpretación de James acerca de los fenómenos de la conciencia. Se declaró monista y partidario de la relatividad de todos los fenómenos. Hizo notar que su divergencia estriba en el criterio filosófico con que encara la psicología, criterio absolutamente distinto del que inspira a los psicólogos de laboratorio. No ve, por otra parte, la necesidad de reservar el monismo a tal o cual sistema o teoría científica. Terminó haciendo votos por que dentro de diez o veinte años venga un gran cerebro filosófico a distinguir y fijar bien el dualismo desde el punto de vista científico, desarrollando a la vez el monismo en el campo de la filosofía.

Problemas Fisiológicos y Experimentales

En la primera sesión del Congreso, destinada a la psicología experimental en sus relaciones con la anatomía y la fisiología, llamaron especialmente la atención, dos conferencias generales pronunciadas por Flechsig y Sciamanna.

El primero, que alcanzó notoriedad con su hipótesis relativa a la división de la corteza cerebral en centros proyectivos y centros asociativos, hoy tan criticada, se ocupó de algunos resultados nuevos obtenidos mediante su método embriológico e histogenético. Su docto estudio mostró que el pensamiento del profesor de Leipzig está en continuo progreso, rectificándose en algunos puntos, completándose en otros. Llamaron la atención por su novedad las observaciones relativas a las diferencias fundamentales entre el cerebro del hombre y el de

la mujer, que sería inoportuno resumir aquí. Los hombres de ciencia no confunden "novedad" con "exactitud"; eso explicará la competente oposición que hicieron a los datos de Flechsig, neurólogos tan distinguidos como Henschen y Mingazzini.

*

La idea de localizar los procesos intelectuales en la parte anterior del cerebro, es muy antigua; los artistas griegos dotaban a sus dioses y héroes de una frente pronunciada y espaciosa, anticipándose a Gall y sus imitadores, que localizaron en el cerebro frontal las más altas funciones intelectuales. La idea parte de una observación exacta: el desenvolvimiento del cráneo muestra un aumento progresivo del desarrollo frontal en la evolución filogenética (y especialmente en el "phylum" simio-humano); esa observación exacta ha sugerido (exactamente) que al aumento filogenético de capacidad craneana corresponde un mayor desarrollo cerebral, pero ha sugerido (inexactamente) que ese mayor desarrollo se ha efectuado en los lóbulos frontales. Sabido es que el cerebro crece en conjunto, aunque la dilatación craneana se acentúe en la región frontal.

Esta vieja idea ha sido, en cierto modo, renovada por Flechsig: uno de los puntos más frágiles de sus doctrinas consiste en localizar la personalidad consciente en los lóbulos frontales (zona asociativa anterior). Y pueden considerarse afines a esa hipótesis, la de Wundt, que ubica en la región frontal los centros de "apercepción", y la de Bianchi que asigna el mismo asiento a los centros intelectuales creadores.

La cuestión reapareció en este Congreso. Dos jóvenes cercopitecos y el profesor Ezio Sciamanna, tan velludos los unos como calvo el otro, fueron la nota más interesante de la primera sección del Congreso.

Sciamanna es un vejete simpático y tranquilo; todas las líneas de su fisonomía parecen denunciar la inteligencia y la bondad. Tiene prendas morales muy estimables; sólo podríamos atribuirle una falla: la modestia, defecto en un hombre de valer y equitativa virtud en los inútiles. Los años gravitan sobre su espalda y la encorvan apaciblemente; pero su espíritu no envejece, su amabilidad exquisita no se nubla, ni tiene esa inaguantable solemnidad que caracteriza a los simuladores del saber y del talento. Es profesor eximio y maestro bondadoso; ello vale tanto como los volúmenes científicos que no ha

scrito. Sciamanna supo acertar con un tema de interés científico permanente: relaciones entre la corteza cerebral y las funciones psíquicas.

Cuando Flechsing designó ciertas zonas del cerebro como centro de ideación, planteóse nuevamente este problema: ¿Las aptitudes intelectuales son la función de todo el cerebro o solamente de algunas regiones determinadas? Los fisiólogos y los clínicos han vuelto a discutir el antiguo concepto que ubicaba en los lóbulos frontales el sitio propio de la inteligencia.

Es fuerza mencionar someramente una premisa técnica del asunto. Sciamanna cree que las zonas asociativas de Flechsig no pueden considerarse como verdaderos centros de ideación destinados a las actividades superiores, es decir, como últimas claves donde llegan y se registran las impresiones que los agentes externos determinan en los centros de proyección, mediante los sentidos. Las considera destinadas a dispersar y asociar las corrientes intracerebrales que nacen de la actividad de un centro sensorial; de esa manera la excitación centrípeta de un centro de proyección estimula simultáneamente muchos centros lejanos, sensitivos y motores, determinando la reviviscencia de las imágenes anteriormente producidas por la percepción de las excitaciones externas. Considera Sciamanna que el lóbulo frontal, en sus relaciones con la inteligencia, no puede tener mayor importancia que las otras regiones del cerebro llamadas zonas asociativas, más cercanas de los centros de proyección y correspondientes a los sentidos especiales. Sobre ese punto las enseñanzas de la clínica no han sido muy fecundas: ésto aumenta el valor de los datos experimentales.

El profesor Bianchi, actual ministro, había modificado la teoría de Flechsig, aunque conservando su núcleo fundamental, pues admitía la existencia de zonas encargadas de coordinar las impresiones recibidas por las vías de proyección. Esas zonas no tendrían una función psíquica distinta de la percepción, como quiere Flechsig; serían solamente zonas perceptivas más evolucionadas, susceptibles de perfeccionamientos histológicos y funcionales correspondientes a la experiencia individual. La zona posterior de asociación, que para Flechsig sirve de intermediaria entre la personalidad consciente y el mundo exterior, sería para Bianchi una provincia cortical destinada a la sola función visual, en todos sus grados, desde la simple percepción luminosa hasta la formación de los

símbolos gráficos visuales (lectura); la zona prerrolándica no es, para él, un órgano de la atención o de la inhibición, como pretenden algunos, sino una zona evolutiva motriz en que se diferenciarían las funciones de movimiento, recientemente adquiridas (como la escritura). Pero, en suma, la función psicológica de la zona anterior sería, para Bianchi, la fusión de las percepciones en conceptos, la elaboración de los juicios, la formación de los sentimientos elevados; tal opinión es concordante con la de Flechsig, pues esos son los elementos constitutivos de la personalidad y del carácter. A esas conclusiones creyó poder llegar Bianchi después de prolijas experiencias sobre monos, realizadas en 1894.

*

Los experimentos de Sciamanna en la universidad de Roma no confirman los resultados que obtuvo Bianchi en la de Nápoles. El profesor romano presentó al Congreso dos monos privados quirúrgicamente de sus lóbulos frontales anteriores; no se observaba ninguna variación en sus funciones intelectuales, su conducta era la habitual, sus manifestaciones instintivas y sus aptitudes adquiridas mediante la educación permanecían aparentemente intactas; su personalidad no había variado ni decaído.

El valor de esta clase de experimentos es relativo; la apreciación de las consecuencias de la ablación de los lóbulos frontales está librada al tino del observador, que no puede medirlas. Parece natural, además, que la "conducta habitual" de los animales operados no varíe, por componerse de actos ya automatizados, como son los "hábitos"; la disminución de las aptitudes intelectuales sólo se podría apreciar observando la "conducta no habitual", que es la más consciente e inteligente. Estas dificultades prueban que el problema planteado para el hombre no es fácil de resolver con experiencias sobre animales.

Ante el resultado de sus experimentos, Sciamanna cree poder afirmar que el lóbulo frontal anterior no puede considerarse como el sitio especial o exclusivo de las funciones intelectuales propiamente dichas, conclusión que no sorprendió a los entendidos en fisiología cerebral. La nueva psicología, fundada sobre bases biológicas, considera la inteligencia como la forma evolucionada y compleja de funciones elementales, la sensibilidad y el movimiento; afirma, además, que todo el

organismo concurre a constituir las funciones psicológicas, la personalidad humana, especializándola en los centros nerviosos por un simple fenómeno de división del trabajo.

En definitiva, por ahora sólo puede afirmarse que el conjunto de funciones llamado inteligencia resulta del trabajo armónico y regular de todo el cerebro; los trastornos debidos a lesiones parciales deben atribuirse a la rotura de esa armonía y no a que determinadas zonas del encéfalo tengan el patrimonio exclusivo de la inteligencia.

*

Poco interés despertaron en el Congreso las investigaciones experimentales sobre menudencias psicológicas. Se tiene la impresión de que por esos caminos lo fundamental ha sido ya formulado por Wundt y su escuela.

La infidelidad frecuente de nuestros sentidos indujo a Weber y Fechner, a buscar medios de investigación que suprimieran o atenuaran los errores debidos a la persona del observador. Para ello fué necesario *condicionar previamente* ciertos fenómenos, midiendo sus factores determinantes y los resultados del proceso sometido a la experimentación. Los instrumentos no se engañan como nuestros sentidos humanos: ellos permiten medir esas causas y esos efectos. Y, lo mismo que otras ciencias biológicas, la psicología se propuso medir las funciones psíquicas del hombre, adoptando el método experimental.

Esa necesidad de *exactitud* había sido sentida vagamente en tiempos pasados, aunque no podía intentarse siquiera en cuanto a las funciones psíquicas se refería. El éxito creciente de la fisiología experimental, a cuyos métodos fijó normas admirables Claudio Bernard en un libro todavía magnífico, dió pábulo a la idea de trasladar a la psicología esos métodos, dando vuelo a la *psicometría*, cuya primera denominación fué la de *psicofísica*. Pretendió ésta seguir las normas vigentes en las ciencias naturales consideradas más exactas, proponiéndose experimentar sobre los fenómenos psíquicos. Los sentidos y la observación exterior eran, sin duda, menos inexactos que la reflexión y la introspección; pareció mejor todavía substituir los sentidos por instrumentos físicos que permitieran registrar y medir alguna fase de la actividad psíquica individual.

Los primitivos métodos, encaminados a medir la "intensidad" de las sensaciones, fueron ampliados bien pronto en el

sentido de medir la "duración" de ciertos procesos psíquicos elementales. El nombre de Wundt ocupa el rango más conspicuo en este género de investigaciones; en 1879 fundó, en Leipzig, su laboratorio, justamente famoso, cuyos trabajos cundieron por todo el mundo, encontrando prosélitos e imitadores.

Después de medir la intensidad de los agentes energéticos que determinan las sensaciones (psicofísica) y de medir el tiempo de duración del proceso psíquico por ellas iniciado (psicocronometría), era natural que los esfuerzos del nuevo método se aplicaran a medir la intensidad de las reacciones, su rendición de trabajo (psicodinámica). Todas estas reacciones son de carácter orgánico; su observación directa excede los límites de la especie humana, pues los animales las observan entre sí y aprecian debidamente su valor psíquico.

Los procesos psicológicos tienen una expresión fisiológica inequívoca; sin estudios especiales cualquiera puede decir si un perro está alegre o tiene miedo, si un caballo está brioso o fatigado, si un gato está en acecho o distraído. La expresión fisiológica de los estados psíquicos del hombre es aún más notoria. Pero la psicodinámica se propuso medir esas reacciones fisiológicas. Del estudio de la sensación pasó al de las emociones, al de la fatiga intelectual y física, procurando medir todas las modificaciones que ellas producen en la circulación, la respiración, la tensión muscular, la composición química de los tejidos y de las secreciones, etc. Así entraron en juego variadísimos instrumentos de psicofisiología: los estesiómetros, los dinamómetros, los pletismógrafos, los esfigmógrafos, los ergógrafos, los espirómetros, diferenciados en tantos tipos como experimentadores hay, y todos conexados con aparatos registradores destinados a consignar la intensidad, la frecuencia, la duración, el ritmo y otros caracteres analíticos de las reacciones fisiológicas.

Medio siglo de psicometría ha logrado ensanchar los dominios de la experimentación, sin que por ello sus resultados puedan considerarse extensivos a toda la actividad mental. Las primitivas experiencias han sido abandonadas a la voluntariosa curiosidad de principiantes o repetidores. Las más recientes han ganado en complejidad lo que han perdido en precisión.

Los trabajos de esta índole presentados al Congreso fueron pocos e insignificantes; carecían, en verdad, de interés

general y justificaban la indiferencia con que eran soportados. La actual reacción contra las ilusiones de los iniciadores de la psicofísica, no debe, sin embargo, hacernos desconocer que ha prestado grandes servicios, dentro de su campo de acción restringido y de la relatividad de sus fórmulas. Ella ha servido para evidenciar que las funciones psíquicas están condicionadas por el funcionamiento del organismo y ha evidenciado también la posibilidad de conocer algo de nuestra vida mental independientemente de toda reflexión introspectiva.

Reviviscencias Filosóficas

En la segunda sección del congreso, destinada a la psicología en sus relaciones con la filosofía, se consumaron numerosas producciones especulativas, amén de otras puramente literarias. En todas partes zumban enjambres de aficionados que siguen comprendiendo la filosofía como arte de hablar y escribir agradablemente sobre las cuestiones que se ignoran mejor. Fué esta sección la piedra del escándalo: un océano de discusiones nebulosas acerca de palabras antes que de hechos, sin claridad ni precisión, contrastando con el espíritu y el método predominante en las otras del congreso. El joven sociólogo Pablo Grano publicó un artículo en un diario político de Roma pidiendo se suprimiera esta sección en los congresos venideros. La medida, excesiva al parecer, resultó más que justificada cuarenta y ocho horas después de terminadas las sesiones.

El presidente de la sección, Roberto Ardigó, no pudo concurrir. El ilustre octogenario es, sin duda, la personalidad de más relieve filosófico en Italia. Fué sacerdote en su juventud y enseñando filosofía a los seminaristas se convenció de que los dogmas católicos eran incompatibles con las nociones menos inseguras de la ciencia. Desde que colgó los hábitos, y va para medio siglo, fué perseguido y molestado por sus antiguos correligionarios, que en vano intentaron obstruir su carrera universitaria. Su respuesta ha sido la más digna: una docena de jugosos volúmenes en que ha condensado su credo positivista. No se trata, como es sabido, del positivismo comtiano; pero justo es confesar que si algunas obras, como la Psicología, son de una claridad ejemplar, otras, relacionadas con la Lógica, presentan obscuridades de concepto o de lenguaje que es fácil atribuir a residuos de su primitiva educación escolástica. Ha sido el maestro de dos generaciones y su nombre es venerado por

sus discípulos, sin que ello le libre de las insolencias de algunos principiantes que ensayan su inexperta puntería sobre las personalidades que ofrecen mayor blanco.

*

Inició los trabajos de esta sección el vicepresidente, profesor De Sarlo, de Florencia, espíritu cultísimo y crítico sagaz. Analizó las "relaciones entre la psicología y las ciencias filosóficas", sosteniendo que todas éstas, la ética, la estética, la gnoseología, la lógica, deben tomar sus puntos de partida en la Psicología; son del dominio de esta última, en efecto, todos los procesos conocitivos elementales y todos los juicios de valor, que sirven de fundamento a las disciplinas filosóficas. Después de establecer que el estudio del sujeto que conoce es lo esencial de la ciencia psicológica, arguyó con mucho ingenio contra el experimentalismo exclusivo, reclamando los derechos del idealismo trascendental en esos dominios que consideró propios de la metafísica.

Dos hombres de brillantísimo talento literario, florentinos también, despertaron interés. Vailati, en un trabajo sobre "las relaciones entre conocimiento y acción", analizó este hecho evidente: las divergencias sentimentales y la heterogeneidad de gustos tienden a traducirse por divergencias de opiniones. Es decir, más sencillamente, que las opiniones tienden a formarse de acuerdo con los temperamentos. De esa premisa exacta dedujo que los hombres de ciencia no deben confiar demasiado en la eficacia de sus métodos, por cuanto ellos sólo reflejan su idiosincrasia; y existiendo otros temperamentos no científicos, las opiniones sentimentales o intuitivas son tan legítimas para éstos como las opiniones lógicas para aquéllos. Fácilmente se advierte que estas observaciones serían exactas si se refiriesen al "valor subjetivo de las creencias", pero dejan de serlo si por una extrapolación dialéctica son referidas al "valor lógico del conocimiento". La confusión de estos dos problemas, radicalmente distintos, ha sido y será la ganzúa usada por los que intenten aminorar el valor de los métodos científicos en todo lo que puede ser dominio de la experiencia.

Mayor talento de polemista, aunque menor enjundia, lució Papini en su disertación: "la influencia de la voluntad sobre el conocimiento". Papini no se refirió abstractamente a la voluntad, sino a los actos voluntarios, llamando así a los que son precedidos por creencias; examinó, en suma, la influencia de lo que queremos o hacemos sobre lo que creemos. Querer es un

modo de adquirir creencias; hacer, es un modo de reforzarlas. Todo ello converge a la ética pragmatista, insinuada por Pascal, ordenada en disciplinas y prácticas cultuales, auspiciada ha poco por James y sintéticamente resumida en el *Will to Believe*. Papini hizo de ello un instrumento de polémica contra los métodos científicos, reforzando las artillerías de De Sarlo y Vailati.

Debemos reconocer, con estricta equidad, que los tres amigos florentinos se resobran de talento y de acometividad. De Sarlo nos pareció el más ilustrado, Vailati el más crítico, Papini el más literario. Pero son buenos los tres, de primera agua; es seguro que cobrarán fama en su patria, dando más de un disgusto a sus adversarios.

Villa, de Roma, disertó "sobre el influjo que los actuales conocimientos psicológicos pueden ejercitar sobre la gnoseología". Demostró el nexo íntimo existente entre la psicología y la teoría del conocimiento; unidas, están influyendo sobre las direcciones fundamentales de la crítica filosófica, de manera que el centro de la "especulación" se va dislocando del aspecto objetivo de la experiencia hacia el aspecto subjetivo; cree que así lo demuestran las nuevas direcciones de la filosofía de la inmanencia, de la contingencia, del pragmatismo y aun del positivismo psicológico.

Según Claparéde, de Ginebra, "el interés es el principio fundamental de la actividad mental". Si buscamos introspectivamente la causa de nuestras acciones y el nexo íntimo de nuestros pensamientos, advertimos que esa causa y ese nexo son, en cada momento, los que más nos interesan. Desde el punto de vista sintético es siempre el interés lo que nos explica la actividad de cada animal, pues cada uno se adapta a las circunstancias actuales siguiendo la línea de su mayor interés presente. Fisiológicamente el interés puede ser considerado como una reacción de adaptación y esta opinión permite explicar la actividad mental refiriéndola al tipo del reflejo, sin dar intervención en ella a una hipotética facultad inteligente o directiva del espíritu, como serían la Voluntad, la Apercepción, etc. Estas observaciones, netamente darwinianas, se hallaron un poco desplazadas en una sección que congregaba a la hueste espiritualista, ocurriendo lo mismo con interesantes trabajos de Höfler (de Praga), Aars (de Cristianía), Martinak (de Graatz), apenas escuchados.

*

La sección segunda, hay que decirlo, daba la impresión de un contra-congreso; todos los que aun no habían llegado en su carrera universitaria, se reunían allí para hablar mal de los que ya han llegado. Y como el querer determina las opiniones, según sostuvo Papini, los que malquerían personalmente a los llegados, estaban de acuerdo en pensar lo contrario que ellos, como es natural. Desde hace más de un siglo, la moda filosófica oscila entre tendencias antagonistas, por ese mismo motivo; cada generación cree que la anterior estorba su propio ascenso y para sustituirla en sus posiciones materiales empieza por combatir sus doctrinas. Ese es el ritmo de las modas, muy distinto, por cierto, del camino que incesantemente nos aproxima hacia verdades cada vez menos imperfectas, conservando su continuidad de conjunto a través de inconstancias accidentales.

Daríamos una impresión incompleta de este Congreso si calláramos acerca de algunos entretelones que reflejan hechos comunes en todos los países. La organización misma del Congreso había motivado rencillas y chismes. Algunos hombres de ciencia se quejaban de que se destinase una de las cuatro secciones a los "metafísicos", arguyendo que nada tenían que hacer en la reunión de hombres especialistas en una ciencia determinada; algunos profesores de filosofía acusaban a los organizadores por la importancia que daban al "grosero materialismo", llamando así a las disciplinas fisiológicas y experimentales. La doble protesta inclina a pensar que el Comité organizador procedió con discreción y ecuanimidad, sin lograr con ello satisfacer las pasiones de las camarillas protestantes.

Los instigadores de estas intrigas menudas fueron algunos excluídos del Comité de propaganda internacional, entre los cuales se contaban media docena de enemigos de la "Escuela Positiva", que no lo son por las razones filosóficas que confiesan. Las causas son más humanas y domésticas. El auge del llamado "positivismo", y la inclinación liberal-socialista de sus adeptos, ha provocado un furioso "antipositivismo" en los burgueses conservadores y en los clericales vergonzantes. Mezcla de intereses políticos y de misticismos pudorosos, el movimiento carece de unidad ideológica; muchos hablan de filosofía contra la ciencia, pero nadie ignora que la verdadera finalidad consiste en desacreditar a determinados hombres de ciencia, personalmente. Podríamos nombrar a un aspirante a profesor, reprobado por Sergi en un concurso, que se ha declarado neotomista desde que Sergi aceptó la presidencia del Comité Internacional del Libre Pensamiento. Podríamos nombrar a un crítico literario que se especializó en la filosofía neohegeliana para combatir a

los positivistas, después que Ferri le obstruyó, según él, su carrera política en el partido socialista. Podríamos... ¿para qué? Hombres, hombres de carne y huesos, hombres los de un bando, hombres los del contrario.

Con asombro de los psicólogos extranjeros, que habíamos acudido a la cita para informarnos de psicología, a poco de terminar el Congreso aparecieron signos de tempestad en el horizonte. De Sarlo, Villa, Croce, rompieron el fuego contra los adversarios; siguió después la polémica por obra de los rapsodas menores, tanto más insolentes cuanto menos responsables. Por una y otra parte, fué un desdorde repentino de pasiones, odios políticos, envidias científicas, rencores personales; la insurrección de lo trivial contra lo culto, el sacudimiento de la bestia que se oculta dentro del hombre. En semejante río revuelto el lodo salpicó por igual sobre todos los nombres respetables en la ciencia y la filosofía italianas.

La Psicología Patológica

Presidió los trabajos de la tercera sección, destinada a los trabajos de psicología patológica, Enrique Morselli, una de las personalidades más conspicuas de la psiquiatría moderna. Alienista ilustradísimo, crítico penetrante, filósofo sesudo, escritor galano. El sabio está completado por un artista. Sus obras fundamentales, la *Antropología* y la *Semeiología de las enfermedades mentales*, serán libros clásicos. Hay en ellos erudición vastísima, claridad perfecta de estilo, disciplina ejemplar en el análisis, criterios sintéticos irreprochables. Ha sabido hacer de la psiquiatría lo que Lombroso no pudo hacer de la antropología criminal. Tiene un riguroso espíritu de sistema. Cualquier alienista moderno puede llamarle maestro, sin reticencias. El físico le ayuda; es buen mozo, no obstante haber doblado ha tiempo los cincuenta años. Colegas envidiosos contaron a los congresistas extranjeros que se tiñe el pelo y el bigote; es un pequeño desquite que se toman contra su mucho talento, pero es menester agregar que está muy bien teñido, si hay verdad en el chisme. Conversa muy bien y habla en público desplegando una persuasiva elocuencia de hombre superior, de maestro que sabe mucho y dice muy bien su saber: parece nacido para la cátedra y merecería un puesto en la más eminente academia.

Su discurso de apertura sobre "las direcciones actuales

de la psicología patológica" fué una joya. Hablando, entre otras cosas, de los fenómenos llamados "supra-normales" expresó su convencimiento de que convenía prestar atención a todos los hechos bien comprobados, sin prejuicios favorables ni hostiles; así como ocurrió con el hipnotismo, los hechos "mediánicos", despojados de sus escorias supersticiosas, acabarán por ser accesibles a la experimentación científica. Si tales hechos existen, es absurdo obstinarse en negarlos; si sólo son observables como aptitudes más o menos inconscientes de los médiums, nada más lógico que estudiarlos en ellos. De esa manera se evitará el peligro de negar hechos reales por no complicarse en interpretaciones ilegítimas, como las que atribuyen a los "espíritus" ciertas aptitudes raras que manifiestan algunos "médiums". Los fenómenos de "mediumnidad" merecen la atención del psicólogo; las interpretaciones espiritistas son creencias que interesan a la historia de las religiones.

*

En esta sección estuvo muy dignamente representada la psicología francesa contemporánea, que tiene su cátedra oficial en el Colegio de Francia. Hasta hace algunos años la dictaba Ribot, amigo gentilísimo y un tanto paternal. De pequeña estatura, bondadoso, ágil de espíritu a pesar de sus setenta años, sin solemnidad. Sus libros, bien conocidos, han despertado interés en todo el mundo, trascendiendo a un público mucho más vasto que el de los especialistas. No es, en verdad, un tipo creador, distinguiéndose más bien por su coherencia que por su novedad; pero posee el arte de expresar claramente lo que otros embrollan con obscuridades capciosas, lo que multiplica su eficacia de escritor. Algunos dialécticos que se llaman a sí mismos "metafísicos", murmuran que su psicología es superficial, con lo que pretenden sugerir que ellos cultivan una psicología más profunda; los murmuradores suelen ser genios anónimos, autores de obras maestras que nadie quiere leer; se vengan murmurando, su venganza es simple envidia de una celebridad que desesperan de alcanzar. Ribot no concurrió al Congreso, pero envió un trabajo sobre las pasiones, que fué leído por Rageot.

El tema era, de suyo, interesante. Todos tenemos pasiones; son las notas agudas en la armonía de la vida afectiva. Buenas

o perversas, tenues o intensas, obstinadas o fugaces, pero las tenemos. La mayoría de los hombres las llevan a cuestas sin tener cuenta cabal de su naturaleza: con igual inconsciencia lleva el tigre las manchas sobre su piel y el pavo real sobre el abanico de su cola. Son contados los hombres que acostumbran mirarse por dentro; pocos los que llegan a hacerlo fríamente, como un anatomista desmenuza el cadáver de un anónimo.

¿Para qué? se preguntarán los más. El ingeniero mecánico viaja con igual comodidad y tan velozmente como el acompasado señor feudal, aunque el primero conozca los complicados rodajes de la locomotora y el segundo sólo sepa el precio de los cereales. También la vida humana es un viaje, uno de los caminos recorridos por la materia a través de la forma orgánica; no está probado que viajen más ni mejor los conocedores de su mecanismo.

Esa objeción pone en tela de juicio la utilidad del saber para la felicidad individual, asunto digno de Goethe y de Renán. En nuestro caso, es verosímil que el examen de las propias pasiones constituya su freno más eficaz. La pasión es tempestad que abomba las velas, arquea los mástiles, vuelca al buque entero o lo estrella contra las peñas de una costa ignota; la inteligencia razonadora es el timón que permite aprovechar del bueno y del mal viento sin comprometer los destinos de la embarcación. Otelo no mataría a Desdémona si se detuviera a estudiar la influencia del atavismo, de la educación o del orgullo sobre sus propios celos; Dante habría roto, avergonzado, muchos cantos de su *Comedia* al saber que la ambición y el despecho eran el resorte humano que hacía estallar su genio en versos divinos; Ravachol no iría a la guillotina cantando un himno anarquista si pudiera mirar en su propio cerebro como en el agua de una fuente y comprender las causas patológicas de sus pasiones antisociales; Luis de Baviera no podría escuchar las supremas sinfonías wagnerianas si escudriñara los procesos fisiológicos que sirven de engranaje a la obsesión musical; Isolda o Francesca no llegarían hasta el amor adúltero si antes pretendieran saber todas las causas de su pasión por Tristán o Pablo Malatesta.

Ese es el hecho seguro. Pero el problema es otro. ¿Las pasiones son benéficas o nocivas? ¿Intensifican la vida o la agotan rápidamente? ¿Conviene conocer su mecanismo a fin de contenerlas o inhibirlas? Son tres preguntas que harían

feliz a un filósofo desocupado. La curiosidad científica, sin embargo, se reservaría el derecho de explorar las pasiones humanas aun cuando el saber no implicara ventajas para la vida —asunto que siempre estará por resolver, no obstante los debates interminables de los moralistas. O en virtud de ellos.

Ribot envió una memoria sobre los caracteres específicos de la pasión. Considera que en los tratados contemporáneos suele descuidarse o faltar el estudio de las pasiones; su trabajo colma esa omisión, demostrando que son formas especiales de la vida afectiva y tienen caracteres propios fácilmente determinables.

Para ser claro y comprensible distingue tres formas principales de fenómenos en el dominio de la vida afectiva.

Los sentimientos propiamente dichos se forman sobre los apetitos, deseos y tendencias, siendo inherentes a la organización misma del hombre. Constituyen lo trivial de nuestra vida ordinaria; ocupan transitoriamente la conciencia, con intensidad escasa o mediana. Las emociones son estados bruscos, roturas violentas, pero fugaces, del equilibrio sentimental (miedo, ira, etc.) ; son reacciones pertenecientes a mecanismos innatos, son la obra de nuestra constitución fisiológica. Las pasiones no son puramente emotivas o fisiológicas, sino humanas. Solamente existen en el hombre capaz de reflexión; los animales, los niños, los primitivos, tienen explosiones o impulsos, pero no pasiones.

Ribot les atribuye tres caracteres propios. El primero es la existencia de una "idea fija" o predominante, que sería su núcleo, su centro; las ideas fijas sólo se transforman en pasiones porque involucran sentimientos y tendencia a la acción.

El segundo carácter es la "intensidad". Es evidente en las pasiones dinámicas (el amor, el juego, etc.), donde el deseo se manifiesta incesantemente bajo la forma de acción y no se agota con el ejercicio. En las pasiones estáticas (odio. avaricia, ambición calculadora, etc.) la intensidad existe en estado de tensión, como un ascua violenta bajo la ceniza y a menudo como fuerza inhibidora de las reacciones naturales.

La "duración" es el tercero de los caracteres que les atribuye Ribot. Las pasiones, aun las más cortas, duran muchísimo más que las emociones simples. La pasión se opone a la emoción como lo crónico se opone a lo agudo.

En suma, las ideas de Ribot consolidan una diferencia

ya señalada por Kant. Este comparaba la emoción con un torrente que desborda rompiendo sus diques y a la pasión con un río que cava su propio lecho cada vez más profundamente. Ribot considera necesario ocupar esa posición abandonada, pero con los métodos y los recursos de la psicología moderna, especialmente los de la patología. Sin embargo, insiste en el rechazo de la tesis de Kant, que consideraba a todas las pasiones como enfermedades.

En este punto, la opinión de Ribot es muy discutible; sería derechamente falsa si reemplazáramos la palabra enfermedad por la palabra anormalidad o desequilibrio. Si se admite que el primer carácter de la pasión es la existencia de una idea fija, no puede afirmarse que ella es un estado normal; la idea fija es una condición patológica de la actividad mental, una enfermedad de la inteligencia que perturba todo el raciocinio mediante un mecanismo ya estudiado bajo el nombre de "lógica mórbida".

Aparte de esta divergencia técnica, cabe reconocer que Ribot ha promovido una discusión de hechos y no de palabras. Es tan erróneo confundir la emoción con la pasión, en el orden de los sentimientos, como confundir la percepción con la imagen o la imagen con el concepto, en el orden de la inteligencia.

*

Una interesante conferencia general sobre "las oscilaciones del nivel mental" estuvo a cargo de Pierre Janet, sucesor de Ribot en la cátedra del Colegio de Francia. Cuando el viejo maestro se retiró de la enseñanza, planteóse en París un conflicto que no carece de significación. ¿Debía reemplazarle un experimentador o un clínico? ¿Para enseñar esta ciencia era indispensable poseer una sólida cultura médica?

El problema no es banal, pues implica tomar partido en el concepto que debemos tener de la materia misma. Todo el mundo, en efecto, se cree un tanto psicólogo. Cualquiera amable conversador de salón improvisa la "psicología" de un suceso de actualidad y el más zurdo periodista se atreve a escribir la psicología de cualquier cosa: del chisme, de la educación, del deporte, de una época histórica, de una intriga de bastidores. Surgen aficionados por docenas y todas las cuestiones acaban por tener una psicología.

Conviene, empero, distinguir. En las clínicas y en los la-

boratorios, por ejemplo, se cultiva un género de psicología que no es precisamente el que repunta en las charlas de sobremesa mundana.

Las funciones del espíritu, atribuídas otrora a un misterioso principio inmaterial e inmortal, van entrando a los dominios de la fisiología; el sistema nervioso, especializado para sintetizar las sensaciones y dirigir los movimientos de todo el organismo, es el complicado engranaje de los fenómenos que antes constituían las facultades autónomas del alma. La división del trabajo ha producido en el sistema nervioso diversas diferenciaciones funcionales. La médula se encarga de reacciones simples y directas; la corteza cerebral de reacciones más complejas e indirectas. Entre la médula y la corteza cerebral existen centros nerviosos encargados de reacciones intermedias, cuya coordinación no puede hacer la primera ni requiere la intervención de la segunda.

Las funciones psíquicas son las más complicadas del ser vivo. Para estudiarlas se necesitan nociones generales de biología y conocimientos especiales de fisiología cerebral; requiere, además, el concurso de los métodos experimentales y de observación.

Pero eso no es todo. Ha podido advertirse que las diversas enfermedades cerebrales producen alteraciones, disociaciones e involuciones de la actividad mental, destruyéndola o desviándola, total o parcialmente. El estudio de esos trastornos permite inferir datos preciosos acerca de las funciones normales; de ahí que para estudiar psicología, además de fisiólogo, conviene ser médico. El laboratorio debe complementarse con la clínica. El resultado convergente de esa labor bilateral constituye la psicología biológica, única digna del nombre de ciencia; su campo de investigaciones no se limita a la "inteligencia" humana, pues abarca las funciones psíquicas de todos los seres vivos.

Existe otra labor cuyo mérito filosófico o literario es indiscutible y cuyas conclusiones aprovecha la ciencia: es la practicada por hombres de ingenio que se dedican a la observación empírica o al análisis mental de los caracteres. Shakespeare fué el más genial de los psicólogos empíricos, La Bruyére el más sutil analista. Nadie ha pensado jamás que se necesitan hombres de esa envergadura para enseñar psicología en una Universidad; ni es admisible que se invoque su falta de estudios médicos para poner la enseñanza en manos inex-

pertas. Parece evidente ya que la psicología es una ciencia y que no es accesible sin una cultura biológica previa. Lo que se discutió en el Colegio de Francia fué otra cuestión: si era preferible un experimentador de laboratorio o un clínico alienista, Alfred Binet o Pierre Janet.

Dos candidatos eminentes. Janet tiene mayor preparación clínica, su cultura médica es grande, ha descollado en el estudio de las enfermedades nerviosas y mentales, posee excelentes condiciones de expositor y cuenta libros de mérito en su haber intelectual. Binet es más hombre de laboratorio, posee erudición vasta, prefiere las investigaciones de psicología pedagógica, es de una dedicación ejemplar y ha escrito libros estimados. Janet es más clínico y mejor conferenciante; Binet es un experimentador más diestro. La ventaja de este último para suceder a Ribot consistía en que vive consagrado a las tareas experimentales, mientras Janet se reparte entre la ciencia y el ejercicio de la medicina sobre una vastísima clientela.

La elección estaba indecisa; cada uno de los postulantes tenía su grupo de amigos y adversarios. Se optó por aplazar la provisión de la cátedra. Pero Janet quedó provisionalmente a cargo de ella, lo cual significaba estar ya con un pie en tierra firme. Uno o dos años más tarde, cuando llegó la ocasión del nombramiento definitivo, Janet fué designado sucesor de Ribot, obteniendo un voto más que Binet, el cual ha quedado como director del laboratorio de psicología experimental. Cada uno en su sitio.

Ribot, que nos ha referido estos y otros entretelones mientras corregíamos pruebas en la librería de Alcan, no tomó partido por ninguno de ellos. Ambos le parecían dignos de sucederle, aunque desde puntos de vista diferentes. La competencia clínica de Janet estaba equilibrada por la experimental de Binet; las dotes de expositor brillante del primero se compensaban por la dedicación exclusiva del segundo a la ciencia.

Janet es un hombre entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, de buena presencia, humor risueño, conversación agradable y exquisita amabilidad.

Sus estudios clínicos sobre la histeria, las obsesiones y las ideas fijas, son de primerísimo orden. Ha complementado el cuadro de las neurosis creando el tipo clínico de la "psicastenia", enfermedad que participa de algunos caracteres de la neurastenia clásica, de la histeria y de las locuras parciales, aunque sin confundirse con ninguna de ellas. Su concepción

es original e interesante; puede aceptarse o no, pero es digna de atención y señala una etapa considerable en el desenvolvimiento de la psicología clínica.

Como profesor, posee las cualidades brillantes que caracterizan a los maestros de la escuela francesa; su elocuencia es nítida y fácil, siempre grata, a menudo convincente. Prefiere tratar temas de psicología clínica, en los cuales desarrolla vistas originales y demuestra cultura no común. La experimentación normal, la psicología introspectiva, sus relaciones con la filosofía y la sociología, las aplicaciones prácticas a la pedagogía, la criminología y otras ramas afines, no tienen en sus cursos toda la amplitud que merecen. Verdad es que una sola cátedra no puede abarcar todo. Podría enseñarse cada año una parte distinta, pero sería en perjuicio de la especialización que constituye la indiscutible superioridad de este profesor.

Para complementar su enseñanza, Janet tiene un consultorio externo en la Salpétriére, anexo al servicio de Raymond, el sucesor de Charcot. Por allí desfilan decenas de enfermos interesantes: voluntades rotas en la lucha por la vida, pasiones obsesivas, preocupaciones que engendran ideas fijas, pérdidas de la memoria y de la atención, cien espíritus atormentados por la herencia, por las intoxicaciones, por las fatigas del vivir. Ese extraño kaleidoscopio del desequilibrio mental, aunque sus formas son menos trágicas que la locura misma, posee mayor interés para el observador y el analista.

Digamos, al pasar, que Francia aplica este principio: para tener buenos profesores hay que pagarles bien. La cátedra debe dar para vivir, de otra manera los profesores no se dedican a ella; a menos de creer que la ciencia debe ser un privilegio de los rentistas, un deporte de gente rica, lo mismo que el tennis o el automóvil. En la Argentina el profesorado universitario es un adorno o una ayuda de costas, pero no una carrera. Janet gana 1.500 francos mensuales; en relación al costo de la vida equivalen a 1.500 pesos en Buenos Aires, donde los profesores de esa misma cátedra tienen la flaca perspectiva de ganar 300 o dedicarse a otras cosas.

*

Georges Dumas enseña psicología experimental en la Sorbona, donde esta cátedra es suplementaria. Es de la misma generación que Janet y, también, médico de enfermedades

mentales. Anticipó al Congreso las conclusiones de una monografía sobre "la sonrisa", demostrando que ella corresponde a una excitación moderada, conforme a la conocida ley de Spencer; cada músculo se contrae mejor cuanto más aliados y menos opositores encuentra. Como el aumento de la tonicidad muscular se acompaña de placer físico, provoca de manera refleja la sonrisa, que con el tiempo ha adquirido un valor social; el hombre, imitando ese reflejo, ha aprendido a sonreír para demostrar cierto placer, aun cuando en realidad no lo sienta. Escuchando estas cosas acudieron a nuestra memoria algunas observaciones de Eduardo Wilde sobre la risa, expuestas en su ingeniosa monografía sobre el hipo.

Dumas diserta con claridad y corrección; realiza el ideal del orador universitario. En las discusiones posee una rápida comprensión del asunto; en las sociedades científicas brilla por su ingenio y su disciplina intelectual. Para completar su tipo, agréguese una ilustración vasta, una gentileza efusiva y una infatigable laboriosidad.

Sus estudios sobre los estados intelectuales en la melancolía, la mentalidad de Augusto Comte y de Saint Simon, la tristeza y la alegría, etc., revelan un talento superior. Cultiva con igual éxito los trabajos clínicos y los experimentales, trabajando en el Asilo de Santa Ana, donde tiene su clínica nuestro colega Magnan.

Junto con Janet, Dumas dirige la mejor revista de psicología normal y patológica, en cierto modo complementaria de la revista filosófica dirigida por Ribot. Hacia ella converge el trabajo de los maestros de ambos mundos; su circulación es respetable y sus colaboradores ganamos cinco francos por página, escrupulosamente pagados por el editor Alcán.

*

Aunque no ocupa cargo oficial en la enseñanza francesa, goza ya de reputación muy seria Paul Sollier, médico alienista que dirige un sanatorio en Boulogne sur Seine, sobre el camino de Versalles. Su primer libro, sobre el origen y naturaleza de la histeria, fué una brillante presentación, en 1897; original y metódico, fundado en observaciones personales, señaló una posición nueva del problema que oscilaba entre las escuelas rivales de La Salpetriére y de Nancy, entre la neurosis de Charcot y la psicosis de Bernheim. Más tarde sus libros sobre los retardos mentales, la memoria, los fenómenos de

autoscopía y el mecanismo de las emociones, le han hecho una brillante carrera, que le llevará sin duda muy alto y muy lejos.

Cuadrado, grandote, barbudo, tiene un aspecto más severo que su carácter. En el Congreso disertó sobre el valor del análisis psicológico para el conocimiento de la conciencia normal. No cree que la conciencia se limita a los fenómenos cerebrales de más alta jerarquía; todos, aún los más sencillos, pueden tener carácter consciente; la inconsciencia absoluta no existe, pues siempre es relativa. Considera erróneo suponer que la conciencia es un fenómeno autónomo, primordial, independiente, aislable, dotado de acción propia y capaz de obrar por sí mismo sobre otras funciones psicológicas; no existe conciencia fuera de la actividad cerebral. Le parece absurdo decir que es un epifenómeno, pues ella existe aun cuando no la percibimos: basta disminuir la actividad cerebral para que se tornen conscientes ciertos fenómenos que habitualmente se consideran inconscientes.

Sollier funda estas opiniones, muy dignas de meditarse, en datos de psicología clínica recogidos en el estudio de los histéricos. James anda por los mismos caminos, inclinándose a negar la existencia de una conciencia-entidad; Sergi cree que todo lo psíquico puede ser consciente en determinadas circunstancias, llamando funciones psíquicas a todas las funciones de relación. Es probable que dentro de pocos años ningún psicólogo digno de este nombre hable de "la conciencia" sustantivamente, sino de funciones "conscientes" cualitativamente. Este pronóstico parecerá arriesgado, tal vez, a los que no pueden librarse de la consuetudinaria confusión entre conciencia psicológica y conciencia moral; son dos cosas absolutamente distintas, pero hay interesados en su confusión, pues se desea contrabandear un concepto metafísico bajo el pabellón de la ética.

*

En los pasillos del Congreso llamó nuestra atención un joven de aspecto nada vulgar. Alto, robusto, ojos de místico, gran melena, barba copiosa, una fisonomía oscilante entre la de un cristo clásico y la de un conspirador nihilista. Más tarde le encontramos en varias sociedades científicas y trabamos amistad cordial.

Henri Piéron es uno de los jóvenes más conocidos en el

mundo científico, aunque sólo carga una treintena de años. Su actividad intelectual es considerable y eficaz.

Entre sus mejores cualidades señalaremos la amplitud de su horizonte mental y la claridad de sus vistas sintéticas. Le interesan por igual todas las ciencias fisiconaturales, biológicas y sociales; está al día en varios órdenes de conocimientos. Tiene ideas generales bien definidas, que le permiten intervenir en cualquier debate y lucir aptitudes dignas de encomio.

Bajo su aspecto apacible, casi nazareno, palpita con vigor una entusiasta juventud. Cuando toma parte en alguna discusión parece caldearse, acelera su dicción, la acompaña con gestos expresivos, se apasiona por el tema y por la gimnasia dialéctica. Aún no padece del implacable escepticismo en que suelen rematar muchos hombres de ciencia, cuando envejecen.

Trabaja en el laboratorio de Psicología Experimental instalado en el manicomio de Villejuif; como investigador es, a un tiempo mismo, hombre de ciencia y hombre de conciencia.

Conoce el español y dedica alguna atención a los trabajos científicos hispano-americanos. Nos ha complacido oírle repetir, con evidente exageración, que en la Argentina se produce más que en todos juntos los demás países de habla castellana.

*

Los demás hombres tienen una idea especial del hombre de ciencia, hasta atribuirle un físico y un carácter determinado; es el "señor Teufelsdrock" que pinta Carlyle en su *Sartor Resartus*, es el viejo filósofo cuyas huellas sigue *El Discípulo* de Paul Bourget, es el *Silvestre Bonnard* de Anatole France. Podría reconstruírse el tipo sintético del sabio en pocos rasgos: hombre viejo o entrecano, gasta lentes de fuertes vidrios, usa barba larga y alguna porción de melena, viste levita o saco semisucio, sombrero de copa o chambergo, botines deslustrados o rotos. Moralmente, se le supone incapaz de reír, solemne, paciente, obtuso para el amor y para la ira, sin aficiones artísticas ni gustos literarios.

Ese juicio es erróneo, las más de las veces. El ejemplo eficaz de esa erroneidad lo daba en el congreso Nicolás Vaschide, del laboratorio de psicología experimental en la Escuela de Altos Estudios, de París, donde trabajó con Binet, pasando luego a colaborar con Marie y Toulouse, en el asilo de Villejuif. Es un joven de treinta y un años, elegante, perfumado, físicamente bello, sin bigote ni barba; para complemento de

su originalidad ha nacido en Rumanía. Cuando no estudia es la encarnación del *esprit* francés. Aunque ya casado, gustábale agradar a las congresistas; habría sido el tormento de muchos maridos si el cónclave hubiese durado un mes. Es wagnerista eximio y ejecuta con talento a Beethoven y Grieg; cultiva a Moliére, gusta de Albert Samain y no desdeña a Anatole France. En el museo del Vaticano estuvimos una hora en el Belvedre, viendo las cuatro maravillas: Laocoonte, Apolo, Perseo y Antinoo. Frente a las cascadas de Tívoli nos extasiamos una tarde entera, sentados sobre una piedra antigua, sin decir una palabra, oyendo el murmullo de las cascadas y el canto de los pájaros; al regresar no sentimos el menor deseo de comentar la infinita poesía de esa naturaleza, como temiendo que la ineficacia de las palabras pudiera perturbar el sereno recuerdo de sus encantos.

Mente ágil y perspicaz, inteligencia culta, corazón aniñado y leal, voluntad tenaz, si algunos defectos tiene son los de esas cualidades. Su pluma es pródiga y su nombre se turna asiduamente en todas las revistas. Aún no ha escrito obras de aliento, pero creemos que pronto saldrá del camino estéril de las investigaciones analíticas, en que hasta ahora ha perdido su tiempo, como todos los colaboradores de Binet.

Psicología Jurídica y Social

César Lombroso, que ha llenado el mundo con su fama, es un hombre genial, pero no es inteligente. Le bastaría serlo, siquiera fuese a medias, para ser un verdadero hombre de genio. Su cerebro es siempre nebuloso, tal cual vez caótico: una perpetua noche en tempestad. Por eso mismo resplandecen con más violencia los relámpagos que esparce el genio en su tiniebla. Lombroso tiene esa peculiaridad mental: chispazos geniales y falta absoluta de talento, entendido este último como la forma superior de la inteligencia educada.

No piensa, adivina; juega al gallo ciego con las ideas científicas. Ha tenido algunas intuiciones verdaderamente geniales. Bastaría citar, entre las más notorias, la importancia real del estudio de los delincuentes para comprender el determinismo del delito y la pretendida correlación entre el genio y la locura. Nuestro propósito no es hacer su estudio crítico. En ambas doctrinas tuvo precursores más o menos definidos. Sus ideas cardinales, presentadas en groseros bocetos sin desbastar, fueron pu-

lidas por la crítica eficaz de sus propios partidarios hasta adquirir contornos realmente científicos. Por sí mismo, Lombroso no habría podido crear un sólido cuerpo de doctrina ni iniciar una escuela sistemática. Carece de dos aptitudes fundamentales: el espíritu crítico que permite el análisis y el espíritu generalizador que hace posible la síntesis. Esos dos caminos, que conducen de la inteligencia al talento, nunca fueron abiertos en la tupida maleza de su cerebración. Es relámpago que rompe las negruras sombrías de la nube; es aquilón vigoroso que desmantela fortalezas seculares. Pero no ha sido ni será jamás un creador metódico o un crítico sereno, ni un arquitecto de monumentos sólidamente inconmovibles, ni la monótona gota de agua que horada el granito con lentitud tranquila, pero con eficacia irremediable.

La "escuela" de Lombroso constituye un fenómeno interesante de psicología colectiva. El profesor de Turín es el símbolo convencional de un partido científico. Nadie cree en él sin reservas, ninguno comparte sus teorías sin beneficio de inventario, pero todos le llaman maestro. Lombroso, además de representar una doctrina, es un símbolo, es el estandarte de una corriente científica nueva, fecunda en promesas y esperanzas. La primera impresión que causa una tertulia de sus discípulos es de sorpresa: parece una asamblea de sacerdotes descreídos, un concilio de idólatras que le adoran por costumbre, pero sin fe. Empero, a poco de tratarlos, detrás de ese aparente convencionalismo se descubre un cariño sincero para ese hombre canoso que ha luchado tenazmente y con rara pertinacia por el triunfo de nuevos horizontes que vislumbraba y no sabía definir. Ellos saben, y en voz baja osan decirlo, que Lombroso fué solamente un gran propulsor, un gran removedor de ideas, correspondiendo a otros la verdadera elaboración crítica y la generalización precisa de sus primitivos teoremas.

En el reciente Congreso internacional de Psicología, la escuela criminológica italiana sentó sus cuarteles en la Sección cuarta, junto con las aplicaciones pedagógicas y sociológicas de la psicología. Las sesiones fueron cuatro, presididas alternativamente por Sommer, Lombroso, Ingenieros y Ferri. Durante el primer día los psicólogos criminalistas se preguntaban recíprocamente si vendría el maestro Lombroso; todo se alegaba para explicar su ausencia: la salud quebrantada, la edad, las ocupaciones, deberes de familia. Al día siguiente se afirmó que vendría, sin falta.

Concurrió, en efecto, a la tercera sesión, mientras ocupaba la presidencia el que estas líneas escribe.

Su físico no corresponde, por cierto, a su fama; una enfermedad reciente le ha desmejorado bastante, en complicidad con la vejez ineludible. Entró al aula un hombrecillo bajo, más bien grueso, de aspecto setentón, con poblado bigote blanquiamarillo y pequeña pera del mismo color; cabeza deforme, fisonomía como hay muchas, ojos abotagados, nariz ornada por gafas, cuello grueso y flojo, cuerpo en forma de bolsa, piernas cortas y movimientos pausados. Su indumentaria es modesta aunque severa, siendo su pieza principal una levita ya verdinegra. Habla con leve acento dialectal, probablemente piamontés. Su cara ingenua y satisfecha parece tener una sonrisa para todos los presentes, pues en cada uno cree ver un discípulo o un admirador. Cuando llega se oye un cuchicheo, todos se ponen de pie, un aplauso resuena y se le abre paso hasta la mesa de la presidencia. El delegado argentino, que preside la sesión, pronuncia algunas palabras saludando al precursor de la criminología moderna. Ferri, que está a su derecha, al terminar le pregunta en voz baja y con una sonrisa bondadosa: ¿Lo crees precursor solamente? El interpelado juzga prudente no insistir sobre las diferencias que existen entre un maestro y un precursor; agita la campanilla y declara abierto el acto. Lombroso, que está a su izquierda, retribuye el saludo que le hace la Sección cuarta por intermedio de la presidencia, encontrando frases tiernas y elocuentes.

*

Esta sección fué, sin duda, la más numerosa e interesante del Congreso, como debía ser en Italia, cuna de la moderna criminología. Se produjeron varias discusiones animadas y se insinuaron cuestiones de importancia.

El profesor R. Sommer, de Giessen, disertó sobre el paralelismo o antagonismo de los caracteres físicos y psíquicos de la degeneración, sosteniendo la falta de equivalencia entre ambos. Lombroso, con el entusiasmo que le es habitual, declaró que las ideas de Sommer confirmaban sus teorías sobre los caracteres físicos de los delincuentes; opinión que pareció poco meditada. El delegado argentino observó que los caracteres físicos degenerativos son comunes a todos los degenerados, no presentando ningún carácter especial en los delincuentes; además, su estudio en los degenerados y particularmente en los delincuentes debería considerarse secundario, siendo los caracteres psíquicos los más importantes para su diferenciación. Ferri terció en el debate con el laudable propósito de poner un punto final, evitando la irrupción de inoportunas heterodoxias.

Lombroso estudió someramente las causas de la genialidad en Atenas, atribuyendo su lozano florecimiento al usufructo de una elevada libertad política; la demostración, aunque superficial, fué muy aplaudida. Terciaron varios sociólogos y no pocos aficionados; muchos insistieron sobre la función social del genio y la importancia de los factores económicos en su determinación. A la postre el debate resultó más largo que interesante; todos tenían empeño de poder referir que habían discutido con Lombroso. Y esto es humano, aun entre sabios: como si el contacto con la celebridad madura pudiera contagiar el germen de la soñada gloria venidera.

*

Dos tercios de la última sesión fueron consagrados al debate promovido por una nueva clasificación de los delincuentes, presentada por el delegado argentino y fundada sobre el estudio de sus caracteres psicopatológicos. Su impugnador fué Enrique Ferri, autor de la clasificación actualmente seguida por los adeptos de la nueva escuela. La controversia fué larga y vivaz.

Ferri, cerebro luminoso al servicio de una vasta cultura, es un orador extraordinario: el talento en acción. Tiene un físico altivo, hermosamente dominador; su voz está poblada de inflexiones que dan todos los matices de la pasión, no obstante su timbre atiplado, más propio de capilla sixtina que de asamblea revolucionaria. Su reciente campaña, a la cabeza del socialismo extremista, le ha valido algún desprestigio entre la gente de ciencia, algunas hostilidades por parte de los adversarios y no pocas diatribas de los socialistas que acaudilla Turati. Pero cuando toma la palabra se hace oir con respeto por los adversarios y arrastra a sus partidarios con ímpetu de huracán. Sin embargo, como orador está algo viciado por el género tribunicio, actualmente de su predilección. Esto atenúa su eficacia en la oratoria científica, en la dilucidación técnica de las ideas, pues se ha acostumbrado más al manejo de las pasiones que al de los cerebros. Es inútil repetir que detrás del agitador político hay un sabio de verdad; la escuela criminológica italiana le debe su prestigio y su difusión, pues Ferri supo transformar en sistema las concepciones deshilvanadas de Lombroso y deducir de ellas las más importantes aplicaciones al derecho penal.

Estos y otros debates, que fuera inoportuno resumir, anuncian la inminencia de una nueva orientación en el estudio de los delincuentes, completando a la Escuela Positiva Italiana según criterios estrictamente científicos, recogidos en la clínica

y en el laboratorio. El estudio de las anomalías antropológicas de los delincuentes está destinado a ceder el paso al de sus anormalidades psicológicas. La morfología será substituida por la psicología. La antropometría de los delincuentes es análoga a la de todos los demás degenerados; los caracteres diferenciales deben buscarse en el terreno de la psicopatología.

Tal vez la presencia de Lombroso sea un obstáculo a esta renovación de su escuela; por una ley general, todos los revolucionarios de hoy llegan a ser los conservadores de mañana, cuando la marcha de su propia obra sobrepasa los límites que ellos señalaron en su concepción primitiva. ¿Habrá que esperar la desaparición de Lombroso para no amargar su vejez con estas heterodoxias impuestas por los nuevos adelantos científicos? La criminología italiana necesita esperar ese doloroso episodio; esto no significa que lo deseen sus discípulos de hoy para convertirse en sus correctores de mañana.

*

Es digno de mención especial un trabajo del profesor Niceforo sobre "las clases pobres". El estudio de éstas se ha limitado, hasta hace poco, a investigaciones de economía social o de estadística; el autor propone ensanchar ese campo aprovechando los conocimientos de la antropometría, la psicología y la higiene. Antaño los economistas y sociólogos estudiaban las clases pobres desde el bufete y frente al silencio tranquilo de las bibliotecas; después los agitadores líricos han declamado en su oratoria torrencial la infelicidad y la injusticia que gravita sobre los pobres; hoy la ciencia intenta aplicarles el método de observación y experimental. Además de estudiar el pauperismo abstractamente, haciendo como Proudhon la "filosofía de la miseria", conviene estudiar al pobre de carne y huesos, haciendo su estudio natural, como la zoología estudia al cisne, la botánica a la caña de azúcar y la mineralogía a la piedra pómez.

Repítese lo ocurrido en criminología. Los juristas clásicos limitábanse a encarar el delito como entidad jurídica; el delincuente no se estudiaba, era un maniquí inanimado e incoloro, sin personalidad propia, una categoría metafísica sobre la cual se prendía con alfileres un artículo del código penal. Los criminologistas modernos comprendieron que ese maniquí, ese fantoche, era, por el contrario, un factor primordial en la determinación del delito; entonces se estudiaron los caracteres físicos y psicológicos de los delincuentes, al mismo tiempo que las condiciones del medio social donde ellos delinquen. Niceforo, por

un camino paralelo, estudia al hombre pobre como exponente concreto de la miseria; la encuesta económica y moral del pauperismo se completa así con su estudio humano. Los resultados de esta "antropología de las clases pobres" son, por cierto, muy interesantes.

El examen de los caracteres físicos, fisiológicos y psicológicos, minuciosamente realizado, demuestra la inferioridad física e intelectual de los hombres pertenecientes a las clases sociales inferiores.

El estudio de sus caracteres etnográficos comprende el examen de su estado de civilización, costumbres, usos, prejuicios, artes y creencias religiosas. Resulta que el grado de civilización de las clases pobres, étnicamente considerado, equivale al de los pueblos primitivos. En ellas encuentra Niceforo las primitivas formas violentas de la criminalidad, el animismo, el culto de los fantasmas, el demonismo, la creencia en daños y posesiones diabólicas, la personificación y adoración de objetos y fenómenos naturales (astros, meteoros, árboles, fuego, agua, piedras; politeísmo e idolatría), las ofrendas propiciatorias, los banquetes sagrados, la adivinación por los animales, los agüeros, los maleficios, las brujerías, etc. Las manifestaciones estéticas de las clases pobres recuerdan los sentimientos similares de los primitivos, los salvajes y los niños. La literatura de las masas populares (cuentos, tradiciones, refranes, rapsodias, crónicas y *jerga*), su gusto por el folletinesco novelón de aventuras a fuertes tintas, así como todo el arte manifestado en sus danzas, canciones, tatuajes, grafitos, ornamentos personales, iconografía, etc., forman la última parte de estas investigaciones y confirman la misma conclusión: las clases pobres constituyen una verdadera raza atrasada dentro del medio en que viven.

Las causas de este hecho han sido estudiadas en el ambiente social y en las condiciones de vida de los pobres: alimentos, nutrición, fatiga, alojamiento, talleres, instrucción, etc. Se deduce que la inferioridad de los pobres es el resultado del medio económico en que viven, antes que el índice de una inferioridad orgánica original.

Niceforo, al dilucidar científicamente una de las fases del pauperismo, contribuye a plantear importantes problemas sociológicos. Sus estudios enuncian un hecho a todas luces evidente: la inferioridad biológica e intelectual de los miserables. Este es un hecho y no una opinión; los hechos se consignan, sólo se discuten las opiniones. Además encontramos que la causa de esta inferioridad reside principalmente en las condiciones propias de su ambiente económico.

He aquí algunas inducciones que podrían someterse al criterio de los estudiosos: 1.º La modificación previa del medio económico es indispensable para corregir o atenuar la inferioridad física, intelectual y moral de las clases pobres. 2.º Su actual inferioridad les impide propender al propio elevamiento; sólo pueden elegir entre los buenos y los malos pastores, sin alusión al precioso drama de Octavio Mirbeau. 3.º La modificación de las condiciones económicas, indispensable para el mejoramiento de las clases pobres, sólo puede ser la obra de hombres pertenecientes a la clase considerada superior desde el punto de vista físico e intelectual.

La conclusión política de las tres premisas podría ser un socialismo aristocrático, donde los hombres física e intelectualmente superiores propendiesen a mejorar las condiciones de vida de los pobres, de la raza inferior. Señalamos el problema sin abordarlo. En ese terreno podrían conciliarse el cristianismo materialista de Marx y el darwinismo inflexible de Nietzsche, el socialismo que aspira a mejorar la situación de los pobres y el aristocratismo biológico que persigue la selección de las razas y de los individuos superiores.

El problema nunca ha sido planteado en esta forma; acaso llevaría a confirmar la significación de las minorías revolucionarias en el desenvolvimiento de las sociedades.

Impresión de Conjunto

Sería vana pretensión la de reflejar en esta crónica todos los matices múltiples de un Congreso científico en que tomaron parte hombres de tan varia procedencia y cultura. Pero no es difícil que las impresiones sobre el ambiente, los hombres y las doctrinas, permitan comprender las orientaciones generales de este cónclave de psicólogos.

No figuraban entre los adherentes ciertos nombres extranjeros muy representativos: Wundt, Höffding, Baldwin; habían adherido, pero no concurrieron a la cita, Ribot, Sully, Myers, Titchener, Ballet, Flournoy, Beaunis, Binet, lo mismo que los italianos Loria, Asturaro, Golgi, Ferrero, Croce, Dandolo, Sighele, Panizza, Marchesini, además de Ardigó. Si hubiéramos de ser completos no podríamos omitir el recuerdo de varios distinguidos profesores italianos que allí conocimos. Sante de Sanctis, profesor de psicología en Roma y secretario general del congreso; Luciani, Mingazzini, Ferrari, Patrizi, Ducceschi, Del Greco, Ottoltenghi, Groppali, Troilo, Barato-

no... La próxima reunión internacional tendrá lugar en Ginebra y recaerá sobre Claparéde, seguramente, todo el trabajo de su organización.

*

El profesor Sergi sintetizó el juicio general. Muchos creen — dijo — que un congreso científico debe resolver definitivamente todos los problemas que preocupan a la humanidad; cuando no ven este resultado deducen conclusiones muy escépticas sobre la utilidad de los congresos. Esta falsa espera, tanto mayor cuanto más arduos son los problemas tratados, como ser el alma humana y su mecanismo funcional, expone a sufrir desilusiones también mayores.

Esta vez, sin embargo, el cónclave puede afrontar serenamente el juicio más severo. Dos tendencias y dos métodos viven en permanente conflicto dentro de las ciencias psicológicas; puede afirmarse, como un éxito de mucho valor, la entonación impresa por una de ellas al congreso, la tendencia nueva, estrictamente científica. No la que observa empíricamente los fenómenos del alma, sino la que trata de investigarlos metódicamente, hasta recurrir a instrumentos de precisión cuando ellos ayudan a disminuir los errores que pudieran atribuirse a deficiencias o ilusiones de nuestros sentidos.

Ese camino, además de señalar derroteros a la psicología, abre horizontes sobre todos los estudios que interesan a la inteligencia humana, permite aplicaciones a las ciencias, a las letras y a las artes, e influye de esa manera sobre la orientación de la cultura moderna.

*

En suma, creemos que el V Congreso Internacional de Psicología puede considerarse como una nueva y poderosa afirmación del rumbo que ha seguido este orden de conocimientos durante el último cuarto de siglo. La psicología se ha emancipado de la dialéctica abstracta y queda inscripta en el grupo de las ciencias biológicas; al desprenderse de la metafísica ha ganado en precisión y en métodos, mucho más de lo que ha perdido en extensión.

La prueba más segura de ello está en las obras y en el lenguaje de sus mismos adversarios; los neo-espiritualistas de todo género hablan ahora de órganos y de funciones, usan el

léxico biológico, tratan de saber algo de las mismas ciencias que afectan desdeñar. No advierten, sin embargo, que están ya contagiados de las mismas ideas que combaten, y que Tomás, Kant o Hegel mirarían como endiablados herejes a los más fervorosos neotomistas, neokantianos y neoidealistas que creen sinceramente ser sus discípulos.

En el inmenso Sahara del palabrismo la ciencia ha organizado su modesto oasis.

AL MARGEN DE LA CIENCIA

EL IMPUESTO DEL MAR.

Sobre el Océano, 1915.

Impelido por la hélice trepanadora el monstruo surca la salmuera violenta, abanicado por brisas tibias, bajo implacable sol. Nubes coquetas, de tono ceniciento, obstan sus rayos meridianos. Las más próximas proyectan sombras violáceas sobre el azul vidrioso de las olas: diríase que entre ambos trópicos flotaran errantes islotes de violetas inmarcesibles, esparcidas por ignota mano sobre la mole de agua que atesora tanto misterio de catástrofes.

Bajo la superficie oleosa contonéanse gravemente las mareas; hay, debajo, un incesante desfilar de olas pesadas, amplias como gestos de oradores antiguos. Así, serenamente majestuoso, con su ritmo pujante disimulado tras la aparente mansedumbre, el océano parece mostrar en cada comba el golpe de remo de un argonauta legendario; y resulta magnífico, soberbio como el silencio de una multitud amenazadora no encrespada aún por el ciclón de pasiones sin freno, como el rebalsamiento de ígnea lava que ya no contiene el cráter y paso a paso calcina las laderas y los valles.

Sobre esa plenitud de fuerzas en movimiento avanza la nave, se mece a toda hora, inquieta, ya leve y risueña, ya profunda y sombría; ora en gárrulo tiempo de valse, ora en andar pausado de habanera tropical; y, por momentos, crujiendo el maderamen, cimbrando los vidriales, rodando las *steamer-chair* sobre la cubierta impermeable, el buque se encabrita y caracolea como un brioso potro de nuestra pampa que siente sobre su lomo por vez primera la audacia del jinete.

Entonces suele gemir una voz gentil:

—Doctor, estoy mareada...

—Paciencia, amiga mía. El mareo es lógico, es necesario; la belleza tiene sus impuestos y el mareo es uno de los más justificados: el mar cobra para que lo admiren. El ciclón devasta, el champaña embriaga, la cordillera apuna, la hermosa enamora, el genio desequilibra; toda belleza, toda fuerza, toda

placer involucra una pena, un dolor, un desgarramiento. El mar conoce la infinitud de sus maravillas y exige un impuesto. El caso es sencillo: ¿su contemplación merece las molestias del mareo?

*

Para muchos el tributo es gravoso; para la mayoría es injusto, porque no es ecuánime ni inflexible. Algunos lo pagan usurariamente y otros lo eluden; además, no siempre gozan los que pagan, ni existe proporcionalidad entre la mengua y la satisfacción de cada uno.

Estudiar el mareo ajeno es un pasatiempo tentador para cualquier desocupado. Su causa es desconocida, sus formas carecen de clasificación metódica, su terapéutica está recluída en los incerteros tanteos del curanderismo transatlántico. La observación ilustra poco acerca del mecanismo íntimo que lo determina; apenas si permite señalar algunas diferencias fácilmente perceptibles. Cualquier observador comprobará que, en general, el impuesto del mareo no se paga con uniformidad: el inglés no se marea como el brasileño, ni las solteras como las casadas, ni el hombre como la mujer, ni el niño como el anciano. También existen diferencias debidas a peculiaridades del carácter individual; un poeta no puede marearse como un luchador de circo, ni la inflada tendera de suburbio como el ágil piruetista, ni el mozalvete ablandabrevas como el viejo lobo encanecido sobre el rolar de las ondas. Cada sujeto concibe el mareo de una manera distinta y, por ende, cada cual se marea según lo concibe, pues, en gran parte, el mal depende de la autosugestión.

*

Melancólicamente recostada junto a la borda, una soltera asaz romántica pone los ojos en blanco, al compás de las bordadas, con regular intermitencia; sus manos exangües se pierden entre los encajes de su blusa matinal, como si peinaran complicadas cabelleras de seda fina. Mirando a ratos el intranquilo juego de las espumas coronadas por airones de rocío, brillantes como abalorios de ágatas translúcidas, recibe con indolencia las gotas saturadas de salitre que brincan hasta perderse entre el oro viejo de su cabeza ensortijada. Sufre el mareo con gracia; de cuando en cuando sobreviene un ahilo para complementar el cuadro. Marearse de esa manera es en

gran parte cuestión de coquetería y de tedio, cuando no simple deseo de evocar el recuerdo de lejanas Carlotas que sueñan con Werthers imaginarios.

Más allá, con desvencijada fisonomía de espantabobos, como antigua máscara de tragedia ateniense, la mueca de una suegra amenaza a las olas, al viento, al sol, al buque, a los pasajeros. Cruzadas las manos sobre el abdomen excesivo, los dedos pulgares jugando a perseguirse en una translación sin fin, vigila al yerno desgraciado: tanto que una viudez prematura le privó de la esposa sin libertarle de la suegra. Esta reniega a media voz, protesta contra la naturaleza, maldice los elementos, regaña a los que no se marean como ella. Y de pronto, dando más de seis barquinazos para andar menos de un metro, se llega al pasamanos de estribor y allí se esfuerza en vano por desperdiciar alimentos que no ha ingerido. Esa crisis produce agriación en su carácter, de suyo avinagrado, estableciéndose proporciones entre el mareo y sus acometividades agresivas.

*

Sobre la cubierta esmerilada por el salitre se marea un comerciante neoyorquino. Su mayor problema es la conservación del equilibrio; cree poseer un talismán en el whisky, de que abusa sin reparos. Camina a toda hora, separando los pies en busca de una ancha base de implantación que lo reconcilie con el perdido centro de gravedad; el sonoro taconeo de sus zapatos rememora un alegre compás de cakewalk. Huye del camarote, aborrece las sillas de viaje, no se acostumbra a los bancos; tiene, él también, su teoría, atribuyendo a la inmovilidad todos los males. Por eso está siempre de pie, pasea a trancos, y traza más eses que las pronunciadas por los extranjeros al ensayar por vez primera el estropeo del habla castellana. Sin embargo, nadie podría decir cuánto hay de mareo y cuánto de ebriedad en sus oscilaciones, pues el mar y el alcohol parecen cobrarle un mismo impuesto.

En cambio, un brusco hacendado vive sumergido en la camilla de su camarote. Entre dos boqueos se recomienda a varias vírgenes de su predilección, y particularmente a la del Carmen. No come porque lo traiciona el estómago, aunque siente nostalgias de inolvidables ravioles y minestrones; no duerme por estorbárselo el ruido del vapor; no se levanta para esquivar los tormentos de una equilibración imposible; no fuma; no lee porque es analfabeto; ni siquiera piensa. No piensa, natural-

mente; ignora esa difícil tortura en que algunos hombres se deleitan. Así yace, como un bulto a obscuras, sin que nadie comprenda el porqué de su existencia y de su viaje.

*

Ruidosamente se marea una francesa, más frágil de intenciones que de costumbres. Entra y sale del comedor cada vez que lo juzga inoportuno, concentrando todas las miradas, cascabeleando sus mareos. Desde el pasillo grita sus ansias de champaña helado, que prueba y no bebe; ocupa dos camareros y tres doncellas, emite quejas de opereta y se desmaya a voces cuando sospecha que la olvidan. Entonces arquea su cuerpo de pantera, amenaza morir y adopta visajes que le envidiarían Mimí Pinson o Margarita Gauthier para sus literarias agonías. Su cónyuge es cómplice pasivo de estos mimos y desvíos; pues, aunque olvidáramos decirlo, es evidente que una mujer de este corte siempre tiene un marido a la espalda.

Se burla de ella una alemana de curvas superfluas, mofletuda, cuya nariz de rojo múrice parece estar sonriendo ante la incomprensible inmensidad del mar. Tiene, como todos, su teoría; opina que los latinos sufren mareos de estómago y los anglosajones de cabeza. Para ser consecuente bebe por dos, come por tres, y digiere por cuatro, pregonando a tontas y a locas que el alimento es lastre ideal contra el mareo. Bien lastrada merodea sobre cubierta, se vuelca voluminosamente sobre los bancos. Allí palidece en silencio cuando la toma el mareo de cabeza y paga su impuesto con terribles murmuraciones, como todo contribuyente forzoso. Sin embargo, el apetito no la abandona; sufre en silencio, esperando que suene otra campana y le anuncie que es hora de repetir la embestida contra manjares y brebajes.

*

Un inevitable petimetre aprovecha los intervalos de su mareo para cambiar seis trajes y doce corbatas: las tiene de lazo y de nudo, plastrones y cintillos, rojas y lilas, de seda, de fantasía y hasta de raso floreado. Su flacura gomosa parece ajarse cada vez que le falla la cabeza, como si el mareo destornillase en su cerebro la imaginaria circunvolución de la elegancia.

Un viejo de barba tolstoiana gruñe sus roncos ayes desde un rincón de la popa, contemplando el ir y volver de las cadenas que aprisionan el timón y orientan a la mole sobre el

mar. La entera familia de un lechero vasco, nueve personas en todo, dedica las horas hábiles del día a olfatear otros tantos frascos de agua colonia falsificada, que recomendó el curandero del barrio antes de embarcarse. Un setentón, veterano de muchos viajes transoceánicos, tiene su elixir infalible en el humo de su pipa; ello no impide que el mareo le venga con frecuencia y, más de una vez, su boca empalagada por la náusea deja caer la pipa exánime, mientras su cara palidece cubriéndose de frías transpiraciones. Una rubia irlandesa parece desteñirse por los ayunos, como si la brisa marina hurtara los colores de sus mejillas.

Por fin, una morocha deliciosa entretiene su mareo dejándose enamorar por un mediquillo zumbón, más gustoso en devastar corazones que en curarlos, y que absuelve las consultas de la niña vertiendo en su alma galanterías corrosivas.

*

Todos ellos, en formas diversas, pagan este impuesto de la belleza: todos se marean.

Pero ¡ironía de las cosas! ellos no son los que más gozan del espectáculo cuyo importe pagan. Es la eterna desproporción de los impuestos, agravada en este caso por la circunstancia de estar favorecidos los contrabandistas: la belleza del mar es mayor para los que menos se marean. Imaginaos un concierto donde pagaran entrada los sordos y tuviesen acceso gratuito los oyentes, o un cinematógrafo sostenido por un impuesto a los ciegos para mayor deleite de los que ven!

El mar es así. Avaro de sus bellezas para con el mayor tributario y generoso hasta lo infinito para con los insolventes.

Un pintor viaja de incógnito, sin más amigos que sus propios pensamientos, sin más interlocutores que el mar y el horizonte. Vive sobre el puente de comando o junto al astabandera de popa. Durante horas y horas mira el piélago vasto, escudriñando las burbujas de espuma fugaz. Se mueve con sus propios movimientos, clama sus íntimos clamores, medita sus hondos enigmas. Luego mira hacia el norte de la proa, como quien descifra un misterio sobre las olas y bajo las nubes, mientras se tumban a uno y otro lado los mástiles agobiados por el peso de las jarcias. Cuando arrecia el movimiento, el artista parece encelarse súbitamente; habla con el mar, animándolo a encresparse bajo el latigazo de su invectiva o el estímulo de su loa; le grita locamente su admiración, quiere espolonearlo con el gesto, dirigir sus tumultos a compás de

sus íntimos entusiasmos. Por momentos diríase que va a arrojarse en su seno, buscando fundir su alma en el abismo, como si fuese un sublime concertador de ritmos y bellezas, de rumores y energías, en quien se conjuraran todas las líricas inspiradas por el mar, desde Virgilio y Byron hasta Hugo y D'Annunzio.

Ese artista no se marea. El mar es inteligente: no cobra impuesto a los que comprenden toda su belleza.

LAS RAZAS INFERIORES

San Vicente, 1905.

La nostalgia mordía en los corazones: como un ancla. El austro propicio silbaba entre las jarcias, rumbo a San Vicente, más veloz que la nave, pero menos que nuestro deseo de pisar tierra. El océano formaba a la espalda una infinita landa azul, inmenso abanico japonés abierto desde la popa y a todos los rumbos, floreado por las sombras que ponían de trecho en trecho las nubes, diseminadas con negligencia. En la visión lejana de la proa una sombra rompía la línea del horizonte como un acento circunflejo perdido entre el cielo y el mar: era un peñón, el primero visible de los muchos que constituyen el archipiélago de Cabo Verde.

Poco a poco surgieron otros. A breve andar el cuadrante de la máquina señaló media fuerza y nos deslizamos blandamente por entre los canales. Para los más, las islas, parecían peñascos arrojados al azar desde el cielo: algunos casquivanos fantaseaban un imaginario apedreo de Neptuno por Júpiter ofendido. Para los menos, parecían levantadas del fondo del océano por el brazo de algún coloso encerrado en el centro de la tierra. No había sabios que explicaran su verdadero génesis geológico; las moles podían lucir su rojiza estriación horizontal sin que la palabra de la ciencia turbara su reposo multisecular.

El canal se ensancha de pronto. A la izquierda aparece la isla de Santiago, donde está la capital del archipiélago; a la derecha se divisan laderas aridísimas teñidas de ocre: entre ellas un villorrio con casuchas blancas, azules, rojas, verdes, amarillas. En el centro del canal culmina un faro partiendo en dos la línea del horizonte, desde una isla que emerge del fondo del mar como una columna: su forma cónica y su estriación transversal le han valido un nombre insubstituible, que por demasiado pintoresco sólo puede citarse por aproximación: la, como diremos, la incorrección del diablo.

No obstante sus dimensiones, no figura en los versos que dieron popularidad a Juan Cruz Varela.

El vapor viró hacia la derecha, enfiló un canal y ancló frente a la población multicolor; una aldea jovial, vestida con la alegría del iris, como una maritornes en traje de verbena. Los ventanillos, alineados a lo largo del casco, parecían mirar curiosamente el panorama, como ojos de la nave acostumbrados a contemplar fijamente los más lejanos horizontes, descifrando el secreto de las olas fecundas en quietudes y en tempestades.

*

El espectáculo, ya harto vulgar, de la turba de negros zambulléndose en el mar transparente para atrapar una moneda, es indigno de ser descripto. El más elemental orgullo de la especie queda mortificado al presenciar por vez primera ese ejemplo de lasitud moral ofrecido por las razas inferiores. Todos los ingenuos lirismos de fraternidad universal se estrellan contra estas dolorosas realidades.

Están lejos, muy distantes, el criterio formado en años de biblioteca y el juicio que se impone en minutos de observación directa de la vida. Acaso sea ésta una de las mayores dificultades para las ciencias de aplicación a la política, forjadas frecuentemente en los bufetes más que en el laboratorio de la vida social misma: la falta de contacto con la realidad en todas sus fases innumerables, la discordancia entre los esquemas ideológicos y los fenómenos a que ellos se refieren.

La crítica es progresivamente más difícil a medida que se complican los fenómenos estudiados; un problema de aritmética puede resolverse en una celda, uno de química desde el gabinete, uno de biología general en el laboratorio, ¿pero los problemas de sociología, es decir, de política científica? Sin embargo, en esta esfera cada hombre cree poseer recetas infalibles, principios absolutos, dogmas intangibles, que a la postre suelen resolverse en estériles sectarismos o en violentas ortodoxias: una misma teoría para diez pueblos distintos, una norma general para cien casos particulares y heterogéneos, una ley y una ética para cien millones de hombres desiguales.

La simple visión de esos negros sugiere mil cuestiones, ilumina ciertos problemas con luz inesperada: las razas, la nacionalidad, la esclavitud, los paralelos históricos, la evo-

lución del régimen colonial y cien más que llenarían muchas crónicas. Así, por ejemplo, cuando leemos en Mitre o López — para citar solamente a los mayores — el desarrollo de la importación de esclavos africanos a las antiguas colonias españolas de América, nos los imaginamos como víctimas de la iniquidad de los blancos y simpatizamos con su dolor; suponemos, involuntariamente, que aquellos esclavos africanos eran como los actuales negros que anualmente suelen ir de jaquet y galerita a saludar la estatua de Falucho.

Es un craso error, sin embargo, que nos falsea la interpretación del papel histórico de la raza negra en la formación del pueblo y el carácter americanos. Los negros importados a las colonias eran, con toda probabilidad, semejastes a los que pueblan San Vicente: una oprobiosa escoria de la especie humana. Juzgando severamente, es fuerza confesar que la esclavitud — como función protectiva y como organización del trabajo — debió mantenerse en beneficio de estos desgraciados, de la misma manera que el derecho civil establece la tutela para todos los incapaces y con la misma generosidad con que se asila en colonias a los alienados y se protege a los animales. Su esclavitud sería la sanción política y legal de una realidad puramente biológica. En San Vicente está abolida de derecho; pero la situación de hecho en que vive esta gleba no es la propia del esclavo, sino muy inferior. Si las leyes no pueden modificar ciertos fenómenos biológicos y sociales, debieran limitarse a interpretarlos, adaptándose a ellos.

La solidaridad humana resulta aquí una preocupación lírica e irracional. Los "derechos del hombre" son legítimos para los que han alcanzado una misma etapa de evolución biológica; pero, en rigor, no basta pertenecer a la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos. Los hombres de las razas blancas, aun en sus grupos étnicos más inferiores, distan un abismo de estos seres, que parecen más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados.

Su tipo antropológico es simiesco, en grado tal que es difícil concebirlo viendo los cromos de los tratados de antropología o las colecciones de cráneos de los museos. A la natural inferioridad de su armazón ósea agréganse todos los rasgos que exteriorizan su mentalidad genuinamente animal: las actitudes, los gestos, el lenguaje, los gustos, las aptitudes, los sentimientos de bestia domesticada, y, por fin, su

mismo *standard of life* que, por misérrimo, avergonzaría al propio antropopiteco de Dubois.

La primera impresión al ver sus barquillas mugrientas boyando hacia el vapor, es nauseosa. Sin más abrigo que un harapo dispuesto a guisa de taparrabo, llegan en montones de cinco, ocho, diez en cada embarcación. Desde lejos piden monedas, poniendo en las nubes sus gritos de cadencia ancestral; cuando un cobre cae en las olas, se abalanzan en bandada sobre la limosna, se zambullen, se dan de mojicones debajo del agua, trenzando sus cuerpos como nudos vivientes. Un minuto después esa triste resaca humana vuelve a flotar en la superficie, mientras el elegido por la suerte exhibe entre los dientes el codiciado fruto de la gresca.

Los pasajeros suelen divertirse en ese entretenimiento; sus espíritus, generalmente frívolos o aburridos, encuentran grato el pasatiempo, como los niños que en un jardín zoológico arrojan golosinas a una jaula de monos para ver la disputa. Los pasajeros no siendo niños por su edad, lo parecen por sus gustos. Si es afrentoso el espectáculo de hombres que mendigan, no es consolador el de los que se divierten a expensas de tanta miseria moral y material.

Los célebres negros, cuya pantomima acuática deleita la imaginación de los pasajeros con varios días de anticipación, resultan lastimosos bufonzuelos mendicantes. Las personas que consideran decorosa la limosna podrían ejercerla en otra forma, ahorrando a la especie humana esa humillante exhibición de su propia indignidad.

*

La enseñanza fundamental que se recibe no es, por cierto, halagüeña para espíritus democráticos. Los hombres de razas de color no deberían ser, política y jurídicamente, nuestros iguales; son ineptos para el ejercicio de la capacidad civil y no debieran considerarse "personas", en el concepto jurídico. Por supuesto que en la regla caben mil excepciones; esta verdad relativa sería un error tomándola en absoluto, como todas las afirmaciones que se refieren a fenómenos sociales.

Estos negros viven hacinados en chozas desmanteladas, pues las casas bonitas sólo son ocupadas por extranjeros: comen maíz pisado, rara vez carne y pocas verduras, beben agua pésima, que compran a un precio relativamente elevado, cuando no pueden adquirir su veneno habitual, una caña violen-

ta llamada *cashasha*. Los hombres adultos suelen trabajar en la carga y descarga del carbón, tarea accidental y que se paga a destajo. Cuando no huelgan, pueden ganar por día una cantidad de "reis fuertes" que corresponde a poco más de dos francos o un peso argentino. El mismo día los reis se transforman en caña.

Se cuentan a dedo los negros que hablan portugués y no encontramos ningún adulto que supiera leer y escribir. No tienen siquiera ideas religiosas, siendo éstas un índice de cultura entre los hombres de mentalidad inferior, incapaces de reemplazar las ideas religiosas por nociones de otra índole. En las épocas de carestía, que son frecuentes, estos negros perecen de hambre, a miles; el año pasado murieron cuatro mil en la isla de Santiago, en los alrededores de la capital.

Semejantes hombres no pueden sobrevivir en la lucha por la vida. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies animales, acabará con ellos toda vez que se encuentren frente a frente con las razas blancas. Adviértase que los actuales negros de San Vicente deben ser ya la flor y nata de su grupo étnico, pues en algunos siglos de contacto con los blancos sólo han podido sobrevivir los ejemplares de élite; igualmente los negros que aún vemos en América son la fina flor de los introducidos por los españoles a las antiguas colonias, adaptados a las condiciones de vida propias de nuestro ambiente europeizado.

Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción puedan hacerlo. Es necesario ser piadosos con estas piltrafas de carne humana; conviene tratarlos bien, por lo menos como a las tortugas seculares del Jardín Zoológico de Londres o a los avestruces adiestrados que pasean en el de Amberes. No contaría con nuestro voto el severo tribunal mississipense que, en el pueblo poéticamente llamado Magnolia, acaba de condenar a diez años de trabajos forzados a una mujer blanca llamada Teresa Perkins, por haberse casado con un negro. Pero sería absurdo tender a su conservación indefinida, así como favorecer la cruza de negros y blancos. La propia experiencia de los argentinos está revelando cuán nefasta ha sido la influencia del mulataje en la argamasa de nuestra población, actuando como levadura de nuestras más funestas fermentaciones de multitudes, según nos lo enseñan desde Sarmiento, Mitre y López, hasta Ramos Mejía, Bunge y Ayarragaray.

*

Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, oponen artificiosas razones a estas realidades aflígentes. Jean Finot en su reciente libro *La preocupación de las razas*, ha sintetizado los mejores argumentos que el sentimentalismo puede oponer a la descarnada crueldad de los hechos. Existen dos cuestiones, absolutamente distintas, que suelen englobarse en una sola.

Por una parte encontramos a los autores que ponen los factores étnicos como base de la sociología, a la manera de Lapouge o de Folkmar. Su antecesor directo es Nietzche y su precursor Gobineau, cuya exégesis reciente debemos a Ernest Seilliéze, Robert Dreyfus, Jacques Morland y otros. Para ellos la cuestión de las razas existe en el seno mismo de las razas blancas. Ese es el absurdo o, por lo menos, el terreno incierto y escabroso. El antagonismo entre arios y semitas, entre dolicocéfalos y braquicéfalos, carece de pruebas; en esta parte es fuerza convenir con Finot que la cuestión de las razas es un prejuicio antes que una realidad.

Pero el problema tiene otra fase; Finot la resuelve sobreponiendo su buena intención a la verdad de los hechos. Max Nordau, que en las mismas columnas de *La Nación* se ha entusiasmado por su libro, no pudo menos que asestarle un golpe de gracia, diciendo: "No hablemos de las razas de color. El caso de ellas no necesita ser definido. Su inferioridad es incontestable". Esa breve sentencia está corroborada por la opinión de todos los hombres de estudio que han *visto* poblaciones de negros. Cuando D'Haussonville, partidario de los negros, los vió en Virginia y en la Georgia, cambió de opinión y tuvo la honradez de confesarlo. "¡Pobres negros! Me intereso mucho por ellos y, sin embargo, debo hacer una confesión. Llegué a América siendo absolutamente negrófilo, convencido hasta los tuétanos de que entre un negro y un blanco no había diferencia alguna, salvo el color de la piel. Después, poco a poco, acabé por comprender el prejuicio, concediendo que lo fuera, y hoy debo declarar con toda humildad que no me es posible considerar a un negro como mi semejante". Esta valiente declaración puede leerse en sus *Notas e impresiones a través de los Estados Unidos*.

En un libro de Enrique Gaullier, *Estudios Americanos*, muy superior a su reputación, no obstante haberlo dedicado a Taine que aceptó muy complacido el homenaje, hemos leído alguna vez un breve cuento que vale un tomo de filoso-

fía sobre las razas. En el Far-West, en un lejano confín de Montana, una casa única se levantaba sobre el territorio casi desierto. Bajo el alero de la mansión estaban cuatro seres humanos. El primero de ellos era un americano, propietario de esas tierras; estaba tendido en su silla de campo, los talones apoyados en la balaustrada, a la altura del mentón; un cigarro humeaba entre sus labios y leía un ejemplar de diario llegado por el último correo. El segundo, apoyado en las columnas de la glorieta, contemplaba con aire grave y solemne el horizonte de las montañas azuladas que se perfilaban a la distancia, entre las cuales el sol descendía rápidamente; apoyaba su mano sobre el cañon de una carabina, envuelto el cuerpo en un amplio manto rojo, sobre el cual descendían largas trenzas de cabellos negros adornadas por una pluma de águila: era un piel roja. El tercer sujeto era un negro; tarareaba entre dientes alguna canción, mientras engrasaba un par de botas pertenecientes al amo blanco; sus cabellos crespos, su cabezota redonda y sus dientes blanquísimos, como los de un perro, contrastaban singularmente con la silueta bronceada del autóctono. Por fin, el cuarto hombre era un chino, el cocinero de la casa; vagaba en torno de una olla, sin que su larga cola occipucial pareciera incomodarle en sus operaciones culinarias. Ante ese cuadro profundamente simbólico, Gaullier se formuló esta pregunta: "¿Ese americano, ese propietario reclinado en su cómoda silla y leyendo su diario en medio del desierto, no es, por decir así, el símbolo viviente de la supremacía de la raza blanca?" Podrá haber divergencias de detalle; Jules Huret cree que los pieles rojas no son superiores a los negros. Pero la opinión se manifiesta uniforme en advertir el abismo que existe entre los hombres blancos y los hombres de color. En última instancia, como observó Gastón Deschamps, el mejor argumento que Roosevelt haya dado en favor de la superioridad de la raza blanca, es el gesto humanitario con que hizo sentar a su propia mesa al negro Bœcker Wáshington.

No cabe en una crónica el análisis de tan obtusa cuestión, ni podrían recordarse todas las opiniones que convergen a demostrar estas palabras autorizadas de Renán: "Los hombres no son iguales: las razas no son iguales. El negro, por ejemplo, está hecho para servir las grandes cosas queridas y concebidas por el blanco." Opinión decidida y catapultante; la hubiera firmado el propio Gobineau.

*

Las razas humanas son diferentes en principio, son desiguales, no se equivalen, no son todas igualmente civilizables.

Suele oponerse el ejemplo del Japón, con todo el prestigio de su actualidad gloriosa. Es un ejemplo falso. Gobineau, grande en sus videncias geniales y en sus desequilibrios fronterizos del manicomio, previó ya esta objeción en su interesante *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Los japoneses difieren de los chinos por la mezcla de elementos étnicos diferentes. Además de cierta indudable aleación de raza negra, contienen elementos de raza blanca, especialmente en sus clases más elevadas. Eso confirmaría la idea de que la población malesa, que constituye el fondo de la población, ha sido primitivamente civilizada por colonias de raza blanca, versión cimentada por la analogía entre muchas de sus leyendas mitológicas y las leyendas corrientes en Asiria. Gobineau explica de esa manera las particularidades fisiológicas y morales que caracterizan al pueblo japonés.

Por otra parte, no es posible desconocer que el Japón que vence a Rusia no es el que describen los literatos viajeros, desde Pierre Loti hasta Gómez Carrillo. Ni es tampoco el que nos sugieren los malabaristas de circo. Es el Japón europeizado que viste a la parisién, pelea con fusiles y cañones europeos, estudia y sabe la táctica militar de las mejores escuelas de Inglaterra y Alemania. Una raza que puede civilizarse no es una raza inferior; inferiores son, precisamente, las inadaptables, las no civilizables. Los japoneses de hoy, aptos para asimilar la civilización de los pueblos más evolucionados, no constituyen una raza inferior; son, por lo menos, el residuo seleccionado y adaptable de una raza generalmente inferior e inadaptable. En Manchuria peleó un Japón europeo contra una Rusia europea también, por lo menos en su capacidad de asimilar la civilización europea.

Lamentar la desaparición de las razas inadaptables a la civilización blanca, equivale a renunciar los beneficios de la selección natural. Los ganaderos se desviven por seleccionar y refinar sus razas, prefiriendo las cabezas de ganado fino y estableciendo enormes diferencias de precio entre unas y otras. ¿Qué diríamos del que prefiriera la cría del escuálido carnero criollo a la del Lincoln o el Rambouillet, la del mancarrón a la del puro de carrera? El sociólogo que observa las razas humanas con el cerebro y no con el corazón, está obligado, por lo menos, a pensar lo mismo que el criador en materia de razas

equinas o lanares. ¿O, por ventura, la raza humana nos interesa menos que ellas?

*

La condición material de los pueblos suele corresponder a sus propias aptitudes para la lucha por la vida y para la mejor adaptación al medio. Razas como la que puebla las peñas del archipiélago de Cabo Verde, tienen que ser miserables. El ambiente natural contribuye eficazmente a ese resultado; salvo alguna fértil quebrada en la isla de Santiago, todo revela allí una aridez pavorosa. No hay productos naturales. El reino mineral no tiene fuentes de riqueza en explotación. El vegetal se refugia en pocos vericuetos que el azar irrigó de aguas proficuas; no hay cultivos en proporciones que permitan hablar de producción agrícola, prescindiendo de algunas lechugas descoloridas que el cónsul argentino cultiva en su propia huerta, a fuerza de regadera y para su consumo personal. La ganadería es desconocida. Sobre tales cimientos económicos vegeta una constitución social que le corresponde estrictamente.

Faltando riquezas explotables, no hay producción industrial de ningún género. La única fuente de subsistencias es el comercio de carbón; esta actividad comercial determina el tipo sociológico de la pequeña población de San Vicente. Un grupo de extranjeros, portugueses e ingleses en su mayor parte, se enriquece en el tráfico del combustible. Una pequeña parte de la población indígena trabaja por vil salario en las operaciones inherentes a ese tráfico, constituyendo un proletariado cuya miseria coincide con su inferioridad étnica e intelectual. Por fin, el resto de la negrada indígena, la más inferior y menos apta para el trabajo de carga y descarga del carbón, vive en pleno parasitismo social, acechando al transeunte extranjero para mendigar su limosna de pocos sueldos a cambio de lo único que puede ofrecer su propia indignidad. Baste decir que un cicerone, solicitado por algunos viajeros para conducirlos a sitios de recreo, los condujo a su hogar, a fin de que su propia familia ganase los francos producidos por el entretenimiento.

*

La miseria de la raza africana tiene un solo paréntesis en esa isla. Una visita a la cárcel, nos permitió ver algunos negros felices.

Es un edificio de 60 metros por cuarenta, inaugurado a

fines del año recién transcurrido. Una verja exterior ciñe el frente del edificio. Cuatro cuadras espaciosas (cuya posición rememora la casa de los osos en el jardín zoológico de Palermo), dan albergue a una treintena de presos. Catorce de ellos son menores de edad; hay una sola mujer. El delito común es el robo; hay un presunto uxoricida, un procesado por riña, otro por lesiones, y un viejo tenido por brujo y sospechoso de "sacar el unto" a las personas, delito que todos mencionan y nadie sabe en qué consiste. El régimen es patriarcal. Los presos beben *cashasha* junto con los centinelas y juegan a los naipes con el alcaide; reciben visitas de sus mujeres e hijos dentro de las celdas, tocan la guitarra y bailan con las negras.

Toda su pena es la secuestración; pero ninguno se queja de ella. Varios en cambio confiesan su dicha por tener ¡al fin! casa limpia, cómoda, aereada y llena de sol, comida segura, ropa decente, todo ello sin la obligación de trabajar para ganarse la vida que arrastran los que están en libertad. Así se explica que por el robo de una cuerda, un par de alpargatas, tres bananas, una bolsa vacía y otros delitos similares, permanezcan meses y meses en la agradable prisión, sin apresurar el trámite judicial. Los bienaventurados no quieren ser absueltos, temen la libertad: saben que ella sólo puede ofrecerles un hambre probable en cambio de su hartazgo seguro.

En este sentido la abolición de la esclavitud ha sido una desdicha para esos negros. Todo sistema de producción fundado en el trabajo de esclavos, tenía para ellos la ventaja de asegurarles la existencia. La posesión de un hombre representaba la propiedad de cierta mercancía, bajo la forma de fuerza de trabajo. El amo hacía trabajar a sus esclavos y los mantenía en buen engorde a fin de que su trabajo rindiese mucho; en el caso contrario perdía su propio capital. La abolición de la esclavitud reemplazó la venta del negro por su alquiler a destajo o a salario; su fuerza de trabajo no se compra para siempre, se alquila cuando se la necesita. El capitalista no tiene interés alguno en asegurar la existencia individual de los negros asalariados; si mueren nada pierde, alquila otros. Y los alquila por un salario tanto más bajo cuanto mayor es la oferta y la miseria de los postulantes. Por eso la esclavitud representaba para estos negros una felicidad relativa, como la sujeción al hombre la representa para los animales domésticos. La libertad actual les ofrece la perspectiva del desamparo y de la muerte por inanición.

Sin embargo, desde la biblioteca lejana y al calor de sen-

timientos tan absurdos como generosos, no faltarán filósofos que crean haber favorecido a estas razas inferiores clamando contra la esclavitud.

*

La situación económica de la metrópoli influye sobre el estado de la colonia, lusitanamente disfrazada con el rumboso título de Provincia. Salvando las naturales distancias, San Vicente nos evoca a Buenos Aires en el siglo XVII. España y Portugal, entradas al período de su decadencia histórica, no supieron, ni podían dar vida a sus colonias. Sin capacidad industrial, sólo pudieron instaurar en sus colonias un régimen de explotación y monopolio poco inteligente. Al principio el indígena fué inmolado por la avaricia del conquistador, que sólo pensaba en despojarlo o destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: el encomendero de indios y el negrero de esclavos africanos. Cuando se organizó algún comercio, las metrópolis indigentes sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, a costa de cegar las fuentes de su propia riqueza. Finalmente, los criollos bien nacidos, hijos de europeos y excluídos de toda actividad productiva, comprendieron que podían librarse de la tutela de sus mayores, apoderándose del poder político para explotar en beneficio propio las riquezas naturales de la tierra natal. Esa es la sinopsis de la independencia de todas las colonias que tenían recursos de vida suficientes.

El archipiélago Cabo Verde está aun como la América latina en el siglo XVII; gracias a su indigencia no puede ni necesita independizarse. Allí no hay riquezas, no hay producción alguna; el poder político no daría ni quitaría ventajas o facilidades económicas, pues no representa la administración de una vasta empresa productora. Los hijos de Portugueses, que se cuentan a dedo, no se consideran nativos ni están excluídos del magro comercio local; el poder político nada significaría para sus intereses económicos. Los negros son una masa políticamente inapreciable.

El cónsul argentino en San Vicente, *rico home* criollo, reconocía la imposibilidad de plantear el problema de la independencia del archipiélago, "pues no hay riquezas ni privilegios que disputarle a Portugal". Le preguntamos qué pensaría del asunto si existieran allí millares y millares de cabezas de ganado, como los tenía Buenos Aires en 1810. Sonrió graciosamente, asegurándonos que en ese caso la isla no sería

miserable y los criollos harían lo posible para ser los dueños de casa.

San Vicente sólo tiene importancia como estación carbonera; este hecho no ha escapado a la perspicacia económica de los ingleses. En el archipiélago se han instalado fuertes compañías marítimas y carboneras, substrayendo a las inexpertas manos de los portugueses la hegemonía comercial del lugar. Estas son las invasiones inglesas civilizadas; antes las hacían con descargas de metralla, ahora con descargas de libras esterlinas. Y son más eficaces.

Los naturales se regocijan de este lento cambio de patronazgo, productor de sensibles progresos en la población durante los últimos diez años. Prefieren los modernos amos inteligentes a los antiguos negreros inciviles.

LA MORFINA DE ESPAÑA

Madrid, 1905

"Oro, seda, sangre y sol": es la corrida de toros. Madrid está de fiesta. Oro en las cabelleras, seda en las mantillas, sangre ardiente en los corazones y sol en todas partes.

El toro es una emoción viviente. Es fuerza desplegada sin frenos: irrupción de catarata, plenitud de marca, desprendimiento de avalancha, violencia de rayo. El cordaje de sus músculos parece rechinar estremecido por el impulso. Vuela hacia la capa roja como sobre un imán: diríase que la bestia tiene entrañas de acero. Nadie obsta su paso. Llena la pista como un señor feudal antiguo, desafiando a todos, con mirada y con desplante que envidiaríale una severa deidad asiria. Por momentos parece encarnación de todas las pasiones, ceguera de todos los ideales, inconsciencia de todos los ensueños, tan seguro está de sí mismo, ajeno a la infidencia de las picas y espadas que le acechan. Heroicamente, como dardo que parte de un arco tendido por invisible mano, el toro irrumpe unánime cuando estallan los obscuros resortes donde conspira su instinto. Así una ola, encrespada por el ciclón, va a romper su aborujada cresta contra la negrura de las peñas.

En pocos instantes la realidad le acoyunda. Los adversarios son muchos; contrastan su fuerza con la astucia. Ofrecen a su ímpetu gallardo el carmín de las capas, movedizos escudos que defienden la osada fiereza de los bustos resplandecientes de oro y plata, de borlas y colores. Cuando consigue amedrentar a la trahílla humana, cuyo poder sólo está en el número y en el engaño, los capeadores desaparecen ágilmente tras la barrera; él, en su ceguera de ilusorios heroísmos, pone el furor de innúmeras cornadas sobre las tablas crujientes de admiración. Así un glorioso manchego—toro del ideal, a su manera—esparció en otra edad sus lanzadas sobre insensibles aspas de molino.

El capeo fatiga al animal; la suerte de pica le empurpura. La ira le enloquece cuando siente manar de su carne la

sangre cálida, por heridas copiosas como rojas Castalias. La sangre tiene elocuentes esplendores sobre su antepecho: parece una belígera condecoración. De lejos, cuando el toro corre veloz, el manchón de sangre semeja el tapiz carmesí de una dogaresa veneciana tendido sobre la quilla de un Bucentauro que vuela a todo viento. A ratos se cuaja en pedazos la hemorragia, como si a la sangre le remordiera abandonar las arterias donde solía pulsar robustamente.

A cada paso del animal vuelcan nuevos borbotones las heridas; cada una parece un ojo por donde llora el coraje en lágrimas sangrientas. Y lloran sin cesar, a cada movimiento, cuando el torero le instiga con su capa, cuando el público aplaude su valor absurdo o silba su instintiva prudencia, cuando la música anuncia el cambio de la suerte. Las banderillas le encuentran ya cansado; se desconcierta visiblemente al sentir que la certera mano enemiga le empavesa con la gala trágica de sus pares multicolores.

Después, cuando está ablandado por la fatiga, el espada comienza su esgrima audaz. El toro embiste y muere, admirable Don Quijote del impulso, rey Lear de su raza.

*

El beluario—Bombita, Fuentes, Algabeño o Machaquito—tiene momentos sublimes. Hay en él gracia de artista y temple de antiguo espartano. Su gesto, cuando es exacto, supera las más hermosas actitudes ciranescas, vale el de cualquier "Discóbolo" griego. Los magníficos emperadores de la antigua Roma hubiéranle proclamado semidiós. Canova habría podido extraer del mármol un "torero que entra a matar" digno de sus intensos "luchadores" que parecen divertir a "Perseo" en el Belvedere. Falta esa obra maestra en la escultura, la piedra o el bronce de ese gesto soberbio, síntesis del arrojo y apoteosis de la temeridad. En él tendría su icono el "culto del coraje", si llegara a instituir ritos. La pintura ha vertido cien veces en la tela esta silueta del espada señalando al toro; pero es inferior a la escultura tratándose de expresar un bello gesto.

El toro, preparado por el hostigador mariposeo de las capas, afiebrado por la irritante crueldad de picas y banderillas, acude a la muleta que le invita. Mira, husmea, atropella, vuelve sobre sus pasos, cornea a diestra y siniestra, arrastrado por el trapo rojo que cosquillea su retina. De pronto se cuadra,

junta las manos, separa las extremidades posteriores y se prepara a embestir. Es el momento propicio.

Frente al toro, como para iniciar un supremo diálogo de vida y de muerte, el beluario tiende su muleta con la mano izquierda, a la altura de la ingle. Su pie derecho atrás, asentado transversalmente, sirve de resorte a todo el cuerpo que va a caer como una flecha sobre la bestia. El pie izquierdo, ligeramente vuelto hacia la derecha, apoya apenas sobre el suelo y juega un papel secundario o pasivo en la ejecución de esta suerte.

El matador levanta su brazo derecho—que forma una sola pieza con el arma reverberante bajo el sol—hasta la barba, un poco más alto que el hombro: el acero, como una sentencia, apunta a la robusta cerviz. Un alma irreductible agoniza bajo su punta. El toro acepta el envite, asienta sus extremidades, baja la cabeza y entra.

El matador entra simultáneamente. Su estocada lleva una rapidez de fulguración, su brazo se inmerge entre las astas del toro y el hombro parece estar sobre su testuz. La hoja ha penetrado entre las vértebras, hasta la empuñadura. El torero está a la derecha del animal, incólume, sin que haya tiempo de ver cómo salió de entre las astas terribles. El bruto queda trastabillando, fluye sangre de su boca, flaquean sus patas, da pocos tambaleos y cae. Treinta mil palmas celebran con frenesí el triunfo del beluario, doble tributo a su arte y a su valentía.

Tal es la estocada "a volapié", creación del eminente Frascuelo. No siempre la acierta el espada; pero cuando el golpe es bueno se siente una profunda emoción, de belleza por el gesto y de respeto por la corazonada.

Cabe una observación; existe el peligro de que el profesional mate al artista, lo mismo que en esgrima. El problema no es matar de una estocada, sino matar con arte. Así como el esgrimista no debe ser un simple tocador, el espada no puede limitarse al puesto subalterno de matador; todo su talento debería encaminarse a la conservación de la bella apostura durante la suerte y al envío de la estocada envuelta en un bello gesto. Ya que no es posible exigirla en un soneto, como si la enviara Cyrano...

Entonces, además de encontrar un Canova para su mármol, inspiraría a un cantor homérida; y Gabriel D'Annunzio podría señalarle como arquetipo de beluario, en sus Loas de los Héroes. Merecidamente.

*

Todo hombre extenuado por la anemia o por el dolor, cuando un morbo roe su entraña dolorosa o su víscera incurable, cuando la energía desmaya en sus carnes escuálidas, cuando su cerebro pierde el gobierno de la máquina humana, busca dos cosas: acicate para su vitalidad insegura e insensibilidad nebulosa para ahogar su dolor en la inconsciencia.

Sus horas pasan así, entre artificios estimulantes y languideces consecutivas, alternándose los unos y las otras hasta lo infinito.

Todos los agotados poseen su agradable veneno. El poeta gastado reanima su llama, parpadeante ya, con el verde tósigo de su ajenjo. El viejo exhausto busca paraísos artificiales en frágiles excitantes que renuevan estremecimientos fugitivos. El luchador acoquinado pide al alcohol la sensación completa de su yo vacilante, para centuplicar el coraje perdido. El escritor tiene el tabaco para el cerebro cansado; el financista lubrifica con whisky y su engranaje mental enmohecido por los cálculos; el amante compensa con la estricnina su asiduidad imprevisora. Todos fomentan esa ficción de la propia energía, contentándose con la sombra de un gesto que no existe.

El símil fuerza la idea. El pueblo que se apiña y se excita en el tendido, bajo el sol meridional que pone luz y fuego en las graciosas mantillas y hervores de fiebre y de sangre en los corazones, es un pueblo enfermo de pereza. Conserva el labio propicio a la amable sonrisa y a la algazara bullíciosa. No es la risa plena y sonora que llena la boca del hombre sano y fuerte: más bien recuerda la alegría optimista del tísico en vísperas de partir. Pero le falta lo esencial: la voluntad, la aptitud para la acción organizada y persistente.

" Todo, menos trabajar: esta es la teoría española y, sobre todo, la madrileña", dice Eusebio Blasco, escritor ibérico y ultramadrileño. Y, en efecto, en Madrid la mayor fatiga es holgar. El sol se llega todos los días a inundar de esplendores meridianos la puerta homónima, para acalorar la eterna cháchara de los matritenses; el sol es gratuito y sale para todos; la conversación es libre y gratuita también. A este pueblo le bastan la risueña sonrisa de su cielo, los ojos de las mujeres, su ingeniosa frivolidad epigramática, alguna aventura de novela picaresca y su propio carácter, amable en grado sumo, para vivir sin preocupaciones seis días de la semana; más bien dicho, con una sola preocupación: la morfina del séptimo día. En la plaza de toros está el veneno que excita el alma de la

raza, llena ya de languideces y nostalgias. El valor dormido ha siglos, el de las grandes horas históricas, parece despertar en la bravura aparente de los gritos, los aplausos, los tumultos: diríase que una partícula de Cides y Pelayos permanece todavía en esos corazones enfermos de pereza. El alma popular se reanima en la corrida, como una rama invernalmente triste se enfronda bajo la tibieza de un mediodía estival.

Conociendo al pueblo español, nadie osará suprimir los toros en España. ¿Para qué? Sería cruel, inhumano, condenar a este enfermo a vivir sin su agradable morfina. Los toros le son indispensables, como al francés el ajenjo y al inglés el whisky. Ningún torero traicionará jamás a su pueblo, trocando la calle de Alcalá por el camino de Damasco.

•

Declamar contra los toros, desde lejos y sin conocerlos, es una de tantas ingenuidades propias de hombres que desean demostrar a los demás su espíritu de progreso y su afán de componer los innumerables entuertos humanos. La verdad es más sencilla: cada pueblo tiene enfermedades que le son propias y se busca los remedios o paliativos que mejor le cuadran. Ese es el criterio moral del asunto.

El criterio estético no admite disyuntivas. Quien guste de bellezas y de emociones, quien admire el gesto y el valor, vaya a España y asista a una buena corrida. Diga después su impresión, honestamente, como si no temiera ser oído, con la buena fe indispensable para ser sincero sin sujetarse a preocupaciones y a sentimentalismos.

Ese hombre libre podrá afirmar que la morfina de España produce una emoción magnífica, en la cual se funden la alta voluptuosidad de la belleza y la vigorosa embriaguez de la energía.

Huelga demostrar que los pueblos jóvenes y fecundos no necesitan morfina.

EL OCASO DE UNA GLORIA.

Londres, 1905.

La gloria, dulce ilusión, es el alcohol de los que pujan por vencer el común destino de la muerte. Dejar recuerdo de sí, entrar a la historia o a la leyenda, ¿para qué? Después, para nada; es vida sí, la ilusión es fuente de felicidades efectivas. Dichosos los que pueden formar cálculos sobre su propia inmortalidad; aunque los cálculos fallen después de la muerte, nadie les quita en vida las horas de goce que acompañan a su dulce ilusión.

Haremos gracia al lector de otras reflexiones éticas que nos sugiere una interesante conversación con Adelina Patti. Ha sido una predilecta de la gloria, en su manifestación más directa aunque inferior: el aplauso de la multitud. El éxito de un escritor es lento, pero estable; sus admiradores están dispersos, ningún lector aplaude a solas recorriendo el infolio. En el teatro y en la asamblea la ilusión de la gloria es rápida y barata; los oyentes se sugestionan recíprocamente, suman su entusiasmo y estallan en ovaciones. Por eso cualquièr histrión de tres al cuarto puede conocer el éxito más de cerca que Pitágoras o Descartes, aunque la intensidad está en razón inversa de la duración. Estas verdades menudas no pretenden amenguar los méritos de Adelina Patti, entre los cuales tenemos el buen gusto de no incluir su voz monstruosa.

*

Don Crisanto Medina, viejo delicioso no obstante su cargo de embajador de Nicaragua, traiciona a la política por las letras y cultiva primorosamente la amistad de Darío y de Carrillo, un tanto comprometedora para un diplomático de bulto. En el hall de un gran hotel, entre una y otra espiral de habano, conversábamos de frivolidades risueñas. De pronto vimos relampaguear sus ojos como ante una visión inesperada:

—Conozco mucho a esa vieja, muchísimo, pero me es imposible recordar quien es.

Frunció el entrecejo, hizo un esfuerzo mental considera-

ble; fué en vano. Permanecimos en silencio algunos minutos, él buscando solución al enigma, nosotros acariciando con miradas a la Guerrero que hacía muecas ante un círculo de admiradores, en el fondo del salón. A poco, sobrevino otro diplomático, más versado en cuestiones mundanas que en el arte del protocolo, y exclamó con sorna picaresca:

—Don Crisanto, son muchos setenta años para enamorarse de la Patti...

—¡Naturalmente: La Patti! La conocí ha medio siglo, en Nueva York, la noche de su estreno. Mi padre había sido proscrito en una de nuestras revoluciones: yo tenía veinte años. Un empresario casi quebrado tuvo la ocurrencia de estrenar a Adelina, muy niña entonces, de quince años o poco más; obtuvo un éxito colosal. El empresario llenó su bolsa y la Patti fué célebre en pocos días. Yo era mozalbete, la ví en una fiesta, bailé con ella y me enamoré perdidamente de su gloria; tras tantos años no me avergüenza confesar la absoluta inutilidad de mis galanteos. Después la oí cantar muchas veces, pero mi amor juvenil habíase convertido ya en simple admiración. Desde la última vez han transcurrido quince años. Mirándola comprendo que yo también debo estar muy viejo...

*

Mientras él discurría nosotros observábamos a la célebre artista.

Es una ruina o un símbolo, nada más. La contemplamos con respeto y admiración, como puede mirarse una sala hipostila en Karnak o la columna Trajana en Roma. Pero entre los escombros de su belleza, otrora indiscutida, sentimos palpitar su alma exquisita. Es una ruina viviente aún, con simpatías y desdenes, con sensibilidades y estremecimientos, con sueños atormentadores: con sueños, sobre todo, porque la tendencia a soñar es lo último que muere en el espíritu humano.

Diminuta, vivaz, elegante como una muñeca de museo antiguo, da la impresión de algo que lucha contra el único mal irremediable: los años que pasan. A cincuenta metros, y poca luz, aun podría confundírsela con una solterona de treinta y cinco; pero el error no es posible de cerca. En vano recurre a sabios afeites y a masajes complicadísimos; Cronos ha devastado su fisonomía gentil, inflexiblemente.

Si renunciara a simular la juventud, la Patti sería una vieja bonita, que no es poco ser. Una vieja hermosa vale una joven fea, o más; la belleza de una vieja es blasón que atesti-

gua un pasado esplendoroso. Pero las preocupaciones femeninas pueden más que un entero volumen de estética; rodando los años, las mujeres se creen obligadas a adulterar su fe de bautismo, en cuyo error son imitadas por numerosos hombres. ¿No sería más respetable que, a cierta edad, cada una hiciera balance de su vida, analizando su obra de madre o de artista, de compañera o de maestra? Verdad es que muchas no han sabido vivir su vida, malgastándola en fruslerías. Pero la Patti... Esto es lo cruel: la Patti es como todas. Cree que una arruga o una cana pesan más en la balanza de la estima pública, que cuarenta años de celebridad. ¡Si supiera que un solo minuto basta para llenar el marco de una vida!

Estaba sentada frente a una orquesta húngara. El solista de violín, conociéndola, no dejaba de mirarla; en los pasajes patéticos se levantaba sobre las puntas de los pies, estirándose hacia ella y mirando a lo alto, con actitudes sentimentales. Ella correspondía a sus afanes con muestras de visible interés, marcando el tiempo con la cabeza, tarareando alguna frase melódica y aplaudiendo el final de cada trozo. Cuando tocaron cierto zarandeado aire de "Lucía" su interés asumió caracteres de emoción; al oir la apasionada cadencia sus ojos parecieron dilatarse, iluminados por un extraño brillo interior, y su mirada adquirió súbitamente un resplandor vivísimo, cual de un arma desenvainada. Con el último compás cesó el breve éxtasis y ella cerró los ojos, como queriendo volver el arma a la custodia de los párpados. Un viejo estuche puede guardar tesoros absolutamente juveniles.

Su marido fumaba a su lado con despreocupación. Estaba con ellos otra pareja, de cuya enrevesada parlanchina yanqui sólo pudimos descifrar algunos comentarios triviales sobre la hermosura del día, la afluencia de extranjeros y el inminente estreno de Buffalo Bill.

*

Gracias al diplomático mundano pudimos conversar con Adelina. Primero habló don Crisanto; repitió, como era de prever, la historia de su pasión juvenil por ella.

—Han pasado más de veinte años — comentó la Patti.

¡Pobrecita! ¿Quién osaría corregirle que habían pasado cincuenta?

Después habló ella. A poco de hostigarla discurrió de sus triunfos, de sus éxitos pasados. Nos pareció irreparable su nostalgia de la gloria. El placer del recuerdo es grande; pero es

triste haber conocido la celebridad y verse obligada a renunciar sus encantos. Sentirse la misma persona que hace treinta años y no escuchar las estruendosas ovaciones de otrora; leer los mismos diarios y no encontrar jamás aquellos elogios enloquecedores.

Algunas veces canta en conciertos de beneficencia y la aplauden mucho; pero son aplausos de cortesía, sin entusiasmo, sin calor. Ella lo comprende así, pues las palmadas suenan de otro modo; al decirlo no pudo ocultar cierta melancolía.

—Desde hace algunos años prefiero no cantar, evito esa clase de aplausos. El éxito me hace mal; estoy desacostumbrada.

Esa nos pareció la mitad de la explicación: la gloria es para ella como una bebida que se ha dejado de tomar. Falta la otra mitad: su fino paladar comprende que el público se la sirve falsificada.

*

Nos tocó hablar; improvisamos una teoría. ¿Quién no improvisa alguna en presencia de una mujer célebre? Hela aquí.

—Por tres causas mereció usted toda su gloria: arte, gracia y belleza. Cualquiera de ellas vale más que poseer una voz monstruosa. (La Patti sonrió). Lo que suele llamarse "buena voz" es una monstruosidad. El organismo humano es armónico, todas sus partes son proporcionadas. La laringe y el aparato destinado a producir la voz tienen dimensiones determinadas y funcionan con cierta intensidad que les permite producir notas cuya extensión y altura varían con la edad, el sexo, etc., pero siempre dentro de ciertos límites que caracterizan la voz humana y la distinguen de la voz de otras especies animales. Un gato, un ruiseñor o un mono, modulan su voz dentro de otra gama y emiten notas más agudas que el hombre; su laringe está conformada de otro modo, en armonía con el resto de su organismo. Pues bien, toda voz que se aleja de la gama propia del hombre es el producto de un órgano contrahecho y representa una función anormal...

—O de un órgano superior, más evolucionado, interrumpió amablemente.

—Es sensible no poderla complacer. La altura de la voz disminuye a medida que la especie humana evoluciona. El hecho sólo admite dos pruebas y ambas son concordantes. En la evolución de la especie observamos que los pueblos pri-

mitivos gritan y chillan más que los civilizados, usando un registro más agudo; en la evolución individual se produce la misma transformación desde el niño hasta el adulto. Por otra parte, desde el punto de vista moral, es sabido que las personas atenúan la altura de su voz a medida que se educan.

—En ese caso los bajos profundos serían hombres muy evolucionados, algo así como superhombres, por lo menos en cuanto a su laringe.

—La ciencia no podría afirmar tanto. Pero es creíble que una voz excesivamente aguda es un simple defecto fisiológico. Decir a una dama que tiene buena voz es tan galante como alabar a un enano por su pequeñez o a un obeso por su obesidad. Por cuyos motivos no le sorprenderá que haya limitado mi admiración a su arte, su gracia y su belleza.

La Patti sonrió traviesamente y miró a su tercer marido, que nada sabía contestar. Y al despedirnos, con espiritualidad perfecta:

—¡Confiese, doctor, que mi monstruosidad es un defecto admirable!

Se lo afirmamos besando su mano, digna de la Pompadour o de la Duse.

*

Vivir con nostalgia de la gloria es un martirio. Los hijos del éxito pasajero deberían morir al caer en la horfandad. Algún Musset melancólico ha escrito que es hermoso vivir de recuerdos; es una frase absurda. Vivir de recuerdos equivale a agonizar. Es la dicha del enfermo de estómago obligado al ayuno, del pintor maniatado por la ceguera, del jugador que mira el tapete y no puede arriesgar una sola ficha.

En la vida se es actor o público, timonel o galeote. Es tan doloroso pasar del timón al remo como salir del escenario para ocupar una butaca, aunque ésta sea de primera fila. El que ha presentido la gloria no puede resignarse a la obscuridad; esa es la parte cruel de toda preeminencia fundada en el gusto público o en aptitudes físicas transitorias. El público oscila con la moda, el físico se gasta. La gloria de Caruso, de Greco y de Frank Brown sólo dura lo que una juventud; el canto, las estocadas y los saltos mortales se acaban alguna vez y sólo queda la nostalgia de la celebridad.

Hay otra clase de éxitos que encaminan a la gloria duradera: las buenas obras. Un gobernante, un pintor, un filósofo, un poeta, un arquitecto, pueden llegar a la decrepitud sin conocer la terrible nostalgia; si el éxito es fruto legítimo

de sus obras, la gloria se agranda con el tiempo. Cuando se deja el gobierno, el pincel o la pluma, queda el hecho; entonces no se vive de recuerdos, se vive de hechos que persisten. Por eso la mente humana se resistiría a concebir a Ticiano viejo condenado a blanquear tabucos, a Napoleón achacoso convertido en policiano rural, a Spencer senil conchabado como portero en una biblioteca.

El caso de Adelina Patti — no obstante sus millones y su marido joven — es aflictivo. El instante en que se acaba la ilusión de la gloria, para siempre, debería ser el último de la vida. Al fin y al cabo todos morimos, tarde o temprano. ¿Para qué vivir siendo una de tantas viejas ricas con marido joven, después de haber sido la mujer más aplaudida en su siglo y en su arte? Es preferible que un Otelo excesivo mate de veras a Desdémona sobre el tablado, en uno de esos frecuentes paroxismos artísticos. Para los demás preferidos del éxito fugaz, sería envidiable desnucarse en un salto prodigioso, caer del aeróstato, morir por ruptura de un aneurisma al hablar ante cien mil hombres que aplauden o ser apuñalado por una amante hermosa y violenta.

Para el que tiene la ilusión de la gloria, la vida solamente vale por sus horas de triunfo. Convendría despedirse de ella sonriendo y gozando, mirándola de frente con dignidad, con la sensación de que se ha merecido vivirla hasta el último instante.

Sobrevivir a la ilusión de la propia gloria es una de las mayores infelicidades.

UNA HORA DE EMOCIÓN

Montecarlo, 1906.

Obsesionado por el vertiginoso rodar del oro sobre el tapete, el jugador fué presa de un vértigo sobrenatural que le ausentó de las miserias mundanas, como si en el zumbido intermitente de la ruleta palpitara un placer de estetas o de dioses.

Imagináos todas las fantasías que pueden atropellarse en un cerebro de artista sobre un tema sinfónico en la gama del amarillo más esplendente: el deslumbrador reflejo de una aurora que se pulveriza sobre un trigal maduro; la visión de una crujiente plancha de acero llevada al rojo blanco en la fragua de un Vulcano implacable; los resplandores de un incendio crepitante bajo la tranquilidad de un mediodía estival; un tupido jardín de mirasoles reverenciando, unánimes, al triunfante sol meridiano; el dorarse de las crestas abruptas por el tímido beso de un amanecer suavísimo; el solemne crecer de un ocaso sin nubes sobre un océano en calma; una copiosa cabellera de Afrodita rubia desplegada sobre el hombro de un amante insaciable. Toda la gama de imágenes que pueden relampaguear en la mente sobre la alucinación del amarillo más radioso: de las mies, de la llama, de la aurora, del sol, del oro, todas se sucedieron como un vértigo en la cerebración del jugador. Fué una avalancha alucinante, una "sinfonía en rubio mayor", como la cantaran Baudelaire o Mallarmé, como la pintaran Whistler o Manet.

El retintín del oro arrullaba sus oídos con música deliciosa: mágico sonar de campanillas sutiles, ágil murmullo de lluvia risueña sobre una galería de tersos cristales vibrantes en un silencio de medianoche rumor de frágiles olas quebrándose contra una roca de metal sonoro, desgranamientos de frescas risas en una boca juvenil cuyos dientes fuesen minúsculos bronces musicales: acaso la reducción de una sabia fuga de Bach, ejecutada por gnomos alegres en un clavecino de cuerdas tensas hasta lo infinito. El oído complicaba así las alucinaciones de su vista. En su cerebro una imagen sucedía

a la otra walkirianamente, como aparecen las visiones en los cuentos de hadas, como se forjan y disipan los acontecimientos en el desbarajuste fantástico de un sueño acicateado por el haschich.

Sus manos entraban y salían del montón de oro que apenas cabía entre sus brazos, cual si estuvieran amasando un mitológico pan áureo, como si se lavaran en una imperial jofaina digna de Domiciano o de Nerón. Las monedas no tenían valor alguno; el oro no valía como oro, sino como elemento material de emoción y de belleza. Las placas de cien francos y los luises eran simples manchas de color en el "capricho" de un Goya extraordinario, notas en la armonía de un Grieg profundamente frívolo.

*

La fortuna desbordó como un aluvión. Un luis, cincuenta luises, más de tres mil luises. No había fichas ni billetes sobre los números: oro, todo oro, puñados de oro, pilas de oro, montones de oro. El tapete verde parecía, primero, un hesperidio jardín; después, como por arte de encantamiento, la verde fronda se cuajó de frutos áureos, de tantos frutos que era ya imposible ver el fondo de las hojas, como el friso decorativo que ornara una composición idílica de Puvis de Chavannes. El tapete aluciaba. Un millonario yanqui distraíase en la otra mesa con aparente desgano; tenía entre sus brazos quinientos mil francos en oro. Ante el pagador era un ir y volver de cajas llenas de luises y placas, relumbrantes como espejos feéricos. Los escudos habían desaparecido; hubiera sido vergonzoso jugarlos en tales mesas.

El jugador era novicio, virgen acaso. Compró veinticinco luises y sin sentarse arrojó uno sobre el número de sus años. La bola pareció simpatizar con su inexperiencia y fué a caer en el número apuntado. El jugador dejó cinco luises en el mismo sitio: el número se repitió. Los cuatro mil francos, ganados en menos de medio minuto, estorbaban ya sus manos. Repartió un puñado al azar; salió un número en que había muchos luises. Le entregaron casi diez mil francos, antes del segundo minuto.

Ocupó un asiento. Los otros jugadores comenzaron a suspender su juego; los coros callan siempre cuando aparecen las primeras partes. Le rodearon cincuenta curiosos; el yanqui

entretenía a más de doscientos. Un amigo experimentado permaneció de pie, detrás de su silla. Fueron entonces las siembras de placas, el flujo de discos relucientes que saltaban como gotas en aquel Iguazú de orfebrería.

El jugador estaba fuera de la realidad. No veía ni oía más que el tropel de sus imágenes mentales. Conservaba el bello gesto, con la sonriente serenidad que sólo es posible en la subconsciencia de la emoción. Sus ojos parecían estar envenenados por una pródiga dosis de santonina: veía sus manos brillantes y amarillas, las caras amarillas, los trajes amarillos, las luces amarillas, los números amarillos; el rojo y el negro eran amarillos también. Los puñados de oro caían sonoramente de sus manos, como si éstas agitaran sistros de la Hélada antigua. Tanto sembraba que en todas las puestas recogía puñados de oro, aunque perdiera. ¿Perder? Perder era un verbo sin sentido; jugaba para mover puñados de luises y placas, sin contar las puestas y sin calcular las diferencias del beneficio. El necio y el ingenuo juegan para ganar; un artista sólo juega para gozar.

En una recogida, al pasar su brazo como una hoz sobre el tapete, rodaron al suelo varias placas, dos o nueve. Un sirviente las recogió; iba a incorporarlas al cauce cuando un gesto le significó que las guardase, sin averiguar cuántas eran.

Antes de media hora tenía más de veinticinco mil francos. Su amigo le tocó el hombro:

—Levántate...

—No. Como dinero, es poco. El placer de la emoción vale mucho más. Con esta suma no puedo comprar mi libertad, no puedo eludir la obligación de trabajar para vivir. No es el millón de duros que necesito....

—Levántate, no seas ingenuo...

—¿Ingenuo? Artista debes decir. Mírame en los ojos; ve en ellos la emoción del que se deleita frente a un paisaje hermoso. Esto no es una industria ni un negocio; esto es una belleza. Ninguna belleza tiene precio; no lo tiene el Partenón, ni un canto de Homero, ni la Venus de Milo, ni el amor de madre, ni la Gioconda de Leonardo, ni el huracán sobre el Monte Blanco, ni un volumen de Paradojas, ni un crepúsculo sobre el Foro Romano. Esto es también una emoción, una emoción de belleza, de belleza unánime...

—¡El treinta!—interrumpió una voz.

Había sobre él una placa plena y cuatro "a caballo": diez mil francos de ganancia.

El amigo, insensible a las razones artísticas, se resignó ante ese argumento irresistible.

*

Como libélulas vaporosas que tienden sus alas gráciles hacia una luz intensa, abriéndose paso por entre los curiosos, cinco o diez mujeres elegantes le cercaron, abanicándole con las plumas coquetas de sus sombreros y envolviéndole en su halo doblemente embriagador: esencias floreales y perfumes de carne joven. Las jugadas se sucedían rápidamente; en los brevísimos intervalos las damas le enderezaban felicitaciones, consejos y galanteos. El jugador las miró apenas y volvió los ojos al tapete; no eran la Montespán, la Pompadour, ni siquiera la princesa de Chimay. Quince tontos anotaban las jugadas en sus libretas; eran perdedores profesionales, según lo decían sus caras macilentas, dignas de ornar un Purgatorio dantesco. Un burgués, prestamista sin duda, se estremecía de envidia. El *croupier* estaba impasible. El amigo palidecía y temblaba. El jugador no sabía qué pensar, profundamente distraído por el exceso de atención.

Durante varios minutos la suerte se mantuvo indecisa, como paloma mensajera que aun no puede orientarse. En seguida volvió a ser favorable seis o diez jugadas. Las bellas mujeres se acercaron más, hasta oprimirle con sus curvas temblorosas de juventud y de deseo. El prestamista clavaba en el oro sus ojos desmesuradamente abiertos. La esposa del americano que se distraía con quinientos mil francos dejó su sitio, se aproximó y le dispensó el honor de mirar su juego durante un par de minutos.

—¡El cero!

No había una sola moneda. El empleado recogió treinta o cuarenta placas de cien francos. El jugador colocó cinco sobre el cero, cinco a los cuatro primeros números y tres pilas de luises "a caballo" con el as, el dos y el tres.

—¡El cero!

El jugador sonrió levemente, como un niño terrible que acierta un "pálpito" absurdo. Más de cuarenta curiosos abandonaron al yanqui y acudieron a su mesa: las fragilísimas cortesanas le estrecharon aún más, como ciñen a una gema los dientes del engarce.

Todo el atractivo de su juego eran la rapidez del éxito

y la visible irreflexión con que esparcía las puestas. ¿Estaba emocionado? No se veía, pero lo estaba profundamente; el oro—no el dinero—tiene esa virtud. ¿Recordáis la prodigiosa página de D'Annunzio, en la "Ciudad Muerta", cuando el protagonista refiere el hallazgo de los sarcófagos de oro entre las ruinas de la ciudad helénica? La fantasía del gran creador de imágenes ha poetizado—sin poderla exagerar—la emoción de los primeros ojos que vieron el hallazgo de Enrique Schliemann en las ruinas de Micenas.

*

Sucediéronse varias jugadas desfavorables. Una mano inquieta le asió del brazo, como una garra, mientras corría la bola.

—Vamos, no seas caprichoso...

La bola dió su respuesta irónica, entrando en un número lleno de oro. El jugador miró a su amigo, sonriendo.

—¡No importa! ¡Vamos! insistió el otro, sin comprender la absoluta inutilidad de sus palabras.

El imán era demasiado poderoso y el hierro harto dulce. El jugador no se movió; además de su placer interior, tenía público y no podía defraudar la curiosidad de cien miradas.

Hubo pocas alternativas. En pocos minutos no le quedaban ni cinco mil francos.

Vamos...

—¿Por qué pretendes interrumpirme este goce de perder?

El jugador se puso de pie, satisfecho y sonriente; repartió su oro en una sola jugada y echó las manos en los bolsillos.

La bola partió, veloz como una flecha disparada por Diana contra un centauro descortés. Rodó levemente, y rodó, y rodó, — ¡rien ne va plus!, gritó una voz, — y entró en la rueda con estridores de juguete infantil; tropezó en un número, ¿cuál?, dió un brinco, pasó al lado opuesto, volvió a saltar, dió otro salto más pequeño, tropezando en varios números antes de caer en el preferido: como cae un chico travieso fatigado por sus correrías.

El espectáculo había terminado. Ya no había placas en la mesa; el público jugaba escudos y luises. Los curiosos habíanse dispersado. Las mujeres galantes no estaban allí; habían huído como las mariposas huyen de una luz que se apaga. El burgués mostraba, como antes, su cara de Harpagón en acecho. En la otra mesa el yanqui proseguía su distracción abundante y monótona, barajando su medio millón inagotable.

—Eres un caprichoso...

—Soy apenas un artista y me encantan las emociones bellas...

—Perder...

—Es mejor que ganar. Se goza más. Embriaga más, ciega más si quieres, pero es más emocionante, más bello. ¿Qué habría hecho con tres mil luises? ¿Habría podido comprar un minuto de esta bella emoción?

*

Para algunos temperamentos esa es la verdad. El orgullo más grande es saber perder.

El dinero nada vale en sí mismo; vale por los placeres que puede proporcionarnos. Allí está la diferencia entre el criterio de un artista y el criterio de un burgués. Este es incapaz de pagar con puñados de oro un minuto de emoción; antes piensa la cantidad de platos suculentos que puede costearse con ese dinero, el tanto por ciento que podría dar en un banco, los buenos litros de Borgoña y de Barbera que abrevarían sus fauces insaciables: huelga decir que ignora el Falerno de los césares. El artista, en cambio, vive de emoción; la vida sólo merece vivirse a precio de la diversidad continua y de lo inesperado permanente. Sólo es bueno tener dinero para gastarlo con provecho: comprarse una bella emoción es la mejor manera de gastarlo.

El problema queda reducido a esto: ¿perder dinero en el juego es una bella emoción?

Sin negar que también lo sea ganar, — cuestión de temperamento, — perder es magnífico. Modos de ver, al fin. Ganando goza cualquier espíritu inferior. El rebaño goza cuando crece el pasto, que es su ganancia; goza el labriego cuando sube el precio de la alfalfa; el tabernero cuando sus vecinos beben más alcohol que de costumbre; el propietario advenedizo cuando se elevan los alquileres; el prestamista cuando vence el plazo y no se retira la alhaja empeñada; cualquiera cuando gana la lotería. Todos ellos quieren ganar dinero por el gusto de ganarlo y de tenerlo, asegurándose el pan y el techo para la vejez. Un espíritu amante de la vida intensa ve las cosas de otro modo. El dinero no es un fin, el pan de la vejez no es un problema. La vida es un hecho actual, independientemente del porvenir; es necesario vivirla intensamente, ahora por de pronto, mañana si es posible. El placer actual, realidad indiscutible, no puede sacrificarse al problemático mendrugo futu-

ro; por eso muchos artistas mueren pobres, pero han vivido su vida. El dinero sólo pueden ansiarlo como instrumento para satisfacer la innumerable serie de placeres concebidos por su fantasía.

*

Los ingenuos objetarán: el juego es un "placer inútil". El adjetivo inútil no puede calificar al substantivo placer; "placer inútil" es una simpleza.

Lo útil es el negocio; el placer no tiene por qué ser útil y el juego es por definición una cosa inútil. Para el carnero, el labriego, el tabernero, el advenedizo y el prestamista ¿hay nada más inútil que escribir la Iliada, pintar la Cena, modelar el Moisés o edificar el Partenón, si por ello no se gana dinero? Para el criterio burgués, Homero, Leonardo, Miguel Angel y los arquitectos de Pericles fueron grandes perdedores de tiempo si no cobraron por su trabajo: ¡cuántos platos de lentejas podrían distribuirse con el precio de una columna del Partenón!

La belleza no puede medirse por su utilidad; la emoción que nos proporciona vale por sí misma y nó por el provecho material que nos reporta. ¿No pagamos para oir una sinfonía de Beethoven o una ópera de Wagner? ¿No pagamos para visitar el Foro Romano, la Galería Pitti o una exposición de arte moderno? ¿No pagamos para llegar hasta el Niágara o el Iguazú?

Y bien, un jugador se paga su emoción de belleza en la forma que la siente. ¿Goza perdiendo? Pues a perder; para él eso es lo mismo que pintar para Leonardo y esculpir para Miguel Angel.

El juego arruina, se objetará, y es exacto. ¿Cuántos hombres viven y mueren pobres porque aman las bellas artes? ¿Cuántos se arruinan por el amor de una mujer, que es para ellos la más hermosa? ¿Cuántos por ver de cerca el cráter del Vesubio o por contemplar el mundo desde un aeróstato inseguro?

El juego solamente es hermoso y respetable cuando se está dispuesto a perder, cuando sólo se busca en él una bella emoción.

Jugar para ganar es una sencilla expresión de avidez, digna de filisteos y de domésticos; no jugar por no perder, es una impotencia o una inferioridad, como la del que no asiste a una ejecución de "Los Maestros Cantores" por no pagar el

precio de la butaca. Jugar para perder es un bello gesto, como lo es toda satisfacción de un deseo, por caro que sea su precio.

Dicho queda, con esto, que ninguna persona razonable debe ir a Montecarlo con la ilusión de ganar un solo franco. Jugar es perder y solo es bello cuando el perder no importa ni perjudica; en Montecarlo ganan los accionistas y cada jugador contribuye a amasar los cuarenta millones que ellos se distribuyen anualmente. Las ganancias fabulosas y los afortunados que hacen saltar las bancas, ya no existen. Nadie puede contar eso honestamente; parece que su alteza el príncipe de Mónaco prohibió la entrada a Tartarín de Tarascón. Era el único ganador de millones.

Antes de venir a jugar, los que ignoren la locura que acompaña a esta bella emoción de perder, procederán cuerdamente leyendo "El jugador", de Dostoyevsky — cuadro perfecto — y algunas páginas eficaces de Barrés y de Bourget. Ellos enseñan que el juego es vicio, es ruina, es deshonra, es suicidio.

Lo peor es que miente el adagio: "desgraciado en el juego, afortunado en el amor". En Montecarlo el amor se compra y cuesta caro; el que pierde se queda sin dinero y sin amor.

IMPERIALISMO

Berlin, 1906.

Tendidas las alas serenas, el vuelo pujante, severa en su gesto que honrara los frisos de un palacio asirio, el Aguila de Prusia afirma su fuerza magnífica en cada golpe de ala que la remonta hacia la cumbre de la dominación imperialista. Su garra es prudente y robusta; su firme pupila mira alto y lejos. En todas las cosas del mundo europeo se percibe la gravitación de su influencia, como si la hora de la hegemonía hubiera sonado en su cuadrante.

Los grupos germánicos y anglosajón —Inglaterra ayer, Alemania hoy, Estados Unidos mañana,—llegan ya a su momento. Su rol histórico actual, por la acción intensa y fecunda, vale el de los grandes imperios que han llenado algún capítulo de la crónica humana.

El imperialismo existe. No nos proponemos manifestar simpatía o aversión hacia él, rendirle homenaje o cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda a las loas y a las diatribas; sólo entreabre su secreto a los observadores despreocupados. Con ánimo sereno conviene investigar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus consecuencias venideras.

Es preocupación ingenua la de juzgar los fenómenos históricos a través del lente empequeñecedor de nuestras afinidades o antipatías; ese criterio suele convenir a los políticos y es útil para arrastrar a las muchedumbres alucinables. Los sociólogos tienen un criterio distinto. La actividad universal constituye un proceso de formación continua, de integración progresiva; uno de sus modos particulares es la historia humana, cuya mayor complejidad suele atribuirse a que el hombre representa una manera superior de la evolución de la materia viva. Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en sí mismas; resultan inevitablemente de las fuerzas que concurren a determinarlas, fuerzas propias del ambiente en que los hombres viven y de las

tendencias que éstos heredan, debidas a la acción del medio sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos nunca son el resultado de una libre elección de medios y de fines por parte de los pueblos o de los gobiernos.

*

La ley de la lucha por la vida, y la consiguiente selección de los mejor adaptados a sus condiciones, domina ampliamente en la evolución biológica. En el mundo social las condiciones de esa lucha son modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsistencia. Ese hecho engendra otro principio general: la asociación de los hombres para la lucha por la vida. Su exponente psicológico es el sentimiento de solidaridad social.

La asociación de los hombres en grandes colectividades no es un hecho improvisado. De la familia a la tribu, de ésta a la raza, de ésta a la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas, que acaso pueda algún día agrupar en una fraternal unión a todos los pueblos civilizados. Mientras tanto, cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen a los débiles, los asimilan como provincias o los explotan como colonias. La potencia de un imperio se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza; la riqueza depende de la población y de la cantidad de territorio explotable, la fuerza sirve para defender la riqueza y acrecentarla.

Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan una política imperialista y la encarnan en un hombre representativo: Grecia en Alejandro, Roma en César, Francia en Napoleón. Después del apogeo viene la decadencia, el imperio se desorganiza y otros grupos sociales más jóvenes reemplazan al caído. La hegemonía de la civilización no es patrimonio eterno de ningún pueblo.

Uno de los hechos más significativos de la vida política contemporánea es el predominio de los grupos étnicos germánico y anglosajón; las "virtudes latinas", que emocionan a tantos retóricos de la sociología sentimental, pesan menos en la balanza política que la "capacidad de energía" de sus actuales concurrentes. Adviértase que la superioridad no es antropológica, sino histórico-político-económica. Esa formación

de vigorosos organismos políticos amengua o anula el rol social de los pequeños estados, cuya actividad queda enteramente subordinada a la que desenvuelven las grandes potencias.

Las condiciones presentes de la vida económica tienden a acentuar esa absorción o subordinación de los estados pequeños; la producción y el cambio han creado condiciones favorables a ese fenómeno, de acuerdo con el proceso de centralización propio del régimen económico capitalista.

Esa situación de hecho, ajena a las intenciones y deseos de pueblos y gobiernos, engendra en ellos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso la grandeza material de un pueblo lleva en sí los factores que orientan su conducta hacia la política expansiva, su inteligencia hacia la elaboración de doctrinas imperialistas y su actividad hacia el sentimiento colectivo del predominio.

*

El imperialismo—que tiene por exponentes una doctrina, una política y un sentimiento—se personifica en grandes tipos representativos de sus pueblos. Guillermo, Chamberlain y Roosevelt hablan en nombre de su raza; por eso su voz resuena a la distancia. Cada uno de ellos interpreta el pensar de muchos millones que están a su espalda.

A pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es de guerra, sino de paz. Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, los pueblos fuertes, se creen encargados de tutelar a los otros, extendiendo a ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débiles suelen protestar, oponiendo el "derecho" a la fuerza del "hecho"; por eso los medios necesarios para ejercitar la tutela pueden asumir caracteres violentos y resultar injustos. La historia se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho—sea un individuo, una nación o una raza—debe trabajar para ser el más fuerte. Eso basta.

El proceso de formación del imperialismo alemán ha sido claro. Prusia comenzó por extender su zona de influencia y de conquista sobre los estados alemanes, tendiendo a confederarlos bajo el imperio. Grande ya, es decir, rica y numerosa, impuso toda la gravitación de su masa a los estados vecinos del continente; para ello necesitó acogotar a Francia, uncien-

do a su carro de triunfo dos provincias y coronando a su emperador en la más histórica sala de Versalles. Después fué la hora del inolvidable Bismarck, la energía en forma de hombre, iniciándose la política de expansión que ha dado a Alemania una influencia exterior y un poder colonial equivalente al de Inglaterra. Ahora tiene el káiser las riendas del carro político europeo, las más importantes por lo menos.

Este proceso, que observamos hoy en Alemania, ha sido ayer el de Inglaterra y se prepara a ser mañana el de los Estados Unidos. Estas condiciones de hecho se acompañan necesariamente por una orientación paralela del sentimiento nacional, imprimiendo caracteres bien definidos a la mentalidad de los componentes de esos grupos sociales.

*

El tipo medio del hombre alemán, inglés o yanqui posee rasgos psicológicos comunes, propios del sentimiento imperialista colectivo. Ante todo cree en la superioridad étnica de su raza y en la inevitable preponderancia política de su país; sabe que tal grandeza presente y futura se funda en condiciones de prosperidad económica por todos reconocidas; supone que la nación a que pertenece marcha a la cabeza de la civilización y del progreso; deduce que su pueblo tiene actualmente una misión directiva y tutelar sobre la humanidad entera, misión que debe ejercitar por todos los medios concurrentes a la realización del objetivo providencial.

Semejante estado de espíritu es común a sujetos de diversa clase social, religión, intelectualidad, credo político, etc. Es la zona de concordancia entre mentalidades individuales infinitamente heterogéneas, que se agitan en el agregado social: es un verdadero fenómeno de psicología colectiva. Por eso el imperialismo, antes que la expresión de un principio político abstracto, es el exponente de un sentimiento nacional. La doctrina se formula después y se encarna en los hombres representativos; Guillermo, Chamberlain y Roosevelt son los voceros del imperialismo en acción, sus ejecutores políticos.

Alemania puede envanecerse del suyo. Tiene garra, despliega una actividad asombrosa y reune personalmente las virtudes que constituyen la fuerza de su pueblo. Dentro de su mentalidad feudal, es un fuerte; por eso no supo tolerar a Bismarck, que también lo era; dos energías no caben sobre un mismo escenario. Es prudente en su osadía y sabe "hacer la parada". La hace con gallarda apostura y oportunamente, co-

mo todo el que tiene con qué sostenerla. Vive siempre en su papel de dux de un gran pueblo y firma "Imperator-rex", en su doble carácter de emperador de Alemania y rey de Prusia. Sus enemigos le llaman *poseur,* sin advertir que en su caso el vocablo es laudatorio: un hombre representativo debe vivir en su rol. Guillermo aspira a ser un emperador de verdad y es, sin duda, el único monarca de Europa.

*

Las causas que concurren a la formación histórica del imperialismo son múltiples. Un escritor italiano, F. Amadori Virgili, sostuvo recientemente en un hermoso libro que la esencia del fenómeno imperialista está en el sentimiento colectivo de todo un grupo, pueblo o raza; ese criterio le lleva a buscar su interpretación en la psicología social. Nosotros creemos, en cambio, que la formación del sentimiento imperialista es secundario y que sus factores genéticos y evolutivos deben buscarse en la economía. Un estado psicológico colectivo es siempre una resultante compleja; sus raíces descienden hasta los últimos factores que propulsan el agregado social, convergiendo todos ellos a orientarlo y estableciendo entre sí relaciones de recíproca dependencia y subordinación.

Pero así como el esqueleto da la forma al cuerpo, así como la frondosidad de una selva depende de los materiales nutritivos que los árboles pueden recoger del suelo en que viven y de las condiciones climatéricas de la atmósfera que respiran, los modos de pensar y de sentir de un pueblo son en primer término el resultado de sus modos de vivir, es decir, de las condiciones de su desenvolvimiento económico.

Las tres naciones imperialistas son ricas, trabajan más que las otras y se enriquecen más; las cifras de sus presupuestos, el monto de su producción y la cuantía de sus cambios comerciales dan la medida de su potencia y la razón de su primado. Son los países en que se trabaja con mayor tesón. Los empleados de un ministerio en Berlín están ocupados diez horas por día; para cualquier inglés el tiempo es dinero; el yanqui cree en "la vida intensa", predicada por su presidente, como en la Biblia. Las más grandes empresas del mundo manejan capitales ingleses, alemanes y yanquis; la política financiera y colonial de esos pueblos es la más gigantesca. Y para custodiar tan valiosos intereses, encontramos la pletórica organización del militarismo, sólo apreciable en su verdadero valor después de ver una gran revista del ejército alemán y

otra de la escuadra inglesa. En cuanto al militarismo yanqui sabemos que la política imperialista ha coincidido con la organización de una flota poderosísima.

En el proceso constitutivo del régimen imperialista contemporáneo pueden, pues, distinguirse tres fases. El crecimiento de la potencialidad económica corre parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentra sus hombres representativos y orienta una política; la organización poderosa del militarismo sirve para guardar la espalda a todo el sistema.

*

A medida que se agiganta la grandeza material de un pueblo, se opera en el pensamiento de sus intelectuales una polarización favorable al imperialismo. Dejemos de lado a Walt Withman y a Rudyar Kipling: miremos hacia el Rhin.

Los poetas de la joven Alemania, celebrando la gloria de los antepasados y saludando el magnífico esplendor de una aurora nueva, iluminaron y preludiaron el sueño "en que la Walkyria llamaba a su Sigfrido". Las letras fueron el espejo fiel en que se retrató el alma del resurgimiento alemán; cuando Prusia comenzó a trabajar y organizarse, después de Iena, sus primeras revanchas fueron visibles en el campo literario, poético y filosófico. Antes que Bismarck, Molte y Roon, los Arndt y los Koerner trabajaron y combatieron por salvar la nacionalidad alemana. Sería absurdo negar que esa larga sugestión de ideales mantenida por los Lessing, los Herder, los Kant, los Schiller, los Fichte, los Humboldt, ha concurrido eficazmente a formar en la mentalidad colectiva el sentimiento imperialista, dándole expresión tangible. Cuando la mentalidad está formada llega un Bismarck, comprende que las circunstancias son propicias para el gran designio nacional y distiende las velas: ese es el secreto del éxito, saber aprovechar oportunamente el buen viento y la marejada vigorosa. Los Hegel y los Delbrück fueron los clarines de batalla; los Moltke y los Roon colaboraron con eficacia de artillería.

Los pensadores evocan la visión de esos claros de las selvas germánicas donde un cazador,—tan repetido en los lieds y las baladas de los poetas locales, —encontraba algún mago encantador o escuchaba el eco misterioso de un coro invisible. El rudo caballero se detenía a escuchar las voces o las canciones; a su frente el camino obscuro se iluminaba con un res-

plandor ideal; el cazador suspendía la persecución de su presa, obedecía a la influencia ignota de un sortilegio más fuerte que su voluntad y marchaba ciegamente hacia el fin que le señalara el destino, cuyo intérprete se perdía en la bruma y la distancia, entre los perfumes embriagadores de la selva infinita.

La leyenda simbólica del cazador se realiza con el viejo Guillermo y remata en la consagración de Versalles. Después sigue Bismarck. Ahora el nuevo Guillermo.

*

El imperialismo requiere una educación especialmente adaptada a sus fines.

La vida en Berlín es una incesante acumulación de sugestiones convergentes a fomentar el sentimiento imperialista, cuya constitución gira sobre cuatro elementos principales: el culto de la gloria nacional, la noción de la jerarquía, el hábito de la disciplina y la intensificación del esfuerzo individual.

El culto de la gloria está en todas las cosas, en todas partes, en todos los momentos. La escuela enseña a idolatrar los grandes factores del nacionalismo alemán. El ejército es una segunda escuela de nacionalismo. La vida civil es la tercera escuela, más eficaz porque es permanente. El alemán vive en un medio favorable al arraigo de los atributos que son las bases de su mentalidad. Las plazas, las avenidas, los parques, llevan nombres evocadores; por tòdas partes se ven monumentos triunfales y estatuas conmemorativas; en el ornato de los edificios públicos priman águilas, leones, coronas, bustos de guerreros, trofeos de armas: todas las insignias de la combatividad y de la gloria. Para completar esta sugestión de las cosas sobre los espíritus, se ha dispuesto que la más hermosa avenida del "Tiergarten" sea flanqueada por una doble fila de estatuas de todos los reyes de la casa de Hoenzollern, cuyas blancas hileras evocan la consabida escena de Don Juan Tenorio.

La noción de la jerarquía no es menos intensa en el alma alemana. Toda relación entre los individuos está protocolizada y nadie osa violar el respeto del riguroso escalafón. El Kaiser está en la cumbre, naturalmente. Es, para todos, un semidiós: para todos, sin excepción; el mismo Bebel, que suele tronar en el Reichstag (sus truenos oratorios, escandalosos en Berlín,

serían infantiles en boca de un Ferri y de un Jaurés), tiene íntima admiración por el emperador, si hemos de creer las confidencias oídas de sus propios labios. Descendiendo la escala, todo alemán posee una psicología de funcionario y tiene profundo respeto por la estratificación social. En un ministerio, en un banco, en un hotel, en un taller, en un ateneo, en la vía pública, la jerarquía es sagrada: todos saben cuál es su propio sitio y respetan el sitio ajeno. El "arrivismo" es allí imposible; todos marchan al mismo paso, sin atropellarse. Los mejores llegan más lejos, pero no más pronto.

Contribuye a ello el servicio de los ciudadanos en el ejército, que educa otro sentimiento general: la disciplina. Un joven alemán espera con ansiedad el momento de la conscripción y se enorgullece bajo el uniforme; ser soldado es casi un título, como en otras partes poseer la Legión de Honor. El regimiento da uniformidad a los espíritus, descoyunta los caracteres originales y vierte en cada soldado la gota de tósigo que paraliza hasta los gérmenes de todo sentimiento de rebeldía; los ciudadanos son conformados bajo el torniquete y salen de las filas como plomo de un molde. El sentimiento antimilitarista, que mina a la Francia, no existe en Alemania, a pesar de los discursos semielocuentes de los diputados democráticos y de los millones de votos que reune el partido socialista. Esos mismos electores rojos llevan dentro, y a pesar suyo, el sentimiento irresistible del imperialismo; sus protestas verbales parecen quejas de amante celosa: gritan más fuerte cuando aman más. La disciplina está en todo. Una gran fábrica funciona como un gran regimiento; los clubs jacobinos se agitan con precisión, orden y automatismo, como un cuerpo de ejército en campo de maniobras. En el gobierno o en la oposición, en la cátedra o en la tribuna, católico o judío, militar o anarquista, el "hombre alemán", en su tipo medio, es ante todo un ser disciplinado.

El sentimiento imperialista colectivo imprime al individuo un carácter sumamente útil para el conjunto y del cual depende la acción eficaz de todo el agregado: el esfuerzo individual. Para la grandeza del conjunto es indispensable la cooperación de las partes con su máxima intensidad. Todo alemán trabaja mucho y con pertinacia, creyendo cumplir así deberes de solidaridad colectiva y coadyuvar a la obra de toda la nación; la magnitud de un gran pueblo es proporcional a la suma de esfuerzos acumulados por el trabajo. Este paralelis-

mo es más perceptible en la época de formación; basta mirar la fiebre de actividad que enloquece a los yanquis y la hipertrofia de su nacionalismo político.

*

Una estada en Berlín nos ha valido más, para interpretar la mentalidad de Nietzche, que la lectura de treinta volúmenes de crítica sobre su personalidad y su obra. Los elementos constitutivos de su espíritu son los mismos que componen el alma nacional de su pueblo en nuestro momento histórico; sólo cambian las proporciones, por la doble influencia del genio o de la enfermedad, según los casos. El emperador Guillermo es el exponente normal del estado psicológico imperialista en su forma colectiva; Max Stirner es el exponente del imperialismo en su forma individualista; el gran enfermo de Weimar es el exponente del mismo estado de espíritu, pero en forma patológica, asociando la idea de la super-raza con la idea del super-hombre. Nietzche es la copa que rebalsa; es el sentimiento imperialista que rompe su propio molde: ritmo de ola encrespada por violento aquilón. El "sentimiento de potencia" es una concreción patológica del común "sentimiento imperialista". Es la exaltación mórbida de la raza y del individuo por el culto de los héroes y del esfuerzo personal, es la aspiración al "más alto y más lejos" en favor de la selección y de la jerarquía, remachando la disciplina para los débiles y los siervos, al par que instituyendo una moral de fuerza para los pueblos y los hombres dominadores.

*

El problema de la política imperialista afecta, y muy de cerca, los destinos inmediatos de los países sudamericanos. Su actual independencia es cuestión de forma antes que de hecho; han salido de la dominación ibérica para convertirse en colonias económicas de las naciones europeas y estar amenazados por la inminente tutela yanqui. Las repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto, de buenos clientes, que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

¿El porvenir podría plantear problemas que modificaran esa situación?

La política de los grandes estados, que hoy asienta sus focos imperialistas en Inglaterra y Alemania, se ha dislocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará a tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la

Australia continúan su rápido desarrollo, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar a pesar en la balanza mundial.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana; se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en algún remoto porvenir, los grandes núcleos de civilización no sean la Inglaterra que envejece, ni la Alemania que vemos en plena virilidad. Después de Estados Unidos joven y del Japón adolescente ¿la Argentina y la Australia, orientándose por nuevos ideales, incesantemente renovados, no llegarán a adquirir una influencia cardinal en la civilización del mundo entero?

LOS ESTUDIOS MÉDICOS EN BERLÍN

Berlín, 1906.

Hay dos modos de estudiar la enseñanza universitaria de un país.

El uno es fácil, cómodo y trascendental. Se pide el estatuto de las universidades, los planes de estudios de cada Facultad y una colección completa de programas. Sobre tal base puede elaborarse una crítica comparativa con otras universidades, llena de consideraciones tan profundas como fantásticas, asombrosas por su erudita erroneidad. Huelga decir que para ello es absolutamente innecesario visitar el país en cuestión, conocer su ambiente científico, su población estudiantil y los procedimientos de trabajo.

Puede seguirse otra línea de conducta, menos solemne pero más verídica: ver con los propios ojos los diversos elementos de que se dispone para la enseñanza, frecuentar a los profesores en la cátedra y fuera de ella, visitar los institutos prácticos y experimentales, trabar amistad con los estudiantes mismos. El juicio que se forma de este modo suele ser distinto del anterior. Muchas veces se advierte que en una pobre y mala clínica se llevan a cabo trabajos de primer orden, mientras se pierde lamentablemente el tiempo en otras muy bien instaladas; una celebridad ruidosa resulta una hueca medianía, a la vez que un profesorcillo incógnito se revela culto y preclaro; algunas cátedras que tienen magníficos programas son desempeñadas con enternecedora insuficiencia, siendo otras verdaderos focos de irradiación científica magüer se dicten siguiendo programas imposibles.

En todo — hombres, hechos y cosas — ocurre lo mismo. La distancia deforma, amengua o agiganta la visión de la realidad; cuando se está frente a ella el defecto óptico se corrige por grados y todo vuelve a sus proporciones normales. Aquí se desvanece un espejismo ilusorio, allá se enmienda una censura injusta.

De algún tiempo a esta parte los médicos de ultramar han

decidido convencerse de que para aprender medicina es indispensable ir a Berlín, como antes lo era peregrinar a París. Los más ingenuos y entusiastas llegan a creer malo todo lo que no es alemán y magnífico todo lo que allí se hace. No diremos que esa afirmación es completamente inexacta, pero hay que reducirla a límites de relatividad. No es ecuánime asegurar que sólo hay buena enseñanza médica en Alemania, ni que todo lo enseñado allende el Rhin merece admiración incondicional: dicho sea con perdón de los médicos que han pasado allí una semana o un año, para poder contarlo a sus amigos y clientes.

Allí, como en todas partes, hay lados luminosos y puntos obscuros, luz y sombra. Para equilibrar sus cualidades y sus defectos conviene observar los institutos de cultura profesional, la mentalidad de sus maestros y los hábitos estudiantiles. Es decir: el medio en que se enseña, los hombres que lo hacen y los alumnos cuya mente se cultiva.

*

Una gran parte de los servicios médicos destinados a la enseñanza está agrupada en el hospital Charité. Es un establecimiento vasto: su conjunto es magnífico. Tiene el defecto común a muchos hospitales de Europa. Fué edificado por secciones sucesivas; junto a pabellones nuevos y confortables coexisten otros viejos y deficientes, cuya inferioridad se acentúa por el contraste.

El mejor instituto científico de Berlín es, sin duda, el de anatomía patológica, cuya cátedra dicta el profesor Orth. Su museo es único. Hay series casi completas de todas las lesiones que pueden afectar los órganos del cuerpo humano; la instalación es cómoda, el criterio de la clasificación muy razonable y el arreglo de las piezas no carece de cierto gusto artístico, hasta donde cabe en un cerebro de sabio alemán. La magnitud de este museo débese, en parte, a la cooperación de muchos profesores de diversas especialidades, los cuales prefieren concurrir a la formación de un gran museo central antes que tener en sus clínicas un pequeño museo particular, a menudo insuficiente.

El instituto de anatomía normal, dirigido por el eminente Waldeyer, tiene un cuerpo de edificio propio; consta de dos pisos y se le está sobreponiendo un tercero. Los museos de embriología, anatomía descriptiva y topográfica prestan excelen-

tes servicios; los anfiteatros están muy bien dispuestos. En cambio, las salas de disección son increíblemente incómodas y desaseadas; hemos visto a estudiantes trabajando en condiciones molestas y antihigiénicas.

La instalación de algunas clínicas es ejemplar; pero hay varias que deslucen el buen conjunto. El anfiteatro de operaciones del servicio de cirugía está edificado a muchos metros sobre el nivel del suelo; la parte que corresponde al diámetro del hemiciclo tiene, a guisa de pared, un vidrial transparente. Su altura lo hace visible desde lejos; parece un teatro grecorromano visto desde el escenario. Es casi lujoso. Los operadores se desempeñan bien.

Los servicios de clínica médica tienen anexados buenos laboratorios, algunos museos especiales y un personal de médicos numeroso y disciplinado. No se les regatea recursos. Todos tienen consultorios externos; funcionan puntualmente y se atiende a los enfermos con prolijidad.

Entre las clínicas del Charité llama la atención la dedicada a las enfermedades nerviosas y mentales. Ha sido inaugurada en 1905 y reune todas las condiciones exigidas por la ciencia moderna. Recibe allí, con amabilidad exquisita, nuestro colega Ziehen, neurólogo y psiquiatra de nota, que desempeña la cátedra y dirige el servicio clínico; tiene capacidad para 150 alienados y 60 enfermos nerviosos. Es un solo cuerpo de edificio y está dividido en dos secciones simétricas, la una para hombres y la otra para mujeres; dirigen la primera Henneberg y Forster, la segunda Seiffert. Esta clínica tiene para las lecciones un anfiteatro propio en el cual no se sabe qué admirar más, si el lujo o la comodidad; también tiene un laboratorio de anatomia patológica y un museo más que mediocre, dirigidos por Koeppen. En ninguna universidad hemos visto un servicio mejor organizado para esa especialidad médica; al retirarnos felicitamos a Ziehen y nos respondió en muy mal francés: "Da gusto enseñar en un ambiente como éste". La observación nos pareció justa en su caso, pero incompleta como regla general. ¿De qué servirían clínicas admirablemente instaladas si en ellas no trabajaran hombres de talento?

Los laboratorios de ciencias físicas y experimentales están perfectamente organizados; Alemania derrocha en su militarismo, pero no regatea en su enseñanza universitaria. Los gabinetes de química, física, fisiología e histología podrían figurar entre los mejores de su género; nada tienen que envidiar a los de Viena, París y Londres. Ya veremos cómo se trabaja en ellos.

El laboratorio de psicología experimental es común a los

cursos regulares de la escuela de filosofía y letras y a un curso facultativo de la escuela de medicina. Está instalado en la Doroteenstrasse, a poca distancia de la universidad. Es bastante mediocre, casi malo, no obstante estar dirigido por Stumpf, profesor de fama y respeto. Consta de cinco salones ocupados por instrumentos de fisiología del sistema nervioso, uno para cada sentido. No es un laboratorio de psicología, sino de fisiología de los sentidos; no responde al concepto amplio y moderno de los estudios psicológicos. Su punto de vista es más estrecho que el de los escasos laboratorios similares organizados en Estados Unidos, Francia, Italia e Inglaterra.

En resumen, el ambiente de los estudios médicos es muy bueno, no obstante algunas deficiencias en pocos servicios clínicos y en ciertos laboratorios.

*

Pero, lo dicho, no basta una buena vidriera para juzgar la calidad de un artículo.

El valor científico del personal docente es muy alto si lo medimos por sus astros de primera magnitud. La escuela de Berlín puede estar orgullosa de contar a Waldeyer y Hertwig como profesores de anatomía, de tener a Fischer en la cátedra de química, a Schwenderer en la de botánica, a Schultze en la de zoología, a Engelmann en fisiología, a Orth en anatomía patológica, a Bumm y Olshausen en obstetricia, a Ziehen en nerviosas y mentales, a Hildebrant y Bergmann en cirugía, etc. Son notabilidades universales.

Esas estrellas de primera magnitud no constituyen la vía láctea; la condición primordial de su valor científico es la mediocridad paciente y disciplinada del personal secundario. Si éste fuera inteligente, o creyera serlo, incomodaría a los maestros, como ocurre en muchas universidades latinas. Los jefes de clínicas, médicos agregados, jefes de laboratorios, etc., tienen una mentalidad inferior y un concepto modesto de sus funciones; esas cualidades negativas, asociadas a una prodigiosa laboriosidad, hacen de ellos perfectas máquinas de trabajar, cuya utilidad es inmensa para el sabio de talento que los dirige. Esa es la clave del progreso científico en Alemania: los mediocres se creen honrados obedeciendo y sirviendo a los superiores.

En ningún otro país hemos visto análogos prodigios de resignación satisfecha. Allí se encuentra un médico que desde hace treinta años y durante diez horas diarias efectúa análisis de la sangre; otro ha practicado un millón de cortes microscó

picos del hígado o de la médula; vimos un médico agregado que desde hace medio siglo afila los instrumentos de cirugía. No saben absolutamente nada más, y lo que es más singular, no conocen el objetivo de los trabajos que realizan. El analizador de sangre no ha visto jamás a los enfermos correspondientes; el que corta médulas e hígados no sabe a quién pertenecieron y sólo se propone multiplicar las colecciones del profesor a quien obedece; el que afila instrumentos no ha operado jamás, ni siquiera le permiten dar cloroformo. Este sistema de regimentación es conforme al estado contemporáneo del espíritu nacional.

*

Las observaciones precedentes acerca del personal científico de la primera escuela médica alemana, autorizan a hacer una inducción de índole general.

Todos los que llegan a ser profesores notables han pasado por el rudo cedazo de la carrera; pero adviértase que sólo llegan cincuenta hombres de talento sobre mil aspirantes que no lo tienen. Ninguno de los ilustres sabios que hemos nombrado, absolutamente ninguno, pierde ahora su tiempo en trabajos de laboratorio o experimentales. Cada uno de ellos tiene a sus órdenes una cohorte de colegas subalternos, especializados en trabajos que requieren mucho tiempo y paciencia, los cuales aceptan de buen grado su posición obscura, lejos de la gloria y aun de la simple notoriedad. Son estos mártires ignorados los que viven veinte o cincuenta años sobre un microscopio o entre los tubos de cultura, ganando entre 100 y 200 marcos, trabajando para un profesor de talento y sin el estímulo de realizar obra propia o de llegar por sí mismos al más modesto descubrimiento.

En eso, que para los latinos es un defecto, reside la fuerza de los maestros de la escuela médica de Berlín: sentimiento de la jerarquía y división del trabajo.

Los latinos suelen interpretar erróneamente esos hechos, inclinándose a creer que la vida de laboratorio basta para hacer de un tonto un hombre de talento y de un mediocre un sabio. No es así; el régimen alemán de trabajo sólo sirve para que el tonto y el mediocre se conviertan en obreros útiles al servicio de los hombres superiores. El edificio científico es el producto de una labor común para la cual ningún esfuerzo es despreciable; los hombres de talento son los arquitectos que dirigen, los demás son hábiles peones que apilan un ladrillo so-

bre otro para concurrir a una obra cuyo concepto y finalidad ignoran.

Los latinos escollan contra una dificultad seria: todos se creen arquitectos y menosprecian la situación del peón. Sin embargo, como todos no tienen capacidad para arquitectar, algunos acaban por creer que basta trabajar de peones para ser arquitectos; entonces proclaman la excelsitud del trabajo minucioso y pertinaz — el único que está a su alcance — olvidando que ningún sabio ilustre de Alemania agota su talento en esa humilde faena. Los maestros han sido siempre espíritus generalizadores y sintéticos.

No obstante ese error de concepto, creemos que la importación de hombres de trabajo alemanes sería benéfica para nuestra enseñanza superior; ellos darían el buen ejemplo de laboriosidad y disciplina que tanto necesita la gran masa de los hombres de estudio. Mientras no exista ese elemento subalterno, los hombres de espíritu superior no podrán realizar una enseñanza brillante y fecunda.

Al fin y al cabo el mérito del que nace con talento no es mayor del que nace sin él. Lo único provechoso para todos es que cada cual acepte con dignidad el puesto que le señalan sus aptitudes y trabaje con la mayor intensidad por el adelanto de la ciencia. Sin arquitectos no se hacen edificios; pero tampoco es posible hacerlos sin peones.

*

Lo dicho sobre institutos de enseñanza y personal docente permite algunas conclusiones.

La impresión general acerca del ambiente de estudio es óptima; las instalaciones y los materiales de trabajo no desmerecen de los de otras universidades tenidas por las mejores. Hay maestros de talento que honran a la escuela; detrás de ellos se mueve una multitud infatigable que les sirve de pedestal. El sentimiento de jerarquía y de disciplina permite el trabajo en común, sin que nadie incomode a los demás.

¿Un médico argentino debe ir a Berlín?

Sí, debe ir, lo mismo que a París, a Roma y a Tokio.

Pero no irá a aprender medicina. Si no la sabe puede quedarse en Buenos Aires, donde tiene iguales elementos de estudio e infinitamente más facilidades. El alumno que egresa de la Escuela de medicina de Berlín, París o Viena, tiene una cultura médica general inferior a la del que estudia en Buenos Aires; esta observación puede extenderse a todas las escuelas médicas europeas, sin excepción.

El médico debe ir sabiendo ya medicina y, si es posible, con una especialidad hecha; en esas condiciones podrá discernir lo bueno y lo malo que hay en cada escuela, aprender muchas cosas y enseñar otras tantas.

En Berlín aprenderá a trabajar muchas horas por día y a ser una rueda de un vasto engranaje científico, donde muchos fatigan y pocos brillan. En cuanto a creer que basta ir a Alemania para ser sabio y tener talento, nos parece tan eficaz como los candiales y los caldos de gallina.

LA ESCUELA DE LA FELICIDAD

París, 1905.

De las muchas cosas que los demás nos envidian, ninguna provoca mayor irritación que nuestra felicidad, como si el creernos felices fuera la causa de que los demás crean no serlo. La felicidad, en efecto, no puede medirse ni demostrarse; es una creencia personal, lo mismo que la infelicidad. No negamos, con esto, que existen condiciones orgánicas y sociales propicias a la formación de esa creencia; gozar de buena salud, poseer talento, tener fe en ideales desinteresados, ganar más de lo necesario, no depender de otros, ser amado por los que amamos, tener hijos lindos, son elementos que convergen a hacernos creer en nuestra propia felicidad. Pero todos esos factores, aislados o en conjunto, no la determinan en un mismo grado en hombres diferentes.

El obstáculo a la felicidad está constituído por factores negativos que se oponen a ella. Esos factores son esencialmente psicológicos, son errores o ilusiones relativos a la propia personalidad. El que cree ser lo que no es, nunca puede considerarse feliz; aunque todo converja a hermosear su vida, nada le parecerá suficiente. Su error, su ilusión, le llevan a pretender lo imposible y a sufrir de no alcanzarlo. Y de esa falla inicial emanan todas las causas de infelicidad: la envidia, la desconfianza de sí mismo, el odio a los que se creen felices, el sufrimiento y la desesperación de sentirse fracasado.

La ignorancia respecto de sí mismo es, pues, la fuente de las más comunes infelicidades. El que se conoce y no yerra cálculos, está muy próximo a creerse feliz; ningún suceso le resultará inesperado y no tendrá ocasión de atribuir a mala suerte las consecuencias legítimas de sus actos. La educación moral es el instrumento que hará más felices a los hombres, desenvolviendo su dignidad y borrando las vanidades que les impiden vivir en equilibrio consigo mismos.

Dejemos estas generalidades. Los filósofos y los reformadores suelen buscar las bases de la felicidad en la ética pura o en la economía política. Los vegetarianos la buscan en la supresión de la carne, los politiqueros en el caudillo providencial, los

militares en una guerra bastante mortífera, los agricultores en la extinción de la langosta, los anarquistas en la supresión de la autoridad, los caballos de tiro en la difusión del automóvil. ¿Dónde está la felicidad? ¿Qué es la felicidad?

La repuesta es sencillísima. No hay "una" felicidad, hay felicidades. Cada hombre aspira a una felicidad distinta, por la simple razón de ser cada hombre diferente de los demás. La desigualdad humana es la clave de estos interesantes problemas. Cada hombre tuvo antepasados diferentes, ha vivido bajo climas diversos, recibió una educación especial, tiene amigos y afectos distintos, desempeña tal empleo o ejerce cual profesión, es casado o viudo, joven o viejo, rico o pobre, inteligente o idiota, ilustrado o ignorante, sano o enfermo, rubio o mulato, gallardo o cojo, etc. Por eso los filósofos se han estrellado siempre contra la realidad: han buscado "la" felicidad de "el" hombre, sin reparar en que hay tantos ideales de felicidad como hombres existen en la superficie de la tierra. Los inventores de religiones han sido más astutos que los filósofos; comprendiendo que no era posible resolver la cuestión, la han embrollado. Ofrecer a todos los fieles una misma felicidad determinada, era exponerse a la protesta de los inevitables descontentos; de ahí que mejor solución les pareciera suprimir de hecho la felicidad o, lo que es lo mismo, relegarla a otro mundo hipotético.

Los psicólogos son más modestos. Saben que la felicidad es relativa; estudian las condiciones más propicias para que cada hombre pueda creerse felíz e indicar los medios para ponerle en esas condiciones. ¿Puede ser más claro y sencillo el objeto de una Escuela de la Felicidad?

*

Existe. Hemos conocido sus profesores y asistido a sus cursos. Reina en ella un ambiente simpático. Gente sana, activa, optimista y alegre; es decir, gente feliz.

El Dr. Paul Valentín, director de *La Vida Normal*, se ha propuesto establecer esa ardua enseñanza. Cree que la psicología es muy buena en los libros y en los laboratorios, pero considera que será mejor si la aplicamos a embellecer e intensificar la vida. Su iniciativa es novedosa y responde a una de las necesidades más evidentes de nuestra época: la de equilibrio y de salud. Ese es el problema. Sin salud y sin equilibrio no hay felicidad. Es necesario ser sano y normal para ser feliz; debe curarse el organismo para orientar la mente hacia la

dicha. Después de todo no haremos sino volver al clásico "mens sana" con lo que sigue.

En la Escuela de la Felicidad se ha agrupado una falange de apóstoles decididos a luchar, cada uno en su esfera, contra los errores evitables que nos hacen flojos, cobardes, tristes y dsalentados. Se inspiran en los resultados de la psicología y fundan la realización práctica de la felicidad sobre el conocimiento integral del hombre. Creen que la perseverante demostración de ciertas verdades elementales conseguirá sembrar en los individuos algunas ideas justas; una educación racional y un atinado aprovechamiento de las energías individuales deben traer por resultado una rarefacción de las causas de infelicidad.

El doctor Valentín plantea el siguiente dilema. Si la conquista de la felicidad no está sometida a ninguna condición, poco importan los medios para alcanzarla; si ella está sometida a condiciones concretas, debemos investigarlas, conocer sus posibles desviaciones y estudiar la manera de normalizarlas.

Esas condiciones existen: el psicólogo conoce algunas. Por haberlas desdeñado, los teóricos de la moral racionalista se limitaron siempre a promulgar preceptos demasiado sublimes para ser eficaces. Juzgando a los demás según ellos mismos, no veían que desde su torre de marfil elaboraban un código abstracto de conducta, adaptado a un estado social perfecto.

El hombre real no cabe en los ficticios esquemas de las hipótesis; posee instintos poderosos que se burlan de las quimeras más respetables, cuando supone que son demasiado elevadas para referirse a él. Solamente le interesan los móviles de actividad libres de ficción y de ilusiones; cada día es más imperiosa la necesidad de fortificarse en el ejercicio de "virtudes útiles". El hombre no debe aceptar máximas hermosamente irrealizables, ni doctrinas en que las palabras traicionan a los hechos; debe exigir prescripciones aplicables a la vida real, que reflejen leyes de la naturaleza y le aseguren los goces efectivos de una existencia digna de ser vivida, aquí mismo y ahora, sobre el planeta.

Corresponde a los psicólogos formular ese nuevo objetivo moral: el arte de vivir bien debe conciliar progresivamente las más legítimas satisfacciones individuales con el interés del agregado social. Familiarizado con los datos de la biología, — ciencia de la vida, en todas sus fases y condiciones, — el psicólogo no puede separar la personalidad consciente de sus condiciones orgánicas: la ve nacer en todas las funciones del cuerpo, sintetizarse en ciertas actividades superiores del cerebro,

desarrollarse, expandirse, desagregarse, siempre de acuerdo con los órganos mismos que la determinan. La estructura hereditaria y las aptitudes de nuestro cerebro, nos predisponen a sentir determinadas influencias, a beneficiar de ciertas ventajas, a sufrir especiales perturbaciones.

La vida es, ya, un terreno conquistado por la ciencia; la actividad mental es una función propia de la materia viviente. Vivir bien implica pensar bien; pensar bien es adquirir la conciencia de la propia felicidad. Enseñar a vivir bien, significa enseñar a ser feliz.

*

De ahí surge una concepción realista de la vida humana; la felicidad depende del funcionamiento fácil, vigoroso y regular de un buen mecanismo cerebral, subordinado a la actividad equilibrada de todo el organismo. Desde el punto de vista fisiológico los hombres somos transformadores de fuerza, más o menos bien adaptados al trabajo que ejecutamos; pero somos transformadores infinitamente delicados, sensibles en extremo a las imperfecciones de nuestros engranajes y a la fatiga de nuestros órganos.

La especie humana sufre por el desequilibrio íntimo y complejo de las relaciones que deberían existir entre los placeres y las actividades provechosas, entre los dolores y las actividades nocivas. Si los hombres fuesen normales — es decir, si todas sus funciones se ejercitaran en concordancia con las exigencias combinadas del organismo y de su medio — todos gozarían de un excedente de sensaciones agradables y el problema de la felicidad estaría resuelto para ellos.

Los vicios corresponden a una tara biológica, conocida o ignorada, que impide la expansión completa y regular de la personalidad. Las fallas provienen de estados afectivos e intelectuales más o menos mórbidos, subordinados a trastornos nerviosos congénitos o a una perturbación nutritiva de los centros cerebrales. Los impulsos irresistibles, las pasiones desenfrenadas, las obsesiones peligrosas, la pereza, la falta de voluntad, la tristeza, la pérdida de la atención, la decadencia de la memoria, las alternativas de la instabilidad mental, son exponentes psicológicos de transformaciones materiales que afectan a las funciones del organismo. Esos factores de desequilibrio son otras tantas causas de infelicidad y dependen de un cerebro sin organización, inadecuado o exhausto por un trabajo impropio o excesivo.

La psicología clínica ha demostrado fácilmente estas verdades; de ellas se deprende un nuevo criterio para el tratamiento de las enfermedades del espíritu, de los "dolores del alma" si se nos permite hablar en términos disparatados. Prescindir de esas nociones en la solución de los problemas morales es un absurdo. Metchnikoff ha dicho eso mismo en una fórmula feliz: "Cuanto más exacta y precisa deviene una noción, tanto menos tenemos la libertad de prescindir de ella". El mecanismo de las funciones psíquicas es ya bastante conocido — en la salud y en la enfermedad — para permitir un bosquejo aproximado de lo que debe ser la vida normal, es decir, una vida activa, inteligente y sana, conforme a las necesidades de la evolución individual y a las exigencias del medio en que el hombre vive.

*

Enseñándonos a ver claro dentro y fuera de nosotros, dándonos la noción del esfuerzo útil, definiendo las condiciones biológicas de la felicidad humana, el conocimiento de nuestra propia personalidad nos mejora, nos fortalece, nos suaviza, nos instruye. Gracias a él podemos justipreciar el valor de nuestras ideas y sentimientos, distinguiendo los frutos sanos de los enfermizos, la salud del desequilibrio. Bajo la mentira de las palabras y la máscara de las actitudes, aprendemos a descubrir formas infinitas de inquietud mental y de neurosis.

La psicología enseña a evitar los caminos tortuosos, aleja de la maraña en que cae todo cerebro desequilibrado. Gracias a ella podemos distinguir los verdaderos trabajadores del pensamiento de los dialécticos y grafómanos que tanto estorban en las letras, las ciencias y la política. En su órbita caben el estudio y la profilaxis de muchas taras sociales. Ella nos da también una explicación, un alivio o un remedio para muchos estados depresivos: la cólera, los celos, la pereza, la timidez, las malas inclinaciones, el delito, el suicidio. ¿No son otras tantas causas de infelicidad?

Entrando al terreno clínico, pueden estudiarse fenómenos más graves aunque menos frecuentes: la obsesión, la alucinación, el sonambulismo, los desdoblamientos de la conciencia, todas las formas de la degeneración, la locura moral, las excentricidades, etc. ¿Cabe dudar que todos esos factores de desequilibrio mental impiden al individuo llegar a la creencia de la propia felicidad? Un hombre que sienta cualquiera de esos trastornos o enfermedades de su personalidad, no puede creerse feliz; y mientras no cree serlo, no lo es.

Estudiando esos trastornos la psicología contribuye a orientar la sensibilidad, a moderar la imaginación, a reposar el juicio, a educar la voluntad. Dándonos una idea más justa y más coherente de nuestras legítimas ambiciones terrenales, ella nos arranca a la duda y al pesimismo, templa nuestro ánimo, nos da un sentido ecuánime de la vida y esa confianza en nosotros mismos sin la cual no serviríamos para nada.

Por eso cabe esperar de ella nuevos y fecundos principios de educación integral, de ortopedia del espíritu y de estética de las pasiones. Ella podría darnos las bases para una moral verdaderamente práctica, ajena a toda estrechez o intolerancia. Para la psicología el mal es una violación de las leyes fisiológicas que rigen la vida humana en su propio funcionamiento y en sus relaciones con el medio; ella busca sus causas y puede sugerir algunos remedios. Aspira a substituir los malos hábitos cerebrales por otros mejores, orientando la evolución del individuo en el sentido más favorable al cumplimiento de todas sus funciones.

*

La utilidad de la psicología aplicada varía según el talento, la ilustración y la experiencia del psicólogo. Es evidente que para devolver la felicidad a los que la han perdido no basta el mentalista a la antigua, simple "médico de locos" o escrupuloso administrador de manicomios; entre ese y el psicólogo moderno media un abismo, como entre el alquimista y el químico.

El tratamiento de la infelicidad — es decir, de sus causas orgánicas y psicológicas — reviste dos fases. La una es curativa y la otra profiláctica.

La parte curativa tiende a llenar dos indicaciones. La primera consiste en devolver al organismo en general, y particularmente al cerebro, todas las fuerzas vivas que necesita para su completa actividad funcional; la segunda se propone regularizar el gasto de esas fuerzas, buscando la sinergia funcional indispensable para la afirmación de una voluntad firme y serena.

La parte preventiva entra en el dominio de la moral práctica. El conocimiento de las funciones psíquicas normales y anormales autoriza a trazar las líneas de una vida "activa, inteligente y sana", según la fórmula favorita de la Escuela. Todo ser humano tiene derecho a la felicidad; para alcanzarla debemos aconsejarle que siga la conducta que le permita rea-

lizar el máximum posible de vida, sin vulnerar el derecho análogo de sus semejantes. La profilaxis de la felicidad consiste, pues, en la vida intensa.

¿Cómo obtener ese resultado?

Es necesario denunciar todas las mentiras convencionales y las falsas fórmulas de moral que esclavizan el espíritu del hombre y le entregan sin defensa a los más astutos y audaces; las concepciones místicas y novelescas de la vida terrenal deben reemplazarse por nociones fundadas en la observación de la realidad; conviene perseguir el equilibrio necesario de las actividades orgánicas y psíquicas bajo el contralor de un cerebro dueño de sí mismo. Nunca debe buscarse fuera de la Naturaleza el remedio para los males que sufrimos; sólo ella da fuerzas para conquistar las ventajas que nos está permitido anhelar.

*

La Escuela de la Felicidad — según confesión de su fundador en el discurso inaugural — no pretende resolver, con una palabra o una plumada, todas las cuestiones que implica el problema así planteado. Sólo quiere ser el primer núcleo de acción en la propaganda activa de esa psicología aplicada.

Sus conferenciantes se colocan en el cuádruple punto de vista científico, literario, musical y pedagógico. En casa del director, que nos brindó una recepción magnífica, hemos visto reunidos a más de cincuenta médicos, literatos, músicos, artistas y críticos de ambos sexos. Es imposible asegurar que todos ellos fueran felices; pero lo parecían. Lo único indudable es que el ambiente no podía ser más intelectual ni amistoso.

Allí cada uno enseña lo que sabe; todos discuten, todos aprenden. Un tema de arte empalma con uno de filosofía, se habla de estética o de ciencia, se ejecuta buena música de Beethoven o de Wagner, se comenta a Spencer o a Ribot, salen a danzar Brunetiére y Tolstoi, el último drama de Richepin, la reciente novela de Gorki, la ópera de Massenet, el volumen de Flammarión, todo, hasta los últimos versos de Rubén Darío. Ignoramos si esto es eficaz como Escuela de Felicidad; pero es hermoso, agradable y la gente allí reunida se cree feliz.

¿Esta Escuela de la Felicidad es, acaso, una asociación de gente feliz que se distrae filosofando sobre la infelicidad ajena? Pedimos anticipadas disculpas a su director. Nos asaltan dudas; la cosa en teoría está muy bien, pero nos parece que le escuela no disminuirá la proporción de infelices. Conocer psicología y saber aplicarla a la vida será siempre un privilegio de pocos elegidos.

AMIGOS Y MAESTROS

París, 1906.

Le Dantec

Hemos conocido muchos hombres célebres en la filosofía, en las ciencias y en las letras; ninguno — ninguno, a secas, — nos ha producido la impresión de mayor "agudeza de ingenio" que Félix Le Dantec, entrado ya a una justa celebridad sin tocar aún los treinta y cinco años. Aparte de seis o siete libros cuyo valor es secundario, ha publicado cinco obras de gran mérito: "Nueva teoría de la vida", "Evolución individual y Herencia", "La unidad en el ser vivo", "Tratado de biología" y su recientísima "Introducción a la Patología General". ¿Podría nombrarse otro biólogo que a la misma edad haya publicado trabajos equivalentes?

En los círculos oficiales de la Facultad de Medicina se le ve con desconfianza; dicen que como biólogo es demasiado propenso a las hipótesis y que su talento — nadie lo niega — tendría mejor aplicación en disciplinas filosóficas o especulativas. Entre los filósofos, en cambio, se le mira como un hombre de ciencia demasiado estricto y murmuran que carece de espíritu filosófico. ¿Qué pensar? Lo más sencillo; tanto los biólogos como los filósofos le tienen un miedo cerval y desearían que sus libros no fuesen leídos por sus clientelas respectivas. Para impedirlo, ¡vano intento!, lo desacreditan. Pero el resultado es muy curioso: cuando más mal hablan de él los profesionales de su ambiente inmediato, tánto más grande es el éxito de sus libros. El público lector castiga así con su sanción a los envidiosos y maldicientes.

Es necesario reconocer que Le Dantec hace todo lo posible para fomentar esa guerra sorda que le mueven los profesores y académicos más circunspectos. Algunos de sus primeros ensayos vieron la luz en "La Revue Blanche", famosa palestra de los intelectuales anarquistas; y, para colmo, ya en plena celebridad, no desdeña pronunciar conferencias de extensión universitaria en asociaciones de marcadas tendencias rojas. Todo ello, en este momento de activa propaganda religiosa

y monarquista, le ha rodeado de una atmósfera de hombre incómodo y comprometedor.

Lo es, en efecto. Para explicarnos, a la vez, su gran éxito como escritor y esas envidias de sus colegas, nos dijo con sencillez: "Yo digo lo que creo, todo lo que creo, sin la menor reserva mental. Los lectores de buena fe distinguen en seguida el escritor sincero del hipócrita y esa es la clave del éxito; pero los colegas que no tienen el valor de ser sinceros, me miran como a un *mauvais coucheur,* porque mi lealtad hace resaltar su hipocresía". Nos explicó — y lo hemos comprobado — que todos los que en Francia se entrenan en la carrera universitaria están obligados a "acarnerarse", para no verse postergados en las promociones; en cuanto un joven revela ideas propias y se aparta de los senderos consuetudinarios, los viejos profesores y académicos le cortan el camino. Sólo hacen carrera los mediocres, los que están dispuestos a "cirer les bottes" a algún viejo que los apadrina, sin perjuicio de que el ahijado dé la patada clásica a su *cher maitre* cuando ya no lo necesita.

"Para conseguir un premio de la Academia, una suplencia de cátedra, un cintillo de la legión de honor, un elogio en los diarios, hay que escribir tonterías que no molesten las supersticiones de los demás. Está de moda ser monarquista y religioso, dos cosas que exigen un temperamento especial o una capacidad de fingir que yo no tengo. Esté usted seguro que nunca aspiraré a "hacer carrera"; pero me leerán, no lo dude, me leerán, y se enfermarán de envidia esos genios incomprendidos cuyos libros se venden por kilo a los salchicheros, para envolver".

Nos convenció que le leerán. Tiene en prensa un libro de combate; se titulará *El Ateísmo,* a secas, sin ninguno de esos "panteismos" vergonzantes con que en otro tiempo se disfrazaban los filósofos ateos. Cree Le Dantec que los hombres de ciencia están siendo víctimas de una subterránea guerra católica y sostiene que su arma eficaz consiste en desacreditar sin escrúpulos a todo el que hace afirmaciones científicas que comprometan los dogmas religiosos; para probarlo nos ha narrado una docena de casos en que los hombres de ciencia han sido intimidados y amordazados por esta nueva inquisición mundana, quitando a unos médicos su clientela, negando a ciertos candidatos los premios académicos, cerrando la prensa conservadora a los escritores que no hilan delgado, etc. En cambio, algunos jóvenes ateos y anarquistas que "han vuelto al redil" o lo fingen, han hecho una rápida carrera universita-

ria y mundana, como... (aquí varios nombres que no nos atrevemos a repetir).

Cuando Le Dantec nos hablaba de estas cosas, que en parte conocíamos, lejos de irritarse, se regocijaba, como si recordara el refrán clásico "no hay mal que por bien no venga". Se propone, en efecto, cambiar sus medios de acción para aumentar su eficacia como escritor. Cree que sus primeras obras contienen los elementos fundamentales para una renovación de la biología, con proyecciones filosóficas; pero comprende, al mismo tiempo, que es inútil querer convencer a los biólogos y a los filósofos universitarios, pues los primeros están convencidos, pero no se quieren comprometer confesándolo, y los segundos son instrumentos de reacción social, que combaten la ciencia y la democracia bajo el docto disfraz de la filosofía.

"Hay que escribir para el público ilustrado, sin tomar en cuenta a los profesionales. Los que hacen de la ciencia o de la filosofía una *carrera*, son enemigos naturales de la verdad. No pueden ser sinceros. Defienden su mendrugo burocrático y compran su avanzamiento a precio de condescendencias". Escribir para ellos equivale a cortarse las alas, según este joven sabio y valiente. Ha decidido, por eso, refundir las ideas cardinales de su biología en varios libros que traten problemas éticos, sociológicos y filosóficos, para el público ilustrado no especialista. Los primeros de la serie han sido "Las leyes naturales", "Las influencias ancestrales", "La lucha universal" y "Elementos de filosofía biológica", libros de combate y de propaganda que han alcanzado de inmediato una circulación extraordinaria; "El ateísmo" está en prensa y llevará este expresivo epígrafe de Remy de Gourmont: *"Ce qu'il y a de terrible quand on cherche la vérité, c'est qu'on la trouve!"*

Sobre el problema de Dios, cree Le Dantec haber llegado a esta verdad sencilla: que la existencia de un Dios creador y omnisciente es la más absurda e ilógica de todas las hipótesis. Y con una risa en que parecía vengar a todos los que fueron a la hoguera por pensar como él, agregó: "Lo único increíble es que todavía haya que escribir un libro para sostener una cosa tan evidente... *¡C'est idiot, vraiment!"*

A nadie sorprenderá, después de esto, que Le Dantec sea el hombre más discutido en el mundo universitario. Uno de sus maestros, el sabio Alfredo Giard, nos decía: "No sé lo que hará, pero en treinta años de universidad no he conocido un joven de más talento"; esta opinión difiere de la que escuchamos de Th. Ribot: "Es increíble lo que ya ha hecho a su edad; pero mucho temo que se deje tentar por el éxito y escri-

ba mirando al público''. Entre la juventud universitaria tiene entusiastas lectores y violentos enemigos. Todos los liberales, socialistas y demócratas, le admiran sin restricciones, tanto como a Jaurés y a Anatole France. Todos los católicos, nacionalistas y monárquicos, le odian con el mismo frenesí con que adoran a Barrés y a Bergson. Conociendo las opiniones políticas y sociales de una persona es inútil preguntarle qué piensa de Le Dantec.

El lo sabe. Y ha escrito en uno de sus libros que la humanidad intelectual está dividida en dos partidos ideológicos; no hay neutrales, nadie es imparcial, no existe la crítica. Existe el partido de los que buscan la verdad con el propósito de encontrarla y predicarla; y existe el de los que tiemblan pensando que alguna vez puede ser descubierta y difundida.

Max Nordau

Si el escritor subyuga el hombre no le va en zaga. Max Nordau posee la fuerza y la gracia, la densidad y el brillo. Si fuera loco podría escribir poemas filosóficos dignos de Schopenhauer; si poeta, odas de Carducci; circunstancias especiales habrían hecho de él un "Silvestre Bonnard", miembro del Instituto. Cuando hace periodismo — que es su defecto — escribe páginas dignas de Tarde.

Las canas rodean completamente su fisonomía, como un halo; de esta característica astral, podría deducirse que tener talento importa algún parecido con los astros. Sus canas parecen una revancha del tiempo contra su organismo que no envejece; Nordau está joven como sus ideas, sonriente como sus ironías, vigoroso como sus paradojas. En su amabilidad exquisita la afectuosa bondad del maestro se combina con la amistosa confianza del camarada. Frecuentar a este hombre es uno de los atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París; cada visita es una lección.

En la rue Leonie, detrás de la estación Saint-Lazare, en un barrio que no es precisamente el frecuentado por los vividores extranjeros, este favorito de la fama habita una casa de aspecto modesto, más bien pobre que rica. La primera vez que le visitamos, los breves minutos de espera fueron de curiosidad, casi infantil. Una sala como las más, escasamente iluminada; los rincones de penumbra y algunas fruslerías inesperadas hacían pensar en cosas de antaño, como si esa vivienda fuera la de un señor feudal arruinado. En las paredes algunos cuadros,

difíciles de ver; la media luz nos dejó leer en uno de ellos la firma de Raffaelli: nos pareció comprometedora en casa del autor de *Degeneración*. Muebles suficientes, aunque fuera de moda; se extiende hasta el mobiliario su horror por el *art nouveau* intelectual. Varios objetos de arte parecen fatigados por una monótona exhibición de muchos años y esperan pacientemente la caricia afectuosa de algún anticuario. Sobre una mesa de tres pies, apropiada para entretenimientos espiritistas, descansa un arma filosa, un puñal de verdad; podría tener historia, ser el de Junio Bruto o el de Carlota Corday, pero lo ignoramos. En un ángulo, frente a dos ventanas, un piano de cola que no presagia sonoridades muy efusivas; parece estar diciendo "Mírame y no me toques", como las bellas formas de ciertas elegantes parisienses. Ese es el preámbulo para ver al hombre admirado por muchos, injuriado por tantos, discutido por los demás. Muy discutido, sobre todo, pues tiene talento original y cultura vastísima. Esto es lo mejor de su espíritu: la erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida, comparable con la que Carlyle atribuía a su "señor Teufelsdrockh", que era un tesoro acaso irregular, pero inagotable como el del Rey Nibelungo, que no podían llevar doce vagones en doce días, al paso de tres jornadas por cada uno.

Antes que nosotros habían llegado un par de hombres, al parecer judíos. La raza les desbordaba por todos los ángulos y curvas de la fisonomía; no emanaban ningún olor étnico, no obstante la especie difundida por Drumont. Sobre el uno habían corrido ya veinte años; sobre el otro treinta y seis. El más joven lucía uno de esos perfiles que ilustran los libros idiotas de madama Gyp, muy leídos por los necios durante la crisis de judiofobia que complicó la cuestión Dreyfus. Gastaba guantes averiados, cabe suponer que por el uso. Merecía llamarse Moisés o Salomón. Si no profesor de "esperanto", su fisonomía denunciaba que era copista a máquina, sin empleo; ello no le impedía ser estudiante — pues todos lo son — y, acaso, propagandista de alguna liga contra el alcohol, el tabaco, las malas costumbres o la tuberculosis.

El otro se nos figuró ornitólogo o presidente de algún lejano comité sionista, venido a París a fin de consultar al sabio sobre un milésimocuarto proyecto de reorganizar la nacionalidad. Pues, dicho sea de paso, Nordau, como todos los hombres, tiene su laguna mental: cree en el sionismo, es decir, en un "ismo" de tantos.

Estábamos fantaseando cuando vimos cruzar en el inte-

rior de la casa una delicadísima figura, que podría tener diez y ocho o veinte años, la edad de amar y de soñar. Fisonomía de inteligencia inequívoca, gracia natural y discreta, ojos llenos de intención: capaces de hacer abjurar de su fe al católico más convencido.

La primera tarde no vimos más. Sonó una campanilla; la maritornes políglota nos acompañó hasta el bufete del escritor. Subimos una breve escalera y nos encontramos frente al hombre.

Entre la blancura homogénea de las canas tiene su guarida el más amable sonreir. Nordau ha sido un hombre dichoso, verosímilmente. La expresión fisionómica suele ser determinada por los músculos que funcionan con más frecuencia. Todo hombre en quien predomina el hábito de sonreir ha sido sano y por consiguiente bueno, laborioso y feliz. La mueca jovial y la mueca trágica son los exponentes de la salud y del padecimiento, de la bondad y de la envidia, de la fecundidad y de la impotencia, de la dicha y de la felicidad. Cada mueca es una biografía.

Sobre su mesa de labor estaban esparcidos papeles y libros que el trabajo y el talento convertirán en páginas apetecidas por cien mil lectores.

Nordau, contra lo que de él podría creerse, encarna el tipo psicológico del hombre equilibrado. Es ante todo un trabajador, un estudioso infatigable. Antes de terminar una obra pone manos a la siguiente y piensa ya las sucesivas. Vive retirado "del mundo, de la carne y del demonio", eludiendo todas las cosas que hacen perder tiempo: la vida social, el café y la política. Su sionismo es una simple actitud. Podría ser, también, una coquetería antiburguesa, una manera de no ser jacobino o conservador, republicano o monárquico, radical o anarquista.

No trabaja por impulsos. Su pensamiento es progresivo, metódico, se integra equitativamente. La disciplina mental es una de sus características; por eso conversa como escribe y su amistad resulta útil además de atrayente. Siempre está de buen humor, discretamente dispuesto a la chanza; la ciencia no ha conseguido matar el espíritu dionisíaco, que retoza en la intimidad.

Algunas veces se crispa y lanza uno de sus juicios decisivos, catapultantes; su palabra ase un apellido como una tenaza coge un clavo, su ingenio lo muerde como un ácido violento al metal falso, lo estruja, lo agita sabiamente, y después del análisis lo filtra hasta dejar un leve residuo de lo que an-

tes era una reputación. Esta aparente maldad es. sin embargo bondadosa; es la maldad del médico severo que ha resuelto curar al enfermo y no transije con los caprichos del paciente y de su familia. ¿Ese médico odia, acaso, a su enfermo?

Nordau conversa mediante un mecanismo cerebral propio; la asociación de sus ideas es original y su estilo de expositor le pertenece de manera exclusiva. Su lógica es rigurosa. Pero es una lógica suya, distinta de la escolástica vulgar, de esa lógica admirada por las ocas y al alcance de los papagayos. donde los términos del discurso se suceden como los números de un almanaque de pared, donde cada idea viene agarrándose de los faldones de la precedente, como los niños que juegan al "Martín Pescador".

Sus razonamientos no son, en ningún caso, paradojales. Clasificar de paradoja toda idea que contrasta abiertamente con los errores aceptados por rutina o por pereza, es una represalia del vulgo. Todos los hombres que enunciaron verdades nuevas parecieron paradojales a sus contemporáneos; ello en el mejor de los casos, pues muchos recibieron del rebaño el honroso título de locos. de acuerdo con aquella definición que dió un lanudo Rambouillet, a despecho de los alienistas: "loco es todo el que no es carnero". Nordau está libre de este epíteto; pero nadie le exime ya del anterior. Todo hombre que va contra las rutinas del rebaño que le rodea — todo hombre "inactual", en el mejor sentido de la jerigonza nietzchista — acaba por gustar de esos calificativos; Nordau ha fomentado el propio, titulando "paradojas" dos de sus libros más leídos.

Cuando publicó "Degeneración" una multitud de malos poetas decadentes difundió la noticia de que Nordau era un "periodista", a lo sumo "el más grande periodista". Habría sido más fácil demostrar que su libro era exagerado y lleno de injusticias; pero prefirieron esparcir el epíteto injurioso, pues sabido es el desprecio que tienen por el periodismo ciertos poetas que se consideran refinados estilistas y no consiguen un puesto de repórter. Inútil es agregar que muchos ingenuos siguen repitiendo que Nordau es un periodista, sin haber leído uno solo de sus libros o leyéndolos sin comprenderlos.

Acaba de publicar un volumen sobre "El arte y los artistas", en alemán; nada podemos decir a su respecto. En cambio, gracias a su comunicativa gentileza, adelantaremos que su obra futura nos parece destinada a acrecentar su celebridad; se titulará "El sentido de la historia" y constará de dos tomos, escritos ya en gran parte. Aparecerá dentro de un año. Nordau cree que la historia se encuentra en un período semejante al

de la alquimia o la astrología. Este juicio, más exagerado que inexacto, es susceptible de atenuaciones y creemos que ellas no le pasarán inobservadas en el curso de su trabajo.

El público inteligente puede ponerse en acecho desde ahora y aguzar su ingenio para cuando la obra asome en los escaparates. Pues, al final de cuentas, los escritores sólo servimos para blanco de su esgrima y al trabajar un libro no contamos con sus aplausos sino con su malignidad.

Tenemos, sí, un gran consuelo: solamente muerde y rasguña la mujer que ama.

Richet

El ilustre fisiólogo Charles Richet está enfermo de misticismo senil; a no tratarse de un hombre por tantos conceptos respetable, diríamos sin reparo que está zonzo. Da tristeza conversarle acerca de mediumnidad y de fantasmas; habla como una vieja de tierra adentro y por milagro no se persigna al nombrar el objeto de sus actuales preocupaciones. Parece un iluminado vergonzante, un hombre de fe que lee la incredulidad en el rostro de su interlocutor. Ensayamos en vano algunas objeciones; las eludió con enternecedora ingenuidad. Hizo bien. La fe no se discute.

En Argelia, en "Villa Carmen", perteneciente al general Noel, hiciéronle ver y tocar un fantasma viviente. La aparición se produjo en un gabinete bien alfombrado, en que había mesas, sofaes, muebles, una bañadera y la inevitable cortina; los fantasmas son caprichosos, gustan de aparecer entre cortinas. Además de Richet y los esposos Noel, asistían el espiritista profesional Gabriel Delanne y seis mujeres, todos muy diestros en el juego de las mesas parlantes y en las evocaciones de ultratumba. Una de las mujeres (la médium) fué novia del difunto, tres son menores de edad y dos sirvientas de la casa. Richet no se preocupó de averiguar cuántas de ellas padecen de histerismo, ni siquiera sospechó la posibilidad de una sofisticación inconsciente.

La médium sentóse ante la cortina, en una obscuridad casi completa; pocos momentos después apareció sobre ella el espectro de su novio, envuelto en una sábana, es decir, en traje de fantasma. Richet lo fotografió al magnesio, tocó su mano y lo invitó a soplar en un tubo de agua de barita que se enturbió por la reacción del ácido carbónico respiratorio. ¿Cómo dudar de que el fantasma existía y vivía?

Richet no lo duda; nosotros tampoco. Pero hay una leve diferencia entre ambos juicios. Para el ilustre profesor el fantasma era el espíritu errante del difunto novio, materializado por la influencia de la médium. Para nosotros la médium misma pudo levantar un maniquí que le alcanzó la sirvienta desde atrás de la cortina; la mano que tocó Richet (debajo de la sábana) pudo ser de la propia sirvienta, una negra llamada Aischa, que no se atrevió a mostrarla para evitar que el fantasma de un blanco ostentase una mano de color; ella misma pudo soplar en el tubo de barita cuando el fantasma fué invitado a hacerlo. Las condiciones en que se produjo la aparición nos parecen infantiles; un distinguido psicólogo de París publicó un sesudo artículo demostrando el fraude sobre las propias fotografías de Richet.

Triste lección. Haber sido un experimentador de primera fila, para dejarse coger como un chiquillo en redes más leves que telarañas.

Esta opinión sobre el caso de Richet no implica negar la aptitud de ciertas histéricas-médiums para desarrollar a distancia fenómenos de sensibilidad y movimiento; pero esas energías que irradian del organismo de la médium permiten excluir la intervención de fantasmas, antes que autorizar la ingenua suposición.

Richet tenía que acabar así; presencia estas cosas como creyente y no como sabio. Su fe permite que otros abusen de su buena fe.

"No creo que me hayan engañado y por eso creo en la existencia de los fantasmas". Eso es todo. Richet, el místico, ha dicho "creo"... Richet, el hombre de ciencia, no se atreve a decir y demostrar que "sabe". Al fin y al cabo esta honradez vale una disculpa. Y la merece.

¡Está tan viejo!

Rodin

Entramos devotamente en su taller, como en un templo. Es sencillo y bondadoso, ameno, conversador. Su hermosa cabeza blanca diríase elocuente; es de estatura mediana, más bien bajo; tiene dulce mirar y vaga en sus ojos un secreto prodigio, el mismo que le permite precisar las suntuosas líneas del mármol después que las ha visto su cerebro creador. Su abolengo es de genios. Scopas y Praxíteles podrían estrechar su mano, magüer la diferencia de su arte; son hermanos en el genio, antes que en la obra. En su familia hay otros ilustres:

Miguel Angel es la Fuerza y Canova la gracia. Rodin, la idea.

En compañía de madame Geneviéve Lanzy, distinguida escritora y bella mujer, llegamos a su estudio en una hora crepuscular. Crepitaba mucha leña en la estufa, mientras un reflejo de oro y púrpura iluminaba desde lo bajo aquella complicada teoría de maravillas. Plantó una vela en un pedazo de barro, la encendió y la puso junto a uno de esos mármoles que reciben diariamente su animador soplo genial.

En esa hora y con esa luz habríase dicho que el taller era un sabbat vehemente. Por todas partes mujeres deliciosamente desnudas, curvas perfectas estremeciéndose por las caricias de olas sonoras, ninfas oscilando su gracia sobre fuentes silenciosas, senos procaces surgiendo del infidente bloque en actitudes de hermosura violenta, besos prolongados e intensos como combustiones de labios febriles, mejillas insaciables, pecaminosas orquídeas de voluptuosidad, toda la gama infinita de Eros. El viejo derrocha en su obra fantasía y amor, sin freno.

Junto al arte está la profesión, el tosco pan esparcido entre la gloria, en forma de retratos expresivos, magníficos, de señoras burguesas, más ricas de dinero que de hermosura. Rodin se esfuerza por hermosearlas en proporción a lo que pagan: para algunas es vana labor.

Nos dijo que le tienta la idea de trabajar una "Salambó" inspirándose en Flaubert. Ignoraba la muerte de Miguel Cané y pareció lamentarla: "era un espíritu muy culto, encantadoramente superficial". Demostró simpatía por Irurtia, recordó a Pellegrini, habló de Schiaffino y de sus artículos en "La Nación"; alegó plena ignorancia respecto de su crítico Groussac. Sin embargo esquivó conversar del *Sarmiento*: "Sí, el Sarmiento...", pero se mostró satisfecho del Apolo que magnifica el pedestal: "me gusta, salió muy bien".

Admira a Meunier, sin incurrir en la tontería de creerse inferior a él; gusta de Bistolfi, aunque el género funerario le parece muy banal. Se queja abiertamente de sus compatriotas, máxime de la gente oficiosa; cree ser más estimado en el extranjero. Y repitió el eterno refrán de todos los grandes hombres: nadie es profeta en su tierra. Sin embargo, desde hace dos años, le aplicaron una encomienda de la Legión de Honor. Y él la aguanta.

METCHNIKOFF

A los cincuenta años era apenas conocido; a los sesenta goza de celebridad mundial. Es un simpático viejo lleno de mugre

y de talento: parece que la una no estorba al otro; pero ello no significa que baste ser mugriento para ser talentoso. Las sucias canas de su barba parecen un borujo de lana vieja extraído de un colchón infantil. En el Instituto Pasteur enseña ciencia de la vida, esa alta ciencia que no sospecha el común de los galenos, inclinado a curar enfermedades cuya naturaleza ignora mediante drogas de problemática eficacia. Los médicos franceses se esfuerzan por no admirarlo: Metchnikoff los compadece, sin que ello les impida concurrir por docenas a sus lecciones. Es inútil la protesta del hierro dulce: el imán puede más; y el imán de hombres no está en el estómago sino en el cerebro. Los insectos acuden al foco luminoso; cuando son muchos pretenden opacar su luz, pero mueren por millares. Y el foco sigue resplandeciendo.

Su juicio es de filósofo a la vez que de ironista. "Para ser médico la ciencia huelga; un médico no está obligado a ser hombre de ciencia, ni pensardor, ni estudioso, ni escritor, ni nada; basta ser curandero diplomado. Mis "estudios sobre la naturaleza humana" hacen sonreir a los médicos prácticos; me reprochan que yo no lo soy y que mis libros son de especulación filosófica o literaria. Algunos me compadecen. Yo sé que prefieren un abundante recetario de jalapas y calomelanos, pero no soy capaz de escribir un libro de tanto vuelo; me resigno a ser hombre de ciencia, mientras ellos remontan el pináculo del curanderismo". Entra en clase como un proyectil, habla desde la puerta y gesticula activamente. El tiempo le es breve para decir lo mucho que sabe. Carece de preámbulos. Enuncia ideas, expone datos, refiere hechos, siempre con talento y originalidad. Para probar que el microbio del cólera es impotente si llega a un organismo sano, tragó una vez un cultivo del terrible huesped: aun está vivo y sonríe cuando refiere el caso para corroborar esta alta enseñanza: el microbio es inofensivo si no hay predisposición, si no están debilitadas las defensas naturales del organismo. Sus investigaciones sobre cierto mal de origen amoroso dieron lugar a comentarios más risueños que los clásicos de Moliére. En un escenario de París aparecía Metchnikoff seguido por dos monos que no habían amado jamás, inoculados con propósito experimental. Decían enormidades; en París los monos de los teatros hablan hasta por los codos. Y, lo que es peor, dicen chistes.

Los estudios de Metchnikoff sobre las causas que abrevian la vida humana y los medios de evitarlas, fueron acogidos con escepticismo. El se burla de los incrédulos; nos decía con envidiable gracia: "tengo ya sesenta años y espero vivir otros

sesenta para demostrar que podemos alargar la vida''. Salvo error u omisión.

Fraya

En los tés vespertinos ofrecidos por Emilio Buloz, hijo del fundador de la *Revue de deux Mondes,* intimamos con una joven señora, bien parecida, perspicaz en grado sumo y viuda. Su boca es sonriente, su nariz afilada, los ojos picarescos; mirándola de perfil nos hacía recordar el ''Apolo Arcaico'' del museo de Atenas. Tiene afición por los estudios psicológicos y los aborda con tanto desenfado como buena intención. Tras pocos minutos de cháchara hizo nuestro retrato psicológico, bastante acertado. Su exactitud fué su propia condena:

—Ya ve Vd., madame Fraya, que no es necesario leer las manos para conocer el carácter de las personas.

Se turbó un poco. En rigor, aunque se repuso rápidamente, se confesó vencida. Esta inteligente señora practica la quiromancia. Recuerda haber leído en la mano de un argentino ''muy alto, sin barba, parecía un hombre de gobierno; tenía la muñeca muy grande''. Ignora su nombre; ¿sería Pellegrini?

La celebridad de Fraya promete superar a la de madame de Thébes, famosa universalmente. ¿Lee algo en la mano?

Es indudable que difieren la mano de la cortesana y la del luchador, la del viejo y la del niño, la del tipógrafo y la del curtidor, la del orfebre que cincela y la del boticario que hace píldoras, la de un almacenero de suburbio y la de un tuberculoso que agoniza en un sanatorio.

En este sentido la quiromancia parte de premisas verosímiles; de ellas pueden inferirse presunciones perfectamente lógicas, variables con la perspicacia individual del observador. Ya conocemos los prodigios de este orden que Conan Doyle hace realizar a su interesante Sherlock Holmes.

Sin embargo, todo eso nos parece súperfluo para el ejercicio corriente de la quiromancia. Para conocer a los postulantes vale mucho más una rápida perspicacia; podríamos citar a muchos ''conocedores de hombres'' que no leen las líneas de la mano. Esa aptitud nativa se perfecciona por el ejercicio consuetudinario; en madame Fraya, y en otras quirománticas, debe estar desarrollada en grado sumo. A los cinco minutos de estar con una persona adivinan su temperamento, sus inclinaciones, sus gustos y aun sus pasiones del momento. Tie-

nen ojo clínico para conocer el carácter humano, como otros lo tienen para diagnosticar una enfermedad o para justipreciar la fecundidad de un campo.

Cuando "lee la mano" sabe ya a que atenerse respecto de su cliente; y rara vez se equivoca al suponer lo que cada persona desea que le profetice.

EL VAGABUNDO ILUSTRE.

París, 1906.

Su obra es vida escrita, miseria hermoseada por el arte, dolor anestesiado por el talento. En cada hora de sus días ha relampagueado un drama terrible y emocional, como los narra en sus prosas. Contados escritores pueden jactarse de ser tan personales: pocos volcaron en sus cuartillas más realidad vivida y menos convencionalismos falaces.

El está en sus obras; se escribe en cada página.

Pone en los personajes girones de su propia alma, intensa a toda hora, trágica por momentos. Su pluma, recogida en la ciénaga, tiene al propio tiempo agudas fidelidades de cincel y hondos sadismos de escalpelo: cuadros y escenas como aguas fuertes, pasiones y conciencias dignas de Shakespeare o Dostojewky.

Diríase que admira el dolor; con frecuencia se inclina a amarlo. Fíltrase el vicio a través de su ingenio y sale embellecido por el corte sobrio y definitivo de su estilo: toda espina parece flor, toda amargura consuelo, toda pena esperanza.

El dolor ajeno le es familiar, trasunto acaso del propio. Su grito de angustia es un rugido que estremece pero no apiada: el clamor de los fuertes suena a invectiva, no a lamento. Dilacera con saña el alma de su pueblo, exponiendo vilezas al sol y cobardías a la intemperie. Sus metáforas crujen como barras de acero al rojo blanco y llevan color de ascua. El giro de su elocución es incisivo y terso, la frase decidida y brillante: como un filo de sable que se desenvaina.

*

Le vimos una vez sola, en ocasión inolvidable.

Cielo de plomo negruzco, sin una estrella, cubriendo con su opacidad los impudores del París nocturno. Luces atenuadas por la niebla y temblorosas por el frío implacable, desplegadas en doble hilera a lo largo del bulevar clamoroso de jarana y de alcohol. Mujeres escuálidas como las pinta Anglada y jóvenes exhaustos que parecen brotados bajo el lápiz violen-

to de Steinlein. Más mujeres y más jóvenes, en parejas bien estrechadas por la temperatura y por el deseo, chachareando todos en tantas lenguas cuantas fueron las innúmeras de Babel.

Algunas figuras de probables estudiantes y dudosas grisetas; muchos parásitos acechando sus presas, con los gruesos labios desbordantes de besos y los rudos puños listos para el castigo, según sea menester; en pandillas los apaches con sus gorras ajustadas sobre los cráneos que meditan pavorosos dramas rocambolescos.

Uno tras otro llegan carruajes por docenas, provenientes de allende el río, desde los grandes bulevares, cargados de ilusos que acuden a visitar el soñado Barrio Latino que antes les sedujo en las páginas ingenuamente conmovedoras de Murger.

En esa hora todo romanticismo se hiela en las venas. Entre la turba vése algún falso Rodolfo con melena y sin talento, o alguna Mimí de contrabando, cuyas siluetas intérlopes se deslizan furtivamente sobre el Bulevar Saint Michel, rumbo a alguno de esos bailes estudiantiles que el bajo París tiende como red a los extranjeros ebrios de voluptuosidades corrosivas, antros cuajados de humo espeso y perfume de Suburra.

Y sigue el cinematógrafo, ora interesante, ora tedioso, risueño y trágico, sonoro y mudo, jovial y triste, pareciendo estar los hombres en un dantesco girón de condenados en pena y las mujeres en un manicomio de pajarillos frívolos.

Ese es el "bulevar" actual, donde nunca se ve a un parisién que se respete; en vano se buscaría allí a los herederos de Alfonso Karr, de Glatigny o de Aureliano Scholl. El París que piensa y estudia no pierde sus noches en el bulevar; el espíritu y la gracia han huído ante la invación de los rastas extranjeros.

*

Sentados frente a la plaza de la Sorbona, separados de él por una limonada y su coñac, oíamos los díceres sombríos de un médico polaco cuya amistad hicimos en la Salpétriére; nos narraba el torturante ajetreo de la vida intelectual en su país, donde el delito de pensar se castiga aun más severamente que en nuestras repúblicas de alma cartaginesa. Su palabra urdía en mal francés verdaderos poemas de amargura; los músculos de su cara parecían crugir al contraerse en muecas de cruel desesperanza. Los nombres de Stepniak, Tcherchesowky, Dostojewsky, Gorky, Andreieff, traían aparejadas cien anécdotas de dolor y de ignominia: acudían a la memoria los

poetas románticos de Polonia, el gran trío de Mickiewics, Slowacki y Krasinsky, cuya verba tuvo inspiración profética y cuyo gesto fué siempre de apóstoles soñadores. Hablamos también de Tolstoy, el tonto sublime, cuyas tres o cuatro novelas prodigiosas apenas le hacen perdonar los cien panfletos ingenuos que le consagran arquetipo de la banalidad mística.

De pronto, mirando hacia todas partes como temiendo ser espiado, un sujeto de mal talante llegóse hasta nosotros. A primera vista sólo podía ser un atorrante o un pechador.

Un amplio gabán de color incierto le cubría hasta los pies, dejando entrever dos zapatos macizos; traía levantado hasta las orejas el cuello de terciopelo, calvo y untuoso al mismo tiempo. Bajo el ala de su sombrero bohemio relumbraba una melena lacia. Lo poco de su cara que alcanzamos a ver tenía cierta expresión firme que es privilegio de algunos genios y de muchos bandoleros. Dijo a nuestro amigo pocas palabras, las más indispensables para su objeto. El médico polaco nos pidió permiso para alejarse algunos minutos: su interlocutor contestó a nuestro saludo con una brusca inclinación de cabeza, más parecida a una amenaza que a una galantería, y ambos se alejaron en dirección al Trocadero, de prisa, inseguros como buhos ahuyentados por las luces indiscretas del "Boul' Mich'".

*

—Pobre amigo! — exclamó al regresar, conteniendo un sollozo que hinchaba de lágrimas sus párpados.

—...?, interrogamos con el ceño.

—¡Pobre Gorky! — añadió en voz baja. — Está acongojado. Ayer supo que uno de sus más caros amigos fué enviado a Siberia; hoy, para que uno solo de sus días no transcurra sin gota de hiel, hoy murió en París un muchacho de veinte años, un discípulo predilecto, acaso el que más prometía...

—¡Tan joven!

—En Siberia habría muerto antes que en París; la tisis le minaba los pulmones. Allá nadie hubiera protegido su agonía: aquí siempre tuvo la ayuda generosa de Gorky...

—Y este ¿era Gorky?

—Sí! él! Dentro de esa burda hopalanda y bajo ese gesto severo vibra un alma tierna e inquieta: hay un romántico detrás del realista, una caricia en su mano tosca, una lágrima bajo cada amenaza.

—Un Musset que parece un Zola...

—Sí, doctor. Su prosa brusca y varonil, su palabra agre-

siva, su gesto de presidiario, son el antifaz de un corazón simple, lleno de sentimentalismos exquisitos. Por ese motivo sus amigos queremos tanto al hombre como admiramos al escritor.

Tan conmovido nos pareció, que preferimos cambiar de tema para poner término a su amistosa tristura.

*

Así conocimos a Gorky. En el desgarbo de su hopalanda adivínanse nostalgias de sus vagancias. Su mirar dulce y penetrante denuncia un corazón fecundo en ternuras detrás de la fisonomía patibularia y hosca; solamente su melena de león enjaulado puede revelar que anida en su cerebro los misteriosos resortes que le consagran alquimista de espíritus e intérprete de la realidad.

Después de conocer al más ilustre, todo vagabundo debe inspirarnos interés. ¿Quién asegura que no lleva un Gorky dentro?

UN DIA DE ELECCIONES EN PARIS.

París, 1906.

Acaso no tengan razón los que miran la política como una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurra en la flaqueza de ser candidato.

La política tiene ventajas, aunque no lo afirme Renán; las tiene. Para nuestro gusto, las mayores son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de carnaval juntos. En París, como en Buenos Aires, todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los "Derechos del hombre" muchos zampatortas se toman en serio; cualquiera se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza de la patria, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la moralidad política y administrativa. Todo ello es de una desvergüenza patibularia o de una tontería enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo a las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar a diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno suele ganar cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado; pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder suelen obrar como todos los gobiernos: "to be or not to be".

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez. Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el congreso, como si la

diputación fuera un honor o una carrera profesional. Henry Maret — cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones de francos desplegados en guerrilla por su adversario Rothschild — ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera parlamentaria es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán; lo mismo que un escribiente ascendido a auxiliar de secretaría; toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en ésta se lo pierde cada cuatro años y el pobre diputado tiene que recomenzar su vía crucis de enredos, promesas y discursos para... no ser más que antes si triunfa o desaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos le felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran a un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado a sargento, ni siquiera a cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionado; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años o medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

*

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de sus conciudadanos. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados; dos o tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio o virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje a sus cualidades; los empresarios de elecciones ignoran la dicha de admirar a los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso a su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del éxito merced a la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pretensiones de gobernar al país, desahogando su vanidad o su piratería bajo pretexto de sostener ideales e intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en

todas partes, la masa de los "elegidos del pueblo" suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el parlamento. Ya es un rico terrateniente o un poderoso industrial que paga a peso de oro los votos coleccionados por un agente electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal, único accesible a su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira a ser dirigente de la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples "hombres que no existen".

Los deshonestos son legión; toman por asalto el parlamento a fin de entregarse a toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto a empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el estado, cobrando sus discursos a tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales a sus electores; comercian al menudeo su posición parlamentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política suele ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya a todos los gobiernos.

Los serviles merodean por los congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia o probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre a batir palmas cuando él habla y a ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, portavoces de algún apostolado o representantes de ensueños colectivos; pues los hay y sólo por ellos el conjunto parece menos despreciable. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse a la política.

—¿Estudia mucho?, le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado a la Economía Política, a la

Sociología, al Derecho Constitucional, a las Finanzas, a la Historia, al Derecho Internacional...

—No, nada de eso..., repuso sonriendo.

—¿Entónces?

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces a almorzar... Pronto seré diputado.

*

El 20 de Mayo presenciamos en París el segundo acto del sainete electoral.

Resistimos fácilmente a la tentación de comentar en serio asuntos que no lo son: muertos que votan, vivos que venden sus libretas, candidatos que gastan dinero, escrutadores que escamotean votos, ingenuos que se entusiasman y bribones que mienten con elocuencia. Es inútil describir esas minucias, pues en nuestra América suelen verse elecciones tan adelantadas como en París.

Pero hay, en las de aquí, un factor que allí no se conoce: los programas de los candidatos y los carteles electorales. Comenzaremos por los títulos de éstos, que oscilan entre el más pavoroso terrorismo y la comicidad más grotesca.

En el barrio de los estudiantes dispútanse el diploma el conservador Auffray y el socialista Viviani. Los carteles reaccionarios se titulan: "La libertad en peligro", "La desvergüenza masónica", "Respuesta a una respuesta", "La sangre de Dantón", "Bebida por cucharadas", etc.: los socialistas retrucaron como sigue: "Una infamia". "Respuesta a los sicarios", "Basta de respuestas", "Temblad", "El juicio final". etc.

En el Hotel de Ville, entre el nacionalista Galli y el célebre juez Magnaud, radical-socialista: "Gracias, hombres decentes", "Respuesta a una maniobra desleal", "La tiranía radical-socialista", "!La libertad protesta!", "Candidatos pedigüeños", "El juez de los masones anarquistas", "A la horca las sotanas". etc.

Entre Armand Charpentier y Tournade los títulos fueron más metafóricos, gracias a la fantasía literaria del primero: "Nada de confusión. nada de confesión", "La carabina de Ambrosio y el monóculo de Chamberlain", "La paja y la pólvora", "La linterna y la vejiga", "El siniestro fantasma", "La torre de Babel", etc.

Lo mismo ocurrió en todos los distritos. Leyendo esos títulos será fácil suponer lo que diría el texto de los carteles

electorales. Calumnias, titeos, infamias, lodo, indignidad, bajeza, mentira: los candidatos se someten a todo por conseguir de los electores la limosna del voto.

Esta es la lección de política que se recibe en un día de elecciones, un siglo después de la Gran Revolución

*

Los carteles electorales tienen ya su historia. Las anécdotas que espigamos a continuación circularon por más de cien diarios y revistas de París, regodeando a los lectores antiparlamentarios. Uno de los mayores beneficios del sufragio universal en Francia fué dar a conocer la candidatura Marcerou, la eterna candidatura que se presentaba en todos los distritos. El candidato no perseguía honores oficiales, ni pretendía arreglar el mundo; su propósito era mucho más práctico: llamar la atención de los electores sobre una nueva marca de betún para lustrar calzado. El candidato no agregaba a su nombre ninguna indicación política; no era un Marcerou republicano, ni un Marcerou bonapartista. Se contentaba con indicar su carácter de "fabricante de betún" y su profesión hacía las veces de profesión de fe: el betún era su programa.

Marcerou fué un candidato travieso; ha habido centenares de candidatos ingenuos cuyos programas se han hecho célebres.

En 1848 hubo un Charlemagne Bejot que preconizaba en el suyo una ley obligando a los hombres a casarse antes de los veintidós años. En 1849 fué célebre el candidato Colson; garantizaba a sus electores que, llegado al congreso, revelaría al mundo las causas y los remedios de las enfermedades de la papa y de la viña. Un médico, Grégoire, ofreció renunciar su sueldo en favor de las víctimas de los accidentes de vehículos. Pierre Manchón prometió curar todos los males sociales mediante "la aplicación de la tesis, la síntesis y la antítesis". Un autor dramático Fougas, se comprometió a ditribuir al pueblo los millones que producirían sus obras.... cuando se representaran. El más temible de todos los candidatos fué Preban, el cual empeñó su palabra de honor de que en caso de ser electo, "ocuparía la tribuna desde la mañana hasta la noche"; y ¡cosa rara! los electores no tuvieron el tino de elegirle.,

Sin embargo, todos los candidatos excéntricos, burlones, desequilibrados o imbéciles obtienen algunos votos. El célebre candidato Captain Cap, que algunos consideran una simple fantasía literaria del ingenioso Alfonso Allais, existió real-

mente. Su verdadero nombre fué Caprón y presentó su candidatura a los electores de Montmartre con un programa netamente "antiburocrático". Muchas personalidades literarias del Chat Noir y del Auberge du Clou le apoyaron con alegre entusiasmo, consiguiendo reunir una compacta minoría de ciento veinte votos. Sea como fuere, el hecho real fué que ciento veinte ciudadanos usaron, como de un juguete, de esta libreta electoral que desde hace un siglo se proclama sagrada.

Quince votos obtuvo, en Loire, un adversario del mismísimo Waldeck Rousseau; entre otras cosas prometía, por cuenta del estado, "instalar en todas las casas máquinas para rechazar a los acreedores". Este candidato era un verdadero apóstol y jamás se dudó de su buena fe.

No nos ha parecido tan ingenuo el candidato Jules Laurent, cuyos carteles hemos leído en el distrito de Battignolles; se presentó como candidato "republicano, radical, socialista, revolucionario, anarquista, nacionalista, vividor, quesista y sobre todo fumista". Su programa, difundido profusamente en el barrio, consta de los siguientes artículos: 1.° Separación de Battignoles del Estado. 2.° Se dará de oficio la Legión de Honor a todos los ciudadanos. 3.° Las palmas académicas serán declaradas de utilidad pública. 4.° Reglamentación severa de la conducta de las suegras. 5.° Teresa Humbert será nombrada tesorera general de la nación. 6.° Creación de una escuela nacional de robo. 7.° Trasporte de la torre Eiffel a la plaza de Battignolles. 8.° El gas y la electricidad serán substituídos por la luz astral. 9.° Las calles del barrio serán regadas con agua colonia. 10.° Supresión de todo lo que estorba: conserjes, peluqueros, diputados, cobradores, etc. Este candidato obtuvo una docena de votos.

Julio Guesde, candidato socialista, el día precedente al del segundo escrutinio se dejó decir en una entrevista que la jornada de trabajo podría reducirse ¡a 45 minutos!... Claro está que le eligieron. Mauricio Barrés, el ilustre académico, antes candidato revolucionario, se presentó esta vez como conservador, firmando carteles que dicen: "Salvemos a la Francia de los peligros espantosos que la amenazan, decapitemos la hidra masónica y demagógica, arrasemos el nido de la blasfemia y de la anarquía". Y claro está que también le eligieron.

En el barrio de las Grandes Carriéres, el ciudadano Constantino Dalechamp, dueño de un despacho de bebidas — y eminente bebedor él mismo — se presentó como "candidato

de los descontentos'', contra todos los partidos; obtuvo catorce votos sobre ocho mil votantes. ¿Ese resultado prueba que la cuestión social no es tan grave como la pintan?

El candidato Pépain, sabiendo que el sueño de todo buen francés es ser funcionario, estudió un medio práctico de realizarlo. ''Cada año se hará un cuadro teniendo en cuenta la densidad de la población, las escalas de mortalidad y el número de empleos públicos, de manera que todo francés, hombre o mujer, sea llamado a ocupar, durante el mismo espacio de tiempo, todos los cargos públicos. El ciudadano que goce normalmente de sus derechos políticos, antes de morir habrá sido, aunque sea por un minuto, presidente de la república y gran oficial de la Legión de Honor. Su cartel es muy simple: ''Pepain (de l'Orne) — Candidat fonctionnariste. — ¡Tout le monde fonctionnaire!''

Más expeditivo es el cartel de un médico de Montparnasse: ''Dr. Mortillet — Candidat unique''. Tuvo un sólo voto, el propio.

El diario de Drumont publicó la siguiente mentira: ''El negro Legitimus, electo diputado socialista por los negros que infectan la isla de la Martinica, propondrá que en homenaje a la igualdad socialista todos los negros sean declarados blancos; es su programa''. Drumont se divierte.

*

El criterio para elegir candidato es sumamente variable. Nos contaba el literato Max Fischer que en un pueblo de campaña ocurrió el siguiente caso. Por el aumento de población se creó un nuevo empleo de diputado; el señor Juan Buenhombre, amado por los vecinos gracias a su talento y virtudes, supo que el foragido Tristán Rompealmas osaba presentar su candidatura. ¿Cómo es posible — se dijo — que la población elija a este ejemplar de presidio? Viendo que nadie se presentaba contra él, Buenhombre mandó imprimir tres mil carteles y lanzó su candidatura, seguro de la victoria. El periódico de la localidad anotó semanalmente las peripecias de la campaña electoral: ''Total de votantes 10.000. Votos asegurados para Buenhombre 5.000. Para Rompealmas 0''. Este último tenía ya muchos enemigos y era de presumir que su candidatura acrecentara el número.

Una mañana Rompealmas aplastó con su bicicleta a un niño de tres años; como sus padres protestaran, los apaleó y

amenazó de muerte. Todo el pueblo se indignó; los electores estaban furiosos.

—¡Qué maldición para un pueblo tener un vecino de esta catadura y no poder librarse de él!

Buenhombre se frotó las manos, considerando segura su elección. Pero al día siguiente leyó en el periódico: "Votos asegurados para Buenhombre 5.000. Para Rompealmas 5.000".

Poco después Rompealmas dió de bofetadas a un anciano cegatón que no le saludó en la calle. La indignación llegó al colmo; algunos propusieron linchar al bandido, pero todos tenían miedo. Buenhombre se frotó las manos por segunda vez. El periódico le sorprendió. "Votos para Buenhombre 2.000. Para Rompealmas 8.000".

Buenhombre se dedicó a hacer toda clase de buenas acciones y sacrificios para reconquistar sus votos; en cambio Rompealmas hizo todo lo posible para afrentar a sus conciudadanos.

El día de las elecciones los diarios de París publicaron este lacónico telegrama: "Rompealmas, republicano, elegido por 10.000 votos".

Buenhombre se quejó al ver tanta ingratitud. Sus vecinos protestaron:

—Cuando un pueblo tiene la dicha de poseer un hombre tan simpático y bueno como usted no debe desterrarlo a la capital.

—¿Entonces — gritó Buenhombre estupefacto — habéis elegido a Rompealmas para libraros de él? ¿No pensáis que con cualquier pretexto podrá venir a molestaros?

Un viejo muy politiquero consoló a los electores:

—Los diputados, para librarse de su compañía en la cámara, le confiarán el primer ministerio vacante. Y después... el presidente del consejo de ministros será quien tenga que librarse de él.

Es posible que se hable de Rompealmas para suceder a Falliéres en la presidencia de la República.

EL SEÑOR CERO-A-LA-IZQUIERDA

Niza, 1906

De paseo por los alrededores de Niza: cielo claro, los árboles a medio vestir, horizonte sereno y tranquilo, palideces de luz en todos los rumbos como en un paisaje de Corot. Aquí una choza triste rodeada por jardines policromos; allá una moza vigilando sus vacas blancas dispersas como granos de arroz sobre el inmenso verdor de la pradera; más lejos un sendero tortuoso e interminable serpenteando en el valle como tenue víbora inquieta. Y en el fondo los Alpes Marítimos dibujando sobre el azul su línea irregular, como el margen de un libro cuyos pliegues rompemos sin paciencia con los bordes de la mano. A la derecha, sobre la falda abrupta de una sierra, un olivar ponía su pincelada vasta de sombra y de tristura. A poco, rumbo al vecino pueblo de Grasse, muchos vergeles en flor; allí tropezamos con tres siluetas humanas, dos jóvenes y un viejo, que igual pudieran encontrarse en un volumen de Zola o en una página de Gorki.

Sus toscas manos cortaban rosas pálidas que caían desmayadas en banastos de mimbre y de caña; los pétalos temblaban entre la brusca tenaza de los dedos, como se estremeció el busto frágil de Ana Bolena al contacto del verdugo londinense. Es una de las crueldades necesarias para la industria de los perfumes; ¿cómo podría comprender el rico burgués de Grasse que las rosas pálidas deben ser recogidas por manos galantes y agonizar entre los senos de una Afrodita hermosa? Menos comprenden estos infortunados campesinos, que en cosechar las rosas ven sólo un oficio; a fuerza de recogerlas durante muchos años no sienten ya su perfume, ni deleita su vista el matiz suavísimo de las corolas sonrientes a la tibieza del sol, ni cosquillea sus dedos el suave contacto de los pétalos sedosos. Trabajan como bueyes uncidos a un yugo, sin cariño por la tierra fecunda ni por las flores aromosas como incensarios. Sin embargo, a la distancia, sus espinazos encorvados parecían cuellos de viejos cisnes obscuros y el cuadro despertaba evocaciones poéticas: un carmen de Horacio o una tela de Millet.

¿Por qué no entrevistarles sobre la actualidad política de Francia? Presidente nuevo, senadores nuevos, inminente renovación de la cámara de diputados y otras novelerías de bulto, pesan sobre sus hombros. Son ciudadanos, y como tales la constitución les concede el privilegio de pagar los impuestos y la ilusión de elegirse gobernante. ¿Qué piensa de "todo eso" el Señor Cero-a-la-izquierda?

•

Al acercarnos, los tres se irguieron a medias, nos dieron los buenos días, tímidamente, en su dialecto endiablado, mezcla de marsellés y piamontés con alguna pizca de castellano. Fácilmente hicimos cordial amistad, mediante un cigarrillo por cabeza. Charlamos del tiempo, de las flores, del trabajo, de los extranjeros que llegan a Niza huyendo del espantoso clima invernal de París — bruma, lodo, lluvia y meretrices — y charlamos también de otras cosas inútiles como preámbulo a la más inútil de todas para ellos: la política.

—¿Habéis oído hablar del nuevo presidente?

El viejo se encogió de hombros y agregó, señalando al más joven:

—Yo soy un trabajador honesto y no me gustan las intrigas. Este sí, lee los diarios y el otro día nos contó que ahora han inventado otro presidente.

El joven, que acechaba la ocasión de hablar, intervino de prisa:

—Yo soy un ciudadano y un patriota. Sé que el nuevo presidente se llama Falliéres y puedo asegurar que debe ser un gran hombre...

—¿Por qué debe serlo? — interrumpimos.

—Porque le han nombrado presidente. En Francia no es presidente cualquiera; tiene que ser un hombre extraordinario, como antes era el rey. Por eso nos manda a todos.

—¿Usted lo ha visto alguna vez?

—Personalmente nunca; pero salió el retrato en "mi" diario. ¡Ya lo creo que me gustaría verlo! Debe ser un hombre hermoso, alto, robusto, sabio, muy bueno...

—¿Y qué más? — interrumpió con sorna el otro joven.

—No le haga caso, buen señor: a éste le llamamos "el loco". Se ríe de los que nos mandan; no quiere comprender que un presidente no es un hombre como los demás. ¡Pues sí! Yo cursé toda la escuela elemental, presté mi servicio en el

ejército y soy ciudadano de la Francia, que es el primer país del mundo. Y tengo derecho de asegurar que un presidente es el hombre más sabio y más bueno...

—Está bien: pero no tanto como lo era el rey, ni como lo es el cura de nuestra parroquia, ¡no exageres! — corrigió el viejo.

—Falliéres es más sabio y más bueno que el rey, que el cura y que todos; para eso es presidente.

Mientras el viejo cabeceaba negativamente, "el loco" nos dijo sonriendo:

—Ya ve, señor. Todo está en averiguar si el cura y el rey son mejores que el presidente. Yo siempre les digo que son iguales y que son hombres como nosotros; por eso me llaman "el loco",

—¿Cómo nosotros? — exclamó el viejo persignándose.

—¡Claro! Nosotros nos ocupamos de nuestros oficios y ellos de los suyos. Estos simples no quieren creer que juntar rosas es tan importante como decir misa o hacer discursos; aparte de que es más lindo...

*

El ciudadano, lector de "su" diario, creyó justificarse con estas palabras:

—Yo, señor, no soy un tonto como él. Yo no pienso con mi pobre cabeza de ignorante, no tengo esa pretensión: yo repito lo que dice "mi" diputado cuando viene a pronunciarnos un discurso muy lindo, ¡viera qué discurso! Ya se lo he oído a él mismo tres veces y siempre me hace llorar de patriotismo, porque, además de republicano, es radical. ¡Y qué radical! Habla sin cortarse nunca y le han tomado el discurso en esas máquinas que hablan solas.

— En el fonógrafo.

— Yo no necesito saber el nombre de la máquina. Pero cada mes, cuando bajo al pueblo, me gasto diez céntimos para oírlo de nuevo.....

—Sí, sí. ¡Harías mejor en oír todos los domingos los sermones del cura! Y son más buenos, porque siquiera algunas veces son diferentes y no hay que pagar diez céntimos para oírlos. Además el cura dice siempre la verdad, lo mismo hoy que hace cincuenta años. — El viejo temblaba de emoción al pronunciar estas palabras.

— Pues yo, señor, me quedo con lo que dice "mi" dipu-

tado. Este viejo no lo quiere porque los diputados son amigos de los presidentes y ahora éstos se han peleado con los curas. Pero la verdad es.....

— El cura dice que entre los presidentes y los diputados les han robado todos sus bienes a los que van a la iglesia.

— ¡No es cierto! Esa es la ley que se llama de la separación de la Iglesia y del Estado. Y la ley no la hacen los presidentes y los diputados, la hace el pueblo, el pueblo soberano desde que la Gran Revolución rompió sus cadenas....

Y "el loco", al desgaire:

—¿Y quién es el pueblo?

—Los ciudadanos, nosotros.

—¿De manera que tú eres el pueblo?

—¡Sí; en la escuela he leído los derechos del hombre!

—¿Entonces, tú has hecho esa ley de la separación?— gruñó el viejo, entre indignado y sorprendido.

El ciudadano se quedó pensativo, sin saber qué contestar.

*

—A mí no me agarran más esos charlatanes—dijo "el loco". Primero nos dicen que somos ciudadanos, que nos van a proteger, que nos aumentarán el jornal, que los grandes destinos de Francia están en nuestras manos, que el trabajo ennoblece y dignifica al hombre, y mil paparruchas agradables al oído, hasta que llega el día de las elecciones. ¡Y los viera, señor! Vienen de chambergo a visitarnos a nuestras covachas, nos dan una palmadita en el hombro, nos tutean, felicitan a nuestras mujeres por su buena salud, se sientan los chicos sobre las rodillas sin fijarse en que les ensucien los pantalones recién planchados y al irse nos aprietan la mano con gran efusión o nos pagan un ajenjo barato en la taberna vecina. Parecen viejos amigos...

—El mío lo es de verdad—repuso el ciudadano.

—¡Ya se ve!.. Hasta el día de las elecciones. Ese día nos llevan a votar como carneros.

—¡Eso no lo dirás! ¡Te consta que "mi" diputado nos manda buscar en birloche y que en la fonda de la Fraternidad Republicana tenemos almuerzo y beberaje gratuitos!

—¡Sí! Pero al día siguiente... si te he visto no me acuerdo. Gran chistera, gran levita, gran cuello; ya no nos saludan cuando pasan por el camino mientras nosotros sudamos la gota gorda en el trabajo; y de yapa, si no tene-

mos cuidado, nos aplastan una criatura con esos coches que andan muy ligero sin caballos. ¿A mí? ¡Maní! Que le cuenten a otro que los destinos de Francia están en nuestras manos; yo no creo en la política.

—Haces mal—replicó el ciudadano.—La Francia, como dice el discurso de "mi" diputado, es la madre de todos nosotros y a ningún hijo pueden serle indiferentes las cosas de su madre.

El viejo opinó con mucha calma:

—No, hijo mío. La madre es la Iglesia, como enseña el cura los domingos. Lo que "el loco" dice de los diputados de ahora es la pura verdad, se ríen de nosotros. Yo voté la otra vez por el mismo por quien tú votaste; pero fué porque el patrón del campo me iba a despedir si no lo hacía. Sin embargo, me confesé la mañana siguiente y el cura me perdonó con tal que no lo hiciese más.

—Pero volverá a hacerlo en las elecciones de abril, porque usted aunque viejo, es un ciudadano libre y por eso tiene que hacer lo que diga "mi" diputado.

—¿A eso le llamas ser un ciudadano libre?—dijo "el loco"—Se conoce que has ido mucho a la escuela y sabes leer "tu" diario. Con razón estás orgulloso de ambas ventajas....

—A tí también te despedirán por loco.

—Puede ser. Pero yo no soy viejo todavía y encontraré trabajo en cualquier parte. Yo no voto, yo no voto más porque "tu" diputado es un embrollón. Antes de las elecciones me prometió una plaza de chauffeur en ese coche que anda muy ligero sin caballos y después me plantó....

*

—¡Se conoce que el despecho te hace hablar! Si hubieras oído la parte de "nuestro" discurso que explica las nuevas leyes que van a hacer....

—¡Linda cosa! Eso de las leyes nuevas hace un siglo que lo repiten. Para mí las leyes son simples torniquetes para sacarnos la plata de los bolsillos. Cuando hemos trabajado un día entero para juntar un carro de rosas y las llevamos a la fábrica, nos cobran tres sueldos, porque dicen que hay una ley; cuando sube el precio del pan, el panadero dice que hay otra ley; cuando murieron el tata viejo y mi angelito inocente tuve que pagar para enterrarlos, porque

hasta para morirse han inventado una ley especial ¡Estamos frescos si tu diputado sigue haciendo leyes nuevas!

El viejo quiso poner las cosas en su lugar:

—No hay que hablar mal de las leyes; toda ley es justa y respetable. Dios, cuando hizo el mundo, hizo también la ley. La Santa Madre Iglesia tiene sus leyes y el Rey también las tuvo. Lo malo es que ahora quieren hechar a todos los reyes y separarse de todas las iglesias; eso es lo malo.

—No, no es eso; interrumpió "el loco".

—Sí, muchacho, es eso. Ahora los que hacen las leyes son hombres que hablan; el cura dice siempre que estas leyes de hoy no son más que habladurías y que pronto van a acabar.

—¡Nunca! — rugió el ciudadano. "Mi" diario dice otra cosa; el presidente Falliéres vá a aumentarlas para hacer respetar los sagrados principios de la Revolución Francesa, los inmortales derechos fundados en la Libertad, La Igualdad y la Fraternidad.

—¡Oh ingenuo!— exclamó "el loco", riendo a mandíbula batiente. ¡Nuestra libertad.... y si no votamos por "tu" diputado nos despiden del trabajo! ¡La igualdad entre los que pagamos cada ley que ponen y los que cobran sueldo para ponerlas! ¡La Fraternidad que nos rehusa la mano después de las elecciones y nos aplasta la criatura con el coche que anda ligero sin caballos!

El asunto del automóvil le hervía en los sesos.

*

La discusión entre ellos se agriaba; resolvimos cambiar tema. Pocas conversaciones políticas nos han parecido más interesantes que ésta, cuya disparatada ingenuidad deja traslucir la verdadera mentalidad política del campesino francés. Nos dirigimos al viejo:

—¿Ha oído hablar de la guerra entre Rusia y el Japón?

—No los conozco, deben ser reyes de ahora o presidentes.

—Son dos países.

—¿Países?

—Si, dos países, como Francia y Alemania.

—Antes no había tantos. He oído hablar de la Italia y de que hay ingleses. Esos otros deben ser cosas nuevas. ¡No le decía yo que todo anda mal! Los diputados, además de hacer

leyes nuevas, inventan países nuevos para que haya más guerras.

—¿Le parecen malas?

—Ya lo creo, pero no hay remedio. Cuando el rey de Francia se enojó con el de Alemania tuvimos que ir a la guerra todos los pobres. Me acuerdo que fué mi padre, que fueron mis tres hermanos y yo también fuí. El viejo y dos de mis hermanos murieron, ¡pobrecitos!, nunca habían hecho mal a nadie...

El viejo se enjugó algunas lágrimas con el faldón de la chaqueta. Y siguió:

—A mí me hirieron en un brazo, pero estoy contento porque me dieron una cintita azul. Lástima que no puedo usarla, pues nunca bajo a la ciudad...

—¿Y por qué fueron a la guerra?

—Eso es otra cosa. Hay que ir porque el rey lo manda. Por eso no me gustan los reyes de mal humor; ellos se enojan y los pobres tenemos que hacernos matar.

—¿Y ellos?

—Ellos se arreglan cuando nosotros estamos todos muertos. Pero hay que tener paciencia; la guerra es un castigo que nos manda Dios y hay que saberla sufrir con resignación. Dice el cura que si Dios no quisiera no habría guerra.

—¿Pero, entonces, la culpa no es de los reyes?

—Ahora no, ahora es de los presidentes...

El ciudadano ardía por interrumpir y acabó por hacerlo:

—La guerra, dice "mi" diputado, es para defender a la Francia que es la madre de todos nosotros; debemos ir aunque no sepamos por qué.

—Y aunque nos maten,—refunfuñó "el loco".

—¡Naturalmente! Si hubieras oído a "mi" diputado no hablarías con tan poco juicio. Aunque no lo dice muy claro, porque en política nunca se debe hablar claro, da a comprender que todos los alemanes son unos pícaros y quieren matarnos a todos los franceses de por acá, como ya mataron a todos los de Alsacia y Lorena; y dice también que si vienen los ingleses nos van a robar toda la plata...

—¡Qué lástima!—comentó el loco.—¡Ya no tendrás diez céntimos para oir cada treinta días el discurso de la máquina que habla sola!

—Ya ve, señor—nos dijo el anciano;—los hombres de hoy no se entienden más, desde que han inventado la política. An-

tes todos éramos como hermanos. Nos quitábamos el sombrero para pronunciar el nombre del rey, los hijos pensaban como los padres, el cura nos daba buenos consejos y no había que pagar nada para llevar a la fábrica un carro de rosas. Ahora es otra cosa: el pobrerío no se entiende, parece que en estos campos hubieran sembrado alguna hierba mala. Los muchachos se ríen de los viejos, los diputados nos hablan de cosas que ni ellos comprenden, los patrones nos llevan a votar, a los curas les faltan al respeto y cada día inventan otra ley para que paguemos ahorrando sobre la comida... Y a todo esto le llaman la política, la república y qué se yo.

—Los viejos no pueden comprender esto, pero los ciudadanos lo entendemos muy bien. No conocen las glorias de la Revolución Francesa, ni los Derechos del Hombre...

*

Amenazaba recitar otro capítulo del discurso de "su" diputado cuando el loco le advirtió que asomaba a lo lejos la silueta del dueño de las perfumerías de Grasse. Los tres volvieron a su yugo, mansitos, doblando otra vez sus espinazos como cuellos de viejos cisnes obscuros.

Solamente "el loco" se atrevió a despedirse; nos guiñó el ojo picarescamente, señalando al ciudadano:

—¡Este no quiere convencerse de que es un Cero-a-la-izquierda!

V

DOS DISCURSOS

AL PARTIR... (1)

Vuestro generoso aplauso colectivo me evoca sensaciones diversas: la tierna caricia de una madre que alienta al niño en sus primeros pasos, o la cita de un delicado verso clásico en la monotonía de una página prosaica, o el fecundo aluvión sobre una pampa calcinada por largo día de sol ardiente, o la clarinada del propio ejército al centinela perdido en la distancia y en la noche, expuesto a desorientarse. Descubro en el aplauso un estímulo; en el elogio un pacto. La celebración de este éxito me parece un violento hincar de espuelas sobre el flanco del trabajador que sospecháis cansado, compeliéndole a nueva y proficua labor, para exigirle realizaciones concordes con vuestros amistosos presentimientos.

*

Mucho cariño dictó, ayer, a un condiscípulo: "Has llegado", en una felicitación casi tierna.

¿Llegado? ¿Se llega, acaso, en la vida?

Sólo llega el que fracasa, porque llegar es detenerse. La vida es acción, el movimiento incesante. Vive el que nunca llega, el que se propone ideales cada vez más lejanos mientras se aproxima a cada uno de los que persigue. Llegar implica un renunciamiento a las posibilidades ulteriores.

La vida no debe ser uniforme y serena como una estepa sin confines. Es una cordillera infinita: debemos vivirla en perpetuo ascenso hacia más altas cumbres, progresivamente, corriendo siempre tras la quimera de un perenne más allá.

La ruta no es descabellada: aunque sobre la veta desbordante de nieve la refracción del sol ciegue al viajero; aunque la atmósfera difícil oprima los pulmones inexpertos; aunque, mirando al llano, la propia audacia cueste el vértigo de las alturas.

En la duda, ¿preferiremos que nos ciegue el verde reflejo del pantano inerte y cenagoso,—que nos ahoguen los

(1) Discurso pronunciado en 1904, en el banquete ofrecido al autor al obtener el Premio de la Academia de Medicina "a la mejor obra científica publicada en el país" por el libro *Simulación de la Locura*.

miasmas condensados en las llanuras apestadas de vulgaridad,—que nos asfixie el ácido carbónico que, por más pesado, se condensa en los estragos inferiores de la atmósfera?

Vida ascendente y programa infinito, debe ser la fórmula para la juventud. Llegar es acomodarse y reposar, gozando del trabajo pasado; es decir, enmoheciendo los engranajes.

*

La expresión de la vida es el movimiento, suele repetirse. Ante la soñolienta serenidad de un lago que induce a meditativas calmas, sentimos el íntimo deseo de quebrar la inmóvil frescura del agua; deseamos que un cisne surque la superficie melancólica poniendo su nota de movimiento sobre la perspectiva inerte y que una doble estela divergente rice con gracia coqucta, desde sus flancos, la infinita quietud. En el tranquilo jardín estival buscamos, instintivamente, la mariposa o el picaflor; y bajo la grave copa, el nido palpitante de ternura y de vida; y sobre los trigales maduros la ráfaga que arquea la superficie, en un oleaje grávido de espigas; y sobre el tedio de un mar soñoliento auguramos una vela distraída o una góndola sonriente...

Como buscamos el movimiento en la Naturaleza debemos buscarlo en la Vida, que es acción, diversa e innumerable, pero incesante.

*

Cualquier deseo será para nosotros el principio de una acción. Debemos preguntarnos, como el poeta: "¿Por qué la potencia humana no es infinita como el deseo?" Hacerlo todo, hacerlo sin reposo, antes que el sentimiento de la dificultad obste al deseo mismo.

Y, sin la admiración de estímulo, admiraremos por igual la actividad del que extrae la estatua elocuente del bloque mudo y del que arranca el neoplasma de la víscera enferma; admiraremos al sembrador que incuba en las entrañas de la tierra la germinación de las mieses y al domador que enfeuda en su voluntad los instintos rebeldes para que su cerebro dirija los músculos del bruto; al que emancipa, con instrumentos nuevos, la secular esclavitud de sordas glebas; y al que redime, con la inyección de suero, millones de niños envenenados por el microbio; y al audaz que trepa en la atmósfera y domina los vientos; y al que vigila, centinela sobre el espacio, el curso de las constelaciones, y lo adivina; y al que en los rastros silenciosos de piedras seculares ausculta el silabeo de idiomas muertos, descifrando, en el mutismo de los signos, la

historia lejana de otras generaciones que esparcieron su actividad, que fué su Vida, sobre el planeta.

Todo movimiento es bello. Toda acción es fecunda. Toda fuerza es admirable.

*

Los éxitos no señalan el final de la acción, no realizan ideales: en la vida intensa y ascendente no hay estaciones de llegada. Son, apenas, oasis de fresca sombra esparcidos en el interminable arenal que atravesamos. Alegran la vista, quebrando la monotonía del paisaje; aplacan la sed que la fatiga pone en las fauces del viajero; y, más que todo, sirven para medir con precisión el trayecto recorrido, sin prejuzgar el infinito que siempre queda por recorrer.

Para el hombre de ciencia, para el filósofo, para el artista, los panoramas son ilimitados, las rutas para la acción superan todo cálculo.

Penetrar los modos del ser y los misterios de la causa, en la naturaleza y en la vida; buscar las leyes que ritman la existencia humana; conocer y dilatar el curso de sus múltiples resortes fisiológicos; descubrir los secretos engranajes de la enfermedad y aplicarles el lubrificante de razonables terapéuticas, es ya un programa de exploraciones ilimitadas.

Sin embargo, apenas constituye un capítulo en el objetivo total de la ciencia, de la filosofía y del arte.

*

Si alguien pudiera representar a mi generación, en la que soy, apenas, uno de tantos legionarios, podría enunciar en pocos postulados el programa para toda la juventud intelectual: la que escudriña problemas científicos superiores y la que educa su espíritu en las letras y en las artes.

La inteligencia es cualidad vulgar en los argentinos. Ella se convierte en talento por obra del estudio pertinaz; en cambio, no pasa de frivolidad estéril si no es fecundada por una constante disciplina de trabajo. La actual juventud será legión de hombres de talento, en las ciencias y en las letras, si modela esa áspera arcilla de su inteligencia nativa hasta darle una vigorosa robustez de *Discóbolo* o una bellísima finura de *Perseo*.

La era de las improvisaciones declinará muy pronto; hay,

en la palestra, demasiados luchadores por la vida. Será cada vez más difícil ocupar una cátedra o ejercer funciones públicas sin aptitudes especializadas. La evolución de los pueblos civiles impone definir la división social del trabajo; tal vez, en un futuro no remoto, exija en cada profesor un sabio, en cada funcionario un técnico, en cada político un sociólogo.

Entonces llegará para la juventud la hora de las liquidaciones. Los activos, los infatigables estarán sobre el buen derrotero, mirando frente a frente los problemas del porvenir, como experimentados capitanes que ponen la proa hacia la nube lejana, sin temor a las tormentas que les son ya familiares...

*

Permitidme, amigos, que al agradecer esta demostración, asocie la medalla actual de la Academia de Medicina con un recuerdo que solía referirse en mi hogar modesto, recuerdo lejano, mas no por eso menos intenso en mi afecto.

Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional, dirigido por un virtuoso educacionista. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del Intituto; y el niño, menos contento por esa distinción de cuanto lo hubiera estado recibiendo un cartucho de caramelos, regresó al hogar, comunicó el resultado de los exámenes y con gesto displicente entregó a su madre aquel premio cuyo valor no comprendía.

Ajeno a la emoción provocada, oyó de pronto a su espalda sollozos mal reprimidos; volvió la cabeza y vió a su madre, la medalla entre las manos, los ojos húmedos de llanto.

He oído referir que el niño, inconsciente en sus 7 años del por qué de aquellas lágrimas, corrió hacia su madre, trepó sobre sus faldas y echó a llorar también él, diluyendo en ese llanto virgen, cuyas fuentes ciega para siempre la edad que pasa, las sílabas de una frase justificativa:

—No llore, no llore, no lo haré más: ¿qué culpa tengo si me han dado esa medalla?

*

En el presente caso huelgan las disculpas. Pero cabe expresar un voto y no resisto a la tentación de formularlo.

Os invito a levantar la copa, augurando que algún argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires, y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París.

Buenos Aires, 1904.

VOLVIENDO AL TERRUÑO... (1)

Si hay virtudes, si el bien y el mal no son simples disfraces verbales del placer y del dolor, diré que admiro entre todas la que diferencia a los hombres de las sombras, a las unidades de los ceros, a los que viven de los que no existen: la virtud suprema, la energía. Ella incuba el secreto de todos los éxitos para los individuos y de todas las grandezas para los pueblos.

Es el motor y la palanca de la vida, siempre multiforme y compleja; es triunfadora, inagotable, renace más vigorosa después de cada esfuerzo. Ella es ciencia cuando se aplica a observar o interpretar; es trabajo cuando produce y fructifica; es arte cuando sueña y cuando canta. Ella abrevia el espacio tejiendo telarañas de acero que agrietan las pampas y sembrando bajeles cuyas hélices conspiran contra el ritmo de los océanos; ella viola el tiempo y se le adelanta, enseñándonos a pronosticar los fenómenos venideros por la inconstancia de una aguja magnética; ella rompe el hijar de la montaña y abre en la masa de las cordilleras un paso a la civilización dominadora, como desafío de la potencia humana al aislador capricho de la naturaleza; ella separa continentes y funde océanos, cortando enormes estrechos como si fueran cuellos gráciles bajo el filo de ciclópeas guillotinas; ella, siempre la energía humana, enseña a ver lo invisible, a escrutar lo inescrutable, a manejar las fuerzas más extrañas e incomprensibles, a convertir en proficuos motores la violencia de la catarata, el calor del sol, el empuje de los ciclones, la majestuosidad de las mareas.

La historia de la humanidad es la historia de su energía, en todas las formas individuales y colectivas: la energía del que estudia y del que siembra, la energía del que enseña y del que combate, de la madre que cría, del poeta que rima, del labriego que siega, del amante que besa, del rebelde que clama.

(1) Discurso pronunciado en 1906, en el banquete ofrecido al autor, a su regreso del viejo mundo.

Vivir la vida es un privilegio de los fuertes; los otros la asfixian en la inercia o la marchitan en la sombra.

La intención no basta; es necesario el gesto. La promesa es falaz si la acción no la acompaña. Más aún: toda promesa debe ser ya el comienzo de una obra.

Invariable adepto de este culto, el balance de mis vagancias por Europa es sencillo y cabe en dos palabras: "he trabajado". Al volver hoy ante vosotros, con vacilación de mensajero que rinde cuentas ante un severo tribunal de iguales, recuerdo que vuestra cordialidad formuló otrora un presagio y me hizo adelantos en moneda de estímulo y de aplauso. Sólo pude corresponderos con mi labor intelectual. Vosotros diréis si pagué justo y de buena ley, compartiendo con ancianos ilustres la presidencia de un congreso científico internacional, disertando en los centros más conspícuos de la cultura europea y obteniendo para la ciencia argentina una recompensa honorífica de la más eminente academia médica del mundo. (1) Puse, en complaceros, mi intención mejor y mi pertinacia más obstinada.

Aceptadlas, si os place, como saldo honorable de mi deuda; si vuestra exigencia es más, contentáos con ver en ellas un nuevo compromiso para el porvenir.

*

Cuando se parte con una mentalidad ya definida, la vagancia por tierras lejanas aporta pocas convicciones nuevas, pero ajusta o corrige las que son más hondas en el espíritu. El conocimiento del mundo y de la vida, en fases más innumerables, sólo puede confirmarnos las nociones fundamentales de la filosofía científica: la evolución y el determinismo. Por la una sabemos que todo cambia y progresa, por la otra aprendemos que cambia subordinadamente a causalidades que son ajenas al voluble capricho de la voluntad humana.

Sólo intereses transitorios y accidentales podrían sugerir transacciones entre el fantaseo dialéctico y la disciplina de la ciencia. La madurez del pensamiento persigue la intelección sintética de los fenómenos del universo, cuya realidad es infinita y es una. Podemos, conforme a nuestro lente subjetivo, mirarla de cien modos, juzgarla según nuestros deseos, dolernos de ella si rompe alguna cuerda en la lira de nuestros sentimientos: mas siendo la realidad infinita y una, la sínte-

(1) Por la obra: "Le langage musical et ses troubles hystériques", 1906

sis de la filosofía partirá de las nociones básicas de la ciencia contemporánea.

*

Leve es cualquier bagaje de hechos y sensaciones; frágil es toda consolidación del saber, que siendo humano es por fuerza exiguo y precario; superficial es la incesante floración de los procesos cerebrales que la vida intensa complica.

Lo más fundamental en el espíritu ausente es el aprendizaje de afecciones que vinculan al terruño, que inducen a amar esa indefinible madre común, que hacen vibrar por ella como por una amante que empieza a idolatrarse cuando está lejana, que hacen desbordar fuentes sentimentales que suponemos cegadas cuando las obstruye su proximidad misma.

Es necesario haber sufrido la cruel lección de la nostalgia para comprender ciertas formas de afecto colectivo; la fraternidad universal es un ideal lejano, el amor por el país propio es un sentimiento actual. Los ideales abstractos pueden ser depresivos de la energía; los sentimientos cálidos la orientan y la fecundan.

El espíritu proscripto se puebla, a la distancia, de inenarrables recordaciones. Frente a un Lacio silencioso, donde tanta gesta de césares y de tribunos ilustró la historia de muchos siglos, la imaginación vuela de pronto y reconstruye la pampa monótona y grandiosa. Los más vastos panoramas de cumbres y quebradas helvéticas nos evocan la adusta majestad del Andes prestigioso y magnífico. En cada racha de mistral creemos sentir un roce de alas tenaces como la penetrante caricia del pampero. Junto a un Arno que madrigaliza crónicas de antiguas gentes florentinas, despierta en la memoria el recuerdo de nuestros ríos que peinan con mansedumbre inefable las murmurantes cabelleras de los sauces melancólicos. Siempre, con razón o sin ella, el terruño está presente en el espíritu. Y alguna vez, en horas de vaguedad crepuscular pasadas sobre una margen tranquila del Rhin, frente a castillos fantásticos que parecen animarse por las sugestiones deslumbradoras de la mitología y del arte, en vez de soñar con wagnerianos cantos de walkirias que descienden al abismo buscando el oro legendario, nos parecía oír murmullos tenues, indecisos, venidos de muy lejos, trayendo el eco mustio de esa alma nativa que agoniza en la melopeya de un "triste" o de una "vidalita"...

*

Amar el hogar común es dignificarse a sí mismo. Hacer que se robustezca el tronco del árbol que a todos juntos nos da sombra, es una forma de sentir el más elevado egoísmo colectivo.

Procuremos para ello ser células vigorosas del organismo en formación: pensemos que la intensidad de cada individuo, obtenida por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintas que concurren a combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto.

Seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Procure cada uno enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, agitando su personal divisa bien alto, ante propios y extraños. Propongámonos vivir una vida propia, enorgullecedora.

Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico. Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad.

Buenos Aires, 1906.

ÍNDICE

I. — Elogio de la risa

II. — Italia

III. — Los psicólogos y la psicología

IV. — Al Margen de la Ciencia

V. — Dos discursos

Impreso en los Talleres Gráficos
: : de L. J. ROSSO y Cía. : :

JOSÉ INGENIEROS

Crónicas de viaje

(1905 - 1906)

Elogio de la risa
Italia—Los psicólogos y la psicología
Al margen de la ciencia
Dos discursos

6.ª edición

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía.—Belgrano 475
1919